

HOTEL DE ARRAIGO

SUMA

IMANOL CANEYADA

HOTEL DE ARRAIGO



Soy una bestia que viaja, hinchada
de vértigo, de sur a norte.
Mi tránsito ha sido un regreso desde
las ruinas de la antigua civilización
hasta la conquista de un Segundo
Advenimiento de los Bárbaros:
bon voyage; Mercado Libre; USA;
la muerte de tu puta madre.

JULIÁN HERBERT

Agradecimientos

Toda novela es, en su germen, un esfuerzo individual que va encontrando cómplices en el camino. Desde estas páginas quiero agradecer a Rosa Vilá Font por la empatía que fue desarrollando con los personajes de esta historia, por lo cual pude comprenderlos mejor; por el entusiasmo que me contagió en los momentos más oscuros. A Bernardo Fernández, Bef, y F.G. Haghenbeck, quienes hace ya cinco años, en Guadalajara, me ofrecieron su amistad y creyeron en mi trabajo. A Laura Lara y a Jorge Solís, porque le apostaron y le siguen apostando a un novelista de provincia, alejado de cocteles y grupos de poder, un novelista perdido en el desierto.

El nacimiento de un dios y la despedida de otro año

Las calles parecían renovadas. Era una ilusión nada más. Ocho de enero de 2013, la gente apenas recobraba la rutina y se liberaba del ritual del nacimiento de un dios y la despedida de otro año. Otro año, se dijo Arnulfo Lizárraga, y se sintió viejo, a sus cuarenta y siete, cansado como un corredor que atraviesa el kilómetro treinta y cinco de un maratón: la meta parece lejana aún y el cuerpo y la mente ya no responden. Resignado, se llevó el taco de cabeza a la boca. Tenía estilo chilango a pesar de pertenecer a una familia cuyas raíces se perdían en la colonización del desierto. Lo sostenía con los dedos índice, corazón y pulgar mientras el meñique respingaba insolente, como si no tuviera nada que ver con el asunto. Los dientes amarillos de Arnulfo Lizárraga trituraron la tortilla, la cebolla, el cilantro, el repollo, el guisado de res, y en la boca se mezclaron con la salsa taquera y el guacamole. La saliva hizo su parte transformándolo en un todo de sabores insólitos. Aquello se deslizó por la garganta, el esófago y llegó al estómago. Con el tiempo se convertiría en un émbolo que taparía parcialmente las venas de Arnulfo Lizárraga. A sus cuarenta y siete años ese tipo de cosas importaba, aunque era ya su cuarto taco de cabeza. Pagó con una punzada de culpa. En la última revisión médica había salido con los triglicéridos y el colesterol demasiado altos. Su hija Verónica le había advertido: Deja de tragar como cerdo. Su hija, de vez en cuando, le hablaba así. De niña le diagnosticaron síndrome de Tourette. Al llegar a la adolescencia disminuyeron sus tics, pero la coprolalia persistía. Arnulfo Lizárraga a veces creía que eso era un buen pretexto para insultar a la gente, él incluido. Siempre

terminaba por desechar esa idea al atestiguar el azoro de su hija en cuanto las palabras traicioneras brotaban de su boca. Deja de tragar como cerdo, te va a dar un infarto, pendejo, le había gritado su hija Verónica cuando llegó a casa con los resultados clínicos. De inmediato lo abrazó tiernamente. Perdón, papá, le susurró.

Verónica tenía dieciocho años y un cuerpo musculoso. La esposa de Arnulfo tenía cuarenta y dos años y un cuerpo tan musculoso como el de su hija. Las dos consumían extraños licuados altos en proteínas y compartían pastillas e inyecciones que reducían la grasa corporal, aumentaban el volumen muscular, tonificaban el cuerpo. Arnulfo Lizárraga pagaba sin preguntar las mensualidades del gimnasio más exclusivo de la ciudad y todos los suplementos alimenticios que engullían. Pensaba que algunos eran ilegales, no le importaba mucho, mientras lo dejaran en paz él pagaba.

Se dirigió a su carro. Era un hombrón de uno noventa y cinco, gordo, pero no de una gordura gelatinosa, bamboleante, viscosa. Su abultada barriga era compacta y dura. A pesar del frío, sólo vestía una camisa Levi's a cuadros de manga larga, desfajada, y botas vaqueras. Su cabeza cuadrada, rotunda, contrastaba con una expresión de niño perverso. Al momento de quitar la alarma y abrir el seguro del Bora, negro, sin placas, vibró su celular. Un mensaje de texto de un número desconocido: Puedes pasar por tus amortiguadores. Sonrió. Una buena noticia, una noticia que esperaba hacía un par de días. El mensaje tuvo el efecto de borrar la culpa culinaria. El regusto de los tacos, la pesadez de los tacos, los eructos provocados por los tacos dejaron de mellar su conciencia. Los amortiguadores estaban listos. Se puso a tararear una de las muchas canciones pegajosas que había escuchado en la madrugada del 1 de enero en la rockola que rentó su vecino. Cerraron la calle, lanzaron cohetes, serpentinas, bengalas y todo el mundo ingirió bestiales cantidades de cerveza. Tarareaba una canción del Gallo de oro, *A mis enemigos*: "A mí nadie me dio nada, todo lo que tengo es mío", mientras enfilaba por Hidalgo. Llegó a Guerrero, tomó el paso a desnivel para incorporarse al bulevar que entronca con Morelos. Ahí dio vuelta a la derecha y se dirigió rumbo al norte de la ciudad hasta la colonia Primero de Mayo.

El taller, lleno de gente sin mucho que hacer, se levantaba en medio de un solar devorado por la maleza. Un portón de lámina

galvanizada dejaba ver al interior varios carros con las fauces abiertas. Media docena de sujetos, sentados sobre cubetas volteadas, cajas y rines, observaba trabajar al dueño del taller y a su ayudante. El dueño se encontraba bajo el chasís de un Neón azul turquesa. El ayudante le tendía piezas y herramientas. El ayudante tenía cara de asombro, como si le pareciera una extrañeza lo que hacía. La voz del dueño del taller surgía distorsionada emitiendo órdenes precisas manchadas de grasa.

Arnulfo Lizárraga atravesó el taller y se detuvo a unos centímetros de los pies del mecánico. Arnulfo Lizárraga le habló a los pies.

—Vine por mis amortiguadores, me dijeron que ya están listos.

—Te están esperando en el almacén —dijo la voz debajo del chasís.

Arnulfo Lizárraga sabía qué significaba eso: los licenciados querían hablar con él. Rara vez sucedía.

Encaminó sus pasos al almacén, un cuarto también de bloque al fondo del taller con una ventana pequeña y una puerta comba de metal. Un pitbull le gruñó al pasar a su lado. Estaba sentado sobre los cuartos traseros con las orejas alerta. Una gruesa cadena lo sujetaba a una columna de cemento. No llegaba a ladrar, sólo era una advertencia, un bramido torvo. Arnulfo Lizárraga se alejó del animal y entró al almacén dando un pequeño rodeo. En el almacén un montón de objetos sin ningún significado para Arnulfo se apilaban en estantes de madera, toscos, fabricados seguramente por el dueño del taller. Encontró a los dos licenciados apoyados en un mostrador de cemento que dividía por la mitad la estancia. Sonreían, parecían dos recepcionistas de un hotel olvidado.

—Mi querido Arnulfo —dijo uno de ellos—, feliz Navidad y próspero año.

El licenciado extendió los brazos por encima del mostrador. Arnulfo se acercó y se dejó abrazar, aunque el mostrador impedía que aquello fuera un verdadero abrazo. El otro licenciado hizo lo mismo. Feliz año, musitó Arnulfo Lizárraga y sonrió. Todos sonreían en medio de ese silencio momentáneo.

—¿Cómo la pasaste? —preguntó uno de los licenciados.

—Tranquilo, con la familia, ya saben —contestó Arnulfo—. Me dijeron que estaban listos los amortiguadores. ¿Pasa algo?

—No, para nada, todo bien. Tus amortiguadores aquí están.

Uno de los licenciados extrajo un gran sobre de papel Manila cerrado con cinta canela de debajo de la barra. Lo colocó justo enfrente de Arnulfo.

—Hemos decidido aumentarte un poco el porcentaje por esta vez. Fue un trabajo limpio, fácil, te portaste pocamadre, así que te estamos dando una especie de aguinaldo retrasado, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja —coreó el otro licenciado.

Pero Arnulfo sólo sonrió y dio las gracias. Recogió el sobre. Volvió a dar las gracias.

—Ya tenemos lista otra chamba, en unos días te avisamos.

—Ok, me dicen, nos vemos.

Arnulfo Lizárraga abandonó el almacén sin tener muy claro qué acababa de suceder ahí dentro, con los Licenciados nunca se sabía. La media docena de sujetos sin nada que hacer siguió con la mirada a Arnulfo Lizárraga; no supo si con lástima, conmiseración, odio u escarnio. No le importaba, o al menos pretendía que no le importaba. Abordó el Bora, arrancó y avanzó unos cincuenta metros por la calle de tierra. Se detuvo, rasgó el sobre y esculcó el contenido. Contó varios fajos de billetes de quinientos y doscientos. Calculó que le habían dado unos treinta mil más. Se puso de nuevo en movimiento después de ocultar el paquete bajo el asiento del copiloto. Antes de reportarse en la oficina pasaría por casa para guardarlo en la caja fuerte.

Llegó a Cultura, una ancha avenida de cuatro carriles de ida y cuatro de vuelta en medio de la desolación del norte de la ciudad. Tiradores de cristal y mariguana, padrotes, robacarros, asaltantes de pacotilla, y la superavenida como una demarcación, una frontera, un Rubicón sin gloria. Torció en Zapata y continuó hasta Obregón, ahí dio vuelta a la derecha hasta topar con el Periférico. Atravesó media ciudad rumbo al sur en medio del demasiado tráfico. En esta piche ciudad nunca van a aprender a manejar, se dijo. Subió el volumen del estéreo, sintonizó una estación local. La voz del locutor daba las noticias como un merolico: el señor gobernador anunciaba otro plan de austeridad. Se robaron toda la lana en las pasadas elecciones y ahora quieren solucionarlo con austeridad y más impuestos, culeros, le comentó Arnulfo a la radio. El procurador de justicia informaba que ya se habían aplicado a todos los agentes del Grupo Antisecuestro el examen de control de confianza y que la mayoría lo había pasado satisfactoriamente. Lo anterior, por la ola creciente de secuestros en la entidad. El último sucedido a mediados de diciembre del

año pasado. La familia pagó el rescate y los secuestradores regresaron viva a la víctima, un empresario del ramo de la hostelería. Ni las autoridades ni la familia especificaron el monto del rescate. Cinco millones de pesos, le volvió a decir Arnulfo Lizárraga a la radio. Luego emitió un chasquido amargo, seco, con la lengua, como si quisiera espantar un animal: Control de confianza, murmuró, no me chinguen. Un automovilista invadió su carril y le obligó a frenar. Pinche vieja, exclamó. Al instante pudo comprobar que no era una vieja, era un joven de pelo largo hablando por celular con la mirada perdida en el horizonte. Pendejo, lo insultó al rebasarlo. Había llegado al bulevar Niños Héroes. Circulaba por el carril pegado al canal de cemento, una hendidura en medio del bulevar que brotaba desde una presa enlamada. Dos décadas antes llegó a desfogar agua de la presa, un par de veces tal vez. Ahora era un rastro seco de concreto que acumulaba cadáveres de perro, basura, botas y zapatos. No había vuelto a llevar agua en muchos años.

Entró al fraccionamiento Valle del Marqués, se introdujo en la privada Napoli, se detuvo a la altura del número 12 y accionó el portón con el mando a distancia. Mientras esperaba que terminara de abrirse, apagó el estéreo. En la privada Napoli, como en las cientos de privadas del fraccionamiento Valle del Marqués, todas las casas eran iguales: un cubo de dos pisos. En el primero, una sala, un comedor, una cocina y un medio baño. En el segundo, tres habitaciones y un baño completo. Atrás, un patio. Al frente, una cochera. Arnulfo Lizárraga había ido remodelando la casa poco a poco. Cerró la cochera y le instaló un portón de una sola hoja, ancha, blanca, reluciente.

En el patio construyó una estancia extra, su santuario. Ahí estaba la caja fuerte, sencilla, pequeña, nada del otro mundo, suficiente para guardar el sobre con el dinero. Solo en el estudio (en la casa no había nadie a esa hora) contó los billetes: cuatrocientos veinticinco mil pesos. Los licenciados le habían pagado veinticinco extra. Cerró la caja fuerte, suspiró como si hubiera traído el dinero atorado en el pecho y observó la estancia: un sillón de piel beige, una mesa de cristal, una silla de despacho, una laptop Apple, una pantalla plana de cuarenta y siete pulgadas Panasonic, un Blue Ray Sony, antena satelital Sky, una cantina con whisky puro de malta, coñac y tequila. Un estéreo Nissan Maxima Bose.

La contraparte se encontraba en el segundo piso, en la

habitación sin habilitar como dormitorio: bici estática, mancuernas, caminadora, un banco de ejercicios. Un santuario de una religión banal y demente que Arnulfo Lizárraga rara vez profanaba. Sólo lo contemplaba desde la distancia, como ahora, al pasar hacia el dormitorio matrimonial en busca del cargador de su Galaxy S3, lanzado al mercado cinco meses atrás, el más potente de su categoría, con novedades como Smart Stay, Direct Call, Pop Up Play, S Voice, Buddy Photo Sharing, Allcast Share Dongle, Groupe Cast, carga inalámbrica, S Pabble MP3 Player, C-Pen y la función de multiventana que permitía ver un video en Youtube al tiempo que se revisaba el Facebook. Encontró el cargador debajo de la almohada y lo guardó en el bolsillo de la camisa. Descendió al primer piso, cerró la puerta de la casa, abordó el Bora, accionó el portón eléctrico, abandonó la privada. Cuando se incorporaba al bulevar, sonó su celular. Era de la oficina.

—¿Dónde andas?

—Fui a la casa por el cargador del cel.

—Repórtate de inmediato, el jefe quiere hablar con nosotros.

—Voy en camino.

Dedos de pianista

Gabriel soltó el cabello de la muchacha y estiró el brazo con la intención de alcanzar el buró de noche. Parecía un robot o un tetrapléjico, alguien incapaz de moverse con naturalidad. Sólo desplazaba el brazo y un poco los hombros, el resto del cuerpo permanecía estático. Los dedos de pianista de Gabriel (su madre, de niño, le decía que tenía dedos de pianista) tentaron el buró de noche hasta dar con el celular. La muchacha se detuvo y buscó con los ojos el rostro de Gabriel. Dos globos oculares que orbitaron para enfocar el objetivo. El resto de la cara, como el cuerpo de Gabriel, permaneció estático. Gabriel llevó el celular a la altura de su pecho y activó la videocámara. La muchacha, como en una nebulosa, entendió sus intenciones. Dejó de chuparle el pene.

—No me grabes, güey —balbuceó.

La boca de la muchacha estaba todavía a la altura del pene de Gabriel. Al hablar, el pene de Gabriel se convirtió en un micrófono.

—No me grabes, güey —volvió a decir.

Gabriel sonreía desde ahí arriba a la muchacha arrodillada ante él, a su cara penitente. No dejó de grabar. Con la mano libre, empujó la cabeza de la muchacha desde la coronilla hacia su pene.

—No pares —dijo.

La muchacha se resistió, hizo un puchero mientras tensaba el cuello para no embutirse el pene una vez más.

—No, güey.

—¿Qué tiene? —preguntó Gabriel sin dejar de filmar—. No se lo voy a enseñar a nadie. Es para mí, me gustas un chorro y

quiero poder mirarte cuando se me antoje, te lo juro, nadie más lo va a mirar, te lo juro por dios. Solo es para mí, no quiero olvidar este momento.

En la voz de Gabriel había un punto de exasperación. La erección, con la charla, comenzaba a perder consistencia. Volvió a presionar la coronilla de la muchacha hacia su miembro. Ella se resistió un segundo pero al final cedió. El pene de Gabriel desapareció en la boca de la muchacha. La felación continuó durante unos minutos.

—Voltea a la cámara, morra.

Los ojos de la muchacha buscaron el rostro de Gabriel, no porque entendiera la orden, sino todo lo contrario: buscaron su rostro porque no había escuchado bien. Al cabo de unos segundos, con la mano libre, el muchacho presionó en la frente de ella para que dejara de mamar. La muchacha quedó de rodillas, con la boca semiabierta, la mirada extraviada en un punto entre el celular y el cabello de Gabriel. Estaba aturdida, su equilibrio era precario, aun de rodillas sobre una alfombra mullida que le hacía cosquillas en los empeines. Gabriel, con la misma mano que había detenido la felación, jaló del brazo izquierdo de la muchacha y la ayudó a incorporarse. De un solo movimiento la arrojó sobre la cama de sus padres. La muchacha quedó bocarriba. Sintió un amago de náuseas, se contuvo. Pensó que si vomitaba sería la burla de todo el mundo. Se llevó la mano derecha a la boca para inhibir la arcada. El sabor ácido del pene persistía en su lengua. Le invadió una enorme soledad diluida en una excitación que más que impetuosa era desesperada, pero también como si fuera la de otra persona. Gabriel, con la mano libre, arremangó el vestido de la muchacha. Filmó sus muslos y el triángulo cuidadosamente depilado que la tanga apenas alcanzaba a cubrir. Se trataba de una tanga roja con encajes negros. Gabriel la despojó de la tanga, la prenda quedó atorada en el tacón del zapato derecho. Enfocó los labios vaginales, apenas abiertos, y el clítoris que asomaba entre ellos con una timidez desconcertante. Por fin, se abalanzó sobre la muchacha. La destreza de Gabriel no alcanzaba para abrirle las piernas, tantear la vulva con el glande hasta dar con la abertura y penetrarla, todo ello sin dejar de filmar. La muchacha no cooperaba, en realidad no sabía cómo. Después de un par de intentos, Gabriel se desesperó y dejó el celular sobre la cama, a un lado del cabello teñido de caoba de la muchacha, desparramado alrededor de su cabeza como una

explosión. Con ambas manos libres parecía que iba a lograr penetrarla. No fue así, la erección de Gabriel de repente fue sólo una cosa blanda. El miembro fláccido se estrelló en varias ocasiones contra el pubis de la muchacha, derrotado. La vagina de ella estaba lubricada en abundancia, escurridiza.

—Pinche vieja —murmuró—. ¿No que mucha experiencia?

—¿Qué haces? —preguntó la muchacha desde la nebulosa que le rondaba la cabeza como una niebla espesa aislándola del mundo.

—Nada, me voy abajo.

Gabriel se incorporó, se subió los pantalones, recuperó el celular.

—No te vayas. Si quieres te la vuelvo a mamar —propuso la muchacha.

—Ni que lo hicieras tan bien —respondió al tiempo que abría la puerta y abandonaba la habitación de sus padres.

La muchacha no alcanzó a oír las palabras de Gabriel, unos sonidos distorsionados que permanecieron unos segundos en el ambiente con su tono acusatorio. Se diluyeron al instante. La muchacha, sobre la cama, giró el cuello y sus ojos se toparon con una foto en el buró de noche, enmarcada por un barroco marco de plata. Un hombre y una mujer maduros, viejos para ella, la vigilaban desde un jardín. Antes de cerrar los ojos y caer dormida se dio cuenta de que el jardín era igualito al de la casa donde se encontraba.

Gabriel descendió a la planta baja de la casa de sus padres, que habían ido a San Diego a pasar el fin de semana. Atravesó la sala, llena de adolescentes como él. Algunos bailaban al ritmo de David Gueta, otros se desparramaban en los múltiples sillones de cuero negro enlazados como serpientes, con sus lenguas inmersas en la boca del otro o la otra. A esas horas ya se habían metido tachas, algunas líneas de coca y sostenían el subidón a golpe de Glenfiddich y Smirnoff. Salió al jardín que rodeaba la casa. Alrededor de la alberca vacía —enero descontaba sus frías noches — grupos de jóvenes reían, conversaban, bailaban, se insultaban. Un poco más allá podía apreciarse el green del hoyo siete del campo de golf, también un lago artificial y una trampa de arena.

Gabriel, al borde del jardín, bajo el dintel de la puerta corrediza, se hallaba concentrado en su celular. Después de manipular el teclado con dedos de vértigo, dedos memoriosos, subió el video al grupo que tenía en el WhatsApp. Esperó unos

segundos. En diferentes rincones del jardín, algunos jóvenes interrumpieron lo que estaban haciendo para echar mano de sus teléfonos. Poco más de un minuto después, levantaron la vista de las carátulas y comenzaron a buscar al autor del video. Gabriel se sintió como un rockstar con todas esas pupilas encendidas admirándolo. La mayoría compartió el video con otros grupos. Veinte minutos más tarde, prácticamente todos los asistentes a la fiesta habían visto la mamada en sus teléfonos inteligentes.

Para entonces, Gabriel ya se había integrado al círculo que formaban sus amigos más cercanos. Estaban juntos desde la secundaria. Cuatro adolescentes difíciles de distinguir entre sí: vestían pantalones de mezclilla Ralph Lauren, camisas Eagle o Polo o Armani entalladas, con los dos botones del pecho abiertos, zapatos de diseño italiano. Llevaban el pelo en puntas retorcidas gracias al gel perpetuador del manierismo capilar. Simultáneamente conversaban entre ellos y con el resto del mundo a través de sus celulares. Por ejemplo, uno comentó que la coca era de primera calidad y apenas terminar de decirlo estalló en una carcajada.

—Dice Román que la tienes muy pequeña.

Era probable que el tal Román se encontrara en la fiesta, al otro lado del jardín, con otro grupo de jóvenes muy parecido a éste.

Gabriel entró al grupo de WhatsApp al que pertenecía Román y escribió: Tu hermana no piensa lo mismo.

El círculo de amigos que lo rodeaba celebró el chiste. Alguien explicó que a una tal Andrea le gustaba que le dieran por atrás. Que su novio había subido un video en el que se veía cómo se la metía toda. Alguien más quiso saber si la tal Andrea se encontraba en la fiesta. Le respondieron que desde que empezó a circular el video no salía mucho.

Ja, ja, ja.

Gabriel sacó el tema de la gran party que planeaban celebrar en la casa que sus padres poseían en la playa. Sería una fiesta a la que nadie debía faltar. La palabra nadie, en este caso, incluía a todo aquel que era alguien en la ciudad. El derecho de pertenencia tenía que ver con apellidos y fortunas, amistades generacionales forjadas en los intereses políticos y económicos de la región. La fiesta aspiraba a un par de centenares de muchachos y muchachas que terminarían agotados de alcohol, tachas, coca y sexo a orillas del mar, frente a un atardecer de domingo que no

les diría gran cosa. O tal vez sí, era difícil substraerse a la belleza del sol poniéndose en el límite de ese lado del mundo. Se repartieron las tareas entre ellos como un grupo de ejecutivos de una empresa rapaz. Uno se ocuparía de conseguir el sonido, un Dj de la localidad que estaba pegando con madre. Otro, del alcohol. Aquél de la droga. Gabriel se adjudicó la tarea de comprar yumbina vía internet para poner a las mujeres a punto. Una de las formas de medir el éxito de la fiesta podría ser la cantidad de videos y fotos que circularían posteriormente en la red con adolescentes jugando a la pornografía.

Una muchacha con un vestido blanco que ceñía su cuerpo a un suspiro de la gordura (un vestido strappless y falda corta que terminaba donde terminaban los glúteos) se detuvo a unos pasos del grupo de amigos.

—Gabriel, eres un idiota, borra ese video.

Unos metros más atrás, la protagonista del video apoyaba su cabeza en el hombro de otra joven. En la pechera del vestido negro podían apreciarse rastros de vómito. El cabello azotaba su rostro como una ráfaga de viento inoportuna. Tenía los ojos cerrados y su amiga le rodeaba la cintura para sostenerla en pie. Su boca se retorcía tal vez en una sonrisa, tal vez en un principio de llanto, era difícil saberlo. Gabriel les tomó una foto con el celular.

—¿No me escuchaste, imbécil? Bórralo.

—Cálmate, pendeja. ¿Estás celosa o qué?

—Si no lo borras, se lo voy a contar a tus papás, pinche puto.

La muchacha se dio media vuelta y se alejó del grupo. Trató de caminar con garbo, enérgica, pero los tacones se enterraban en el pasto y la hacían trastabillar cómicamente. La protagonista del video y su soporte la seguían a cierta distancia. La protagonista del video se desparramaba en el cuerpo de su amiga que casi la llevaba arrastras.

Gabriel sostuvo la sonrisa cínica demasiado tiempo. Sus ojos delataban una cierta inquietud, un incipiente miedo que tenía que ver con la amenaza de la muchacha del vestido blanco. Era ahijada de sus papás. El padre de ella y el suyo, además de compadres, eran socios. Gabriel sentía cómo sus amigos lo observaban a la espera de una reacción. El tiempo se volvió de pronto espeso, plomizo, imperturbable. Era el tiempo en medio del silencio de sus amigos el que lo empujaba a tomar una decisión: y decidió no borrar el video, porque hacerlo, pensó,

sería una debilidad, una claudicación. Guardó el celular en la bolsa del pantalón y sus amigos, que parecían haber contenido la respiración durante todo ese tiempo, exhalaron el aire con una sonrisa confidente. Pero en la boca de Gabriel quedaría el resto de la noche un gusto amarescente que los atisbos del amanecer sólo acrecentarían. Poco a poco, la música dejaría de animarlo. La cháchara de sus amigos se perdería en la agonía de la noche. Las tachas y el perico se diluirían en el organismo arrastrándolo al hastío.

Y acostado en la cama de su habitación, rodeado de pósters, aparatos de última generación y juguetes de una época olvidada, el amanecer sería una vez más ese vacío persistente: una muchacha de vestido blanco fija en su pupila.

Un espasmo de los párpados

Arnulfo Lizárraga abrió los ojos de golpe, un espasmo de los párpados. Tentó con la mano izquierda el buró de noche hasta dar con el celular, consultó la hora: las seis y media de la mañana. Jaló aire como si fuera a acabarse, una bocanada profunda que le hizo toser. Con la tos, una flema se estancó en la garganta pero no permitió que invadiera su boca, se la tragó. Suspiró derrotado (últimamente suspiraba mucho), había dormido mal. La noche anterior le había dado otro ataque de insomnio: una semana atrás los Licenciados le habían llamado, tenían otro encargo para él. El insomnio lo tuvo viendo repeticiones de juegos de beisbol de la liga dominicana y de la Mexicana del Pacífico hasta caer rendido a las cuatro de la mañana. Por eso había abierto los ojos con esa urgencia, creyó que se había quedado dormido.

Su mujer no estaba en el cuarto. Los sonidos del ajetreo matinal llegaban desde el primer piso hasta Arnulfo como el leve oleaje del mar. Se recreó en ellos unos segundos: el entrechocar de trastes, el aceite crepitando, las voces de Verónica y su esposa Carmen sin contenido, sólo voces. Todos esos sonidos familiares ascendían al segundo piso a través del hueco de las escaleras y entraban a la habitación exhaustos, pero el mensaje era claro: otro día comenzaba. Un día más, un día menos.

Abandonó la cama. El frío lo sorprendió, el pijama de franela a cuadros no era suficiente. Buscó una sudadera entre un fardo de ropa amontonada en una silla mientras pensaba que debían de estar a tres o cuatro grados. Era una helada mañana de principios de febrero. Se calzó unas pantuflas de anciano y descendió al comedor.

—Buenos días —dijo—, qué frío.

—Buenos días —contestaron a coro su esposa y su hija.

Desayunaban huevos revueltos con verdura. Un huevo cada quien, una gota de aceite de oliva en el sartén, una tortilla de maíz cada una, eso indicaba la dieta.

—El frío es bueno, hace que quemes calorías —comentó su esposa mientras se levantaba y le servía café.

—La pinche puta grasa —agregó Verónica.

Arnulfo Lizárraga no se sentó a la mesa. Se apoyó en el marco de la puerta que daba a la cocina con las dos manos rodeando la taza humeante. El contacto con el calor de la taza le provocó un escalofrío.

—¿Y si prendemos el calentón?

—Ay, papá, no es para tanto, no aguantas nada.

—Estas casas de bloque absorben el frío como esponjas. No son como las de antes, de adobe, que conservaban el calor en invierno y eran frescas en verano. Eran casas especiales para el desierto —le explicó Arnulfo a su hija como cada vez que hacía mucho frío o mucho calor.

—Desierto, desierto, desierto, putitos, putitos, putitos —canturreó Verónica.

Arnulfo Lizárraga meneó la cabeza sin asombro, con resignación, y entró en la cocina. Oyó cómo su esposa le recriminaba a su hija el aumento de la papada.

—Bájale a los carbohidratos, Verónica.

—¿Cuáles carbohidratos, mamá, si no como nada fuera de la dieta?

Arnulfo pellizcó su abundante papada mientras buscaba qué desayunar. Se negaba a seguir el menú de su mujer y su hija. A su vez, su esposa se negaba a cocinar algo especial para él, era una forma de presionarlo. Por eso casi siempre terminaba por desayunar en la calle. Hoy también. Regresó al comedor.

—¿No vas a desayunar nada? —le preguntó su mujer.

—De camino a la chamba comeré algo.

—¿Quieres que te descongele en el micro unos tamales que sobraron de Año Nuevo? —cedió su esposa con un punto de exasperación en la voz.

—Ni al caso, mamá, déjalo, es su bronca, que se muera.

—No digas esas cosas, hija, por dios.

—Ya se me hizo tarde, me meto a bañar. Pediré una ensalada de frutas en la oficina, no se preocupen —intervino Arnulfo. Luego dejó la taza sobre la mesa.

De vuelta en el segundo piso se desnudó frente al espejo del baño. El pene y los testículos se encogieron por el frío. Comprimió y soltó el estómago un par de veces.

Tal vez tengan razón, pensó.

Abrió la llave del agua caliente de la ducha. Dejó que corriera hasta que el vapor formó densas capas por todo el baño. Abrió la llave del agua fría un poco. Cuando el chorro impactó en su pecho, éste enrojeció de inmediato, sintió cosquillas en la piel. Abrió un poco más la fría, demasiado, abrió más la caliente, no encontraba la temperatura justa. Optó porque el chorro quemara su piel levemente. Era una sensación deliciosa, las partes que no estaban expuestas al agua sentían el frío exterior, en contraste con aquellas que recibían el agua casi hirviendo. Su mujer le recordaba constantemente que ésa era la mejor forma de enfermarse, que tenía que bañarse con agua tibia para crear defensas. La transición entre la regadera y la bata de baño duró unos segundos. Agradeció la tela abrazando su corpachón. Se veía algo ridículo con esa bata verde demasiado ajustada.

Frente al espejo se rasuró descuidadamente. Escuchaba a su mujer trajinar en el dormitorio principal. Escuchaba a su hija entrar al suyo y poner música. Voy a hacer una tarea de procesal civil, anunció y cerró la puerta. Verónica estudiaba derecho en la universidad.

Al entrar en la recámara, encontró a su mujer con unos calzones grandes y blancos en la mano. La mujer los tomaba delicadamente de un extremo con el pulgar y el índice. Con cara de asco los arrojó al cesto de la ropa sucia.

—¡Qué tanto te cuesta, Arnulfo!

Arnulfo no dijo nada. Buscó en el clóset la ropa que iba a ponerse. No había mucha variedad: pantalones de mezclilla y camisas gruesas de invierno colgadas como un ejército de operarios en una fábrica china. Hoy tendría que llevarse la chamarra de piel.

Prendió la calefacción del Bora y esperó que se calentara un poco la cabina. Contempló por el retrovisor el ascenso del portón de la cochera. Luego fijó los ojos en la camioneta de su mujer, una Explorer 2009, blanca. Verónica había insistido últimamente en que le comprara un carro, algo pequeño para ir a la universidad, quería un Beattle. A Arnulfo esos carros le parecían ridículos y caros, una pendejada de carros. Sabía que terminaría comprándoselo. Le había puesto como condición las calificaciones

del segundo semestre.

Salió de la cochera, enfiló por el bulevar principal hasta la salida del fraccionamiento Valle del Marqués, ya en Niños Héroes aceleró y bajó un poco la calefacción. Ahora tenía calor.

El trabajo no quedaba lejos de su casa, sin tráfico, entre quince y veinte minutos. La ruta era aburrida, una línea recta llena de solares baldíos que alternaban con otros fraccionamientos parecidos a Valle del Marqués, algunos comercios, una escuela, gasolineras, un par de bancos. El poniente de la ciudad no terminaba de desarrollarse, no al oeste del Periférico al menos. Pasó a un lado de los dos edificios de gobierno, giró a la izquierda para abordar el trébol que conectaba con Carranza. Dejó Carranza de inmediato para descender al estacionamiento exclusivo para empleados, a la derecha del edificio rematado con una cúpula que tal vez quería ser moderna, Arnulfo no lo sabía, le parecía ridícula esa cúpula en un edificio que albergaba la Procuraduría General de Justicia del Estado.

Arnulfo Lizárraga saludó con la mano izquierda al cadete que vigilaba la entrada del estacionamiento, fue un saludo lánguido. El reloj del carro marcaba las ocho cero cinco de la mañana. El cadete se llevó la mano derecha a la frente en una especie de saludo militar cuando Arnulfo Lizárraga cruzó frente a él. Cada vez les enseñan más pendejadas, pensó mientras revisaba la explanada en busca de un cajón libre. Encontró uno no muy lejos de la puerta de acceso al edificio.

—Ya era hora, Arnulfo —le regañó el comandante del Grupo Antisecuestro cuando entró a la sala de juntas. Todos sus compañeros se encontraban ahí, habían llegado antes de las ocho. Arnulfo sonrió y obsequió breves golpes de cabeza a quienes lo buscaron con la mirada, sólo los más viejos. Se sirvió café de una cafetera cilíndrica en un vaso de poliuretano, una cucharada de azúcar, sin crema. Sabía a metal, a agua sucia con un deje de cloro. Lo hicieron con agua de la llave, pensó, qué asco. Se olvidó del café, no volvió a darle un solo trago. El comandante parloteaba sobre la estrategia que seguirían en unas horas más. Hoy era el día del pago. El comandante le cedió la palabra al negociador, la estrella de la unidad. Arnulfo Lizárraga lo oía sin dejar de pensar que no había desayunado, que tenía hambre y frío y sueño.

—Tres cosas están a nuestro favor —explicaba el experto—. Una, logramos que los secuestradores aceptaran que el pago se

haga a plena luz del día; dos, que se haga en la ciudad. También conseguimos que el mensajero sea el socio de la víctima y no su mujer, como exigían al principio.

El agente hizo una pausa y envolvió con la mirada a los presentes en la sala de juntas mientras se regodeaba en su propia elocuencia sureña. Luego le indicó con la mano a un subalterno que prendiera el cañón conectado a una laptop. En la pantalla blanca colgada al fondo de la habitación se proyectó una serie de imágenes. La primera foto correspondía a la prueba de vida: Manuel de Jesús Gutiérrez, de cincuenta y ocho años, empresario camaronero, acostado bocabajo sobre un colchón, los ojos vendados y un pedazo de cinta adhesiva gris en la boca. También lograba apreciarse una cartulina con un mensaje escrito con letras irregulares: Paga lo que piden, Joaquín (Joaquín Salgado, socio del señor Gutiérrez y mensajero). A un lado, la portada de un periódico local del día anterior. La siguiente foto era la del socio del secuestrado, el encargado de llevar los dos millones de pesos al punto de encuentro. La siguiente foto era la del punto de encuentro, un centro comercial ubicado al sur de la ciudad.

El comandante de la unidad retomó la palabra. Ofreció pormenores sobre cada una de las imágenes, el procedimiento según el manual estandarizado, los principales objetivos, las posibles variables al plan original. El comandante de repente pronunció el nombre de Arnulfo. Éste salió de la modorra a la que le habían sumido la contemplación de las fotos, el frío y el hambre.

—Ustedes serán los encargados de vigilar la entrega. Ya saben, discreción y traten de recopilar la mayor cantidad de datos posibles. Tenemos que agarrar a estos hijos de la chingada. Son los mismos que levantaron al empresario en diciembre. Los picudos se están encabronando con tanto secuestro y ya amenazaron al señor gobernador con retirar la lana de futuras campañas. Si este año no caen, le cortan los huevos al señor procurador, y a nosotros con él. Así que abusados, traten de ponerle cola al cobrador, que no se les tire a perder, con una chingada.

Un agente novato asentía con convicción. Arnulfo Lizárraga se dio cuenta de pronto que se lo habían asignado para la vigilancia del pago. Acababa de incorporarse a la unidad, ni siquiera sabía su nombre, sangre nueva que sí había pasado el examen de control de confianza. El suyo estaba pendiente, no

podían desmantelar la Policía Estatal de la noche a la mañana. A varios de su generación ya los habían expulsado, Arnulfo Lizárraga caminaba sobre la cuerda floja.

—¿Procedemos a la detención si identificamos claramente al objetivo, mi comandante? —preguntó el agente novato.

Arnulfo Lizárraga sonrió para sí. El comandante estalló:

—¡No sea pendejo, si la lana no llega a su destino matan a la víctima! ¡Pero qué chingaos les enseñan en la pinche academia! A ver, Arnulfo, va a ser su pareja, explíquele.

—El objetivo es recopilar datos físicos del cobrador, el tipo de vehículo, ruta de escape, y si es posible, seguirlo hasta su escondite. Siempre y cuando no pongamos en riesgo la vida de la víctima. Lee el manual, chamaco.

El último comentario de Arnulfo Lizárraga arrancó las risas de los asistentes. El novato se puso rojo.

—No le miro la pinche gracia por ningún lado —zanjó el comandante—. A las 10:30 horas nos encontramos en el domicilio de la víctima para iniciar el operativo.

El último ritual

Para la madre de Gabriel significaba el último ritual de una familia que los había perdido todos. Su hijo había crecido de golpe, en un parpadeo, y había renunciado a todos los gestos que podían vincularlos. El padre de Gabriel acumulaba cada vez más pretextos para no estar, no llegar, partir, no permanecer, evadirse de la trilogía que la mujer se empeñaba en conservar sagrada. La vida en familia se había reducido a la misa de doce dominical en la catedral de la ciudad. Era innegociable, todo lo demás se lo había llevado el paso de los años, las omisiones ocasionales que terminaban por prevalecer, la indiferencia. Se trataba del último reducto y la madre de Gabriel se empecinaba en defenderlo con toda su fe. No tanto por sostener lo insostenible, sino por mostrarle al mundo (su mundo) que no había sido derrotada.

Gabriel escuchó con mansedumbre cómo su madre llamaba a la puerta de la habitación. Supo que no eran más de las diez y media de la mañana, apenas había dormido tres horas. Al salir del antro, sus amigos habían decidido ir a la costa a desafiar el frío de principios de febrero nadando en un mar helado y hostil. Lo dejaron en la puerta de su casa cuando clareaba. Ahora tenía que cargar con la resaca y el sueño, con el cansancio de la farra. Pero no había más remedio, negarse a acudir a misa de doce acarreaba prohibiciones y castigos. La voz de su madre, sosa y etérea, se coló por la rendija de la puerta instándolo a despertar y prepararse para acudir a la iglesia. Gabriel se arrastró hasta la ventana de la habitación al tiempo que lanzó un ya voy a la nada. Su voz, en contraste con la de su madre, sonaba farragosa, turbia. Constató que su padre estaba sentado a orillas de la alberca vacía, con una taza de café sobre la mesa jardinera y el periódico

abierto de par en par, sosteniéndolo con dos brazos firmes como si fuera una ventana al mundo. Gabriel se asomó con la esperanza de que su padre no estuviera ahí, resignado como él a acompañarlos a misa. Pero estaba. Desde la altura, lo observó estar ensimismado en las noticias domingueras, duro, un poco efigie, condescendiente. El padre de Gabriel hubiera preferido jugar unos hoyos en el campo de golf y luego tomar un aperitivo con los vecinos del club campestre. Charlar sobre los últimos destapes en la carrera a la gubernatura, palomear candidatos, desechar candidatos, mandar mensajes a los posibles candidatos a través de compadres, amigos y ahijados que se daban cita en el club campestre el domingo al mediodía. Gabriel odiaba compartir con su padre el secreto desprecio por la misa dominical. Que los dos asistieran al sermón arrastrados por la lástima que les despertaba esa mujer (madre y esposa) no quería decir que la tensión entre padre e hijo fuera a disminuir un ápice. Tenían eso en común: la sumisión ante un acto que ambos consideraban una pérdida de tiempo.

Gabriel entró en el baño contiguo a la habitación, su baño, y orinó dilatadamente. Su piel, su aliento, la orina misma despedían un olor a alcohol rancio y sudado. Se despojó del bóxer y la camiseta y se introdujo en la ducha. Permaneció al menos cinco minutos bajo el chorro sin más objeto que empaparse en el agua tibia que poco a poco graduó hasta que brotó fría. Aguantó unos segundos bajo los filos helados. Su cerebro dejó de punzarle y sintió cómo su rostro embotado despertaba. Entonces volvió a graduar la temperatura. Se enjabonó el cuerpo, el pelo y se enjuagó de forma apresurada.

Quince minutos después se hallaba sentado al desayunador de la cocina. Había besado a su madre en el cachete y saludó a través del ventanal a su padre en el jardín. Éste sólo abandonó la lectura del periódico para arquear las cejas y asentir con la cabeza prematuramente plateada. Doña Cleta le sirvió una torre de hot cakes bañados en miel de maple, una taza de café con leche y un jugo de naranja. Al principio, el vahído en el estómago lo persuadió de no probar bocado. Cuando el primer trozo de la masa dulce cayó en su estómago, descubrió que tenía un hambre atroz. Entonces se abalanzó sobre la comida como si fuera un presidiario y la engulló. Gabriel masticaba con la boca abierta. Una costumbre que a su padre le parecía repugnante y a su madre indecorosa. Doña Cleta, una serrana robusta y colorada que hacía

dieciocho años trabajaba para la familia, solía señalarse su propia boca mientras Gabriel masticaba y murmuraba: Cerrada, buki, la boca cerrada.

La voz almibarada de Juan Gabriel venía desde la sala en arabescos que a la madre de Gabriel le arrebataban el corazón. La madre de Gabriel había sido una mujer de una belleza norteña, dominada por genes vascos y franceses, aspecto que enorgullece a los habitantes de esa ciudad, independientemente de si hay o no algún mérito en ello. La voz almibarada de Juan Gabriel le recordaba que había perdido su hermosura, que sólo le quedaban unas pocas huellas que permitían adivinar una belleza pretérita. Vestida para la misa dominical, sentada al borde del sofá de la sala, esperaba a esposo e hijo escuchando al Divo de Juárez. Gabriel despreciaba con la vehemencia de sus diecisiete años los gustos musicales de su madre. Extrajo el iPod del bolsillo de su pantalón y se puso los auriculares: una selección de los temas más escuchados de Armin Van Buuren, David Gueta, Tiesto, Deadmau5, Paul Van Dyk. A los pocos minutos, las manos de su padre le arrancaron los auriculares de los oídos.

—Apúrale, tu madre está esperando.

La música seguía saliendo en sordina del par de chícharos en precario equilibrio sobre los hombros de Gabriel. El ritmo machacón, artificioso, cíclico que los Dj's extraen del software era nada más un ruido apagado que parecía brotar de los huesos del muchacho. Gabriel enrolló de mala gana el cable en el aparato y lo devolvió a la bolsa del pantalón. Luego eructó con fuerza, como si un volcán creciera en su pecho. Llegó a emitir tres vocales con el aliento del eructo que enturbió el aire con los residuos del alcohol ingerido durante toda la noche.

—Te estamos esperando, Gabriel —tronó la voz de su padre desde el recibidor.

Cuando abordó la camioneta Mercedes Benz GL gris rata, sus padres lo aguardaban impacientes: él manipulando el estéreo en busca de una estación, cualquier estación que no transmitiera música de banda. Ella con la mirada perdida en las buganvilias que flanqueaban la entrada de la cochera, el misal entre las manos, estrujándolo como si fuera a cometer un homicidio.

El padre de Gabriel detuvo el dial en una estación en la que sonaba *Green River*, de Creedence. Gabriel suspiró asqueado pero no se atrevió a prender su iPod. Qué hueva, qué hueva, qué hueva, pensaba mientras las calles de la ciudad pasaban a su lado

con su desfile de limpiavidrios, vendedores de flores, tragafuegos, malabaristas y hombres y mujeres reducidos a los huesos por el consumo de cristal. En los semáforos se aproximaban como zombis a las ventanas inalterables y suplicaban por unas monedas sin mediar palabra. Otros preferían intercambiar su odio por el desprecio de los automovilistas. Vete a la verga, conjuraba Gabriel, vete mucho a la verga, aléjate a la verga de aquí, pensaba Gabriel.

La catedral emergió de pronto al poniente de la plaza. Se impuso sin aviso en la mirada de los ocupantes de la camioneta Mercedes Benz GL gris rata. Dos torres, una cúpula, una fachada neogótica y poco más de cien años de existencia. Las tres naves que componían el templo no contenían mucha historia. Era una catedral joven, en una ciudad joven, en una geografía que apenas se acostumbraba al cemento. Al interior de la iglesia, Gabriel y sus padres encontraron tres lugares en una de las bancas intermedias de la nave lateral sur.

—Por eso hay que salir antes de la casa —murmuró la madre de Gabriel.

El padre de Gabriel se encogió de hombros. Gabriel se dejó caer como un pesado fardo sobre la dura superficie de la banca. El arzobispo ya había comenzado la misa. A la madre de Gabriel le gustaba llegar temprano para ocupar las primeras filas, a la vista del arzobispo. En los tiempos en que el padre de Gabriel aún se burlaba de su esposa, solía repetir una frase que le había oído a un gachupín propietario de una mina: vas a misa de seis para ver a dios. A misa de ocho para que dios te vea. A la de doce para que todo dios te vea. El padre de Gabriel ya no se burlaba de su mujer. Había perdido incluso el deseo de humillarla.

El muchacho se dijo una vez más que el arzobispo era gay a causa de su voz atiplada y el amaneramiento de sus gestos en el púlpito. Luego repasó las primeras filas de la nave central. Reconoció a muchas de las familias que, como la suya, cada domingo reafirmaban su fe en un templo en el que repicaban las joyas de las señoras como en ningún otro de la ciudad. Había jóvenes que, como él, arrastraban las obligaciones del apellido y la pertenencia de clase. Había hombres que, como su padre, parecían autómatas ensoberbecidos ejecutando los rituales propios de la celebración: de pie, sentados, de rodillas, de pie, otra vez sentados. Orar, cantar, escuchar, replicar. Una masa obediente que sostenía aquel circo a cambio de las coartadas

necesarias.

Gabriel reconoció entre los devotos de la segunda fila a Katy, la muchacha que le había exigido días atrás que borrara el video de su amiga en el que hacía una felación. Se puso nervioso. En el celular conservaba aún las llamadas perdidas de la protagonista de la grabación posteriores a la fiesta. Recreó el momento en su memoria y al cabo le sorprendió una erección. Amén. *Santo, santo; santo, santo, santo es el señor* cantaba un coro compuesto por pardillos, nerds virginales, jóvenes que nunca iban a las fiestas de Gabriel, quien luchaba contra su miembro enhiesto, empeñado en el recuerdo de las texturas de la lengua de la chica. Desvió la vista hacia el altar y se encontró con la mirada agónica, suplicante al cielo (la última mirada antes de extinguirse la luz), de un Cristo sangrante. La sangre escurría de la frente. La sangre escurría de la herida en el corazón abierta por la lanza de un romano. La sangre escurría de la piel lacerada por los treinta latigazos para gozo de los fariseos. La sangre escurría de cada uno de los estigmas que los clavos arrancaban. A Gabriel se le nublaron los ojos, sintió un escalofrío y la erección desapareció de golpe, como si su pene se hubiera vaciado de repente de la sangre que sostenía su entrepierna. Por inercia, posó sus ojos en Katy. La sorprendió con el rostro ladeado, mirándolo sin recato con un odio cómico, pero no por eso menos inquietante. Su madre apareció súbitamente en su campo de visión. Ni cuenta se había dado de que había dejado su lugar para comulgar. Regresaba con el rictus que adopta la grey cuando acaba de tragarse la hostia. La mujer se arrodilló al lado de su hijo, escondió el rostro entre las manos y se puso a rezar. El padre de Gabriel, al igual que él, no comulgaba. Al igual que él, su padre veía en la comunión la proximidad del fin de la misa.

Diez minutos más tarde pudieron irse en paz.

En el atrio de la catedral, Katy, intencionalmente, se desprendió de sus padres y alcanzó a los de Gabriel.

—¡Hola, nina! —exclamó y le plantó un beso en la mejilla—. ¡Qué tal, nino!

Gabriel quiso escabullirse.

—Katy, preciosa, ¿cómo estás? ¡Qué gusto verte! Hace mucho que no vas a la casa. Mira, hijo, Katy.

Gabriel besó en la mejilla a la ahijada de sus padres. El aire caliente del aliento de la muchacha caracoleó en su oído erizándole los bellos del cuello.

—Te lo advierto, si no haces que ese video desaparezca y no le hablas para pedirle perdón, se los cuento.

Katy se separó un metro de Gabriel.

—Hace unos días estuve en una fiesta que organizó su hijo en su casa, padrinos. ¿No les dijo? Le presenté a una amiga mía.

—Ay, Katy, este plebe nunca nos cuenta nada. Ven a visitarnos cuando quieras.

—Gracias. Ya me voy, mis papás me están esperando.

Gabriel examinó las nalgas de Katy alejándose enfundadas en un pantalón de mezclilla. Eran planas y aguadas. Pinche morra culera, murmuró como si rezara.

El padre de Gabriel bufó y encaminó sus pasos a la camioneta Mercedes Benz GL color gris rata.

—Esa muchachita es encantadora, hijo, deberías quedar con ella. ¿Así dicen ustedes ahora, no? ¿Quedar?

Una mujer lagartija

Se trataba de una mujer de alrededor de cuarenta años, flaca, de extremidades largas que sostenían una cadera descuadrada. A Arnulfo le recordó a una lagartija. Se desplazaba sin prisa ni aplomo entre los maniquís del departamento de ropa femenina de Sears atisbando blusas, faldas, vestidos, sacos, pantalones. De tiempo en tiempo deslizaba las yemas de sus dedos a lo largo de la tela de una prenda y se estremecía. A veces se detenía a verificar un precio. Arnulfo Lizárraga intuyó que lo hacía para observar los alrededores. Todos sus ademanes, su actitud corporal, incluso el brillo de sus ojos indicaban que estaba a la espera. Además, se convenció el policía, esa señora no pertenecía a ese ambiente: la piel seca y envejecida prematuramente, el cabello ralo y castigado, la ropa percudida, el rencor con que recorría la tienda departamental no eran de una clienta asidua, no eran de una clienta, punto. Olfato, corazonada, experiencia, poco importaba el nombre. Arnulfo Lizárraga había decidido adelantarse al portador del rescate. Le había ordenado al agente novato que lo cuidara mientras él localizaba al cobrador. La mujer se había convertido en la principal candidata, tenía que ser ella, nadie más en el lugar encajaba en el perfil. La mujer comprobó la hora en un reloj de pulsera blanco, de plástico, de esos que venden en los tianguis por cincuenta pesos. Está nerviosa, pensó Arnulfo. No imaginaba cómo había ido a convertirse en cobradora de una banda de secuestradores. Especuló: un esposo encarcelado, una ristra de hijos pidiendo comida, ropa, celulares, tablets. El salario mínimo en una compañía de limpieza, una cadena de deudas interminable. El timbre del celular sacó a Arnulfo de todas las posibilidades que

había enumerado mientras observaba a la mujer.

—El mensajero está haciendo su ingreso al mall —dijo la voz del policía novato.

Arnulfo Lizárraga guardó silencio, guardó silencio para no echarse a reír, una hilaridad incontenible y cínica. Por fin habló:

—No lo sigas, quédate vigilando la puerta de entrada.

—Pero…

—Pero nada, cabrón, obedece.

Arnulfo Lizárraga cortó la comunicación, luego volvió la mirada a la mujer que seguía dando vueltas alrededor de la ropa femenina como un satélite. Una dependiente se le acercó, le ofreció ayuda, la mujer negó necesitarla. El policía confirmó su sospecha. Las pupilas de la mujer se dilataron, sus manos soltaron la etiqueta de una blusa morada y dio un paso atrás sin ningún sentido: había detectado antes que Lizárraga al socio del empresario secuestrado. Éste acababa de hacer su entrada con el rostro lívido, moviendo la cabeza a diestra y siniestra como un simio enjaulado. Caminaba apretando los glúteos y con los brazos pegados al cuerpo, aunque ligeramente oscilantes. Del hombro derecho colgaba una bolsa de piel negra, abultada, con dos millones de pesos dentro. El mensajero atravesó el departamento de aparatos electrónicos y llegó al de ropa femenina. Depositó la bolsa detrás de un maniquí que lucía un largo abrigo naranja, cuyos brazos apuntaban al techo dispuestos a atrapar algo, tal vez se trataba de una alabanza. El socio de la víctima estudió el maniquí durante unos segundos, parecía que iba a abrazarlo. Luego, siguiendo las instrucciones de los raptores, abandonó la tienda departamental por la salida que daba al estacionamiento. La mujer se acercó al maniquí, comprobó el precio del abrigo, tomó la bolsa de las asas y encaminó sus pasos en sentido contrario. Una vez en el pasillo central, giró a la izquierda.

Arnulfo Lizárraga marcó al celular del policía novato.

—Ya identifiqué al cobrador, es una mujer de unos cuarenta años, vestida con pantalón de mezclilla, camisa a cuadros y una chamarra azul. Se dirige al estacionamiento de Sears por la salida poniente, concentra ahí a todos los efectivos.

A las afueras del mall aguardaba una docena de agentes de la Policía Estatal camuflados.

La mujer se cruzó con una joven de unos veinte años, gorda y chapeteada, que le arrebató disimuladamente el bolso de cuero con el dinero. Una muchacha angelical que saldría del centro

comercial por la puerta del oriente sin levantar una sola sospecha.

En unos días más, el empresario aparecería vivo en algún lugar recóndito del desierto o la sierra.

Arnulfo Lizárraga se desentendió de la muchacha y siguió a la mujer, que orientó sus pasos al estacionamiento. Al alcanzar la calle, Arnulfo se topó con el policía novato. La expresión de su rostro reflejaba un patético desconcierto. Le señaló con el mentón a la mujer. El policía novato se sumó a la persecución.

—¿Dónde está el dinero?

—No sé —mintió Lizárraga—. Un poco antes de llegar a la puerta de salida se cruzó con un grupo de bukis y ya no supe dónde quedó la lana.

—Es un pinche señuelo, dieron el cambiazo. No ha de estar lejos el cómplice, podemos acordonar el centro comercial y poner retenes en los accesos.

A Arnulfo Lizárraga le inquietó el entusiasmo del agente recién egresado de la academia de policía. Luego calculó el tiempo que tardaría en caer en la mediocre inercia de la corporación, en la revolvedora de intereses y cotos de poder. Le daba un año cuando mucho. La mujer había cruzado ya medio estacionamiento.

—Ya es tarde para un operativo, además, podemos alertar a los secuestradores y terminan dándole matarile al empresario. Se nos fue, mi amigo, ni modo, así es esto. Vamos a aprehender a la mujer para ver qué le sacamos. No creo que sepa mucho, a los señuelos les dicen lo justo.

Arnulfo Lizárraga levantó la mano y señaló a la mujer ostensiblemente. Cuatro agentes camuflados salieron de diferentes esquinas del estacionamiento, la rodearon, la tomaron de los brazos y la dirigieron a una patrulla ubicada en la salida del estacionamiento. Arnulfo Lizárraga y el policía novato continuaron caminando relajadamente hacia la patrulla.

Un viejo zorro de Antisecuestros se desprendió del grupo que había detenido a la sospechosa y se acercó al par de policías. Caminaba como si llevara permanentemente el ano embarrado. Al rojo vivo.

—Está kleen, no trae la lana encima.

—¿Pero cómo pudo desafanarse de la lana sin que usted se diera color? —le preguntó el agente novato a Arnulfo Lizárraga con un deje de irritación en la voz.

—Mira, cabrón, cuando salió al pasillo se cruzó un puto

grupo de escuincles, un chingo, y dejé de mirarla unos segundos, en ese momento ha de haber dado el cambiazo —explicó Arnulfo y sin esperar réplica se dirigió a su auto.

Entonces, la voz del policía novato, ahora desafiante, lo detuvo.

—¿Y no se dio cuenta de que ya no llevaba la bolsa encima?

Arnulfo regresó sobre sus pasos. Caminaba cargando su cuerpo como una penitencia, un castigo insobornable. La sonrisa parecía, más que nada, un tajo.

—¿Qué estás queriendo decir, plebe pendejo? Yo reporté lo que vi, ¿ok? Tenemos a un miembro de la banda, eso es lo que importa. Le podemos sacar información que nos lleve al resto, chamaco baboso, así que, en lo que a mí respecta, el operativo ha sido exitoso.

El viejo zorro sonreía, sonreía porque sabía lo que estaba pasando. El novato, por el contrario, dio un paso atrás. Quería poner una distancia infinita entre él y el hombrón que se le venía encima. A Arnulfo la furia se le disipó de golpe gracias al timbre del celular.

—¡Bueno! —contestó Arnulfo. Escuchó unos segundos—. Orita no puedo, estoy chambeando, luego paso —Lizárraga colgó y le dijo al viejo policía que era su vieja.

—Me la saludas —musitó el veterano—. ¿Cómo está tu hija?

—Entró a la uni a estudiar derecho.

—Qué a toda madre, felicidades, Lizárraga.

El viejo zorro se encogió de hombros y se alejó caminando con el compás muy abierto, como si estuviera más rozado que antes. El policía novato trató de disculparse.

—No era mi intención, yo lo respeto mucho, es usted…

—Nos vemos en la base, no hay bronca, todo bien. Hay que interrogar a la detenida.

La mujer de Arnulfo Lizárraga le había pedido que recogiera a su padre y lo llevara a la casa. Pasaría el día con ella. Hacía dos años había muerto su esposa. Desde entonces vivía encerrado en una pequeña casa insostenible, sin otro pasatiempo que cuidar a un viejo labrador negro al borde de la muerte. Su suegro era un hombre de la sierra alta. Sombrero vaquero, pantalón y chamarra de mezclilla con forro aborregado, navaja multiusos al cinto. Un hombre de a caballo que terminó sus días en esa ciudad sin cerros, sin saber muy bien cómo vivirla. No le gustaba conducir por sus calles, no iba a los casinos, detestaba la cerveza. En los

días de guardar tomaba un caballito de tequila, era todo. Nunca había cruzado la frontera. El cine le parecía magia sospechosa. Aborrecía las multitudes, la histeria de una ciudad que crecía sin saber cómo, hacia dónde y por qué. Su suegro hablaba poco y prefería quedarse solo en su casa, en compañía del labrador. Pero su hija, la mujer de Lizárraga, se empeñaba en llevarlo con ellos de vez en cuando, sentarlo en la sala frente a la tele y ponerlo al día.

Arnulfo, súbitamente, cambió de opinión. Antes de reportarse a la base pasaría por el anciano y lo dejaría en la casa. Su mujer no había podido hacerlo porque había estado demasiado tiempo en el gimnasio y aún debía ir al súper y preparar la comida. De todas formas, no tenía muchas ganas de encarar al comandante de la unidad. En lugar de desviarse a la derecha rumbo a la Procuraduría, tomó el trébol en dirección a la presa sin agua. Su suegro vivía en una colonia miserable que se había multiplicado a sus orillas, aislado de las demás casas, al fondo de una brecha que no iba a ninguna parte. Encendió la sirena. Las pequeñas luces azules y rojas instaladas en el salpicadero del Bora comenzaron a parpadear. El ruido obligaba a los otros autos a orillarse. Una limpia autopista se abrió ante él. Aceleró. Al llegar a los semáforos, si estaban en rojo, desaceleraba lo suficiente para verificar que los automovilistas se hubieran detenido y volvía a pisar a fondo el acelerador. Voló sobre el puente que atravesaba el Periférico Sur. En la calzada Santa Clara giró a la derecha. Se internó por las callejuelas de tierra hasta dar con el domicilio de su suegro. Lo encontró sentado a la puerta de la casa, con el labrador a los pies, escuchando un pequeño transistor que emitía una pol-ka. El anciano marcaba el ritmo con el talón sin perder el compás. Los sonidos del acordeón, el bajo sexto, el tololoche y la tarola apenas brotaban del viejo aparato. Eran un murmullo intoxicado de estática. El anciano no dio muestras de reconocer a Arnulfo. Continuó con la mirada colgada en algún punto de la presa de azogue mientras se esforzaba por apreciar la música. Una melodía —imaginó el policía cándidamente— con la que viajaba a aquellos domingos por la tarde en que bailaba con su mujer en la plaza del pueblo. Arnulfo, frente a su suegro, solía ponerse sentimental. Una mezcla de misericordia, envidia y desprecio. Era probable que su suegro hubiera mencionado alguna vez el asunto del baile.

—Don Cipriano, ey, suegro, vine a llevarlo con su hija —gritó

Arnulfo desde el carro, a través de la ventanilla abierta del asiento del copiloto.

Don Cipriano desvió las pupilas unos centímetros, lo justo para enfocar al sujeto que le hablaba y gesticulaba desde un auto negro. Después de unos segundos, movió la cabeza, tal vez como un saludo, una señal de reconocimiento, una mentada de madre. Se incorporó de la silla de mimbre —hundida por la impronta de su culo enjuto— con ese cuidado que imponen los huesos secos. Le dio un zape cariñoso al labrador para que lo siguiera. El labrador se levantó con la misma dificultad que su dueño. Tenía dieciséis años. Don Cipriano le abrió la puerta de la casa, hizo pasar al perro, apagó el transistor, lo dejó en el recibidor de la casa, cerró la puerta tras de sí y se dirigió al carro del yerno.

—¿Cómo ha estado, suegro?

—Jodido, ¿cómo quieres que esté?

Poco más se habrían de decir durante el trayecto. Arnulfo Lizárraga hacía años que se había acostumbrado a los silencios de ese hombre que solía presidir la mesa en Nochebuena horrorizado de todo lo que le rodeaba. El policía se aplicaba en seguir las reglas del juego sin cuestionarlas. Era el padre de su esposa, el abuelo de su hija, tratar de ir más allá era inútil, había implícito un sentido del deber. Lizárraga observó que al anciano se le habían acumulado pequeños grumos de tierra en los surcos que cruzaban su rostro. Desde que amanecía, el viejo acostumbraba sentarse en el pórtico de su pequeña casa como una especie de tótem a escuchar la radio y tomar café. El ocasional viento levantaba la tierra de las calles sin pavimentar de la colonia, de la presa, y la estrellaba contra la cara de don Cipriano. Éste sólo entrecerraba los ojos y resguardaba la taza con la palma de la mano. Ni las ocasionales lluvias de verano lo sacaban de su letargo. Arnulfo se lo había encontrado más de una vez en su silla de mimbre bajo la llovizna con la cara al cielo estudiando las nubes. La piel del anciano era una costra más que otra cosa. Tenía algo de saurio con sus ojillos temblorosos pendientes del Periférico Sur.

—¿Cuándo va a ir al pueblo? —preguntó Arnulfo.

—¿A qué voy? Ya se murieron todos.

Cuando estaba con su suegro, al policía le gustaba prometerse que no iba a ser un viejo amargado como don Cipriano. Al llegar a los ochenta años, Arnulfo Lizárraga olvidaría la promesa seguramente.

Extrajo el celular del bolsillo de la chamarra de piel y marcó a su esposa.

—¿Carmen? Ya voy para allá con tu papá, en diez minutos llego. No, no nos trajimos al perro. No sé por qué no nos lo trajimos.

Arnulfo Lizárraga separó el celular de su oreja unos centímetros y le preguntó a su suegro por qué no se habían traído al perro.

—Porque no quería venir —le contestó don Cipriano.

—¿Escuchaste? Dice que no quería venir. ¿Tu padre? No, el perro. ¿Cómo voy a saberlo? Pues se lo ha de haber preguntado, mujer.

De reojo, Arnulfo Lizárraga captó la sonrisa de su suegro. Viejo cabrón, se dijo el policía.

—Orita te veo, sí, sí, bye —el policía colgó—. Su hija quiere que se quede a dormir con nosotros —le explicó al anciano—. ¿Volvemos por el perro?

—El perro está bien donde está. Más noche me llevas de vuelta a casa. No me voy a quedar en que Carmen.

La esposa de Arnulfo Lizárraga aguardaba a su padre en la entrada de la casa. Llevaba puesto un pants rosa entallado. El cabello teñido de rubio caía hasta sus hombros. Las excesivas sombras de sus párpados hacían juego con la ropa. Los labios también estaban pintados de rosa. Los tenis Nike eran blancos con vivos rosas. El sol se engolosinaba con la mujer parada en la baqueta, ansiosa, toda destellos rosas y basta claridad.

—Papá, ten cuidado. Te ayudo a bajar. Ok, ok, ya entendí, tú solo puedes. ¿Cómo has estado? Verónica tiene muchas ganas de verte. Te hubieras traído a Bronco.

La esposa de Arnulfo Lizárraga no dejó de hablar mientras acompañaba a su padre al interior de la casa. Gesticulaba ansiosa, como si le hubiera dado un súbito ataque de nervios. El anciano no cedió en su silencio.

Arnulfo Lizárraga, ahora sí, decidió reportarse a la base.

Prometeo guasón

Gabriel era el último de la fila. Su padre poseía suficiente dinero para ocupar, si así le venía en gana, el último pupitre de la hilera pegada a la pared opuesta a la entrada del salón, bajo la última ventana, por la que entraba el viento cálido de finales de febrero. El frío había desaparecido de un día para otro, como si un Prometeo guasón se lo hubiera robado. La madre de Gabriel pertenecía a la Sociedad de Padres de Familia del Instituto Regio. El estatus le venía bien a su hijo, que podía darse el lujo de reprobar tres o cuatro materias al final del semestre y pasarlas en los exámenes extraordinarios con un trabajo, un examen fácil previa adquisición de la guía o, en algunos casos, una botella de Buchanan's (marca que a los maestros del Instituto Regio les parecía el súmmum del buen gusto). Gabriel siempre encontraba la forma de embaucar a esos pobres diablos que acudían a la escuela en carros miserables, con ropa gastada, destrozados de los nervios, inflados de rencor y envidia. Siempre había una manera si papá había donado una suma abundante en ceros para construir la alberca del colegio, si mamá era una participante entusiasta en las actividades pastorales lasallistas.

Era la primera hora del viernes. Tenía una ligera resaca. Dormitaba al fondo del salón a la espera de que terminara la clase de filosofía. Gabriel cursaba el sexto semestre de la preparatoria. Había elegido el área de humanidades porque su padre había decidido que estudiara derecho en el Tecnológico de Monterrey. En agosto de ese año partiría a la capital regiomontana a iniciar la carrera. A Gabriel le daba igual una que otra, pero no podía esperar a largarse de esa ciudad que había crecido de golpe sin deshacerse del espíritu vaquero que la alimentaba. El maestro

recitaba la clase de memoria, probablemente llevaba una década enseñando lo mismo a varias generaciones de alumnos que habían olvidado su nombre. Gabriel escuchaba su voz triste, apabullada, una voz nimia y rota, con un cierto engolamiento de sabio de pueblo, sin prestar atención al significado de las palabras. ¿Qué podía importarle el concepto que tenía Sartre de la libertad, el absurdo, la nada? ¿Qué podía importarle a nadie darle un sentido a la existencia? Gabriel dormitaba doblado sobre el pupitre, acunado por una cascada de términos de un lenguaje antediluviano. Le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto y no había desayunado. La noche anterior, en casa de Josué, se habían tomado unos vodka tonics y se habían metido un par de líneas de coca cada quien. Leve, nada del otro mundo. Una reunión espontánea para seguir planeando el rave del sábado. Josué dormitaba a su lado, en el pupitre contiguo. La fidelidad de Josué resultaba conmovedora y pegajosa. Mientras los otros miembros de la banda, al finalizar la secundaria en esa misma escuela, habían continuado sus estudios al otro lado de la frontera, Josué se había inscrito en la preparatoria para no separarse de Gabriel. A Gabriel, la idea de estudiar en el gabacho le parecía demencial. Su padre quería enviarlo a una escuela militar gringa, su madre se opuso. Al final, el hijo se salió con la suya. Gabriel no tenía nada en contra de los gringos. Al contrario, le encantaba cruzar la frontera e ir de shopping. Se trataba de un comprador sibarita, exigente y compulsivo. Las razones que aducía para no estudiar en Estados Unidos tenían que ver con la lenidad de un colegio al que había entrado desde la primaria, con el dominio que ejercían él y su apellido en un hábitat sumiso a su ascendencia. Además, el inglés le parecía un idioma indomable, un montón de guijarros en la boca.

Faltaban unos pocos minutos para que terminara la primera clase. Una eternidad para que sonara el timbre de salida a las 13:50 horas, se despojara del uniforme escolar y recuperara la vida. De reojo observó que Josué respingaba en su asiento y abría los ojos como si fuerzas invisibles tiraran de sus párpados. Amodorrado, siguió la mirada de su amigo hasta el pizarrón.

—Hijo de la chingada —susurró Gabriel.

En el pizarrón el maestro había escrito: Lunes, examen parcial. Tema: el existencialismo. Oyó al maestro argumentar ante las protestas de sus alumnos que tenían todo el fin de semana para estudiar, que si habían prestado atención en clase no

necesitaban más que repasar sus apuntes.

—Oiga, maestro, mis papás y yo saldremos de la ciudad, vamos a la boda de una prima —mintió Gabriel totalmente despierto, imponiéndose sobre la dispersa ola de quejas que no terminaba de estallar. Cuando Gabriel se dirigía a sus maestros, lograba imprimir en sus palabras un cierto fulgor intimidatorio. A veces daba resultado.

—Señor García —replicó el maestro—, no veo por qué no pueda llevarse sus apuntes y repasarlos. Seguro que encuentra un tiempo.

El maestro no esperó réplica. Dio media vuelta, recogió un par de libros y un fólder del escritorio y salió del salón.

—¿Qué pedo con este bato? —dijo Josué.

—Eloverga. En el face se está moviendo cabrón la party, va a ir un chingo de raza.

—¿Y el examen?

—No seas mamón.

Poco a poco el salón se fue vaciando. Los alumnos se encaminaban hacia la capilla. Al grupo de Gabriel le tocaba la misa de ese viernes. La maestra de metodología encabezaba una hilera de adolescentes desganados que cruzaban ya la cancha de futbol. El rectángulo verde era un milagro en ese desierto. Miles de litros de agua regaban todas las noches el pasto para que los alumnos del Regio, entre otras cosas, contaran con una intensa alfombra de zacate importado que en ninguna otra escuela de la ciudad existía. El maestro de educación física presumía de ello a la menor provocación. De todas formas los equipos de futbol del Regio eran un inevitable desastre. ¿Quién quería ser futbolista cuando el futuro les prometía poder comprar un equipo si así lo deseaban? Gabriel y Josué se habían demorado a propósito. En cuanto el grupo diera vuelta en el edificio de la primaria, se escabullirían bajo las gradas, cruzarían de vuelta el campo, sortearían la prefectura tras un grupo de árboles que crecía a la entrada y alcanzarían la calle por la puerta de la preparatoria. A tres cuadras había un Oxxo en el que solían desayunar. La maestra de metodología era estúpidamente blanda, cínicamente crédula. Al prefecto lo tenían comprado con tabaco, cerveza y los videos porno que ellos mismos grababan en las fiestas. Videos que él consumía en la vieja PC de prefectura sin saber que en el historial de navegación quedaba una evidencia que, en un momento dado, podían utilizar para chantajearlo.

Gabriel y Josué, ya en la calle, prendieron un cigarro. Lo rolaban mientras caminaban despreocupados hacia la tienda. El viento cálido persistía, una caricia de una primavera precoz que anunciaba un verano calcinante. Ambos se despojaron del suéter azul rey con el escudo del colegio en la solapa y quedaron en mangas de camisa. Se anudaron el suéter en las caderas. Había un grado envidiable de soltura en la forma en que atravesaban las calles, esa certeza inmortal propia de su edad y su condición. En la manera en que entraron en la tienda y recorrieron sus pasillos en busca de burritos prefabricados, hamburguesas prefabricadas, sándwich prefabricados, jugos enlatados.

—Pinche maestro, vale verga. En el ordinario me lo chingo —comentó Josué mientras elegía entre un Jumex de durazno o de manzana.

Gabriel callaba ausente con un té Arizona en la mano.

—¿Qué traes, güey? —preguntó Josué.

—La pendeja de Katy no se tumba el rollo. Sigue con eso de contarles a mis papás lo del video.

—Pues bórralo a la chingada y habla con la morra. Neta sí se me hace gacho.

Gabriel volteó hacia su amigo, arqueó las cejas como solía hacerlo su padre, sonrió de lado y le soltó un puñetazo a Josué en el hombro.

—Qué te pasa, pendejo, la morra me la mamó porque quiso y también quiso que la grabara. Aquí la del pedo es Katy.

—No mames, güey, me lastimaste.

Gabriel se dirigió a la caja y pagó unas Rufles con queso y un té. Pidió unos cigarros. La dependienta le exigió una identificación. Gabriel le mostró una credencial del instituto falsificada. La dependienta le dijo que tenía que ser la del IFE. Gabriel le explicó que la había perdido. La dependienta revisó la credencial falsa. Se encogió de hombros, desplazó las pupilas hasta desaparecerlas en las cuencas dejando los globos oculares en blanco en un tic que a Gabriel le resultó cómico, y llevó su cuerpo obeso al fondo del mostrador, donde se apilaban las cajetillas de cigarros. Cuando regresó a la caja, Josué esperaba su turno para pagar unos burritos, un jugo de manzana y unas galletas Óreo.

Salieron y se sentaron en la banqueta. Comían en silencio, los ojos atravesados por una ancha avenida que a esa hora llevaba burócratas y jóvenes madres de familia con niños de kínder. No

pensaban en nada aunque la expresión de sus rostros aparentara lo contrario. Se concentraban en masticar, en beber, en apurar los sabores industriales que asaltaban su paladar violentamente. Los dedos de Gabriel se pintaron de naranja. También la comisura de sus labios, los dientes, la barbilla. Se llevaba puños de papas a la boca que engullía con fruición, grotescamente. Josué era más mesurado. Mordía el burrito sin mostrar los dientes, adelantando los labios como si fuera a chupar la tortilla enrollada, humedeciéndola un instante antes de hincarle el diente. Gabriel, cuando terminó con la bolsa de papas, lamió sus dedos uno a uno y los restregó en el pantalón del uniforme. Dejó impresa una partitura de huellas naranjas en las perneras. Prendió un cigarro. Josué continuó comiendo.

—¿Conseguiste la yumbina? —quiso saber Josué.

—Un chingo. Se van a poner bien locas. ¿Sabes a quién me pienso coger?

Josué negó con la cabeza mientras se llevaba una galleta a la boca.

—A Sofía.

—¡Mamacita! Pero no se te va a hacer. Esa morra es más apretada que una monja.

—Verás si no —dijo Gabriel más como una amenaza que como un anhelo.

Se incorporó de la banqueta y le propinó una ligera patada en el tobillo a su amigo para indicarle que debían regresar a la escuela. Josué obedeció y le siguió los pasos. Gabriel lanzó la colilla del cigarro lejos, catapultada por el dedo índice. Cruzaron la avenida toreando el tráfico que poco a poco disminuía porque la ciudad ya había inaugurado su frenesí de oficinas y comercios. Atajaron por una callejuela perfilada por patios traseros y ladridos de perros. Llegaron a la entrada del colegio. El prefecto vigilaba.

—No mames, el pinche pelón está en la puerta.

—Vamos al carro por un fólder, güey —propuso Gabriel.

—¿Para qué?

—Para decirle que se nos olvidó un trabajo y que fuimos a la casa a buscarlo, pendejo.

Dieron media vuelta y se introdujeron en el estacionamiento situado frente a la entrada de la escuela. Gabriel tuvo que buscar el Nissan Sentra con el que le había premiado su padre: había aprobado en extraordinario las cuatro materias que quedó

debiendo y pasado al sexto semestre limpio. Lo había elegido plateado. Gabriel deseaba un Mustang, un Corbette al menos, un auto deportivo para sembrar estelas de asombro en la noche de la ciudad. Su padre había pellizcado el ceño fruncido con los dedos de la mano izquierda y cerrado los ojos como si le fuera a estallar la cabeza. Gabriel sabía que después de ese gesto venía una negativa rotunda. No, dijo, no quiero que mi hijo parezca un júnior pendejo. Pero soy un júnior pendejo, replicó su hijo con ese cinismo envejecido que esgrimía ante su padre, con esa boca torcida de precoz desencanto, con esa desgana corpórea y esquiva que sabía lo desconcertaba, lo enfurecía.

—Cómo eres baboso. Ahí está, güey.

Gabriel siguió el dedo de su amigo que señalaba el auto estacionado al fondo de la tercera fila. El sol brillaba a medio camino del cénit. Arrancaba destellos de la pintura nueva de los autos, estacionados como si se tratara de una agencia. A lo lejos podía apreciarse la parcela destinada al estacionamiento de los maestros. Ahí, los modelos mostraban pinceladas de herrumbre, llantas sin copas, diseños angulares que denunciaban un par de décadas de rodar por el mundo. Gabriel caminó hasta su carro. Abrió desde la distancia el seguro de la puerta: un bip y un parpadeo de las luces traseras. Buscó en el asiento de atrás una carpeta, un fólder olvidado de un antiguo trabajo de cualquier materia. Tuvo suerte.

—Nos está mirando, guey, ya se dio cuenta —alertó Josué.

Gabriel se encogió de hombros y emprendió el regreso a la entrada de la escuela. El prefecto los esperaba cruzado de brazos. El sol también arrancaba destellos de su cabeza sin rastro de cabello, al igual que de la carrocería de los coches. Gabriel desvió la mirada hacia la hilera de ventanas del segundo piso del edificio. Los alumnos sentados en orden parecían muñecos puestos para una escenografía. Le sorprendió que apenas tuvieran movimiento. La escena se hizo pedazos al sonar el timbre que anunciaba el final de la segunda hora y el inicio de la tercera. Los alumnos, atornillados a los pupitres unos segundos antes, saltaron como resortes de sus asientos e iniciaron un rumor uniforme que fue creciendo de tono según se escapaban de sus aulas para ir al baño o simplemente estirar un minuto las piernas antes de la llegada de la siguiente clase, del siguiente mono que se pararía frente a ellos.

—¿Por qué están fuera del recinto? —inquirió el prefecto.

—Tuve que llevarlo a su casa, se le olvidó este trabajo —explicó Gabriel con el fólder en la mano—. Si no lo entrega hoy lo reprueban.

Gabriel veía directamente a los ojos del prefecto mientras hablaba. Éste bajó la mirada al fólder que abanicaba el aire a causa del imperceptible movimiento del brazo del chico, como el péndulo de un reloj de pared a punto de detenerse.

—Los tengo que reportar, muchachos, saben muy bien que no pueden salir de la escuela sin permiso de la dirección.

Gabriel sonrió y simplemente pronunció: Sofía.

—¿Qué dijo? —preguntó el prefecto.

—Lo he visto cómo la mira. Cómo le mira las piernas, las chichis, las nalgas cuando lleva el uniforme de educación física. Ese shorcito apretado que le marca la panocha.

—Mejor cállese, señor García, o le va a ir peor. Yo no miro de ninguna forma a la señorita Rubalcaba. Acompáñenme a la dirección, los dos.

—Pero yo qué hice —protestó Josué.

—El lunes puede tener un video de Sofía cogiendo —susurró Gabriel.

El prefecto congeló su primer paso hacia la dirección. Los hombros se le cayeron, inclinó la cabeza, se mordió el labio inferior, dejó que pasaran unos segundos, meneó la testa como si fuera un buey espantando una nube de moscas y habló:

—Usted cree que puede hacer lo que le venga en gana, ¿no es cierto?

—¡Señor director! —interrumpió Gabriel. Fue un grito desenfadado dirigido a un hombre extremadamente magro y narigón que en ese momento salía de la dirección. Poseía una inquietante semejanza con Agustín Lara. Probablemente los alumnos le habrían puesto de sobrenombre El Flaco de Oro si hubieran conocido al compositor veracruzano.

—¿Buenos días, muchachos? ¿Por qué no están en clase? —preguntó el director desde la distancia.

—Fuimos al carro por un trabajo, pero el prefecto no nos cree —explicó Gabriel.

Josué palidecía a su lado. De pronto, no podía sacarse de la cabeza la promesa de la desnudez de Sofía, su cuerpo intoxicado en una cama de la casa de playa de Gabriel, desinhibida por los efectos de la yumbina y el alcohol, dispuesta a abrir las piernas, la boca. Le pareció que el prefecto luchaba contra la misma imagen

que Gabriel había sembrado en sus mentes. Una imagen irresistible, una tentación brutal, una Lolita en medio del desierto. No va a poder con Sofía, quiso decirle Josué al prefecto.

—Vayan al salón antes de que les pongan falta —resolvió el director.

Gabriel, de espaldas al director, comenzó a alejarse del prefecto mientras le guiñaba un ojo y simulaba masturbarse con el puño a la altura de su pene. Josué escondió el rostro y fue tras su compañero. Al prefecto le brillaban los ojos. Tal vez por la ofrenda del cuerpo de la señorita Rubalcaba capturado en un video, tal vez por la impotencia.

La hora que marcaba el fin de las clases llegó como si el tiempo pasara en un planeta más grande que la Tierra. Un tiempo espeso, letárgico, que los viernes solía detenerse en la última clase para luego precipitarse en cuanto el timbre de salida liberaba las cientos de hormonas atrapadas entre esos muros. A las 13 horas con 50 minutos, una corriente eléctrica sacudía los cuerpos adormecidos que, a medida que abandonaban las aulas y se sumaban al río turbulento de estudiantes, parecían abrirse como flores carnívoras. Ellos se desfajaban las camisas del uniforme y liberaban el pantalón del cinto para que se deslizara hasta sus caderas. Ellas se desabrochaban los tres o cuatro primeros botones de la blusa y le daban una vuelta a la pretina de la falda para convertirla en mini. Asaltaban el estacionamiento formando grupos alrededor de los carros y parloteaban ansiosamente sobre los planes de esa noche y la siguiente. Los dedos se deslizaban sobre los teclados touch de sus teléfonos inteligentes a una velocidad de vértigo. En el aire, soporífero hasta esa hora, comenzaba a flotar el incipiente desenfreno que inoculaba a los alumnos como un virus para el que no habría antídoto hasta el domingo por la noche, cuando la realidad del inicio de otra semana de clases los sumiera en una apatía aún más enfermiza. La fiesta de Gabriel García en su casa de la playa dominaba las múltiples pláticas. Acudirían los que tenían que acudir, los incluidos en un círculo precisamente delimitado por códigos que representaban una selección natural. El resto buscaría una vida en las redes sociales, prepararía el examen de filosofía, acompañaría a sus padres a reuniones aburridas, se deslizaría en oscuros hoyos a esperar que llegara el lunes. El resto, los excluidos, únicamente podría imaginarse el paraíso.

Aquello era la familia

Aquello era la familia: tres seres extraños que daban por hecho que debían ir a comer un domingo a un restaurante nuevo y muy caro, especializado en comida exótica, al otro lado de la frontera. Aquello era la vida: una receta de gusanos de seda fritos y una hija y una esposa al acecho de su cara de asco. A pesar de los años, Arnulfo no se acostumbraba. La idea había sido de Verónica. Intentaba darle un giro diferente a la tradición: un fin de semana al mes iban los tres al gabacho de shopping y luego a un restaurante de comida italiana, francesa, china, japonesa, hindú. Comían prácticamente en silencio. Intercambiaban ocasionalmente comentarios sobre los platillos, sobre el calor, sobre la rutina de sus existencias. Luego otra vez el silencio, acentuado por las palabras que salían de la boca de los dos mujeres, por el siseo de los comensales, por los platos y vasos chocando en la cocina. A veces le preguntaban sobre su trabajo, pero a Arnulfo Lizárraga no le gustaba hablar de su trabajo. Su mujer y su hija se lo agradecían. Ahí estaban los lujos, la buena vida, el calor reconfortante de los objetos que las rodeaban. No había que rascar más allá de la piel. Verónica muchas veces mentía al respecto: Trabaja en el gobierno, decía cuando le preguntaban. Y los tres iban una vez al mes a un restaurante lujoso gringo para sepultar el recelo que les provocaba el hecho de poder hacerlo.

—¿Qué esperas, papá? ¡Cómetelos!

Tenían un aspecto repugnante. Por más que estuvieran camuflados en una salsa naranja, no dejaban de ser gusanos y no podía evitar imaginárselos vivos, arrastrándose sobre un rectángulo de cartón, dejando un rastro de seda tras de sí. Los

únicos gusanos de seda que había visto en su vida Arnulfo Lizárraga estaban en una caja de zapatos; un compañero de primaria los había llevado a la escuela para morbo de un puñado de niños que los contempló con deseos de aplastarlos bajo el pulgar.

—¡Cómetelos, con una chingada! —gritó Verónica. De inmediato se amordazó la boca con las dos manos. Arnulfo recorrió el comedor con la mirada. Algunos comensales voltearon discretamente por el exabrupto. Carmen dio unos golpecitos cariñosos en el hombro de su hija. Arnulfo Lizárraga aspiró como si fuera a sumergirse en las profundidades del mar y llevó el tenedor a la boca. Cerró los ojos. Los cuerpecillos de los gusanos se deshicieron en el paladar. La salsa agridulce anulaba cualquier posibilidad de reconocer el sabor propio de los lepidópteros.

—¿A qué saben? —preguntó Carmen.

—A pollo —contestó Arnulfo después de buscar una equivalencia y no encontrarla.

Su mujer había pedido unas ancas de rana. Su hija, fajitas de cocodrilo. Los parroquianos, gringos en su mayoría, engullían las extravagancias que desfilaban ante sus ojos con la parsimonia de quien presencia un ritual masái durante un safari.

Aquello era la vida: pagar trescientos dólares por una experiencia culinaria que los dejaría hambrientos y con ganas de un sangrante Rib Eye acompañado de un puñado de tortillas de harina.

—No puedo, hija, lo siento —dijo Arnulfo después del tercer bocado. Empujó el plato lejos de él y cruzó el tenedor y el cuchillo sobre los gusanos. Las mujeres no comentaron nada. Arnulfo las odió un poco. Se trataba de una punzada en la base del estómago que lanzaba una breve onda expansiva por todo su cuerpo. Ascendía a su cerebro, descendía a su estómago, explotaba en las extremidades e inmediatamente desaparecía. Duraba unos pocos segundos, pero Arnulfo sabía que esa onda expansiva asomaba a sus ojos y, durante ese lapso, condenaba a las dos mujeres al miedo, a la soledad, a la incomprensión. El policía era capaz de detectar esa misma explosión de odio en la forma en que su mujer torcía la boca o en la manera en que su hija se rascaba el cuello. Cuando sucedía, el silencio dejaba de ser incómodo y se volvía un refugio necesario, un descanso. A veces, Arnulfo Lizárraga se arrepentía y buscaba el modo de restaurar la armonía. La idea que tenía de tal cosa al menos. A veces se sentía

torpe y exhausto, o torpe o exhausto, y el pequeño odio quedaba ahí, flotando en medio de los tres.

También la familia era eso.

Arnulfo Lizárraga pidió la cuenta. Les esperaban dos horas de carretera. Una de ellas del lado americano: un free way liso y limpio como el alma de un niño. El resto, del lado mexicano.

Caminaron al estacionamiento. Abordaron la camioneta de Carmen y tomaron rumbo a la frontera. En la parte de atrás se amontonaban las bolsas con zapatos, vestidos, pantalones, camisas, aparatos electrónicos, objetos decorativos. Conducía Arnulfo. A su lado, Carmen se despedía con la mirada de ese paisaje metódico y predecible que es el sur de Estados Unidos, trazado con el pulso de una mano implacable. Verónica ya se había colgado del iPod, cerrando los ojos, desconectándose del mundo.

El cemento dio paso al desierto. La carretera lo partía en dos: la única dimensión humana en medio del infinito. El sol se precipitaba por el oeste inundando el auto de un naranja efervescente. Un punto blanco atravesando el fuego. Una cápsula de silencio cruzando la nada. Entonces Arnulfo habló.

—Me mandó llamar el comandante de la unidad. Lo veré mañana a las nueve.

—¿Y qué quiere? —preguntó Carmen irritada.

—No me dijeron. Imagino que es por el examen de control de confianza.

—¿Te van a correr?

—Al Sahuaripa y al Chepe los corrieron.

—Ese par de lángaros. Tú no has hecho nada malo.

Arnulfo desvió la vista de la carretera un segundo para clavarla en el perfil de su mujer. ¿Hasta qué punto Carmen creía en su inocencia? Carmen no se atrevió a encarar a su marido. Continuó con los ojos en el asfalto. Arnulfo se concentró de nuevo en manejar.

—Eso no importa, si no pasé el examen, me corren —dijo.

—Tendrían que correr a toda la corporación —apuntaló Carmen.

En cuanto terminó de decirlo, se dio cuenta de lo estúpido que era su comentario. Si algo había aprendido en dieciocho años de matrimonio era que en el trabajo de su marido la lógica no tenía lugar. El espíritu de la institución se alimentaba de la arbitrariedad de quienes la dirigían. Si así convenía, su marido

sería expulsado.

—¿Y qué vas a hacer si te corren?

—No lo sé. Estamos cubiertos por un tiempo. Después…

El adverbio flotó en la cabina de la camioneta un instante, a la deriva, con todo el poder de su incertidumbre.

—¿Cómo que por un tiempo? ¿Cuánto tiempo?

—Si recortamos gastos, medio año tal vez —calculó Lizárraga.

—Me imagino a qué te refieres con recortar gastos: tendremos que salirnos del gimnasio, nada de shopping ni vacaciones. Para ti es fácil, nada de eso te afecta.

—Puedo vender algunos de mis aparatos. La tele del estudio, el estéreo, no sé. —Arnulfo Lizárraga dudó en continuar hablando. Le apremiaba la necesidad de restablecer el clima indefectible en el que respiraban esas dos mujeres. No se atrevía a poner a prueba su cariño o lo que fuera que sintieran por él: el proveedor infatigable—. No te preocupes, tengo algo en la mira —admitió finalmente.

—¿Otra chamba, un negocio? —preguntó su mujer.

—Digamos que un negocio.

Carmen guardó silencio. De pronto dijo:

—Me hablaron de un psiquiatra muy bueno en Guadalajara. Es caro pero muy bueno.

Verónica manifestó sus incipientes tics a los diez años. Primero fue un parpadeo incontrolable. Después, un convulso y sangrante morderse el labio inferior. Un día llegó a la casa con la novedad de que cabeceaba en intervalos de quince segundos como si fuera un delantero centro rematando a portería. La primera vez que Verónica llamó puta a su madre porque le exigió recoger el cuarto, Carmen le cruzó la cara de una cachetada. Desconsolada, pasó una tarde entera llorando, oculto el rostro en la almohada, jurando que se le había salido sin querer. A los doce años, expresiones como verga, culo, panocha, puta, hijo de la chingada, cabrón, pendejo brotaban de su boca sin mayor contexto que el de su abrupta sonoridad. Después de una larga lista de psicólogos y psiquiatras, una doctora diagnosticó el trastorno: síndrome de Tourette. Que fuera hereditario únicamente logró alimentar el aborrecimiento entre sus padres. La doctora los tranquilizó, los tics y la coprolalia disminuirían conforme Verónica dejara atrás la adolescencia. Verónica que viajaba en el asiento de atrás rascándose el cuello, tallándose la

frente, acomodándose y desacomodándose el cabello y murmurando: ¡a la verga, a la verga, a la verga, qué buena rola!

—Más medicina, más tratamientos, más consultas para que nos digan lo mismo —dijo Arnulfo Lizárraga—. Ya escuchaste a la doctora, se le va a quitar con el tiempo. Yo la siento cada vez mejor.

—Sabía que ibas a salir con eso —puntualizó Carmen.

Verónica, a pesar de la música retumbando en sus oídos, intuyó que sus padres hablaban de ella. Tal vez no se trataba de intuición sino de egolatría. Iba a morderse el labio inferior pero se contuvo. Cada vez que manifestaba delante de sus padres alguno de los tics, sentía un gran desasosiego. Sus padres, discretamente, solían estudiar el comportamiento de Verónica. Se trataba de una inspección en la que esperaban confirmar que los tics ya no estaban ahí, o al menos, no con la frecuencia del día anterior. A Verónica le acometía la sensación de que los decepcionaba si parpadeaba frenéticamente, cabeceaba sin sentido o se mordía el labio inferior. Con el tiempo, había logrado mantener sus tics a raya, no sólo frente a sus padres, también en la escuela. Como bien se lo había advertido la doctora, era extenuante. Las ocasiones en que debía socializar más de la cuenta, acababa sumida en una apatía de la que no lograba deshacerse en muchas horas, incluso días. Verónica se despreciaba constantemente. A veces, con esa misma intensidad, despreciaba al mundo. La doctora le había explicado que ese desdén hacia ella y hacia los otros incidía en sus trastornos nerviosos. Buena parte de su adolescencia se traducía en una batalla incesante por transformar el menosprecio que sentía por algo parecido a la alegría. Mientras que la mayor parte de las chicas de su edad huía de la compañía de sus padres, Verónica se refugiaba en ellos para sustentar un clima de normalidad. Porque con sus padres al menos podía sentirse normal, una sensación tan inofensiva, tan cálida, tan inocua.

Dejaron atrás la garita del lado americano después de entregar los I-94, los permisos para adentrarse en Estados Unidos más allá de 25 millas. En la garita mexicana el semáforo aleatorio para las inspecciones aduanales se puso en rojo. Tuvieron que estacionarse en el área de revisión. Un agente se les acercó con paso cansino. Parecía haber salido de un letargo de muchos días, como si la camioneta de los Lizárraga fuera la primera noticia que tenía del mundo exterior. Preguntó si tenían algo que declarar. Sí

lo tenían, por supuesto. Arnulfo entabló una plática informal con el agente fiscal hasta que pudo sacar a relucir su pertenecía a la Policía Estatal. Le mostró la credencial y le tendió una tarjeta para lo que se le pudiera ofrecer, nunca se sabe. En efecto, nunca se sabe, confirmó el agente aduanal y los dejó partir sin declarar ni pagar los correspondientes impuestos.

La patria estaba desierta a esas horas de la tarde; maltrecha y descuidada. El contraste entre la versión gringa y mexicana era palpable, incluso insultante. Pero los Lizárraga, como la mayor parte de los habitantes de la franja fronteriza, ya ni siquiera lo apreciaban. Limpieza/suciedad. Pavimentos impolutos/baches y agujeros. Silencio/ruido. Boutiques, tiendas y supermercados/ vendedores ambulantes gritando su mercancía. Cualquier otra persona ajena a esa geografía experimentaría el contraste como un salto abismal entre dos realidades que se daban la espalda. Para los habituales del trajín fronterizo se trataba de una sola realidad matizada por la costumbre.

La frontera quedó atrás. El sol los acompañaba en su caída. Verónica dormitaba. Carmen se hacía la dormida. Arnulfo sujetaba el volante con fuerza sin darse cuenta y pensaba en la reunión que sostendría al día siguiente con el comandante.

Un animal soberbio empapado de tiempo

I

La tacha estalló en el cerebro de Gabriel en el momento en que se sentaba frente al mar oscuro y extrañamente silencioso. Los destellos de la luna llena sobre la superficie marina cobraron de repente una intensidad pura, metálica, reverberante. En el horizonte, la silueta de un islote se recortaba espesa en la negrura como si fuera un animal surgiendo de las profundidades subacuáticas, un animal soberbio empapado de tiempo. Gabriel sintió el océano entrar por sus ojos e invadirlo de infinidad. Sintió el tímido golpeteo de la marea baja anular el ritmo electrónico que sonaba a sus espaldas, muy lejos, en la terraza de la casa de playa de sus padres. Sintió la arena tibia en la palma de sus manos, en sus pantorrillas, en sus tobillos, como si fuera una caricia que venía del mismo centro de la tierra. La brisa era tan solo un soplo fresco, casi tierno, delicado, que silbaba en su cerebro, acallando todos los pensamientos. Entonces, el vacío en su interior creció de golpe, se hizo insoportable, un cepo que atenazó sus entrañas. Ya no pudo contemplar el mar. Buscó el contacto visual con cualquier cosa de dimensiones más humanas. A unos cuantos metros, semiocultos por una palapa, un chico y una chica se besaban, se metían mano, se arrancaban la ropa entre risas y jadeos. Le pareció que eran del B. Estaba seguro que ella era Tania, a él no pudo reconocerlo. Él buscaba insistentemente el sexo de ella, ella le apartaba la mano y la dirigía a sus pechos incipientes que asomaban erizados del bikini. Ella reía demasiado, él no llegaría a culminar. Se incorporó, caminó hacia la pareja y se situó a un metro de ellos. Sí, era

Tania.

—Chingona la party, bro —farfulló Méndez borracho, granuliento y flaco. ¿Qué hacía Méndez en su fiesta?

Tania observó a Gabriel desde una distancia fría y solitaria, luego mordisqueó el cuello de su pareja y una vez más apartó la mano de Méndez de su entrepierna y la llevó a su seno. Gabriel extrajo el celular del bolsillo de su short y les tomó una foto. Tania sonreía, Méndez cubría el pezón de la chica con su boca de sapo. Gabriel, mientras encaminaba sus pasos a la casa, se dijo que sería una buena foto, aunque esperaba que circularan otras mejores por la red.

El vacío que le había asaltado un momento antes se había quedado a orillas del mar. En su lugar, una euforia violenta, densa, lo impulsaba hacia la terraza, en donde el DJ, como un titiritero, llevaba a un centenar de jóvenes al paroxismo a través del golpeteo electrónico. Tum, tum, tum, el martilleo se coló por los oídos de Gabriel. Comenzó a retumbar en el cráneo y creó en su interior una sensación de montañas que se resquebrajaban, de aludes interminables. Vio a Sofía bailar en el centro de la terraza, diosa empapada en salitre y yodo, la piel bronceada de su espalda tensa como el cuero de un timbal. Gabriel imaginó su lengua recorriendo el arco que formaba la cintura de Sofía antes de desaparecer en la minifalda de holanes. Su torso esbelto estaba únicamente cubierto por la pieza de arriba del bikini, que soportaba unos senos generosos, ovalados, firmes, recién salidos al mundo. Frente a ella, Josué bailaba sin gracia, concentrado en el milagro de ese cuerpo. Ella cerraba los ojos y encaraba el firmamento con una expresión de gozo egoísta que en sus rasgos aún infantiles parecía más una expresión traviesa que el testimonio del deseo.

A Gabriel le enfureció que su amigo estuviera asediando a Sofía. Josué conocía sus intenciones. Esa noche Sofía debía terminar en su cuarto, o en el cuarto de sus padres, o en la cochera o en la playa, desnuda para él y su celular. Le faltaba esa codiciada pieza en su colección. Y Josué sabía lo importante que era la colección para Gabriel. Sabía que la fiesta, finalmente, no se trataba más que de un pretexto para aumentar su galería. Si alguien podía saber eso era él, que ahora brincaba estúpidamente a un lado de Sofía, aclamando al DJ, tratando en cada brinco de acortar distancias con la muchacha. Un choque de los hombros, un roce de caderas, pasar la mano descuidadamente por la cintura

de Sofía, ay, la cintura de Sofía. La euforia densa que había empujado a Gabriel a regresar a la fiesta detonó en su interior. Como la lengua de un glaciar, la furia fue avanzando desde el centro de sus entrañas hacia el resto de su cuerpo. Había algo de grotesco en los intentos de Josué, también profano de un orden que todo el mundo debía tener claro. Gabriel se abrió paso entre la multitud de jóvenes enajenados por la música e irrumpió abruptamente en el breve espacio que se abría entre Sofía y Josué. Le dio la espalda a su amigo, tomó de las caderas a la chica, la atrajo hacia él y rozó su pelvis con la pelvis de ella. Intentó acoplarse al ritmo y al cuerpo de Sofía, que se estremeció por la embestida. Gabriel, mientras trataba de atraer a Sofía hacia sí, exhibía un ímpetu sereno. La chica distinguió en los ojos de Gabriel el brillo de un deseo que no se parecía al deseo que solía refulgir en las pupilas de los hombres que la veían, al que estaba acostumbrada y que sabía manejar a conveniencia. Sofía empujó a Gabriel para sacárselo de encima. Gabriel no estaba acostumbrado a que las chicas reaccionaran así ante su proximidad. Agarró con fuerza la muñeca de Sofía y de nuevo la atrajo hacia él. El mar de cuerpos alrededor, sometidos a los impulsos electrónicos, ahogaba la escena, diluía su verdadera esencia. Sofía forcejeaba en brazos de Gabriel en una pantomima ridícula, un baile extravagante.

El primer impulso de Josué fue retirarse como siempre que Gabriel imponía su capricho. Era un perro fiel, sin voluntad, dispuesto a acatar órdenes, sumiso porque carecía de la imaginación suficiente como para inventar un empeño que lo obligara a decidir. Satélite, apéndice, prolongación de un destino que no era el suyo. Pero un perro en celo puede morder la mano que lo gobierna. Un perro que ha olfateado el aroma que despiden unas hormonas como las de Sofía es capaz de clavar los colmillos en la yugular del amo. Josué se acercó a Gabriel por la espalda, lo abrazó por la cintura, lo levantó en vilo, lo alejó un par de metros de Sofía y lo depositó de nuevo en el piso. Su amigo era más alto, pero Josué tenía el tórax de un buey y unos brazos fuertes y carnosos como los de un luchador. Desde lejos (por ejemplo, desde donde el DJ manipulaba las tornas) podría parecer que aquel trío se entregaba a un juego inofensivo.

Gabriel al principio no entendió muy bien qué había pasado. En medio de la confusión vio cómo Sofía se alejaba y buscaba refugio en su grupo de amigas. Quiso perseguirla. De repente

comprendió que Josué lo había apartado de la muchacha intencionalmente. Dio media vuelta y encaró a su amigo. La mirada de Josué era dócil. Seguía bailando y mostraba una sonrisa chata, circunstancial.

—¿Por qué hiciste eso?

Josué estiró el cuello y ladeó la cabeza para dirigir su oído hacia la boca de Gabriel.

—¿Qué dices? No te escucho.

—No te hagas pendejo, que por qué chingaos te metes en lo que no te llaman —gritó Gabriel. Su voz adquirió un tono agudo, ligeramente histérico.

Josué dejó de bailotear. Tenía los pies separados, los brazos colgaban pesadamente a lo largo de su cuerpo atonelado. No podía cerrar la boca, abierta por el miedo, un miedo doméstico. Nunca le había plantado cara a Gabriel. Nunca había desafiado la jerarquía acatada por todo el grupo, en especial por él. Su papel de hazmerreír, de blanco de todas las burlas cuando los demás mataban esas horas transitorias hiriéndolo con saña, amistosamente, lo había convertido en un siervo. Y los siervos acostumbran hacer de la indefensión su arma más poderosa.

—Estaba jugando, no pensé que la morra se fuera a ir, disculpa, güey.

—¿Te gusta? ¿Te la quieres coger? —le preguntó Gabriel al tiempo que le propinaba un golpe en el pecho con las yemas de los dedos. Juntos formaban la cabeza de una serpiente que parecía querer perforar los pulmones de Josué.

—¿Quieres que te la mame, se la quieres meter en su panochita, pervertido cabrón?

Gabriel no dejaba de subrayar cada pregunta con un golpe en el pecho de Josué. Éste retrocedía como si el impacto de esos dedos serpiente tuviera la suficiente fuerza para desplazarlo.

—¿A poco crees que esa morra te va a pelar, baboso? —insistía Gabriel con las preguntas que en medio de la música electrónica se convertían en un balbuceo rabioso.

Josué, por un segundo, cruzó su mirada con la de Sofía. La chica observaba desde la distancia la escena consciente de que se peleaban por ella. Los ojos verdes de Sofía tenían el don de enturbiar cualquier sentimiento, como si el enojo o la alegría o la tristeza se diluyeran en la fría evidencia de su hermosura. Josué no encontró nada ahí, en la espiral verde de la mirada de la chica, ni siquiera un atisbo de conmiseración. Y sintió cómo ese impulso

que lo había empujado a rescatarla del acoso de Gabriel se convertía en soledad, en abandono. Entonces se dio rabia y lástima, y la rabia y la lástima se tradujeron en un movimiento brusco que desvió la mano de Gabriel viajando una vez más hacia su pecho. Fue un golpe defensivo en la muñeca de su amigo. Un golpe blando que sólo pretendía detener esos dedos punzantes que se dirigían a su corazón. A Gabriel le flaquearon las piernas. Debía responder a la agresión de forma contundente, *físicamente* contundente. Lanzar un puñetazo o una patada, evocar una animalidad que su naturaleza frívola había mermado. Él era el de las ideas, el de la lengua afilada, no el de las acciones sucias, para eso estaba el propio Josué y el resto de los miembros de la banda. Debía enzarzarse en una pelea en la que su cuerpo y el de su amigo entrarían en una intimidad de sudor, babas y sangre. Quiso retroceder, detener esa absurda situación. Nada más tenía que humillar a Josué, diluir la tensión en la burla que tan bien esgrimía con el aliento de cualquier cómplice. Pero la muchedumbre inmediatamente dispuesta alrededor de Gabriel y Josué había dejado de bailar y olisqueaba la violencia. Las pulsiones electrónicas del DJ continuaban invadiendo la noche plateada. Gabriel juntó todas sus fuerzas y le propinó un empujón a Josué.

—¿Quieres que nos demos un tiro, puto? ¿Quieres que te ponga una madriza?

Josué, con el empujón, retrocedió unos cuantos metros abriendo aún más el círculo excitado por el enfrentamiento. En las caras de ellos y de ellas había una expresión de boba alegría. Josué avanzó hacia Gabriel. Éste le lanzó un puñetazo que alcanzó su oreja. Gabriel no sabía golpear: el brazo estirado, el cuerpo rígido, el puño cerrado a medias. De todas formas se llevó las manos al rostro y exageró el impacto. Entonces surgieron los amigos de toda la vida y se interpusieron entre Gabriel y Josué para separarlos. Gabriel aprovechó las circunstancias y se montó en una perorata bravucona, luchando por deshacerse del abrazo que le impedía pelear.

—Tienes suerte, pendejo, pero ya te agarraré a solas, hijo de la chingada, te voy a poner una putiza, cabrón, te voy a matar, pinche puto —gritaba Gabriel y en el timbre de su voz gorjeaba un pajarillo asustado.

Nadie abrazó a Josué. Los amigos lo fueron empujando suavemente mientras le decían que desapareciera. El mar de

cuerpos formó un sendero que Josué recorrió cabizbajo hasta llegar a la playa. Esos mismos amigos rodearon a Gabriel y le pidieron que se tranquilizara, que no valía la pena ponerse así por un pendejo como Josué. Gabriel, al tiempo que subrayaba la paliza que le hubiera puesto de haberlo dejado, buscó con la mirada a Sofía. La chica había dejado la terraza y caminaba al encuentro de Josué. Sintió ganas de golpearla.

II

No fue el cuerpo desnudo de Sofía entregada a Gabriel ni su boca abierta recibiendo el miembro de Gabriel lo que circuló en la red al día siguiente. El chisme, la murmuración, el enredo se multiplicó en los celulares de los alumnos del Instituto Regio y de otras escuelas, distorsionando los hechos, exagerando lo sucedido, dándole una dimensión épica. A pesar de que el video no mostraba otra cosa que el inocuo zafarrancho entre Gabriel y Josué, la imaginación anónima que palpita en el ciberespacio llenó los vacíos y satisfizo el morbo de todos aquellos que no habían acudido a la fiesta. En el imaginario, Josué se convirtió en la víctima de una brutal paliza propinada por sus propios amigos a causa de la zorra de Sofía. El hecho de que el lunes ni Josué ni Sofía se presentaran en el colegio hizo que la verdad, defendida por unos pocos testigos, se convirtiera en un subterfugio.

Toda la mañana Gabriel deambuló solo por el instituto a la espera de que llegara Josué, de que apareciera Sofía. No pretendía acercárseles ni hablarles pero tenía una urgente necesidad de verlos. Puso su nombre en la prueba de filosofía y la entregó con las respuestas en blanco. Después salió del salón y se sentó en las gradas de la cancha de futbol a contemplar los aspersores difuminar el agua atomizada sobre la yerba. La visión de la lluvia artificial mojando el campo logró que su cerebro se vaciara de las imágenes del fin de semana, que se llenara del millón de gotas comprimidas que invadían el aire y se posaban en el pasto. El prefecto se acercó a preguntarle por qué estaba fuera del aula. A Gabriel le pareció que lucía una sonrisa socarrona. A esas horas ya estaría enterado de lo sucedido en la casa de la playa. Le explicó que tenían examen de filosofía y que ya había terminado. El prefecto se desconcertó a causa de la indiferencia con que el alumno García respondía a sus preguntas. El tono del alumno

García, habitualmente cargado de pedantería, era un tono desnudo, neutro, sin matices, mimetizado con el ruido del agua al ser expulsada por el sistema de riego. El prefecto se alejó; esa versión del alumno García le daba más miedo que la acostumbrada.

Gabriel, esa mañana, se saltó un par de clases y asistió a las restantes encerrado en un mutismo que sus compañeros respetaron. Era más fascinante conjeturar a espaldas del señor de la escuela que enfrentar su ira o lo que fuera que estaba sintiendo. Por fin sonó el último timbre, el de la salida, a la una cincuenta. Gabriel se encaminó al estacionamiento en busca de su carro con la idea de pasar por la casa de Josué. El silencio de su amigo en el Facebook y en el WhatSapp comenzaba a inquietarlo. La avalancha de comentarios que inundaba la red era una enorme tentación. Sofía tampoco había dado señales de vida. Enfiló Morelos rumbo al periférico con el estéreo reventando las paredes de la cabina del auto. Gabriel tenía cinco minutos a lo sumo antes de llegar al anillo periférico y decidirse entre torcer a la izquierda rumbo a su casa o a la derecha para ir a casa de su amigo. Optó por lo primero. Le invadió un repentino cansancio, una losa fría que se le vino encima de golpe. Tuvo la sensación de que no había dormido durante una semana. En parte tenía que ver con el abandono definitivo de los residuos de la coca que aún esa mañana corría por sus venas. Entonces su cama se convirtió en su único aliado. Pensaba en las sábanas frescas que le aguardaban, en la tranquilidad de su cuarto, en los párpados cerrándose fuera del tiempo. Pensaba en acostarse como si no hubiera un mañana.

Ensimismado como iba, estuvo a punto de chocar con la camioneta que le cerró el paso bruscamente y frenó sin motivo. Gabriel dejó de accionar el claxon cuando vio cómo dos individuos vestidos de negro, con la cara cubierta por pasamontañas negros, armados con fusiles de asalto, descendían de la camioneta y caminaban hacia él.

En mucho tiempo Gabriel no podría olvidar el par de cañones que le apuntaban.

Como si la primavera fuese un trámite burocrático

Detestaba ese olor a humedad y desinfectante industrial que permanecía sin tregua en los pasillos y en las habitaciones del hotel. Mañana, tarde y noche se conjugaba con los fluidos de los arraigados y creaba una fragancia espesa e ineludible.

Al principio pensó que eran una especie de vacaciones.

—Lizárraga, no salió muy bien en los exámenes de control de confianza —le comunicó el comandante—. Lo vamos a reubicar en arraigos. Su actuación en el centro comercial estuvo de la chingada. Todo el operativo estuvo de la chingada. La mujer que agarraron no sabe un carajo, lo bueno es que liberaron a la víctima, pero no tenemos nada sobre los secuestradores. Su permanencia en la corporación está en duda. Le pido que mantenga un perfil bajo, lejos de la acción. Luego vemos. No haga chingaderas, Lizárraga, pórtese bien y en una de ésas la libra. A partir de mañana se reporta al hotel.

—¿Me van a bajar el sueldo, mi comandante? —preguntó Lizárraga.

—De momento sigue con el mismo escalafón, después, quién sabe. Pórtese bien, Lizárraga, recuerde que está a prueba, no salga con una mamada —volvió a decirle el comandante.

Había pasado una semana. Marzo se olvidó de su condición equinoccial y calentaba sus primeros días como si la primavera fuese un trámite burocrático. El clima era una de las pláticas preferidas entre los judiciales asignados al hotel: sólo a principios de enero había hecho frío. Este año el verano iba a ser un infierno. Al mediodía, el termómetro marcaba ya los treinta y seis grados y lo que faltaba aún. La segunda plática más usual versaba

sobre teiboleras. Mujeres cuya nacionalidad excitaba a los policías tanto como sus cuerpos desnudos: argentinas, colombianas, venezolanas, uruguayas. Las hazañas en persecuciones y enfrentamientos con criminales también ocupaban un lugar importante en los temas recurrentes de los encargados de cuidar a los hombres y mujeres a los que les habían dictado una orden de arraigo preventivo.

Aquello era un cementerio de individuos chatarra, un moridero de agentes que por una u otra razón habían sido desechados. Inservibles, cuestionados a causa de su conducta, sospechosos de corrupción, caer en ese hotel malva y hollín era caer en el olvido. Los primeros días Arnulfo Lizárraga trató de que la atmósfera del lugar no penetrara su ánimo. Tomó el cambio como una oportunidad de descender de la cuerda floja por la que había caminado durante buena parte del año anterior y darse un respiro. Veía pasar los días como si su tiempo se hubiera detenido, como si la Tierra girara indiferente a su renuncia. Carmen no había reaccionado tan bien. El salario de su esposo no alcanzaba para sostener un nivel de vida que dependía de los ingresos extras de los que Lizárraga había sido apartado de golpe. Los centavos que los familiares de los arraigados repartían entre los agentes para comprar ciertos privilegios no representaban más que una propina. Además, los horarios y los días de servicio de su esposo habían vuelto a ser como aquellos de los primeros años, cuando Lizárraga no era más que un novato y ella una muchacha recién llegada de la sierra, sin otro horizonte que el impulso de una ambición silvestre. Veinte años después, las pretensiones de Carmen, la avidez de Carmen habían madurado a la luz del desencanto. No había reaccionado tan bien la mujer de Lizárraga. En cuanto a Verónica, decidieron no contárselo por el momento.

Pero la atmósfera opresiva y pútrida del hotel de arraigo, con sus largos y pegajosos dedos iba vulnerando la piel de Lizárraga. Se trataba del descenso a los sótanos de un sistema que borraba con un cinismo implacable todo lo que se daba por sentado. Ahí se mostraba el rostro de lo que Lizárraga y sus colegas, y otros judiciales antes, y otros mucho antes habían hecho, hacían, seguirían haciendo. Lizárraga lo había olvidado. Unos días atrás pertenecía a un cuerpo de élite donde no existían las habitaciones de ese hotel, sus inquilinos a la fuerza, ese olor a humedad y desinfectante industrial que detestaba.

El hotel se ubicaba al oriente del bulevar Morelos. Era un

edificio cuadrado de dos pisos color malva que el tiempo había deslavado. El hotel entero lo ocupaba la Procuraduría General de Justicia del Estado como centro de arraigo. Una docena de judiciales se repartía por los pasillos vigilando a los indiciados, a quienes, contra lo que indicaba el Código de Procedimientos Penales, se les negaban todos sus derechos, convirtiéndose de facto en detenidos. Diario llegaban vehículos de la Policía Estatal y se llevaban a los indiciados al Ministerio Público para ser interrogados. Arnulfo Lizárraga los veía partir con el terror estampado en el rostro. Los veía regresar con paso vacilante, extenuados, con las marcas de la tortura ostensibles al ojo experto, veladas si no se conocían las técnicas con que los judiciales extraían las confesiones de sujetos cuyo delito, muchas veces, sólo era estar en el lugar equivocado.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Arnulfo Lizárraga se había manchado las manos. Sus habilidades en el grupo antisecuestros lo alejaron paulatinamente del trabajo sucio. Para eso estaban colegas con auténtica vocación. Mastines que podían besar en la frente a sus hijos y a su mujer después de haber vejado a un individuo hasta lograr que confesara un delito del que ni siquiera conocía su existencia, que había sucedido a kilómetros de donde se encontraba en ese momento. Ahora, Arnulfo Lizárraga tan sólo era un testigo aburrido de todo ello. A veces los familiares de los arraigados perturbaban ese sopor reconfortante en el que Lizárraga se sumergía. Un marasmo cuya principal virtud residía en que nadie esperaba nada de él. Lidiar con la madre que preguntaba por su hijo, con la hija que preguntaba por el padre, con la esposa que preguntaba por el marido. ¿Aquí lo tienen? ¿Dónde está? Me dijeron que aquí lo encontraría. La incertidumbre que era un llanto, una resignación, un susurro temeroso, humilde, servicial. Independientemente de lo que pudiera señalar la ley, en la práctica la incomunicación de los indiciados era un ejercicio tácito, una tradición. Según la gravedad del delito y la peligrosidad del sospechoso, los judiciales apostados en el hotel negociaban las visitas de los familiares. De algunos había que negar su existencia. A otros se les cobraba el privilegio de recibir un cambio de ropa, algo de comida, dinero, una revista. Arnulfo Lizárraga no siempre participaba en la extorsión. No se trataba de algún tipo de prurito ético. Luego de años de mamar dinero de dealers y secuestradores, las migajas que llegaban al hotel le parecían indignas. Su degradación se

hacía más patente, como si los mil pesos que podía levantar en un buen día le recordaran la altura de la que estaba cayendo. Porque aún no terminaba de caer. Porque el golpe todavía no llegaba. De momento únicamente sentía el vahído del repentino descenso.

Una noche lo invitaron a participar en una paseadita. Tal vez aceptó por tedio, quizá porque la inactividad iba poco a poco embruteciéndolo. Pero sobre todo, porque los demás esperaban de él una complicidad que los hermanara. Y en la corporación esa hermandad significaba supervivencia.

El indiciado tenía veintitres años, se llamaba Sebastián González Matrecitos. El Ministerio Público lo acusaba de haber aplastado con una roca el cráneo de una muchacha de dieciséis años después de violarla. Algunos vecinos de la colonia Primero de Mayo habían señalado a un grupo de maleantes que llevaba varios meses haciendo destrozos en el vecindario. Habían acosado a varias chicas, entrado a robar en una vivienda, golpeado a un anciano hasta el hastío por encararlos cuando lo asaltaron para quitarle el celular y trescientos pesos. El día en que apareció el cadáver de la joven en una cañada, los vecinos no dudaron en acusar del homicidio a esta banda. La Policía Estatal realizó una redada y detuvo a tres miembros del grupo. Los torturaron durante unas horas y finalmente acusaron a su líder: González Matrecitos. Lo aprehendieron esa misma noche cuando llegaba a su domicilio. En sucesivos interrogatorios, el sujeto había negado los cargos. Ni la asfixia ni la inmersión en la tina ni los toques eléctricos ni los golpes sistemáticos en las plantas de los pies lograron arrancarle una confesión. Los treinta días del arraigo se agotaban y el Ministerio Público quería una declaración admitiendo el delito. La prueba de ADN del semen encontrado en la vagina de la víctima estaba detenida porque el laboratorio pericial carecía de reactivos. No había presupuesto. Con el señalamiento de sus cómplices como única prueba, el juez podría dejarlo ir. Los agentes que llevaban el caso tenían la esperanza de hacerlo hablar con una visita al desierto, aunque Sebastián González Matrecitos se había mostrado como un tipo duro.

Lo sacaron de la habitación del hotel a la una de la mañana, la cabeza cubierta con su propia camiseta. Arnulfo Lizárraga se fijó en el elástico de los calzones que sobresalía de la pretina del pantalón del indiciado. Eran de la misma marca que él usaba: Fruit of the Loom. También observó el abdomen de Sebastián González Matrecitos, hundido, de una flaquencia que le provocó

dentera. Lo llevaban descalzo, a rastras, por lo que las plantas de los pies no tocaban el piso. Arnulfo Lizárraga alcanzó a ver la hinchazón provocada por el sistemático golpeo aplicado con una tabla delgada y estrecha. También registró los cardenales en la parte baja de la espalda, a la altura de los riñones. Arnulfo Lizárraga fue tras los pasos de sus colegas. Conocía a uno de ellos, había servido un breve tiempo en el grupo antisecuestro. Él lo había invitado a la paseadita para que se distrajera un rato. Sebastián González Matrecitos, bajo la tela de la camiseta, emitía unos gruñidos simiescos. Los judiciales que lo cargaban recitaban la usual letanía como si estuvieran muertos por dentro: Te va a llevar la verga, hijo de la chingada. Ya nos tienes hasta la madre, puto. Te va a cargar la chingada. Te vamos a matar, te vamos a enterrar en el pinche desierto y ni tu puta madre te va a encontrar. Arnulfo Lizárraga conocía muy bien el discurso intimidatorio. Ahora que lo escuchaba en boca de sus colegas, por un momento le pareció retórico. Lo habían repetido tantas veces que las amenazas adquirían un tono de grabación antigua. Una voz cascada de nicotina surgió de una de las habitaciones: Déjenlo, cabrones montoneros. La tos ahogó el resto de las palabras, si las había.

Una camioneta Suburban negra esperaba en el estacionamiento con el motor encendido. Arnulfo Lizárraga se instaló en el último asiento. Desparramó su cuerpo como si aquello fuera un tour, una visita al museo de los horrores. Hasta ese instante se sentía un espectador. A González Matrecitos lo subieron en el asiento del medio escoltado por dos judiciales. Uno más ocupó el del copiloto, el conocido de Lizárraga tomó el volante. La ciudad callaba, indiferente como cualquier ciudad del mundo a un auto que atravesaba sus calles con un grupo de hombres que olían a sudor, a miedo, a cianuro. González Matrecitos viajaba doblado por la cintura, con la cabeza aún cubierta entre las piernas. Los agentes que lo flanqueaban cargaban todo el peso de sus cuerpos obesos en la espalda del indiciado para oprimir su plexo solar. Alternaban las amenazas con comentarios casuales sobre el reciente triunfo de México en la Serie del Caribe. Uno de ellos revivía el último jonrón en el último juego de la serie. Parecía el corifeo de una tragedia griega cantando el destino de un héroe negro y gringo. Lizárraga intervino convencido de que la clave había estado en el picheo. Era el comentario de un conocedor. González Matrecitos trató de

sacudirse el peso de sus torturadores, liberar el esternón un segundo para inhalar aire. Lo logró. De inmediato los judiciales se recargaron con encono en su espalada y retomaron las amenazas. Conocían dónde vivía la novia, que había proporcionado una coartada para el indiciado. Una muchacha de no más de diecisiete años a la que violarían cada uno de los agentes en esa camioneta que dejaba la ciudad rumbo al desierto si González Matrecitos no admitía el crimen. Sabían dónde encontrar a su madre, a la cual desaparecerían si González Matrecitos no confesaba haber aplastado el cráneo de la víctima. Podían visitar a la hermanita de González Matrecitos, que rondaba los doce años y que ya estaba en edad de conocer a un hombre, si él no declaraba su culpa. González Matrecitos jadeaba como una bestia acorralada. Arnulfo Lizárraga sonreía, consciente de que nada de eso pasaría, entre otras cosas, porque el acusado terminaría doblegándose. No había mayor recompensa en el mundo que detener la infamia con una simple frase: yo lo hice. Una frase que estaba ahí todo el tiempo, en la punta de la lengua. Que al principio parecía imposible de pronunciar, pero que a cada minuto de ese universo truculento cobraba una verdad suprema por encima de la simple verdad. Yo fui, lo admito. Podía ser incluso liberador.

Salieron de la ciudad rumbo a los campos de uva, en donde cientos de indios triquis trabajaban para un selecto grupo de terratenientes. El semidesierto y los cerros bajos se extendían más allá de los campos en una secuencia interminable. Cualquier brecha o vaguada podía ser la tumba anónima de un sentenciado a muerte. Cualquier terraplén un campo de fusilamiento. Después de media hora de adentrarse por un camino de arena compacta salpicada de arbustos de hojas pequeñas y reverdecidas por el invierno que se despedía, la camioneta se detuvo bajo un mezquite. Descendieron al indiciado, lo esposaron al tronco del mezquite y descubrieron su cara. Los cuatro judiciales y Lizárraga formaron un semicírculo a unos cinco metros de González Matrecitos y empuñaron sus armas reglamentarias. Arnulfo no lo hizo. Estudiaba el rostro del acusado. Era afilado, como si no tuviera espacio para la boca, los ojos, los pómulos, y sólo la nariz se sintiera cómoda en esa especie de acantilado esculpido por el odio. Las falsas ejecuciones solían ser el último recurso. Apuntar, dejar pasar unos segundos para que el indiciado creyera que su vida, por más ínfima e intrascendente que fuera, se terminaba en ese momento, y disparar: clic, clic, clic, clic. El inmediato alivio

soltaba los esfínteres de los detenidos. Y la lengua.

González Matrecitos, en ese momento, confesó.

Centenares de pichones siniestros

En cuanto Heriberto García salió del despacho del secretario de Gobierno, extrajo el celular del bolsillo y marcó a su asistente particular.

Le dijo chiquita, cariño, preciosa en un tono que pretendía ser melifluo, pero que resultó imperioso, mandón, como si le estuviera dando una orden relacionada con el trabajo. Heriberto García utilizó el mismo tono para avisarle que pasaría por ella a la oficina en quince minutos con la intención de escaparse a la casa de la playa. Colgó eufórico, lleno de un optimismo que le impulsó a franquear con grandes zancadas el patio del Palacio de Gobierno. No dedicó una sola mirada a los murales nacionalistas que celebran la fundación y prosperidad de la región. A esa hora la plaza parecía aletargada bajo el arrullo de los pichones, centenares de pichones siniestros, y unos pocos viandantes que la caminaban de una oficina de gobierno a otra. Eran apenas las diez y el sol de principios de marzo desparramaba su luz sobre las cúpulas de la catedral, el kiosco, las jardineras y los puestos de los vendedores ambulantes como si hubieran nacido a la vida esa misma mañana. Heriberto García, al salir del Palacio de Gobierno, respiró el aire matinal y confirmó que el día estaba perfecto para largarse a la playa. Treinta grados centígrados: una temperatura primaveral para un habitante del desierto. Encaminó sus pasos hacia el bulevar Hidalgo, donde le esperaba el chofer de la empresa en segunda fila. Abordó el asiento trasero de la Ford Lobo blanca, con el logo de Construcciones del Norte en los laterales, y ordenó al conductor que lo llevara de vuelta a la oficina. Diez minutos después atravesaban uno de los puentes que cruza el canal de desfogue de la presa, seco e infecto, una

hendidura de cemento sobre el lecho de un río que sólo arrastra en su cauce el recuerdo de lo que fue. Heriberto García, siempre que atravesaba ese puente, pensaba que un día la naturaleza cambiaría de curso y se vengaría con una lluvia torrencial, una lluvia de pueblo joven que duraría semanas. Ese día, media ciudad, construida bajo la premisa de que ahí nunca llueve, desaparecería bajo las aguas, incluida su oficina, que ocupaba el quinto piso de un edificio acristalado, diamantino.

Isabel ya lo aguardaba en el estacionamiento. Vestía un traje sastre con una minifalda que ceñía unos muslos abundantes, todavía torneados gracias a sus veinticinco años, y unas nalgas adiposas que en un tiempo no muy lejano caerían fláccidas. La pechera del saco quería reventar presionada por unos senos vacunos. La pechera no tenía más remedio que aliviar tanta presión mediante un escote tenso y demasiado abierto. Los tobillos de Isabel, sostenidos por unos tacones de aguja de quince centímetros, comenzaban ya a vencerse bajo la voluptuosidad de su cuerpo.

Heriberto García prescindió de los servicios del chofer de la empresa el resto del día. Se encaminó a la camioneta Mercedes Benz GL gris rata. Le abrió la puerta del copiloto a Isabel. Rodeó el auto dando unos brinquitos que imaginó juveniles, deportivos, y abordó el asiento del piloto con una sonrisa canalla y babosa. A la mujer, al treparse al carro, se le subió la minifalda. Heriberto García clavó los ojos entre los muslos de su asistente y alcanzó a ver un minúsculo pedazo de tela roja antes de que Isabel se acomodara la prenda con un gesto de torpe pudor. Heriberto García sintió un amago de erección. Esos dos amasijos de carne encerraban un triángulo que ahora sabía rojo, y bajo ese rojo carmín esperaba el sexo aniñado de Isabel. Isabel no era bella en el sentido convencional, pero tenía ese atractivo putesco que a un hombre de cuarenta y ocho años, con una vida sexual ecuménica, podía volver loco: carnosidad compacta, sensualidad vulgar, precocidad naif. La asistente del señor Heriberto sabía que una falda muy corta y un saco escotado, unos tacones altos y unos labios colágeno eran suficientes para transformar el poder de un hombre en deseo. Igualmente sabía que cada vez que un hombre se excitaba emprendía un regreso a su infancia y que en el trance dejaba de tener memoria. E Isabel era sobre todo una experta en amnesias.

Heriberto García, a los cuarenta y ocho años, había

descubierto su sexualidad gracias a la asistente ejecutiva Isabel Retano. Después de dos abortos involuntarios y el inesperado nacimiento de Gabriel, su esposa se había iniciado en el camino del ascetismo. Su cuerpo había cumplido con los preceptos cristianos al darle descendencia al hombre con el que se había casado. Entonces el cuerpo se convirtió en un fardo, en la fuente del pecado, el dolor y la enfermedad, en el principal obstáculo para alcanzar la virtud. Gabriel lactante, Gabriel asustado de pesadillas nocturnas, Gabriel enfermo terminó por enviarlos a sendas camas, a sendas habitaciones, a universos yuxtapuestos e irreconciliables. Heriberto García fue llenando sus noches con las fantasías más socorridas que las revistas porno (luego los videos y las páginas web) y los encuentros apresurados y culposos con putas y teiboleras habían satisfecho de forma nominal, eyaculativa.

Luego apareció Isabel Retano resumida en un prescindible currículum que la joven se empeñó en entregarle en propia mano. Recién egresada de la carrera de Administración de Empresas Turísticas, su única experiencia consistía en unas prácticas profesionales en la recepción de un hotel de la costa. Muy bonita la costa, dijo Heriberto García. Preciosa, dijo ella con voz aniñada. También sonrió, también se ruborizó, también bajó la mirada y se llevó la mano al cuello de la blusa para cubrir el nacimiento de sus senos de los ojos del hombre que la entrevistaba del otro lado del escritorio.

La carretera a la playa atravesaba un bosque de saguaros. Gigantes espinosos de brazos retorcidos que desafiaban la planicie. Un ejército antiguo y estoico que amenazaba con despertar en cualquier momento y abandonar su inmovilidad para reconquistar un territorio lleno de basura. A Heriberto García los saguaros le inquietaban, su digna austeridad le provocaba un desasosiego inexplicable. Así que, al cruzar ese tramo, solía hablar contra la visión constante de los cactus formados en compactos batallones. En ese momento le explicaba a Isabel Retano, al tiempo que acariciaba sus muslos, que en los próximos meses iban a tener muchísimo trabajo. La reunión con el secretario de Gobierno había sido muy provechosa. Precisamente en la costa, el gobierno había comenzado la expropiación de tierra ejidal porque planeaba un desarrollo turístico sin precedentes en el estado. Pagaban el metro cuadrado de tierra a precio de ganga. Ahí entraba Construcciones del Norte, a la que le

habían adjudicado el proyecto de dotar de infraestructura al área a cambio de un considerable porcentaje de las ganancias. Una parte del pago por el trabajo sería en hectáreas, las cuales quintuplicarían su valor. Los inversionistas extranjeros ya habían abierto sus carteras y únicamente esperaban que estuviera todo listo para empezar a comprar tierras y edificar hoteles, resorts, spas, marinas, campos de golf. Heriberto García sumaba en voz alta los millones que ganaría la empresa mientras amasaba los muslos de Isabel que, de forma inconsciente, había abierto un poco las piernas para que los dedos de su jefe se sumergieran bajo la falda. La asistente notaba el tacto errabundo del hombre y eso la excitaba casi tanto como las cifras que recitaba el señor García. Isabel apretó la mano de don Heriberto contra su pubis. Soltó un breve gemido, casi silencioso, y se arqueó un instante en el asiento de piel. Con la voz entrecortada le hizo prometer a su jefe que la pondría al frente del proyecto.

—Pero tú no tienes casi experiencia —reparó el señor García mientras sus dedos recogían la humedad que destilaba la tanga de Isabel.

—Es cierto, pero tengo al mejor maestro —replicó la muchacha y palpó con su mano regordeta el bulto creciente entre las piernas del señor Heriberto.

Mientras le iba arrancando la ropa a su asistente, Heriberto García reparó en que la sala de la casa de la playa era un verdadero chiquero: botes de cerveza, botellas de licor vacías, ceniceros a rebosar, restos de comida, manchas de vómito en el piso. En medio del tumulto de su testosterona, de su demandante erección, de sus hormonas hambrientas del cuerpo de Isabel, recordó fugazmente que su hijo Gabriel había pedido permiso para pasar el fin de semana con sus amigos en la playa. ¡El plebe cabrón había organizado una bacanal! Pero Heriberto García aplazó el enojo, el sermón y el regaño, y se concentró en la avalancha de carne que se le venía encima. Más tarde arreglaría cuentas con su hijo.

El arte de Isabel Retano en la cama no poseía mayor sofisticación que la explícita cachondería. Convertía el coito en algo intencionalmente sucio. Se sometía sin pudor a los deseos más abyectos del otro. Al hacerlo sabía expresar un inmenso gozo, como si en la humillación estuviera el verdadero principio del placer. Poseía una narrativa de la sexualidad limitada, pero en su voz las palabras se impregnaban de una obscenidad tan elemental

como efectiva. Rogaba, por ejemplo, ser penetrada por la boca. Y lo que era una simple felación consentida, se convertía en una trasgresión violenta, brutal, multiplicada por la pasividad con que Isabel se acostaba y abría la boca para recibir los embates del miembro del hombre. Isabel solía implorar en el momento de ser penetrada que la golpeara. La primera vez Heriberto García dudó en hacerlo, ignoró la petición y siguió entrando maquinalmente en el vientre de Isabel. Pero la muchacha insistió, ahora a gritos, en que lo hiciera. La cachetada fue blanda, casi una caricia. Más fuerte, suplicó ella. Heriberto García se animó a imprimirle más fuerza al segundo golpe y sintió como el semen se agolpaba súbitamente en el glande. Con la tercera cachetada Heriberto García eyaculó profusamente, incapaz de detener la avenida del orgasmo. Con el tiempo aprendió a controlar los arrebatos de su cuerpo (él que estaba acostumbrado a acelerar el trámite para evitar el sufrimiento y el asco de su esposa), y a prolongar el deleite de los juegos de Isabel. La chica sabía comportarse como una estrella porno pero tenía el talento de imprimirle a su actuación una idea de exclusividad. Sin plantearlo abiertamente, lograba que el señor Heriberto creyera que su puesta en escena se debía a él y no a una práctica generalizada. En la oficina se mostraba desdeñosa y paraba en seco los avances de los empleados. Jamás coqueteaba. Jamás se prestaba a ningún tipo de juego, por más inocente que pudiera parecer. Era propiedad del señor Heriberto García. Su puta, le decía al oído, cuando se disponían, por ejemplo, a tener sexo anal, una experiencia que a Heriberto García le transmitía una embriagante sensación de poder.

Se dieron tiempo de comer en la terraza de la casa. Resplandecientes por el intercambio de fluidos, contemplaban el mar silencioso, sin un solo rastro de actividad humana, como ha de haber sido en el principio de los tiempos. Habían abierto un Ribera del Duero, una lata de ostiones ahumados, un paquete de jamón ibérico, una lata de espárragos y cortado en cubos una porción de queso Roquefort. Todo ello provenía de la bodega que el señor García poseía en el sótano de la casa de la playa.

Alrededor de la pareja, los resabios de la fiesta organizada por Gabriel le daban a la villa un aspecto de apocalipsis. La soledad de ese lunes en la costa subrayaba las huellas del tropel de adolescentes que había pasado por ahí el fin de semana, y todo adquiría un aire fantasmal. Heriberto García había detectado en

el baño condones usados y en la mesa de la sala las sutiles pinceladas de las líneas de coca. Se dijo que al día siguiente mandaría al equipo de limpieza de Construcciones del Norte a restaurar el orden, su esposa no tenía por qué enterarse. Su esposa había edificado una cúpula de cirios, exvotos, actividades piadosas y círculos de oración que excluían a padre e hijo. A través de ese mentiroso cristal los observaba como si fueran dos seres extraños, un eco perverso de lo que ella pensaba que habían sido. Heriberto García sintió la urgencia de hablar seriamente con su hijo. Pensó que podía alcanzar alguna suerte de conexión con el muchacho, entre otras cosas, porque estaba sentado en medio del caos de la fiesta con su amante a un lado. Heriberto García, mientras su asistente iba a lavarse, se convenció con optimismo de que estaba a tiempo de sostener esa charla siempre pospuesta con Gabriel y restablecer una relación más amigable. Ejercer de padre, enderezar al hijo mientras la madre velaba por la salvación de sus almas.

Dejaron la costa con el sol a sus espaldas precipitándose hacia el poniente, aún vestido de fuego, a un par de horas de transformarse en ocre.

Isabel observaba pasar el paisaje por la ventanilla del auto con una melancolía afectada.

—¿Qué tienes, reina, estás molesta?

Isabel no respondió de inmediato. Hizo una pausa, suspiró, y sin dejar de contemplar el relieve de la arena, habló con un tono de voz en el que parecía haberse instalado el ronroneo de una gata.

—No sé, a veces me siento mal con esto. Tienes una esposa, un hijo, y yo soy equis, la amante, ni al caso, soy con la que te diviertes, ¿me explico?, haz de cuenta que soy un juguete para ti. Y no está suave. Ni para ella ni para mí. No está bien lo que hacemos, Heri. Deberíamos dejarlo, ¿no crees?

Al terminar de hablar, Isabel giró el cuello bruscamente y encaró a su jefe. Heriberto García desvió un momento la mirada de la carretera y observó a su empleada.

—No eres mi juguete, tú sabes que estoy loco por ti. Sabes muy bien que no hay nada entre mi esposa y yo, que estamos juntos por Gabriel y por guardar las apariencias, en el círculo en que me muevo eso es importante. Ya te he dicho que más adelante…

—¿Crees que soy tonta?, eso dicen todos los hombres

casados. Estoy en plena juventud y haz de cuenta que siento que estoy perdiendo mi tiempo en una relación sin ningún futuro. ¿Qué será de mí dentro de unos años cuando se te pase la novedad?

—No digas eso, Isabel, ye he dicho mil veces que cuando sea el momento oportuno la dejaré y tú y yo…

Heriberto García interrumpió la frase. De pronto descubrió que no se había planteado ningún tú y yo, que no existía.

—Demuéstramelo —dijo Isabel con urgencia para llenar esa pausa inconveniente.

—¿Cómo te lo puedo demostrar? ¿No es suficiente con mi palabra?

—Ya te lo dije cuando veníamos para acá, ponme al frente del desarrollo turístico. Tú me enseñas, así como me has enseñado otras cosas, ya ves que aprendo rápido. Lo puedo hacer mejor que esos gerentes que tienes buenos para nada.

—Tengo que pensarlo.

—No tienes nada que pensar, tontito —le susurró al oído Isabel, luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja. La lengua húmeda y tibia de la chica empapó el oído de Heriberto García, que se estremeció porque la procaz lengüetada se convirtió en una especie de premonición.

Isabel se reacomodó en el asiento y enfrentó la monótona cinta de asfalto con la sensación del deber cumplido. En ese instante era difícil saber quién de los dos parecía más ingenuo, si ella por pensar que era suficiente o si él por desearlo. En todo caso, la obviedad del momento no impidió que Isabel creyera en el futuro.

Pardeaba sin gracia en la ciudad cuando entraron por la avenida Obregón. A sus espaldas, el sol se ocultaba tras los jirones de unas nubes griseándolo todo. Tomaron por el canal de desagüe hacia el oriente. Heriberto García hizo conciencia de la música que emitía el estéreo. Se trataba de una estación dedicada a la balada romántica. Su asistente canturreaba las letras que enaltecían el dolor, la pérdida, la abnegación, las promesas imposibles. Pensó que aquello era naco y vil, y sintió ternura por su putita de barrio pobre con aspiraciones. Entonces también creyó en el futuro y tomó la mano de Isabel, quien interpretó la lástima equivocadamente y perdió todo asomo de vergüenza.

Heriberto García, después de dejar a su asistente en el estacionamiento de Construcciones del Norte, junto al viejo

Volkswagen Polo que la chica conducía, decidió irse a su casa. En un semáforo revisó su celular silenciado para la escapada. Tenía cuatro llamadas perdidas, ninguna que mereciera ser respondida de inmediato. Entonces, de repente, como siempre que se separaba de Isabel, le invadió la culpa. Al principio el arrebato solía orillarlo a prometerse que no se repetiría. Poco a poco fue controlando el remordimiento con las estrategias habituales. Todo gesto, toda palabra, toda acción de su esposa los convertía en algo despreciable. Con el tiempo ni siquiera necesitó de esa transferencia, la punzada del arrepentimiento se diluía incluso antes de llegar a su casa.

No identificó el paquete que yacía en la entrada. Observó que el Sentra de Gabriel no se encontraba en la cochera, tampoco el Lincoln de su mujer. Trató de recordar si le había comentado con qué actividad parroquial estaría ocupada esa tarde. No le vino nada a la mente. Le alegró la ausencia de su hijo. El impulso de hablar seriamente con él había cedido a la decepción que solía inspirarle Gabriel la mayor parte del tiempo. En lugar de acceder a la casa por la puerta que comunicaba la cochera con la cocina, se dirigió a la entrada principal para recoger el paquete. Era una caja cerrada con cinta adhesiva. La levantó del felpudo y oteó los alrededores, esperando tal vez que quien hubiera depositado el paquete en la entrada de su casa estuviera cerca. Antes de traspasar el umbral, observó que el letrero labrado en caoba que colgaba del dintel (Éste es un hogar católico) mostraba signos de deterioro. La caja no tenía remitente ni nada que indicara una posible procedencia. Intrigado, en el recibidor mismo rasgó la cinta adhesiva con una llave y quitó la tapa. De entrada, sus sentidos no captaron que lo que descansaba al fondo de un lecho de algodón era un dedo, un dedo humano, el meñique. Su cerebro tampoco captó en toda su dimensión el mensaje escrito que lo acompañaba: *No estamos jugando, paga lo que te pidamos*.

Las manos de una ausencia

I

Uno de los triunfos de Carmen contra el paso del tiempo era que la creyeran hermana de su hija Verónica. Cada vez que la frase llegaba a sus oídos, sentía una oleada de calor erógeno, independientemente de si la pronunciaba un hombre o una mujer. La constatación de su victoria, gracias a cremas carísimas, limpiezas faciales, bótox y un exhaustivo programa en el gimnasio, podía provocar una leve reminiscencia de humedad en su entrepierna.

Luego de veinte años de matrimonio la televisión dictaba las noches conyugales. Cuando las hormonas agonizaban por la abstinencia, cuando la serotonina de su cuerpo reclamaba el orgasmo liberador, sus manos se convertían en las manos de una ausencia, en la boca de un fantasma sin rostro, en el pene de un espejismo. Pero en las últimas semanas, el fantasma de pronto había adquirido un rostro y las manos eran esas manos y el pene era un pedazo de carne que alcanzaba a adivinar bajo el pantalón de ese hombre. No un hombre, no los hombres, no cualquier hombre. La recurrencia empezaba a asustarla y un principio de culpa comenzó a formarse en su conciencia. Ignorarlo durante las noches en que Arnulfo Lizárraga hacía guardia en el hotel también formaba parte del placer solitario e inocuo al que se entregaba. El rostro tenía nombre. Estaba ahí, a la alcance de la mano. Que fuera un cliché (tan predecible, tan ineludible) no lo hacía menos provocador.

Un mes atrás Lorenzo se había incorporado al gimnasio como instructor. Tenía treinta años, doce menos que Carmen, un cuerpo

esculpido con la dedicación enfermiza del narcisismo, pero sobre todo, unas facciones patricias que despertaban estupor. Era un tipo demasiado mediterráneo. De inmediato se convirtió en el objeto del deseo de las mujeres que asistían al gimnasio. Como objeto fantástico carecía de sustancia, de realidad, de circunstancias. Era tan sólo la presencia fugazmente cercana de una indicación técnica sobre cómo ejecutar las sentadillas o levantar la barra. Ninguna socia del gimnasio ni la propia Carmen aspiraban a más que al contacto perecedero, profesional, perdurable en la memoria gracias a su brevedad.

Pero un día, la asistencia técnica se demoró más tiempo del habitual. De la explicación de cómo usar correctamente un aparato para fortalecer los glúteos, pasó de súbito a la frase que en Carmen provocaba esa euforia victoriosa.

—¿Es su hija? —preguntó Lorenzo señalando a Verónica—. ¡Pero si parecen hermanas!

El ceceo ibérico contribuyó a que la mujer de Arnulfo Lizárraga detuviera el movimiento de las piernas un instante para comprobar avergonzada que sus pezones habían endurecido. Carmen se turbó, a sus cuarenta y dos años, como una púber educada en un colegio de monjas. Le confirmó que, en efecto, la había parido dieciocho años atrás. Lorenzo extendió el elogio con su lengua andaluza (un exceso de ces y una total ausencia de muchas otras letras), con su voz de cortijo, con su quiebre flamenco. Carmen le preguntó que si era español. Lorenzo le explicó que andaluz, de Graná para más señas. Entonces, Carmen, aturdida de tanto lugar común, sintió que las paredes de su vagina se dilataban.

Carmen, de la noche a la mañana, empezó a ir al gimnasio a horas en que su hija no podía acompañarla. No porque su intención fuera hacer realidad las fantasías nocturnas. Hasta ese instante, ni siquiera se había planteado la infidelidad como una fuga del desmoronamiento. Más bien abrazaba la idea de ella sola, de ella sin hija ni esposo, de ella en un gimnasio entregada a un coqueteo sin mayores consecuencias. Harta del mutismo y la frialdad de su padre, un mutismo y una frialdad que, creía, la culpaban del cemento de esa ciudad, de la muerte de su madre, de la lejanía del paisaje serrano idealizado. Harta de que las escasas conversaciones con Arnulfo Lizárraga fueran un reproche constante por los gastos excesivos. Harta incluso de los tics y manías de Verónica, Carmen sola en el gimnasio, Carmen

cruzando miradas con Lorenzo, Carmen deslizando insinuaciones obscenas (a pesar de la oxidación y la torpeza), era una Carmen embriagada del vértigo que el precipicio le provocaba. Desde niña le habían aconsejado que se alejara de los precipicios. Sin embargo, en ese instante de su vida, sólo el influjo del vacío, un imán patológico, la incitaba.

Es sabido que el vértigo se confunde con la felicidad. Y las manifestaciones de la felicidad suelen ser obvias para quien conoce a la persona que las padece. La sutil transformación es más desconcertante aún en tanto se da en medio de una atmósfera de ruinas, de ocaso.

Arnulfo Lizárraga sorprendió a su esposa varias veces tarareando canciones olvidadas, de una época en que las letras pudieron tener algún significado. Con disimulo, la observaba sonreír sin motivo aparente, como si la sonrisa que se dibujaba en su cara estuviera en otro lugar, en otro tiempo, y acudiera para sorpresa de la misma Carmen, que se apresuraba a censurarla. Arnulfo Lizárraga interpretó la situación como una tregua, un respiro que le permitía concentrarse en su patetismo. Es probable que, al principio, la inopinada dicha de Carmen haya despertado alguna sospecha, prendido alguna alarma. Pero el policía estaba tan cansado de sus propias circunstancias que prefirió tomar aquello por el lado opuesto; después de todo, su matrimonio parecía haber entrado en una zona de confort: disminuían los reproches, los reclamos, las quejas. El poco tiempo que compartía con Carmen trascurría en medio de una balsámica indiferencia.

Entonces Carmen creyó que no tenía por qué sentir culpa. Era como si, de una manera muy velada, su repentina felicidad contara con la aprobación de su marido. Mientras tanto, el precipicio la llamaba con una fuerza que cada día le costaba más resistir. Le gustaba pensar que si Arnulfo Lizárraga hubiera leído las señales correctamente y hubiera manifestado un asomo de celos, de enojo, un intento de volver a poseerla (en toda la extensión de la palabra), habría encontrado las fuerzas para oponerse a la llamada del vacío. Se lo dijo al menos la primera vez que aceptó ver a Lorenzo fuera del gimnasio. Se lo repitió cuando estacionaba en la banqueta opuesta al café donde habían quedado.

También se convenció de que sólo se trataba de un café.

—Nadas más —confirmó el andaluz—, un cafelito para conocernos mejor.

Esa tarde Verónica se encontraba en casa de su amiga Sara preparando una exposición para la clase de derecho agrario. Esa tarde, Arnulfo Lizárraga se hallaba sentado en un pasillo del hotel de arraigo cumpliendo con sus tareas de vigilancia. Esa tarde, Carmen pasó dos horas frente al espejo de su cuarto, se cambió tres veces de ropa, se maquilló, desmaquilló y se volvió a maquillar hasta encontrar el efecto que buscaba, el cual, al cabo de unos minutos, dejó de satisfacerle. Esa tarde Carmen se depiló con esmero adolescente las piernas y las ingles, probó innumerables combinaciones de alhajas, se soltó y recogió el cabello en tantas ocasiones que ya no pudo recodar cómo lo usaba normalmente. Sólo se trataba de un café, cierto, pero también de la imagen que deseaba darle a Lorenzo fuera del gimnasio: una cuarentona caliente con ganas de carne nueva. Una ama de casa en un encuentro casto con alguien que podría ser su hermano menor. Una mujer de mundo, con un matrimonio en crisis, abierta a una posible aventura que trascendiera el acto carnal. ¿Quién era Carmen? A medida que se acercaba la hora del encuentro, descubrió al borde de la histeria que fuera del gimnasio no existía si no era en función de su padre, su marido, su hija. Pero cómo llevarlos a la cita, cómo sentarlos ahí, entre Lorenzo y ella, convidados de piedra, Verónica con sus tics, Lizárraga con su olor a carroña, el agobiante reproche en los ojos de su padre. Resolvió que a partir de ese instante, y durante unas horas, no tendría pasado y el presente sería únicamente cada minuto en el que transcurriera el encuentro. Podía prescindir del futuro.

Cuando llegó, Lorenzo la esperaba en una mesa para dos en la terraza del café. Carmen se detuvo un instante, paralizada por el crepúsculo de marzo bañando aquella estatua que contemplaba la avenida con los músculos en tensión, el mentón ligeramente apuntando al cielo y el torso erguido, sin tocar el respaldo de la silla. El esmero de Lorenzo decepcionó a Carmen. El instructor era sin duda la viva imagen de Apolo, el triunfo de una estética algo clásica sobre el mundo moderno. Pero Carmen estuvo a punto de salir corriendo. Ella también trabajaba su cuerpo con afán, incluso ante la incomprensión de quienes la rodeaban. También conocía los linderos de la obsesión y la pesadilla de los gramos, los centímetros, las calorías: una forma de medir la existencia como cualquier otra. Pero se trataba de algo extremadamente íntimo, un estadio al que únicamente ella accedía, un regocijo que no

compartía con nadie. En cambio, Lorenzo hacía que su anatomía tallada con precisión helénica pareciera algo impúdico, incluso obsceno, concupiscente.

De cualquier forma no huyó. Decidió acercarse a la mesa donde la esperaba Lorenzo, quien al verla rompió con el cuadro un poco apresuradamente, sin transición, como si la movilidad le quitara gracia. Lorenzo se portó como un caballero. Recorrió la silla unos centímetros para que ella se sentara, se dio unos segundos para observarla y elogiar su belleza sin traspasar los límites del buen gusto. Le preguntó qué quería tomar y se apresuró a localizar a un mesero que cumpliera los deseos de la dama. Sonrió mucho, le apretó la mano en ocasiones puntuales, siempre en ese tiempo ambiguo entre la amistad y la promesa. Y se dedicó a escucharla con tanta atención que Carmen, que había resuelto no tener pasado, de pronto se descubrió hablando de su marido, de su hija, de su padre en un tono amargo, rencoroso, como si su vida fuera sólo una acibarada secuencia de fracasos. Cuando se dio cuenta, quiso compensar aquella cascada de exabruptos y decidió no hablar más de ella: Hablemos de ti, dijo mientras deslizaba fugazmente una mano por el muslo derecho de Lorenzo. El andaluz le contó sobre su juventud en Granada, de su arribo a Méjico (con jota aspirada), de sus triunfos en certámenes de fisicoconstructivismo, de su sueño de poner su propio gimnasio. Pero Carmen no prestaba atención a la lengua de trapo de Lorenzo —le costaba entenderle—, aturdida por la sensación persistente en la yema de sus dedos a causa del involuntario roce con los testículos de Lorenzo. Había sido tan fugaz que ni siquiera estaba segura. En el momento en que ella pasó los dedos por el muslo del hombre, él había lanzado la pelvis hacia adelante para acomodarse en la silla. Las puntas del anular y el corazón habían colisionado con lo que a Carmen le pareció un testículo. La idea al menos de que lo fuera anuló la concentración en una cháchara por lo demás intrascendente. Carmen echó mano de todo su cinismo para afrontar el descubrimiento que acababa de hacer: no habría misterio ni ternura ni exploraciones del alma insondable.

¿Quién era Carmen frente a Lorenzo? Una cuarentona caliente en busca de carne nueva, se respondió camino al hotel de paso.

II

De vuelta a casa, permaneció largo tiempo bajo la ducha. Verónica navegaba en su cuarto. Apenas se había atrevido a saludarla. Con el pretexto de una larga sesión en el gimnasio, se había escabullido en el baño. Sentía que todo su cuerpo la delataba. Su hija parecía relajada, indiferente: hay un cierto egoísmo en la zozobra. Verónica estaba convenientemente bien. ¿Ya cenaste?, le preguntó. Sí, en casa de Sara.

Carmen se enjabonaba con rabia, como si quisiera mudar de piel, dispuesta a eliminar las huellas de las sábanas tiesas y mundanas del hotel, la saliva y el sudor de Lorenzo, la tristeza que le embargó cuando el instructor terminó entre sus piernas mientras ella recorría los mapas de su pasado. Lizárraga y Verónica se habían metido en esa cama con ella. Y los cuarenta y cinco años de matrimonio de sus padres, un matrimonio adusto, frío, económico, por lo tanto, indestructible. Y la culpa, y el pecado, y la niñez y adolescencia en un pueblo donde, en principio, una mujer es una puta hasta que toda una vida de claustro matrimonial demuestre lo contrario. Sin embargo, había terminado en esa cama, con ese hombre, en una primera cita en la que sólo iban a tomarse un café. Carmen quería entenderlo. Cuando puso fin a la ducha y se envolvió en la tolla aún buscaba respuestas. Cuando bajó a la cocina, se sirvió un cereal y se sentó a la mesa con la mirada perdida en el ventanal que daba al patio, seguía empeñada en saber por qué lo había hecho. Ninguno de los argumentos parecía suficientemente sólido.

El ruido del motor del carro de su marido la sorprendió. El reloj de pared del comedor marcaba las doce y media de la noche. Deseó correr al cuarto, acostarse y hacerse la dormida. Había pensado que tendría hasta el día siguiente para encarar a Arnulfo. Pero se quedó sentada, removiendo con la cuchara el cereal hecho papilla, los ojos fijos en la entrada de la casa, a la espera de que su esposo traspasara el umbral.

—Hola —le dijo.

Arnulfo Lizárraga se sobresaltó. Dejó las llaves sobre la cómoda de la entrada, atravesó la sala y al llegar al comedor, besó a su esposa en la mejilla. Durante el breve recorrido, el policía miraba a su mujer, más que con extrañeza, con desasosiego. Era la mirada de un náufrago al divisar un barco en

lontananza. Arnulfo Lizárraga se derrumbó en la silla situada frente a su mujer. Puso las manos sobre la mesa como si fuera un detenido en una sala de interrogatorios.

—¿Qué haces levantada tan tarde?

—No podía dormir, le metí demasiadas horas al gimnasio y el cansancio no me deja.

—Esa madre va a acabar contigo. Modérate, mujer.

—¿Qué cuenta la chamba?

—Lo de siempre, de hueva. Nunca pasa nada.

—Mejor eso a que te corran, ¿no?

—Quién sabe.

—Me voy a dormir.

—Ok, veré un rato la tele, no tengo sueño. Que descanses.

Arnulfo Lizárraga contempló a su mujer subir las escaleras. En el rellano, Carmen volteó como la mujer de Lot, tal vez con la esperanza de que la sal terminara con todo. A Arnulfo le pareció que quería decirle algo. Ella tan sólo sonrió y siguió su camino a la habitación. Arnulfo se dirigió a la sala, se recostó en el sillón y prendió la tele. Buscó el canal de beisbol latino. Pasaban una repetición de la final de la Serie del Caribe. Sin duda, la clave había estado en el picheo.

Una mañana espléndida para la caridad

Era una misión sagrada, un acto que le daba sentido a la vida de Ana Luisa de García. Además, hacía una mañana espléndida para la caridad, una mañana primaveral para que los pobres recibieran de sus manos las dádivas del cielo. Aquel hombre rodeado de un aura señorial, el máximo pastor de la región, templario en el hablar, contenido en el gesto, sublime en la compasión, el excelentísimo señor arzobispo, le había encomendado la colecta y su entrega a la humilde iglesia de la colonia Primero de Mayo. Había sido intensa la recolección de alimentos, enseres domésticos, ropa y juguetes entre las mejores familias de la ciudad. Después de tres semanas, ese día, plena de misericordia, encabezaba en su Lincoln MKZ dorado el convoy que se dirigía rumbo a un barrio que figuraba entre los más pobres del país, donde las niñas eran violadas antes de entender qué era un hombre (esa bestia agazapada entre los pliegos de la confianza), y parían a los doce años criaturas anémicas. Donde los niños jugaban a la tortura y al homicidio. Donde los adultos encontraban en el cristal la fuerza para exterminar a su familia, de raíz o lentamente, según el grado de desesperación.

Ana Luisa de García llevaba indeleble en el alma la forma en que el arzobispo había cerrado los ojos y elevado las manos al cielo cuando se refirió a la urgencia de asistir a esas pobres almas dejadas de la mano del hombre. Le dijo que dios, en su infinita sabiduría, había sembrado en algunos ricos como ella la compasión y el temple para socorrer a los más necesitados. Ana Luisa de García aún conservaba en la memoria el magnífico Cristo de tamaño natural extraído de un tronco de Palo Fierro que unos indios le habían regalado al vicario. Desde un rincón del despacho

que ocupaba el jefe de la iglesia en la región, a un costado de la catedral, el crucificado observaba agonizante a la mujer, pobre entre los pobres, y le recordaba las palabras que pronunció antes del final.

Ana Luisa, después de esa plática en la que el arzobispo le había pedido su total compromiso, supo lo que tenía que hacer. Se trataba de un conocimiento infalible en el que la duda era sinónimo de claudicación, en el que el significado de los actos y las palabras surgían inequívocos. Un conocimiento arrollador que impedía sentir a la mujer el mordisco de la incertidumbre. Montada en ese impulso inagotable, conducía llena de una excitación mística semejante a un orgasmo. Así, húmeda de éxtasis, dejó la avenida Cultura y se adentró por los polvorientos caminos que las casuchas trazaban en un intento de que fueran calles y que, efectivamente, eran calles con nombres de próceres y héroes de la patria. A su lado, su amiga Cuquis, una momia de cabello oxigenado y pellejo al límite de su estiramiento, comenzó a horrorizarse ante la visión de niños semidesnudos, de estómagos hinchados y ojos mortecinos. Borrachos arrumbados en las esquinas y hombres detenidos en las entradas de sus jacales con una obstinación demencial. Dos patrullas de la policía municipal, gentileza del alcalde, escoltaban el convoy, por lo que la violencia que latía a cada metro, más que infundirle miedo, a la señora Cuquis le infundió asco.

La pequeña iglesia era una construcción de hormigón rectangular, con un techo de dos aguas de aluminio, un remate triangular que ostentaba una sencilla cruz en el vértice superior y un rosetón en el centro. En el pórtico ya esperaba petrificado un grupo de mujerucas enfundadas en vestidos viejos y pañoletas. Lo encabezaba un sacerdote de rasgos indígenas que vestía un gastado pantalón de franela y una camisa de cuello percudido.

—Mira al padrecito —comentó la señora Cuquis—, ni alzacuellos lleva; ha de ser de estos curas liberales de hoy en día.

Ana Luisa de García se limitó a sonreír, a sacudir la cabeza, a santiguarse por la proximidad del templo, a suspirar ante la ardua labor que les esperaba.

—Déjate de cosas y ayúdame, vamos, que no tenemos todo el día —le espetó a su acompañante.

Los voluntarios y voluntarias de la catedral, corazón de la grey, rectora de la fe en esa geogonía de perros famélicos, se pusieron manos a la obra con la energía de quien se quiere largar

de ahí cuanto antes. Una reacción que la colonia habitualmente provocaba. Aristócratas del reino de los cielos, el silencio de las mujeres que adocenaban la colecta a la entrada del templo les infundía recelo. Era un silencio que nacía del desprecio. No había sonrisas ni complicidad como hubieran esperado aquellos valientes soldados de Cristo, sólo esos ojos callados —corrompidos por el cinismo— que los escrutaban.

—Cualquiera diría que nos están haciendo un favor, en lugar de nosotros a ellos —le comentó la señora Cuquis al párroco de la iglesia.

—¿A poco esperaba que le dieran las gracias? —dijo el cura con una voz cantarina, llena de costa chica, mientras trasladaba una caja de cartón que contenía bolsas de arroz, frijol y latas de conserva. Entre dientes, añadió para sí: Serán pendejas estas catrinas.

—Oiga, padre —intervino Ana Luisa—, es que estas señoras parecen, no sé, molestas, y no era nuestra intención, sólo queremos ayudar. El señor arzobispo nos pidió…

—Yo sé lo que les pidió el señor arzobispo, mujer —interrumpió el sacerdote cuando colocaba la caja junto a otras cajas semejantes—, y no dudo de sus buenas intenciones, pero lo mejor para todos es que descarguemos cuanto antes estas pendejaditas que nos trajeron y se vayan.

El cura se detuvo a un metro de Ana Luisa de García. A duras penas le llegaba al hombro. En su rostro redondo como una bola terráquea y oscuro como una selva poco antes del alba, unos labios carnosos y violáceos sonreían, la mujer no supo si con ternura o sorna.

—Sé que no lo entiende —le dijo el párroco—. Pero mire.

Ana Luisa siguió con la vista la línea imaginaria trazada por un dedo carnoso que desprendía destellos malvas bajo los rayos del sol. Un dedo torvo. Por la ancha y polvorienta calle que transcurría frente a la iglesia se acercaban ancianos, hombres, mujeres y niños empujando triciclos con cajas de hierro al frente, diablos de llantas oxidadas, carriolas desvencijadas. Junto a ellos, unos pocos autos en carrocería viva, parchados con plásticos y alambres, cuyos motores cascabeleaban por el esfuerzo, surcaban las huellas dejadas antes por otras llantas en la arena. Mientras tanto, las mujerucas iban armando equitativos paquetes de despensa, ropa y juguetes que en un momento más repartirían entre los habitantes. Poco a poco una corte de los milagros fue

juntándose en el atrio. A voces, apuraban a las mujerucas, exigían revisar la ropa antes de recibirla, rechazaban aquello que no podrían malvender, se abalanzaban sobre un vestido o una plancha que parecía en buen estado.

A Ana Luisa de García le sobresaltó el grito dulzón del cura, aún a su lado.

—¡Sin alebrestarse, chingao!

El cura caminó hacia el pequeño tumulto que iba formándose en torno a las cajas de la colecta. Rechoncho y bajito, sus piernas daban zancadas más allá del límite de su propia cortedad, por lo que brincaba graciosamente, como un bufón en una carrera de obstáculos.

—Los que ya recibieron su despensa se me van, órale, y nada de quejarse, se me conforman con lo que les toque, habrase visto.

Ana Luisa alcanzó a oír a la señora Cuquis murmurar: Son como animales, ¡desagradecidos!

Quiso objetar el comentario de su amiga. No supo cómo. En efecto, no lo entendía. De pronto, la certeza con que había acometido la encomienda del arzobispo, la determinación con que había convocado a los amigos y conocidos para que colaboraran en una causa que llegó a sentir sagrada, comenzó a tambalearse ante la total ausencia de mística. Ante la zafiedad de ese ministro de dios, tan vulgar, tan grotesco, tan procaz. Ante la grosera exigencia de los miserables habitantes de esa colonia, un charco de lodo en la viña del Señor. Y Ana Luisa de García dudó, albergó sentimientos encontrados de lástima e ira, piedad y desprecio. Hubiera querido decir que, en efecto, eran como perros, peores que los perros, ésos al menos son agradecidos. Pero la visión de unos niños peleándose por un juguete, de una anciana empujando una carriola combada por la despensa en medio de la calle de arena, de los ojos lascivos de los hombres que mellaban su cuerpo adormecido, carne primermundista, se le ahogó en las pupilas. Se dio cuenta de que el sacerdote la observaba. Su cara de luna oscura seguía ostentando esa sorna insultante, de indio ladino, de guachito poca cosa. Ese brillo guasón en unos ojos color chocolate, inteligentes, que parecían no necesitar rendir cuentas ante ningún tipo de jerarquía mundana.

—¿Qué le causa tanta gracia? ¿Le parecemos divertidos? ¿Cree que no tiene ningún valor el esfuerzo de toda esta gente que hizo la colecta y que vino hasta aquí para entregársela? ¿No merecemos ni siquiera un poco de hospitalidad porque no somos

pobres?

—Son demasiadas preguntas, ¿no le parece? En lo de la hospitalidad tiene usted toda la razón. Le puedo ofrecer agua con mucho gusto, ¿se le antoja?

—Podría contestarme algunas de ellas, por lo menos. Y sí, me vendría bien un poco de agua.

—Acompáñeme, señora. Confieso que sí me dan tantita risa: todos esos coches de lujo en caravana a las puertas de mi iglesia, toda esa suficiencia piadosa, esa tranquilidad de espíritu comprada con los desechos de su riqueza… qué quiere que le diga, es gracioso.

Entraron al templo, que al interior conservaba una austeridad de concreto poroso. El piso era de tierra. Las sillas de plástico dispuestas para la misa le daban un aspecto de fiesta pobre. Al fondo, el altar estaba construido con el mismo hormigón de las paredes. Su falta de boato entristeció a Ana Luisa. Una simple cruz adornaba el presbiterio. A la derecha del altar, un ambón desnudo también de cemento. A la izquierda, un sagrario de cristal sucio y estricto. Hacía calor, el techo de lámina multiplicaba los efectos del sol de marzo que había irrumpido con más fuerza que en años anteriores. Olía a tierra contaminada de excremento. Cruzaron la nave en silencio, sin los ecos propios de las iglesias de antaño, levantando polvo tras sus pasos. Ana Luisa buscaba una réplica a la mordacidad del párroco. La frugalidad de la iglesia la iba dejando sin palabras. Sus pies habían pisado los suelos de mármol de la Basílica de San Pedro. Sus ojos habían contemplado las gárgolas de Nôtre Dame. Sus oídos escuchado las campanas de la catedral de Burgos, todo ello en un viaje del que casi no guardaba memoria, cuando Heriberto y ella eran jóvenes, cuando aún se miraban sin repulsión.

—También ésta es la casa de Cristo —le dijo el cura, consciente de la perplejidad que el templo despertaba en su invitada.

—¡Deje de tratarme como si fuera una rica frívola que está jugando a la caridad para limpiar su conciencia, por favor, padre!

El timbre de un celular repiqueteó por toda la iglesia obscenamente. Brotaba de las entrañas del bolso de mano de Ana Luisa como si fuera la carcajada del diablo.

—¿No va a contestar? Ha de ser el suyo, yo no uso esos artefactos —le dijo el sacerdote.

Ana Luisa rompió con la indignación un momento para

hurgar en el interior del bolso hasta encontrar el aparato. Contestó dando la espalda al cura. Se mantuvo extrañamente callada mientras una voz al otro lado le hablaba al oído de forma urgente, angustiada, imperiosa.

—Sí, sí, voy para allá —jadeó.

Al enfrentar de nuevo al sacerdote, su cara contenía todo el horror del mundo.

—¿Pasa algo? ¿Qué le dijeron?

Ana Luisa se tambaleó, tuvo que apoyarse en el hombro del cura para detener el temblor de ese piso y esas paredes y esas voces corrientes que crecían bullangueras a su alrededor. Hundió sus dedos en la carne rechoncha del hombro del párroco. Cuando pronunció la frase, se sintió estúpida, sucia, banal, impertinente, fuera de lugar, pretenciosa, miserable, inútil, pero sobre todo, aterrada.

—Parece que secuestraron a mi hijo.

¿Será posible que me haya enamorado?

I

¿Será posible que me haya enamorado?, se preguntó Arnulfo Lizárraga ese día de marzo, nublado, espeso y sofocante, con una humedad inusual en el ambiente. Vaya pregunta para un hombre que se había casado joven, que había jurado ante dios y la sociedad amar y respetar hasta la muerte a una mujer que había conocido en un baile un viernes por la noche, que esa misma noche había manoseado un poco, producto de las cervezas que ambos habían consumido.

Al domingo siguiente Arnulfo invitó a Carmen al cine. La manoseó un poco más después de una película olvidable en el asiento del carro. La llevó a cenar, al cine otra vez, a comer, a pasear a la costa para ver el amanecer, a un hotel —¡por fin!— para descubrir que no era virgen, un novio anterior la había desflorado torpe, dolorosamente. Estuvo a punto de dejarla embarazada (cuando apareció una sola raya en la prueba, Arnulfo Lizárraga le juró al único dios que conocía que en adelante usaría condón sin importar las circunstancias). Estuvo a punto de abandonarla porque se lió con una secretaria casada de la comandancia poniente. No la abandonó porque la secretaria era una puta, y la familia de Arnulfo Lizárraga y la familia de la novia presionaban para que sucediera lo que al fin sucedió: una boda, vivan los novios, luna de miel en Acapulco.

Vaya pregunta para un hombre que después de casarse había tenido una serie de deslices con teiboleras y prostitutas extranjeras que se le restregaban a cambio de no denunciarlas a migración, y tal vez, no estaba seguro, un romance pasional con

una cadete que con el tiempo abandonó la corporación porque descubrió que aquello no era lo suyo.

Vaya pregunta. ¿Será que estoy enamorado?

Maricela Anza llegó como una inquilina VIP al hotel de arraigo. Un ratón silvestre, asustado, huidizo, una niñera de postín enredada en una historia siniestra que la convirtió de la noche a la mañana en la protagonista de una pesadilla interminable. Arnulfo Lizárraga, a pesar de su incondicional institucionalidad, creyó en la inocencia de aquella joven desde que la vio. Escoltada por los miembros de seguridad de la casa de gobierno, apareció una noche en el hotel con las inconfundibles huellas de la tortura en el cuerpo y en el alma. La arrojaron a una habitación y les ordenaron que la incomunicaran irrestrictamente. Incluso a los judiciales destacados en el hotel les prohibieron hablar con ella.

Arnulfo Lizárraga conoció la historia de Maricela con pelos y señales porque uno de los escoltas asignados a la casa de gobierno había sido su compañero en la academia.

La historia de Maricela Anza se difundió posteriormente en algunos pocos periódicos de la región.

II

El teléfono celular le avisó que tenía un mensaje de texto. Maricela Anza Villa lo leyó. Era de la primera dama. Le pedía que se presentara en la cocina. Ella se encontraba en la parte de atrás de la casa de gobierno, en su cuarto.

Hacía nueve años que trabajaba como empleada doméstica para la familia del gobernador. En febrero de ese año los había acompañado en un viaje a Nueva York para hacerse cargo de los niños.

Maricela Anza se trasladó a la cocina siguiendo las órdenes de la señora. Era un domingo por la mañana. El mensaje de texto decía que el señor gobernador quería hablar con ella. Cuando entró en la cocina, se encontró con el secretario particular del mandatario. El funcionario la acusó sin rodeos de haber robado una maleta de dinero propiedad del gobernador.

—Tú eres la única que tiene acceso a la habitación de los señores y eres a la que más confianza le tienen —le dijo.

Maricela Anza negó la acusación alegando que en casi nueve años nunca había hecho algo semejante. El secretario insistió. Entonces entró en la cocina de la casa de gobierno el jefe de escoltas del gobernador. Después de intimidarla y amenazarla, le arrebató el teléfono celular y la llevó de vuelta a su cuarto.

Maricela Anza pidió hablar con la primera dama para aclarar la situación. No le dieron la oportunidad. Mientras, el jefe de escoltas registró la habitación palmo a palmo sin encontrar la maleta ni ningún indicio de su contenido. La empujaron al interior del cuarto, cerraron la puerta con llave y pusieron un guardia en la salida. Maricela Anza se encontraba retenida contra su voluntad en la habitación que desde octubre de 2009 le había servido de hogar.

En todo este tiempo no le mostraron ni una orden de arraigo ni de aprehensión.

Llegó la noche. Maricela seguía encerrada e incomunicada. Por fin escuchó ruidos afuera. Era la primera dama. Venía a dialogar con su empleada. Le exigió que entregara los objetos robados porque si no, la amenazó, iban a enviarla al Cereso. Maricela volvió a negar la acusación.

Pasó toda la noche encerrada en la habitación de servicio. En la mañana del lunes se abrió una vez más la puerta. Esta vez se trataba del administrador de la casa de gobierno. Ante sus ojos incrédulos, el hombre le puso la renuncia voluntaria y le sugirió que la firmara para evitar mayores problemas. Maricela sintió que el mundo se le venía encima. Sola, asustada, sin nadie que diera la cara por ella, firmó sin chistar.

La puerta volvió a cerrarse tras los pasos del administrador.

Mientras tanto, Alma, hermana de Maricela, no dejaba de marcar al celular de Maricela. Normalmente Alma y Maricela se comunicaban al menos una vez al día. Habían pasado veinticuatro horas y no tenía noticias de ella.

En la tarde del lunes se abrió la puerta de la habitación de servicio de la casa de gobierno una vez más.

El personal de seguridad del gobernador esposó a Maricela Anza, la subió a un vehículo y la condujo a la comandancia de la Policía Estatal, ubicada en la salida a la costa.

—Es mejor que confieses. Si nos dices dónde está el dinero te soltamos —le prometían durante el trayecto.

Maricela Anza Villa siguió negando que ella hubiera robado nada. La llevaron hasta un cuarto con un espejo colgado de una

de las paredes. De inmediato, entró una mujer agente de la Policía Estatal y la trasladó a una habitación contigua. Estaban solas las dos. La mujer policía comenzó a insultarla. Luego le propinó unos golpes.

—Dime dónde está el dinero —le exigía mientras le aseguraba que si no confesaba, su familia pagaría las consecuencias.

Maricela Anza se mantuvo en su postura: no sabía dónde estaba el dinero, ella no lo había robado. La agente le advirtió que esto era apenas el principio. Acto seguido la encapuchó dos veces con una bolsa de plástico hasta provocarle la asfixia. En todo este tiempo Maricela nunca vio una orden de aprehensión, de comparecencia o de arraigo ni le permitieron comunicarse con nadie.

Por unas horas vino la calma. Sólo por unas horas. Posteriormente, la escena se repetiría sucesivas veces hasta el día jueves. Los golpes, las amenazas, la bolsa de plástico en la cabeza durante tres días, setenta y dos horas; por fin la llevaron a declarar ante un secretario de acuerdos, ahí mismo, en las instalaciones de la Policía Estatal.

El funcionario le informó que en su bolsa de mano habían hallado diez mil pesos. Maricela negó su posesión. También le comunicó que había una declaración en la que un empleado de la casa de gobierno aseguraba haber visto a la mujer abandonar el lugar la madrugada del lunes en actitud sospechosa y con un bulto en los brazos.

Maricela alegó que ese día, a esas horas, se encontraba encerrada en la habitación donde dormía habitualmente.

Terminada la declaración, los mismos agentes de la Policía Estatal la trasladaron a casa de su hermana Alma.

Ya libre, Maricela supo que su hermana había acudido a la casa de gobierno varias veces durante esos días y no le habían dado razón de ella hasta el jueves, cuando acudió a Palacio de Gobierno a intentar platicar con el gobernador y jefe de su hermana; fue el administrador de la casa de gobierno quien la atendió para comunicarle que Maricela Anza se encontraba arraigada.

En esos días de angustia, agentes de la Policía Estatal acudieron al pueblo de donde son originarias las hermanas Anza para hablar con su madre, atemorizarla e intimidarla.

Maricela pudo comunicarse con la primera dama para

solicitarle sus pertenencias, que aún se encontraban en la casa de gobierno. La esposa del gobernador le volvió a exigir que devolviera el dinero, que ella sabía que lo había extraído de su hogar envuelto en papel periódico. Todavía entonces manejaban la cantidad de cuatroscientos cincuenta mil pesos en efectivo y ciento treinta mil pesos en joyas. Posteriormente trascendió que se trataba de un millón y medio de pesos.

Al fin logró comunicarse con el administrador de la casa de gobierno, quien le informó que la semana siguiente le harían entrega de sus objetos personales, pues se hallaba ausente de la ciudad.

Las hermanas Anza acudieron a varios abogados de la localidad. Ninguno quiso tomar el caso.

El martes, alrededor de las nueve de la mañana, las hermanas Anza salían de su domicilio, al norte de la ciudad, cuando una patrulla de la Policía Estatal les cerró el paso, las obligó a abandonar el vehículo y regresar a la casa. Portaban una orden de arraigo y una orden de cateo. Desmantelaron el hogar de Alma mientras se llevaban detenida a Maricela.

En el cuarto del espejo de la comandancia de la Policía Estatal le vendaron el rostro, la desnudaron y la envolvieron en una cobija. La golpearon sucesivas veces. Le echaron agua al rostro. La tortura duró varias horas.

Por fin la trasladaron a las instalaciones de la Procuraduría General de Justicia, en donde le tomaron declaración y firmó la orden de arraigo.

Maricela Anza nunca aceptó los cargos que le imputaban.

Le informaron que sería trasladada a un hotel, donde cumpliría los treinta días de arraigo. Sin embargo, una vez más la llevaron a la comandancia. Ahí la volvieron a torturar y por primera vez en todo ese tiempo vio a Alberto Monroe, jefe de seguridad de la casa de gobierno, acusado de ser cómplice de Maricela Anza.

Ambos sostenían una relación amorosa cuando se suscitaron los hechos.

Esa noche llegó a la habitación del hotel donde aún permanece en custodia. Los pies amoratados, vomitaba, la cabeza le daba vueltas y todo el cuerpo le dolía.

III

Arnulfo Lizárraga, respetando las indicaciones de sus superiores, no le había dirigido la palabra a Maricela. Sólo una vez la indiciada había recibido una visita. Su hermana y su madre pasaron media hora en la habitación del hotel, vigiladas por uno de los escoltas de la casa de gobierno, a puerta cerrada. El resto de los días permaneció incomunicada, una incógnita alimentada de murmuraciones, chismes que saltaban de boca en boca entre custodios e indiciados. Arnulfo la veía pasar ocasionalmente por los pasillos del hotel, siempre rodeada de un aparato de seguridad tan altisonante como ridículo para una muchacha cabizbaja de no más de cincuenta y cinco kilos y un metro sesenta de estatura. Ocurrió que en una ocasión, Maricela, al cruzar frente a Arnulfo, levantó la vista del suelo y encontró la mirada del judicial. Es difícil que, en ciertas situaciones, el tiempo se ajuste a su propia medida. Una fracción de segundo de pronto se convierte en una década, en tanto el instante quede fijo en la memoria, no como un recuerdo, sino como un reclamo al futuro. Los ojos de Maricela, con ese gesto inocuo, accidental, al chocar con los de Lizárraga, se abrieron de repente como dos puertas al pasado, al presente y al porvenir, y el policía quedó atrapado en ese continuum. Arnulfo Lizárraga reconoció su propio desamparo en el de la indiciada, su miedo y su dignidad. Vio la desolación y la insignificancia de los actos propios y ajenos: desde los del reyezuelo que gesticulaba en palacio porque le habían robado una millonaria cantidad que nadie acertaba a explicar por qué se encontraba en una maleta bajo su cama, hasta los automatismos de los esbirros que se convencían de que aquello tenía algún sentido. Y en medio de ese universo suspendido en el tiempo, Arnulfo vio a Maricela, estéril de pureza, elevarse como una estatua que contemplaba sin comprender la destrucción del mundo a sus pies. Antes de desaparecer por la puerta del hotel, Maricela volvió la mirada atrás para buscar una vez más la de Arnulfo que la seguía aún deslumbrado, y le sonrió fugazmente. La sonrisa de una joven camino a la sala de tortura puede ser imperecedera.

¿Será posible que me haya enamorado?, se preguntó ese mismo día, mientras esperaba el regreso de la indiciada como se espera una carta de amor, angustiado porque el juez dictara la

orden de formal prisión y nunca más la volviera a ver.

El dedo aún estaba ahí pero en realidad no estaba

I

El dedo aún estaba ahí, flexible, mullido, con su yema acolchonada, sus huellas dactilares, su falange media y distal: el dedo meñique de la mano izquierda. Pero en realidad no estaba, se lo habían cortado. ¿Hacía un día, una semana? A veces se le olvidaba y lo sentía presente, como los otros nueve. Le cosquilleaba, le picaba, le hormigueaba. Pero en realidad no estaba. De tajo, con unas pinzas cortadoras de alambre, se lo habían rebanado en un abrir y cerrar de ojos. El filo de la cuchilla había rasgado la vaina sinovial de los músculos flexores, el músculo oponente, el aductor, los tendones, y Gabriel García, por primera vez en su vida, había padecido el verdadero dolor, el dolor agónico, casi hasta el desmayo, el que te hace gritar, gritar, gritar, en un intento infructuoso por librarte de él, para que deje de estar ahí, dueño del cuerpo, invasor de cada rincón de la anatomía, único habitante del cerebro. Sólo el dolor que lo anula todo, incluso el miedo, la esperanza, la incertidumbre, la altanería, la dignidad. Porque no existe otra cosa que el dolor. Luego la adrenalina empieza a fluir por las venas a toda velocidad y bloquea el sistema nervioso, atenúa el suplicio, lo mitiga sin mucha fortuna y viene una conciencia superviviente, primitiva, que es miedo, incredulidad, impotencia. Horas más tarde, te invade un inmenso cansancio que no te deja dormir mientras tu mente recobra su actividad racional y empieza a pensar. Entonces llega el verdadero infierno.

Gabriel García pensaba mucho, como nunca antes en su vida, postrado en un jergón, encadenado a una viga ex profeso, en una habitación oscura de dos metros por dos. ¿Qué otra cosa podía hacer sino pensar? De repente le atacaba el síndrome del miembro fantasma; su cerebro generaba sensaciones que lo engañaban, que le hacían creer que poseía un dedo meñique que lo había acompañado durante diecisiete años. Cuando esto sucedía, contemplaba su mano izquierda en la penumbra de aquella habitación, hasta que la venda blanca manchada con un poco de sangre cobraba forma en la oscuridad para constatar que únicamente tenía una falange. Era un aspecto del encierro que le desquiciaba. Dos veces al día entraba la mujer con una torta, una soda, alcohol del 96 y una venda nueva. Sabía que era una mujer por las tetas gordas y colgantes tras la camiseta blanca que siempre traía puesta. Una camiseta que marcaba unas lonjas oblongas y excesivas. Sabía que era una mujer por las caderas y el culo de mujer que un pants negro no podía ocultar. Por la voz susurrada al articular las pocas palabras que le dirigía. No por el rostro, siempre entraba a la habitación con él cubierto por un pasamontañas tipo militar. La mujer le daba miedo y asco. Olía a capas de sudor acumuladas una tras otra durante meses.

La primera vez que apareció recortada en el marco de la puerta de hierro color ocre, Gabriel se acurrucó al fondo de la habitación, se enconchó como un feto, se hizo un punto diminuto. Entre las rodillas, deslumbrado por la luz fluorescente que se colaba del pasillo, vio de reojo a la mujer y le pareció una especie de gigante inanimado, un ser sobrenatural. En esa primera ocasión y en las subsecuentes, la mujer utilizó frases cortas emitidas en un susurro ronco: Te traigo algo de comer. Te tengo que curar el dedo. Me vale madres si se te infecta y te mueres de una gangrena pero mi obligación es curarte el dedo. No seas puto, no seas maricón, no seas niñita. Estas últimas oraciones las pronunciaba cuando el alcohol empapaba el muñón cicatrizante y Gabriel se retorcía a punto del llanto. Y siempre en un murmullo ronco que parecía brotar de unas cuerdas vocales llagadas. La venda solía empaparse de sangre en cuanto la mujer terminaba de curarle la herida, pero era sólo un pequeño rastro que con los días se fue encogiendo. Gabriel también se preguntaba por qué le habían cortado el dedo nada más llegar a aquella casa. Lo bajaron de la camioneta con los ojos vendados después de un trayecto de unas dos horas. Lo metieron a rastras en esa casa, sintió cómo

unas manos robustas, tal vez dos, tal vez cuatro, inmovilizaban su brazo izquierdo y entonces, clac: el dolor.

II

El dedo aún estaba ahí. Un apéndice inútil encerrado en esa caja como un cadáver en un féretro, pudriéndose, en descomposición acelerada, apestando el estudio, en donde se había encerrado para contemplarlo mientras su abogado venía en camino, mientras su mujer venía en camino. No había llamado a la policía. Su abogado le había dicho que no hiciera nada hasta que llegara. Él le avisaría a Ana Luisa. Así que Heriberto García se había encerrado en el estudio de su casa a contemplar el dedo de Gabriel y la nota escueta pero devastadora: *No estamos jugando, paga lo que te pidamos*. ¿Sonaría el teléfono en cualquier momento y una voz distorsionada le daría una cifra, una fecha, una hora para entregar el dinero? ¿Realmente sucedían así las cosas? Heriberto García se hacía este tipo de preguntas porque poseía una mente práctica, ejecutiva, la mente de un empresario que había hecho una fortuna de la nada. Pero también era una forma de evadir ese dedo, yacente al fondo de una caja, que le apuntaba putrefacto. Es tu culpa, le decía el meñique de su hijo. En ese instante Heriberto García se sentía responsable de ser escabrosamente rico, del sufrimiento de su hijo (un sufrimiento que el dedo atestiguaba), de la indefensión de su hijo, de su posible muerte. Sabía de las altas probabilidades de que apareciera sin vida en el desierto. Era consciente de que la vida de Gabriel pendía de los detalles más ínfimos de un proceso que apenas comenzaba, en el que un pequeño error significaba el fin. Por todo ello, la culpa tenía a Heriberto García atornillado a la silla del estudio de su casa, mientras luchaba entre sucumbir ante ella o sacar a relucir al negociador implacable y sin escrúpulos que lo había llevado a enriquecerse más allá de lo previsible. Cerró la caja que contenía el dedo y giró sobre el eje del asiento para darle la espalda. Frente a él se extendía un librero que cubría la pared entera. En él medio millar de ejemplares con encuadernado de lujo (enciclopedias, libros de historia regional, una colección de clásicos de la literatura universal) que jamás había abierto, alternaban con fotografías suyas jugando al golf, de

la familia, de su lancha fueraborda surcando el mar, y figuras de porcelana de Lladró que representaban caballos árabes pura sangre, fantasías venecianas, unas damas de Aranjuez y un dragón chino. El barroquismo del librero estaba a tono con el del despacho entero, una escenografía en la que Heriberto García interpretaba al hombre que creía ser. ¿Pero era realmente ese hombre? Pensó en esa mujer lejana, mística, que le repugnaba: su esposa. Pronto llegaría. ¿Dónde estaba? Su abogado le había dicho que Ana Luisa se encontraba en la colonia Primero de Mayo. ¿Qué hacía esa loca fanática en ese barrio? Calibró lo que se le avecinaba y de repente vio a una mujer histérica reprochándole lo inevitable: ser el padre de esa criatura odiosa, enferma de vanidad, malcriada, desagradecida, a la que jamás habían responsabilizado de ningún acto. ¡Pobre Gabriel!, exclamó Heriberto García y se le empañaron los ojos. De pronto creyó necesario avisarle a Isabel, no tenía muy claro si a la amante o a la asistente. Cuando echaba mano del celular para marcarle, doña Cleta tocó a la puerta del despacho, la entreabrió y le comunicó que había llegado el licenciado Dávila. Un segundo antes de decirle que lo hiciera pasar, Heriberto García se detuvo en la figura rocosa y rubicunda de esa serrana que hacía dos décadas trabajaba para la familia. No parecía saber lo que sucedía. Heriberto García dejó el celular sobre la mesa.

El licenciado Dávila entró al despacho con la cara apremiante de quienes pretenden hacerse cargo de todo.

—Espero que no hayas hablado de esto con nadie, Heriberto, es muy delicado —le dijo mientras se sentaba del otro lado del escritorio, frente a su cliente—. Mira, por ley estamos obligados a dar parte a las autoridades, pero eso no significa que vamos a permitir que se hagan cargo de las negociaciones, ¿me entiendes? Mientras venía para acá, hice algunas averiguaciones y podemos contratar a un negociador experto. Ahora bien, ¿sabes con certeza que se trata de un secuestro y no de una extorsión? ¿Has tratado de comunicarte con Gabriel?

Heriberto García señaló con el mentón la caja sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó el abogado.

—Ábrela.

—¡Puta madre! ¡No me chingues! ¿Qué carajos es…?

—El dedo de mi hijo.

El abogado había saltado de la silla y retrocedido unos pasos hasta el centro del estudio, empujado por la repulsión a ese

pedacito de carne con la uña amoratada, ese gajo que había pertenecido a alguien. Trató de recuperar la calma con la calma de su cliente, que aguardaba inmóvil, como si al no moverse pudiera detener el curso de los acontecimientos. El licenciado Dávila volvió a acercarse al escritorio.

—A ver, no entiendo nada. ¿Desde cuándo lo tienen secuestrado? ¿Ya te habían pedido el rescate y te negaste?

—Llegué hace poco más de una hora a mi casa y me encontré con el dedo en esa caja y esta nota.

Heriberto le tendió el pedazo de papel a su abogado. Éste lo leyó varias veces. Parecía querer encontrar algún tipo de clave, una explicación.

—Pues están cabrones estos tipos. No conozco de ningún caso en el que hayan actuado así, tan… salvajemente. O sea, ¿no te han contactado?

Heriberto García negó con la cabeza y la inercia del movimiento hizo que la silla se desplazara sobre su eje imperceptiblemente. El abogado volvió a sentarse.

—Bueno, voy a dar parte al Ministerio Público, es nuestra obligación, pero como ya te dije, creo que debemos elegir un negociador externo.

—Yo voy a negociar con esos hijos de puta, nadie más —dijo Heriberto García.

El empresario se sobresaltó al comprobar que su esposa se hallaba bajo el dintel de la puerta, observándolo fijamente, en silencio, avejentada, hierática. ¿Desde cuándo estaba ahí? Sus miradas se encontraron un momento. De inmediato el hombre desvió la vista hacia la caja, aún abierta, incapaz de sostener la cólera contenida en los ojos de Ana Luisa. La mujer cruzó el estudio hasta el escritorio. Sin decir palabra, cerró la caja, la tomó con ambas manos como si fuera un relicario y devolvió sus pasos a la puerta. En ese momento sonó el timbre del celular de Heriberto García. Éste comprobó que se trataba de Isabel. No supo si responder.

—Contesta, puede que sean los secuestradores —le espetó su abogado.

—Es mi asistente —dijo Heriberto.

—Contesta de todas formas —insistió su esposa desde la puerta.

—Dime, Isabel, qué se te ofrece, éste no es un buen momento… Espera, no te entiendo, deja de llorar, procura

calmarte, es que no te entiendo, repite con calma lo que… ¿Qué? ¿Un sobre? No te muevas, no llames a la policía, voy para allá.

III

Ana Luisa de García, sobre la cabecera de la cama de su habitación, diez años atrás, había colgado un estilizado crucifijo de plata y oro blanco, recuerdo de su visita al Vaticano. Durante una década le había rezado todas las noches pidiendo por su hijo, por su esposo, por ella misma. Hasta ese día pensó que sus oraciones eran escuchadas. Incluso le agradeció al hijo de dios que su marido hubiera encontrado un desahogo para sus necesidades carnales, tan débil, tan infantilmente descreído. En cuanto a Gabriel, se daba cuenta de que estaba perdido en el bosque de su propia adolescencia. Cada noche rogaba para que encontrara el camino sin que su fe sufriera ningún quebranto.

Pero esa tarde, ya casi noche, entró en su cuarto, dejó la caja en el buró, se puso de rodillas sobre la cama solitaria, descolgó el crucifijo, se dirigió a la ventana, la abrió y lo lanzó con todas sus fuerzas al jardín. El crucifijo voló en una parábola abrupta y fue a dar al fondo de la alberca vacía. Al chocar con el cemento rebotó sin ton ni son como si nunca antes hubiera existido un solo sonido en ese jardín. Ana Luisa estudió por unos minutos la cruz tirada en la parte más honda de la piscina, cerró la ventana, regresó a la cama, se acostó bocarriba, cogió la caja y la puso sobre su estómago. Dudó en abrirla. Era una pequeña caja de cartón, de ésas para guardar tornillos, cúbica e insignificante. Por fin se atrevió a enfrentar su contenido. Ahí estaba el dedo. Despedía un olor repugnante. La cerró nuevamente. La visión del meñique de su hijo la aturdió. Para que la habitación dejara de ser esa marejada, evocó lo más vívidamente posible la última imagen de Gabriel. Esa misma mañana había desayunado un cereal urgente recargado sobre la barra de la cocina, se le hacía tarde para ir a la escuela. Recreó con exhaustiva precisión sus piernas largas, su talle desgarbado, los brazos aún lechosos, flacos, de infantil musculatura. Su cabello castaño claro demasiado largo para su gusto, que caía en graciosas capas hasta los hombros enjutos. Y la mirada perdida en un lejano punto del jardín, obstinada e iracunda, en busca, pensó de pronto Ana Luisa, de alguna

respuesta. Se dio cuenta de que esa mañana algo atormentaba a su hijo, algo había provocado que se mostrara más huraño que otras veces. Ana Luisa lo había apurado al constatar que faltaban diez minutos para las siete y justo había alcanzado a rozar distraídamente la mejilla de Gabriel con sus labios. Pensaba en la colecta, en la infinidad de detalles que había que resolver antes de que partiera la caravana rumbo a la Primero de Mayo. Apenas le había dedicado una última mirada cuando Gabriel abandonó la cocina. Recordó haber pensado que su hijo llevaba la mochila abierta pero no le dio mayor importancia.

Ahora, en esa noche sin dios, sólo poseía el dedo de su hijo que había llegado a un punto de putrefacción tal que su vista se hacía insoportable.

La frívola cháchara de los días cotidianos

I

Alrededor de don Cipriano su hija Carmen revoloteaba con la frívola cháchara de los días cotidianos. El viejo se encontraba sentado frente al televisor de la cocina, con la mirada ausente, inexpugnable. Su hija atendía la estufa: el arroz a la mexicana y el bistec ranchero esperaban a fuego lento la llegada de Verónica de la universidad. Mientras vigilaba la cocción, Carmen esbozaba pláticas que no iban a ninguna parte y leía los mensajes de texto que vibraban en su celular en pequeños intervalos. Mensajes calientes de Lorenzo que le arrancaban rubores. Mensajes que burbujeaban en su vagina, le cortaban la respiración y le endurecían los pezones. Cada vez que Carmen dejaba a medias una frase para leer en el monitor las palabras de Lorenzo y teclear una respuesta, don Cipriano desviaba los ojos del televisor, los posaba un instante en su hija y soltaba un resoplido semejante al bufido de un caballo. Carmen, ensimismada en el sexting, no se percataba de la molestia que provocaba en su padre. La tensión se desvaneció como un remolino en el desierto cuando la conductora del noticiero local informó que el hijo del conocido empresario Heriberto García había sido secuestrado. Don Cipriano chascó la lengua y escupió una frase de viejo: En mis tiempos no pasaban esas cosas. Carmen le hizo callar, cruzó la cocina y subió el volumen del aparato. Por un momento se olvidó del celular. La conductora naufragaba en un mar de supuestos, al parecer, trascendidos y aún sin confirmar que le dieron a la noticia mayor certeza, pues nada hay más preciso para el morbo del televidente que la vaguedad. A don Cipriano le violentó la tosquedad de su

hija atravesada en su campo visual, de repente interesada en el dolor ajeno. Le gruñó que se apartara porque no lo dejaba ver.

—Ay, papá, últimamente no hay quien lo aguante —protestó Carmen mientras se hacía a un lado apenas unos centímetros. La mujer apuraba las palabras que emitía el televisor con fruición, una fruición que a don Cipriano terminó por asquear. El anciano se levantó de la silla y traspasó el arco de tablaroca que separaba la cocina del comedor. Se sentó en la cabecera de la mesa.

—Ya sírveme, tengo hambre, no quiero que se me haga muy tarde, Bronco está solo —vociferó el viejo.

—Estamos esperando a Verónica, ya no tarda —dijo Carmen y subió un poco más el volumen. La noticia ya no estaba ahí, la conductora anunciaba la próxima inauguración de un acueducto que traería agua a la ciudad. Carmen recuperó el celular y revisó los mensajes. Tenía dos, uno de su marido y otro más de Lorenzo. Arnulfo le avisaba que debía doblar turno por lo que no llegaría hasta la mañana del día siguiente. Lorenzo le apremiaba para volver a verse. Desde aquel encuentro en el café que había terminado en un hotel de paso, sólo habían coincidido en el gimnasio. En una ocasión, Lorenzo la había acorralado en el vestidor de mujeres. La besó y, a pesar de la resistencia de ella, le alcanzó a acariciar las tetas. Carmen no supo si aceptar esos labios resecos o rechazarlos. Lorenzo le exigió una segunda cita. La mujer no se negó, le dio largas, le pidió paciencia mientras restregaba la cadera en el paquete del instructor en un gesto que bien pudo ser una provocación o una fuga.

Cuando Carmen terminaba de enviar el mensaje en el que citaba a Lorenzo ese mismo día, a las siete, en el mismo café de la primera vez, el portón de la cochera comenzó su ascenso. Era Verónica que llegaba de la universidad en la camioneta de su madre. A sugerencia de la terapeuta, Carmen había comenzado a prestarle el vehículo para crear un clima de normalidad y confianza. Rápidamente Carmen le contestó también a su marido con un breve ok, ni modo, espero que no me estés mintiendo, y empezó a servir los platos. Verónica entró en la casa y por un instante el lugar se llenó de una luz poderosa que fijó la ligereza de la muchacha en el ambiente. Verónica tenía un cuerpo atlético y flexible, una larga cabellera negra herencia de su padre, un rostro menudo y vulgar que la expresión de zozobra en sus ojos dotaba de un cierto atractivo. Don Cipriano, al verla, sonrió imperceptiblemente.

—Hola, abue —dijo Verónica y besó al anciano en la mejilla —. ¿Ya está lista la comida? Me tengo que ir en una hora, quedé de verme con Sara en la biblioteca para una tarea.

—Hola, hija, ¿estoy pintada o qué? —protestó Carmen.

—Hola mamá —replicó Verónica sin besarla—. En serio, no tengo mucho tiempo.

Don Cipriano observaba a su nieta como si fuera el resultado de un empeño sobrehumano. Probablemente si accedía a ir a casa de su hija era para convivir un rato con la muchacha.

—¿Cómo has estado, abue? —Sólo su nieta lo tuteaba, Carmen y Arnulfo lo trataban de usted. Don Cipriano se encogió de hombros.

—Bien, ya sabes, más viejo.

—¿Y Bronco? Hace rato que no lo veo, un día de estos pasaré a visitarlo, ahora que ya traigo carro.

—No, chiquita —interrumpió su madre—, ni te emociones, que sólo te la presto para ir a la escuela.

Carmen sirvió los platos con el bistec ranchero y el arroz a la mexicana. Al centro había una ensaladera con lechuga, tomate, chile verde y cebolla. También una jarra con agua de Jamaica y una tortillera de plástico.

—¿Ya supiste que secuestraron al hijo del señor García, el de la constructora?

—En la escuela no se habla de otra cosa —confirmó Verónica.

—Pero ¿será cierto? No sé, se me hace tan raro… ¿Lo conoces?

—No, mamá, yo no me junto con esa gente. Sara tiene una prima que sí lo ha tratado. Dice que es un sangrón, un mamonazo, el típico hijo de papi, pero pues pobre, ¿no?

Verónica sintió la necesidad de morderse el labio. Se contuvo. Al final se llevó la servilleta a la altura de la boca e hincó tres veces los dientes en el labio inferior. Luego pasó la servilleta por los labios rápidamente. Carmen observó un segundo a su hija con un asomo de reproche pero no dijo nada.

—Tráeme un poco de sal, Verónica, esta carne no sabe a nada.

—Bien sabe que no puede abusar de la sal, se lo tiene prohibido el doctor —atajó Carmen.

—Ese doctorcito me la pela —dijo don Cipriano en voz baja. Verónica estalló en una carcajada. El anciano rio hacia sus

adentros y su cuerpo consumido tembló ligeramente. Carmen se levantó de la mesa, fue a la cocina, buscó el salero en la alacena, regresó al comedor y puso el frasco frente a su padre con demasiada fuerza. El choque de la base de vidrio con la madera provocó un ruido hueco.

—Tome, ándele, póngale toda la sal que quiera, a mí qué —dijo Carmen.

—Ni al caso, mamá, no es para tanto.

Don Cipriano, accidentalmente, cubrió de sal el bistec ranchero, una tormenta de nieve. Se llevó un bocado tembloroso a la boca, lo masticó y terminó por escupirlo.

—Esto no hay quién se lo coma —dijo.

Verónica parpadeó tres veces como el aleteo de un colibrí y bizqueó en dirección a su madre, que se levantó nuevamente, se llevó el plato de don Cipriano a la cocina, botó el contenido a la basura y arrojó el plato al fregadero. Carmen apoyó las manos en el borde de la barra y dejó caer la cabeza hacia el pecho como si fuera una muñeca de trapo. Parecía que, de súbito, la hubieran apagado. El viejo estudiaba sus manos sorprendido de que estuvieran ahí, culpables de su torpeza con la sal.

—Termina de comer en lo que me cambio, hija; te llevo y dejo a tu abuelo en su casa —dijo Carmen mientras se dirigía a las escaleras y ascendía al segundo piso.

II

Carmen recreaba la imagen de don Cipriano en el umbral de su casa acariciando a Bronco. Unas horas antes lo había dejado ahí llena de resentimiento. Pero al verlo cruzar el pequeño jardín que florecía esmeradamente, abrir la puerta y saludar al perro, el resentimiento cedió a una insaciable tristeza. Esa melancolía la había acompañado al café en el que se había citado con Lorenzo. También a la cama de esa habitación de hotel en donde Lorenzo no había tenido una erección. Y ahora que examinaba el pene flácido de su amante, la melancolía era más fuerte que la propia frustración del orgasmo fallido. Lorenzo interpretó la mirada de Carmen como un reproche e incluso creyó que había un deje de mordacidad. Irritado, le dijo que a cualquiera le podía pasar, que había tenido un día muy pesado y que ella tampoco había estado

muy metida en el asunto. Luego se levantó y se llevó su vergüenza al baño. Carmen pensó que Lorenzo tenía razón en eso de no haber estado muy metida en el asunto. La imagen de su padre acariciando los belfos de Bronco mientras le dedicaba palabras afectuosas; la imagen de ella misma observando a su padre desde la camioneta, con un punto de celos y envidia, la habían distraído del asunto de la carne. Sí cumplieron con el ritual de despojarse presurosos de la ropa como los amantes nuevos que eran, de besarse apasionadamente, de recorrer cada centímetro del otro cuerpo con la avidez que provocan una piel, un olor, un pulso desconocidos. Pero la excitación que la inundaba por oleadas desde la epidermis hasta el mismo centro de su sexo, de repente se fue diluyendo en la aflicción que le despertaba la imagen de su padre presente en su cabeza como una foto indeleble.

A la mujer le pareció inmensa y solitaria la cama de ese hotel de paso que ella había pagado porque a Lorenzo le rechazaron la tarjeta. Tuvo la sensación de que el cuarto era un país lejano poblado por sombras en el que se hablaba un idioma extraño. Lorenzo tardaba mucho y le intrigó qué podría estar haciendo encerrado en el baño. Carmen estiró su desnudez en la cama inmensa y ajena, y cerró los ojos. Otra vez apareció la imagen de ese hombre adusto y senil inclinado hacia un animal viejo, medio ciego, cargado de años perro. Carmen estaba convencida de que su padre la culpaba del absurdo destino que le había tocado en suerte. La culpaba de ser mujer, cuando esperaba un varón que heredara el pequeño rancho y el medio centenar de cabezas de ganado que habían pasado de generación en generación. La culpaba de haber destrozado el útero de su esposa durante el alumbramiento y haberla dejado estéril, sin otra descendencia que una hembra que desde niña renegó de la tiranía del campo y salió huyendo en cuanto tuvo edad de subirse a un camión rumbo a la ciudad. La culpaba del colapso económico de los pueblos de la sierra, cementerios de un estilo de vida que sólo existía ya en el imaginario colectivo y la simbología ramplona del discurso mediático. Por culparla, creía Carmen, la culpaba incluso de la paulatina invasión de los narcotraficantes que habían hecho de la sierra un lugar sangriento, tenebroso, abyecto. La culpaba de la peregrinación deshonrosa a una ciudad engreída y frívola —poblada de burócratas sin memoria— que emprendieron los padres de Carmen cuando ya nada podía salvarse y hubieron de

malvender el rancho. Y la culpaba, Carmen estaba segura de ello, de la muerte de la madre dos años atrás a causa de una enfermedad de moda que devastó los senos otrora generosos de la mujer que le había dado la vida. Porque Carmen, desde niña, había encontrado en los ojos de su padre una subrepticia desaprobación, un esquivo desencanto que únicamente ella parecía detectar. Podía recordar con bastante precisión las pocas veces que le había puesto la manaza (en aquel entonces recia, ahora un sarmiento seco) sobre su cabeza y le había revuelto el cabello, en un gesto que forzaba la ternura hasta la incomodidad. Y ya que estaba recordando desnuda sobre esa cama, recordaba las tardes abiertas a la inmensidad cerril, en las que su padre regresaba de las labores ganaderas y la encontraba en el porche, ya adolescente, bailando los grandes éxitos de Enrique Guzmán que una radio local transmitía veinte años después. Su padre apagaba el transistor y le ordenaba que fuera ayudar a su madre, que para pirujas las de la capital.

Los recuerdos tuvieron el sorprendente efecto de ruborizar a Carmen, extrañada aún por el prolongado encierro de su amante en el baño. Y quiso vestirse y largarse de ahí, guardarse en casa y tal vez llorar, o ver un programa insulso en la tele, o esperar a Verónica que crecía con sus tics a una velocidad de espanto, o aguardar a Arnulfo como quizás lo aguardó alguna vez, esperanzada, aunque no hubiera por qué tener esperanzas. Entonces, Lorenzo salió del baño con el pene erecto y triunfal anunció:

—Mira, mi alma, ya estoy listo para follar.

A Carmen le dio un ataque de risa. Se retorció alborozada entre las sábanas, y su cuerpo musculoso revestido por una piel que ya mostraba los primeros síntomas de las cuatro décadas acumuladas, se desparramó vencido por las carcajadas, abandonado a las sacudidas de la risa. Lorenzo se lanzó sobre la mujer y la fue acorralando contra su anatomía. Carmen pasó de la respiración entrecortada de la hilaridad a la del deseo y quiso que la verga de ese andaluz sin cerebro entrara en ella para que borrara todo síntoma de tristeza y vergüenza.

Una risa de ida y vuelta

I

Esperaba cada día la risa de la niña, puntual risa de ida y vuelta, como los habitantes del desierto esperan las lluvias de junio, como se espera que la muerte pase de largo sin tocarnos, como nunca había tenido que esperar nada en la vida porque había recibido todo con formular el deseo de poseerlo. Gabriel, un topo ya en ese agujero lúgubre, pensaba mucho en esa frase tan desafortunada, tan infame, tan hueca que en tantas ocasiones le habían arrojado: tenerlo todo. ¿Lo había tenido todo? Cuántas veces había reconocido la envidia en los ojos de los otros por ser quien era. Cuántas veces había hecho de esa envidia una causa, un dogma o, incluso, un manifiesto de la seducción. Ahora sólo poseía el sonido de la risa de una niña que cruzaba por las mañanas frente a la ventana del cuarto donde lo tenían encerrado y de vuelta por las tardes.

La primera vez el miedo le impidió situar el sonido cristalino de esa risa. Sólo irrumpió en su mente sombría, paralizada por la presencia constante de la posibilidad de la muerte, de la tortura, de no ser otra cosa que un objeto a merced del capricho de unas sombras anónimas. Entonces sintió por un instante que la vida allá afuera entraba con toda la fuerza de su simpleza. Fue un bálsamo que se le escurrió. Ocupado como estaba en no sucumbir bajo la perenne oscuridad de la habitación, en llorar, en gritar, en maldecir a su padre, en insultar a la negrura que lo iba consumiendo día a día, apenas tuvo conciencia del eco de la risa cuando ya era una lejanía. Creyó incluso que se la había imaginado. Hasta ese momento sólo había percibido los ruidos

tenues y amorfos de un exterior inalcanzable. Al día siguiente, a los pocos minutos de que la mujer abandonara el cuarto, después de dejarle la torta matinal y la soda, la risa rebotó de nuevo contra la ventana como si viniera de otro tiempo. Entonces se permitió su único acto de valor.

La ventana del cuarto donde se encontraba medía un metro por un metro. Enrejada y cerrada por fuera, la superficie de vidrio estaba cubierta por papel estaño, lo que impedía la entrada de la luz, aunque durante el día se colara el resplandor del sol por los resquicios llenando de espectros la estancia. El repiqueteo de esa risa franca, ese pequeño estallido inocuo, lo impulsó a levantarse del colchón en el que permanecía enroscado casi todo el tiempo y pegar el oído a la ventana. Comprobó con alivio que la gruesa cadena amarrada de la columna a su tobillo le permitía, si estiraba su cuerpo, alcanzar el objetivo. Al apoyar la cabeza en el cristal, sus dedos palparon el papel aluminio y se atrevió, con una audacia impensable, volteando a cada segundo hacia la puerta, a rasgar con la uña el estaño y abrir una diminuta rendija. Asomó por ella el ojo derecho y pudo verlos.

La imagen recorrió velozmente su nervio óptico como si fuera una ola barriendo con todo a su camino. Se trataba de una niña morena y sucia de unos siete años que viajaba acuclillada en la caja de un triciclo. Un hombre igual de moreno y sucio, escuálido —Gabriel imaginó que era el padre de la criatura— impulsaba los pedales con un enorme esfuerzo que no le impedía hablar con la niña, decirle aquello que le arrancaba tantas risas.

Pasaban por la mañana de derecha a izquierda de la rendija. Pasaban por la tarde de izquierda a derecha.

Con los días, Gabriel fue reteniendo algunos detalles: el color amarillo del triciclo, las pequeñas cajas de chicles, paletas y dulces de leche amontonadas a los pies de la niña, la limpieza de la mirada del hombre mezclada con la determinación del pedaleo. A veces, la pequeña, en lugar de viajar cara a su padre, iba con la mirada fija en el horizonte sintiendo en el rostro el escaso viento que la modesta velocidad de los músculos despertaba. Los rasgos de la niña eran toscos pero cuando bebía las palabras del hombre se endulzaban y la pequeña cobraba una belleza conmovedora.

Una vez que cruzaban su minúsculo campo de visión, Gabriel tenía mucho cuidado de restaurar la rendija con la tira levantada del papel aluminio, para que la mujer no fuera a detectar esa licencia. Cada día la mujer entraba en la habitación por la

mañana y regresaba por la noche. En cada turno le daba una torta de pierna, de pollo o de jamón envuelta en papel estraza y una lata de soda. Le cambiaba la cubeta de metal en donde el muchacho defecaba y orinaba. Gabriel, poco a poco, dejó de sentir ese terror casi irracional que le despertaba la mujer encapuchada, y se fue aferrando a la momentánea euforia que le provocaba que su carcelera no descubriera el subterfugio. La fidelidad de la niña y el hombre en su triciclo conmovían a Gabriel de una manera infinita. Unos seres que apenas unos días atrás hubieran despertado su desprecio por el solo hecho de existir, de consumir su mismo aire, de atravesar el paisaje perfecto de su estigma, se habían convertido en la metáfora que lo salvaba de sí mismo, su peor enemigo ahí dentro. Con el paso del tiempo (aunque el tiempo había dejado de tener referentes para hacer sentir su paso), la rendija secreta le permitió a Gabriel entregarse al juego de la especulación y repasaba su existencia desde la perspectiva de su probable muerte. No importa que la muerte sea una probabilidad constante, a los diecisiete años nadie se detiene a considerarla. Pero el chico, encerrado en esa ratonera, mutilado inexplicablemente, en un parpadeo hubo de asimilar una verdad que la mayoría de los hombres tarda años en entender: no era inmortal. Peor aún, hubo de aceptar que la muerte ya no se trataba de un hecho remoto del que podía escapar tomando ciertas precauciones. Cada vez que se abría la puerta de metal, su vida podía terminar en ese instante. Así que la única vía de escape que tenía a esa terrible verdad era preguntarse sobre la vida del hombre y la niña y la suya propia. Se preguntaba, por ejemplo, si él había alcanzado en algún momento de su existencia la sencilla felicidad que irradiaban. No encontró en su pasado ningún pasaje en el que hubiera experimentado la ventura simple del hombre y la niña. Se esforzó por viajar a su primer recuerdo, pero no estuvo seguro si era real o imaginado: una playa, un océano, una mujer hermosa y sonriente, un hombre fuerte y confiable. ¿Sus padres? Sí, sus padres. El padre se empeñaba en que entrara a la inmensa masa de agua con una violenta y desagradable terquedad. La madre los observaba desde la distancia muda y sufriente. Fueron cambiando los paisajes, algunos idílicos, paradisiacos, pero siempre estaba presente la insistencia violenta del padre y la distancia muda de la madre. Y una obsesión resumida en una frase que su padre pronunciaba para justificarse: Quiero hacer de él un hombre

hecho y derecho.

¿Qué le contaba el hombre del triciclo a la niña? Muchas veces, al cruzar por la rendija, la plebe escuchaba embebida las palabras del hombre, palabras, creía Gabriel, que creaban mundos inmunes. Los cuentos que don Heriberto García le llegó a contar a su hijo, evocaba Gabriel, hablaban de cómo de la nada había levantado la constructora hasta convertirse en uno de los hombres más ricos de esa ciudad plutócrata. Los cuentos que le contaba su madre versaban sobre mártires y santos que habían hecho del masoquismo una virtud. De esta forma, Gabriel, desnudo ante la inminencia de la muerte, fue creando una vida para el hombre y la niña del triciclo con la cara oculta de sus recuerdos, horrorizado porque si sus días terminaban ahí, en ese cuarto maloliente de su propia mierda, de sus propios meados, no tendrían ningún sentido.

II

Heriberto García sacó las dos notas del cajón y las depositó con sumo cuidado sobre el escritorio de su estudio. El comandante del grupo antisecuestro cogió una con la mano izquierda y la otra con la derecha casi con el mismo cuidado con que Heriberto las había puesto a su alcance. Las estudió en silencio y las volvió a dejar sobre la mesa.

—Las llevaremos a servicios periciales para que saquen las huellas, aunque dudo mucho que puedan encontrar algo útil. Me dice que la segunda nota, la que dice la fecha, la cantidad y el lugar, se la encontró su asistente en su casa de ella, hace unas horas, cuando llegó de trabajar.

—Así es, estaba aquí con mi abogado contándole lo de la caja con el dedo de mi hijo y la nota y entonces me habló mi asistente. Fuimos para allá rápidamente, estaba muy alterada, y me dijo que al llegar a su departamento encontró un papel doblado por la mitad que alguien había metido bajo la puerta.

Desde el departamento de Isabel, el licenciado Dávila se había comunicado con el secretario particular del procurador de Justicia del Estado, antiguo compañero de carrera, y le había puesto al corriente del secuestro. Cuando Heriberto García y su abogado iban de regreso a casa, después de dejar a Isabel con sus

padres, el procurador en persona llamó al celular del empresario y le aseguró que desde ese momento todo su personal se abocaría a la búsqueda de Gabriel, que tenía instrucciones precisas del gobernador de no parar hasta rescatar a su hijo y encarcelar a los culpables. También le dijo que el gobernador le enviaba todo su apoyo moral en ese momento tan delicado. Le pidió que confiara en la capacidad de la Procuraduría y le avisó que en ese mismo momento el comandante del Grupo Antisecuestro se dirigía a su domicilio particular para iniciar con las diligencias conducentes. En efecto, diez minutos después de que estuvieran de vuelta en casa, un vehículo de la Policía Estatal, con los códigos apagados y las sirenas en silencio, estacionó frente al hogar de Heriberto García. La señora Cleta abrió la puerta, privada de color ante la presencia policiaca que de repente se le vino encima, y muda se hizo a un lado para que el comandante del Grupo Antisecuestro no la atropellara con el ímpetu con que irrumpió en la casa de los señores. Antes de que doña Cleta pudiera abrir la boca, el licenciado Dávila se asomó al recibidor y condujo al funcionario al estudio del empresario.

Heriberto García aparentaba tranquilidad y aplomo frente al enviado del procurador. En ese momento pensaba en Isabel hecha un gorrión tembloroso en sus brazos mientras el licenciado Dávila, incómodo, escondía el desconcierto en la nota que releyó con una concentración exagerada hasta que su cliente y su amante (¡vaya con el señor García!) se deshicieron del abrazo. Pensaba en ella porque estaba agotado de pensar en su hijo. No pensaba en su esposa porque odiaba la forma en que ella lo había culpado unas horas antes. Pensaba en lo mucho que deseaba estar con Isabel en ese trance de tinieblas, escondido en el calor de su cuerpo, embriagado de sus olores afrutados, entregado a la amnesia que le provocaba su piel. De súbito se dio cuenta de que los secuestradores sabían de la relación que mantenía con su asistente, por eso habían dejado la nota en el departamento de Isabel. Le estaban enviando un mensaje: conocían oscuros detalles de su vida que muchos de sus seres más cercanos ignoraban. ¿Qué más sabían? La revelación le provocó un escalofrío, se sintió mucho más vulnerable, si cabe, escudriñado como un animal en un zoológico. De todas formas, no quiso compartir el descubrimiento con el policía.

—¿Y el dedo, don Heriberto? —le preguntó el comandante

—Lo tiene mi esposa.

—También vamos a necesitarlo, si no es mucha molestia.

—Dávila, manda por él a doña Cleta. Tienen que disculpar a mi esposa, está muy afectada.

—No se preocupe, nos hacemos cargo. Le voy a pedir que repasemos una vez más los hechos para que no se nos escape ningún detalle, mañana a primera hora tendrá que presentar la denuncia formal ante el Ministerio Público. Dice que a eso de las cinco de la tarde llegó a su casa, procedente de su trabajo.

—Las cinco, más o menos, sí.

—Y que en la entrada de su casa se encontró con una caja en cuyo interior había un dedo al parecer humano, al parecer de su hijo Gabriel García, de diecisiete años de edad, y esta nota que dice: *No estamos jugando, paga lo que te pidamos*.

—Así es, comandante.

—Lo primero que hizo fue llamar al celular de su hijo y no tuvo respuesta. Luego llamó a su abogado, quien se apersonó en su domicilio particular de usted.

—Correcto.

—¿Por qué no nos avisó primero a nosotros?

—Me puse muy nervioso, no sabía qué hacer, y aquí el licenciado Dávila es quien lleva todos mis asuntos legales, pensé que él sería de más ayuda.

—Mi cliente no cometió ningún delito ni ninguna infracción —intervino el abogado del señor García.

El comandante lo observó de arriba abajo con una expresión displicente.

—No quise dar a entender que su cliente haya cometido alguna infracción —dijo el comandante—, sólo fue curiosidad. Señor García, cuando estaba aquí con su abogado llegó su esposa y al ratito recibió la llamada de su asistente. Ambos acudieron a su domicilio y les explicó que al llegar había encontrado esta otra nota que dice: *El martes 7 de abril, a las nueve de la noche, lleva una maleta con 50 millones de pesos al rancho San Bartolo, en la carretera a la sierra. Déjala en el centro de la cocina. Si no lo haces, te iremos enviando pedazos del chamaco hasta que pagues. No habrá más comunicación. El dedo es la prueba de vida* —leyó el comandante en voz alta.

—Así es —confirmó Heriberto García y calculó rápidamente que tenía un mes para reunir el dinero, lo que no le suponía una gran dificultad. Una prueba más de que los secuestradores lo habían estudiado a fondo, incluidas sus finanzas.

En ese momento entró doña Cleta con la caja en las manos, los brazos extendidos al límite para alejar el hedor, la cara volteada. No supo qué hacer con el paquete carroñero, con todo ese aroma a muerte envolviéndola como un perfume proveniente de las entrañas de un cementerio. Se quedó en medio del estudio a la espera de que alguien le arrebatara el dedo del niño Gabriel. Fue el comandante el que se levantó presuroso de la silla y cogió la caja. Contuvo la expresión de asco y llamó a gritos a un subalterno.

—Pon esto en hielo de inmediato. Señora, ayúdele, por favor —ordenó el judicial. Se sentó nuevamente—. Mire, señor García, en todos estos años que tengo en la policía nunca me había topado con un modus operandi como éste. Mi impresión es que no están jugando y que si no paga, bueno, pues cumplirán con la amenaza. La única oportunidad que tenemos de agarrarlos es en el momento del pago, pero eso pondría en peligro la vida de su hijo. No quiero darle falsas esperanzas. De todas formas, seguiremos el procedimiento que se aplica en estos casos. Intervendremos su teléfono, pondremos vigilancia en su casa, nombraremos un negociador, aunque no creo que sirva de nada.

—Mi representado quiere ser el que negocie con los secuestradores si llegaran a comunicarse —interrumpió el abogado.

—Muy bien, en ese caso, un experto del grupo antisecuestro estará para ayudarlo. Espero que las notas y el presunto apéndice de su hijo nos proporcionen alguna huella. Tendremos que hablar con su mujer, con su asistente, con sus empleados, con los compañeros y maestros de la escuela de su hijo. Es posible que lo hayan secuestrado cuando se dirigía de la escuela a la casa. Varios elementos se encuentran buscando el vehículo de su hijo. Le voy a pedir, señor García, que trate de recordar si en estos días vio algún carro o individuo sospechosos, fuera de lugar. De ser así, nos avisa de inmediato, nunca se sabe, nunca se sabe. Le reitero que el señor procurador personalmente va a estar al pendiente de esta investigación. Buenas noches, señor García; licenciado Dávila…

El comandante se levantó de la silla y estiró la mano hacia Heriberto García. Éste, por un segundo, no entendió a qué obedecía el ademán y dejó al judicial con el brazo extendido, con su triste mirada de elefante interrogándolo. Por fin reaccionó y se la estrechó al tiempo que le daba las gracias por todo. Heriberto

García no tenía preguntas ni dudas ni reclamos ni exigencias. Desde el instante en que leyó la segunda nota sabía que debía pagar. Siguió al judicial con la mirada hasta la salida del despacho. Luego consultó su reloj, eran las 12:30 de la madrugada. Entonces la noche se le metió en los huesos y sintió que el mundo era un lugar inhóspito.

La implacable sencillez de un no

La implacable sencillez de un no tenía a Arnulfo Lizárraga ahí, sigiloso y quieto, tratando de acompasar su respiración con la de la mujer. No encontraba otra explicación, tal vez no necesitaba otra explicación. Había visto doblegarse a tantos brabucones, perdonavidas, matones, asesinos, pederastas, violadores, estafadores. Llorar como niños desamparados, confesar para que los refundieran en una celda y terminar así con la pesadilla de la maquinaria judicial, grotesca y tautológica. Había sido tantas veces testigo de la cobardía de seres sanguinarios, que la persistente negativa de esa joven a aceptar el robo del dinero en la casa de gobierno la convertía, a los ojos del policía, en la irrefutable evidencia de que el sistema del que era cómplice estaba podrido. Él mismo estaba podrido y ya no tenía coartadas. Esas mismas coartadas que permitían que la maquinaria funcionara a pesar de sí misma, esas coartadas que tarde o temprano todo el mundo esgrimía para cerrar los ojos, la boca, los oídos y alimentar su existencia. Arnulfo Lizárraga, recargado en el marco de la puerta, envuelto en la penumbra de la habitación, se sentía sucio y vil, y las justificaciones que había utilizado desde aquella primera vez —hacía ya veinte años, cuando un vendedor de mariguana de la Primero de Mayo le ofreció mil de los entonces nuevos pesos a cambio de dejarlo ir— ya no alcanzaban a calmar una conciencia que poco a poco había logrado anestesiar y que la joven, hecha un ovillo sobre la cama, despertaba de nuevo.

Al caer la noche un viento fresco tenue, primaveral, había disipado el bochorno de la tarde. La noche callada y el sueño terso de la muchacha lo embriagaban. La noticia de que al día

siguiente emitirían la orden de formal prisión contra Maricela, a pesar de que no aceptaba su participación en el robo y de que la única prueba con la que contaba el Ministerio Público era el testimonio de su amante, miembro de la escolta, impulsó a Arnulfo Lizárraga a doblar turno y quedarse en el hotel. Le mandó un mensaje de texto a Carmen, breve y frío, para avisarle que no llegaría a dormir. Se apostó en el pasillo frente a la habitación 36 y esperó a que cejara el ajetreo del cuarto y del hotel todo. Luego, casi sin proponérselo, cediendo a un disparatado impulso, persuadió al encargado de que le prestara la llave maestra y se deslizó en el cuarto de Maricela como un ladrón con el único objeto de velar su sueño, el último antes de dar con sus huesos en una celda. Maricela dormía abrazada a la almohada y su respiración era la de un cachorro. Su torso subía y bajaba acompasadamente. Su perfil, apenas iluminado por la luz blanca de la lámpara del pasillo que entraba por la ventana, irradiaba la calma del sueño profundo. La naricilla descarada, casi chata si no fuera por la punta carnosa, le daba un aire aniñado, incorruptible, y parecía negar el destino que se cumpliría en unas horas más. Maricela dormía sin espasmos. Arnulfo, detenido en esa habitación, furtivo y temeroso de que despertara y lo sorprendiera sin mayor explicación que el poder de su charola, admiraba la serenidad de su sueño imperturbable. Incluso lo envidiaba. Había olvidado ya la última vez que pudo dormir más de cuatro horas seguidas. Los Licenciados lo acosaban, le enviaban mensajes de texto a toda hora advirtiéndole que cerrara la boca, sutiles amenazas de que él y su familia podrían terminar enterrados en el desierto si hablaba de más.

Todo empezó cuando lo destinaron al hotel de arraigo porque no había aprobado el examen de control de confianza. En cuanto el comandante le dio la noticia, fue al taller mecánico de la Primero de Mayo y solicitó una entrevista con los Licenciados. Al día siguiente recibió un mensaje de texto con el día y la hora del encuentro. En el instante en que terminó de exponer su nueva situación, supo que se había convertido en un estorbo, en un sujeto inservible, peor aún, eliminable. Sabía demasiado pero ya no aportaba nada a la organización. Su nuevo estatus lo hacía vulnerable, su vida ya no tenía ningún valor. Entonces tuvo que mentirles. Les juró que su situación era temporal. Pronto, a lo sumo dentro de un par de meses, lo reasignarían al grupo antisecuestro y de nuevo podría trabajar para ellos. Les ofreció

colaborar gratuitamente en el siguiente golpe para reparar el daño. La mentira únicamente logró postergar un sino que estaba a punto de alcanzarle. Sólo había ganado tiempo. Se había cumplido un mes y los Licenciados comenzaban a impacientarse. Sospechaba que no le creían, que ya estaban buscando a otro judicial que lo reemplazara y entonces…

Maricela soltó la almohada y giró sobre su costado hasta quedar bocarriba. Arnulfo Lizárraga se sobresaltó, contuvo la respiración y se replegó en las sombras. Los latidos del corazón cabalgaron hasta su cuello, sus sienes, su nuca. De repente rompió a sudar. Maricela seguía dormida. El policía logró dominarse. La sábana —tosca, barata, sucia— y la colcha, gastada y descolorida, con el movimiento, cayeron a los lados de la cama, mostrando el cuerpo de la joven enfundado en una camiseta blanca de algodón y un pants gris. Aunque no era su intención primera, aquello que le impulsó a colarse en el cuarto, Arnulfo clavó sus ojos en los senos de Maricela. Eran unos pechos alimonados cuyos pezones taladraban la tela de la camiseta formando dos pequeñas pirámides. El policía bajó la mirada hasta el vientre. La tela del pants, atrapada entre las ingles, ceñía sus muslos dibujando el monte de Venus y los labios mayores. Arnulfo se reprendió por desear enterrar su cara entre las piernas de la mujer, lamer su ombligo, chupar sus pequeñas tetas. Se avergonzó de su pene palpitando bajo el pantalón, febril por entrar en el coño de Maricela. Se dio cuenta de que estaba a punto de perder el control y se obligó a abandonar la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado. El amanecer llegaría pronto.

Caminó hasta la recepción con los testículos acalambrados por el deseo frustrado. No había un alma. Dejó la llave maestra sobre el mostrador y se dirigió a la máquina de sodas de la entrada. La máquina se tragó la única moneda de diez pesos que tenía: no escupió ninguna coca cola. Arremetió contra el artefacto a patadas y puñetazos.

—Calmado, jefe, se la va a chingar —le dijo una voz a su espalda. Era del encargado, un hombre de mediana edad que bien podría actuar de ratón en una película de Disney.

—Me chingó la feria.

El encargado sonrió, extrajo del bolsillo un manojo de llaves unido por una larga cadena a la pretina del pantalón, abrió la máquina y le preguntó al judicial cuál se le antojaba.

—Pásame una coca.

—¿Qué, jefe, se echó a la morrita? —inquirió el encargado mientras le tendía la soda.

—¿Tú qué crees, pendejo?

—Pues que sí.

Arnulfo Lizárraga bebió media lata de un trago, se limpió el mentón con la manga de la camisa y sonrió satisfecho.

—Mira, cabrón, soy un funcionario del gobierno, un policía de carrera con más de veinte años de servicio. Estás pero bien pendejo si crees que yo ando haciendo esas chingaderas. Entré con la indiciada para interrogarla por órdenes del Ministerio Público, ¿okey?

—No se agüite, jefe, si yo nomás decía. ¿A poco cree que sus compas no lo hacen?

—Pues la próxima vez me lo reportas, güey.

Arnulfo Lizárraga salió de la recepción y paseó sin rumbo a lo largo del patio del hotel. Sus compañeros vigilaban a los arraigados en un duermevela sostenido a golpe de líneas blancas, casi sin corte. Privilegios del oficio. Otra vez pensaba en Maricela. Dentro de veinticuatro horas, cuando se reportara de nuevo al turno, se habría esfumado. Se hablaba de que la iban a enviar a un penal del sur del estado, lejos de la ciudad, para evitar el barullo mediático que el gobierno ya había sofocado comprando a los periodistas. Se imaginó el hotel de arraigo sin ella. La sola idea de presentarse al día siguiente a ese basurero y no verla, aunque fuera sólo un instante, le provocó un breve ataque de pánico. Se detuvo frente a una de las columnas que sostenían el porche, apoyó la frente en ella y aspiró grandes bocanadas de aire. Se dijo que en cuanto llegara a casa intentaría dormir. Llevaba casi veinticuatro horas atrapado en ese hotel de zombis. La luz gris del amanecer se deslizó como una sombra en el recuadro del patio. Poco a poco el contorno de las cosas fue delatándose. También los hombres apostados en las esquinas. Uno de ellos le hizo señas.

—Lizárraga, ven, cabrón, acércate.

—¿Qué tranza?

—De buena te libraste, ¿no?

—¿Por qué? ¿De qué hablas?

—Pues del desmadre que han de traer tus compas de antisecuestros.

—¿Cuál desmadre? No te entiendo.

—¿Que no sabes lo del morro que secuestraron? Cómo no vas

a saber, güey, el hijo del empresario ese muy picudo, dizque su esposa es ahijada de los papás del gober, el mero bueno de la construcción. Chingo de billete, a lo pendejo, al plebe lo levantaron… ¿A dónde vas, pinche Lizárraga? ¿Qué traes? Te voy a reportar si dejas el puesto, cabrón, ni creas que te voy a hacer el paro…

Y el sol quiso salir como si en aquel desierto en el que había brotado inexplicablemente una ciudad no hubiera más memoria que el calor y la arena. Y fue calentando el asfalto por donde circulaba el Bora de Arnulfo Lizárraga con una constancia infinita. Sería un bochornoso día de finales de marzo, de esos que, cada vez con más frecuencia, adelantaban el brutal verano para que los habitantes de esa ciudad gelatinosa no conocieran tregua. Se sentía en el ambiente. En ese lugar, la primavera podía durar tres días y el verano una eternidad. Lizárraga, en otro momento hubiera protestado por la tiranía solar, como lo hacía todo el mundo, siempre, hasta el día de su muerte. Pero ahora enfilaba ya el bulevar Emiliano Zapata rumbo a la colonia Primero de Mayo, al taller mecánico. ¿Para qué?, se preguntó porque la luz roja de un semáforo detuvo su marcha enloquecida y tuvo tiempo de hacerse la pregunta. La boca seca, la taquicardia, el agujero en el estómago, las manos temblorosas: ¿se habían atrevido los Licenciados a dar un golpe tan estúpido, tan arriesgado, tan condenado al fracaso? Imposible, se tranquilizó. Ve a casa, se dijo, no tiene caso que vayas al taller, se convenció al fin con una voz que nada tenía que ver con la suya, una voz que brotaba de alguna parte de su cabeza concentrada únicamente en sobrevivir. En la calle Quintana Roo torció a la izquierda y se dirigió al poniente mientras intentaba analizar la situación desde una lógica menos catastrófica, aunque en esa hora primera del día todo apuntara a la catástrofe. La especialidad de los Licenciados era el secuestro de bajo perfil. Empresarios medianos, sujetos sin el poder suficiente como para poner patas arriba el estado. Era su estilo, no iban a cambiarlo, no tenían la capacidad ni la inteligencia ni los recursos para un trabajo como ése. Imposible.

La casa estaba en silencio pero preñada del próximo despertar de Carmen y Verónica. Arnulfo Lizárraga se dirigió a la parte de atrás, a su estudio. Prendió la laptop, se conectó al buscador Google y rastreó la noticia. No encontró gran cosa. Rumores, supuestos, desmentidos. Sólo la desaparición del hijo de Heriberto García, de nombre Gabriel, parecía tener la suficiente

consistencia como para darlo por un hecho.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí a estas horas?

Arnulfo se sobresaltó. Durante unos segundos la figura de su hija asomada en la puerta no tuvo una forma reconocible. Nada más se trataba de un sonido y una mancha verde. Obligó a su mente a salir del laberinto en el que se encontraba e ir al encuentro de ese instante, de ese ser ajeno al abismo que merodeaba.

—Nada, nada, todo bien. Voy llegando de la chamba, me empezó a doler la cabeza y pedí chance de salir antes. ¿Y tú?

—Pues me tengo que preparar para ir a la escuela, hoy entro a las ocho.

—¿Tu madre sigue dormida?

—Ey. Últimamente anda muy huevona. ¿Quieres que te traiga unos advils?

—No te preocupes, sólo necesito descansar un poco. Oye, hija, ¿de casualidad no conoces al muchacho éste que dizque secuestraron?

—No mames, todo el mundo me pregunta lo mismo. Que no, que no es de mi ambiente, ese bato… de hijo de alcalde para arriba, no se junta con la chusma como una, puro apellido acá, ¿sabes cómo? Dicen que es mamoncísimo, igual no está suave, ¿no? Oye, papá, ¿qué harías tú si me secuestraran?

—Buscaría a los secuestradores y los mataría.

—Ni al caso, en serio, ¿qué harías? ¿Pagarías lo que te pidieran?

—No digas tonterías, a ti nadie te va a secuestrar, eres la hija de un judicial.

Verónica torció la boca como si fuera a salírsele de la cara. Luego cabeceó a la derecha y parpadeó, quizás impresionada por ser la hija de un judicial.

—Voy a meterme a bañar —le anunció a su padre—, ya se me hizo tarde.

La muchacha desapareció bruscamente, sin ninguna transición. Arnulfo Lizárraga tuvo la extraña sensación de que no había estado ahí, de que se había imaginado su presencia.

El murmullo de los rezos

I

Ana Luisa de García, con el paso de los días, descubrió que el murmullo de los rezos le despertaba una desazón que terminó por pudrirle las entrañas. Estaba convencida de que el arzobispo había enviado a las mujeres por sus reiteradas negativas a recibirlo. Se presentaron al tercer día del secuestro de Gabriel, con la biblia bajo el brazo y la determinación de un testigo de Jehová. El número variaba: cuatro, seis, incluso ocho —dependiendo del día— damas de la alta sociedad, amigas algunas, conocidas todas, que llegaban al caer la tarde, se instalaban en el salón de la casa y oraban al cielo por la vida de su hijo. Rosarios, padrenuestros y avemarías brotaban de las bocas de esas mujeres, cuyas voces se unían en un canto monocorde que fue sumiendo en la indiferencia a la señora de García. No porque la vida de su hijo no le importara, sino porque podía adivinar, tras la máscara piadosa, el alivio que embargaba a las rezadoras por no ser sus hijos las víctimas. Al fin y al cabo, Heriberto García era un arribista ambicioso que había dado un buen braguetazo al casarse con una Astiazarán (apellido de soltera de Ana Luisa) y se había enriquecido de manera bastante sospechosa. Al fin y al cabo, ese tipo de cosas le suceden a ese tipo de personas. Gabrielito era una bala perdida. La pobre Ana Luisa cargaba una cruz con el trepa sin escrúpulos del marido y ese hijo del demonio, arrogante, altanero y maleducado. ¡Ay de aquel que crea que no existe un dios que todo lo ve!

Cuando Ana Luisa comprendió que las integrantes del círculo de oración tenían la imperturbable intención de acompañarla

durante el tiempo que su hijo permaneciera secuestrado y atestiguar su liberación o su muerte, decidió negarles la entrada y no responder a sus llamadas, mensajes de texto, correos electrónicos ni Whats App. Doña Cleta les dio con la puerta en las narices varias veces. Mientras tanto, encerrada en su habitación, observaba desde la ventana la tupida alfombra verde del campo de golf, sus lagos artificiales, sus trampas de arena, sus banderines y las escasas siluetas encorvadas. La postal avivaba su miseria. El cuadro, tan soberbio, tan impostado en ese desierto, tan orgulloso de su exclusividad, tan indolente de su hijo, le provocaba náuseas.

A Ana Luisa también le repugnaba su marido. Si en los últimos tiempos sentía una clemente misericordia por él, después del secuestro de Gabriel, sus olores, su timbre de voz, su corporalidad, sus ideas, sus determinaciones le despertaban asco. Un asco enfermizo que la obligaba a esconderse de él. Cierto que Heriberto había asumido el control de la situación con la practicidad que le caracterizaba. La mujer no había movido un dedo por compartir las decisiones ni ayudarle a reunir el dinero. A pesar de que su padre le había hablado desde San Diego, donde gozaba de una jubilación dorada, para preguntarle cuánto necesitaba, ella se había negado.

—No seas necia, dame una cifra y en un par de días tienes el dinero.

—No necesitamos su dinero, padre. Heriberto se está encargando de eso. Gracias.

—No mezcles las cosas, se trata de mi nieto.

—No mezclo las cosas, simplemente Heriberto no lo va a aceptar, usted lo sabe mejor que nadie.

No esperaba consuelo del gran ingeniero Pedro Astiazarán, compadre de ex gobernadores, artífice del progreso en la región. Tampoco su compasión. Menos aceptaría su dinero.

Sin el círculo de oración para proporcionarle algún alivio, con su marido inmerso en la consecución del rescate y en los brazos de la puta de su amante, con un padre que el único consuelo que le ofrecía era monetario, Ana Luisa de pronto se descubrió un ánima atrapada en aquella casa, ambulante por los rincones de un cadáver de hogar. El secuestro se convirtió en la culminación del fracaso de su vida. El recuento de todos los errores, de todas las fatuidades, de todos los silencios desembocaba irremediablemente en la desaparición de su hijo. Una semana después se dio cuenta de que pensaba en Gabriel

como si estuviera muerto. La idea le horrorizó, no la idea de la muerte de su hijo en sí, sino la total falta de esperanza.

Era una mañana calurosa. Gabriel llevaba ciento sesenta y ocho horas secuestrado. Igual el cielo sin nubes iluminaba la ciudad, la envolvía de azul, la convertía en un extenso espejismo. Ana Luisa se asomó a la cochera de su casa y se detuvo en el dintel, aterrada de pisar el exterior y activar una realidad vertiginosa que no se había detenido, que continuaba indiferente a su pequeña tragedia personal. Más allá del cerco, la patrulla de la Policía Estatal cumplía con su deber. Uno de los judiciales le sonrió y agitó una mano en señal de saludo. A la mujer le pareció simpático el gesto, tranquilizador, y se animó a alcanzar su coche mientras contestaba el saludo. Vestía de forma casual, inopinadamente casual para su estatus. Se subió al auto, lo prendió, accionó con el mando a distancia el pesado portón de hierro forjado y esperó a que éste hiciera el lento recorrido hasta el techo, zumbando como un moscardón veraniego. Ana Luisa conducía despacio, como una anciana. Prendió el estéreo. El CD de grandes éxitos de Juan Gabriel retomó la melodía en la que se había quedado la última vez: *Inocente pobre amiga*. Ana Luisa tarareó la canción mientras buscaba el norte: “Te pareces tanto a mí/ que no puedes engañarme./Nada ganas con mentir, /mejor dime la verdad”. Poco a poco la ciudad símbolo de progreso fue dando paso a esa otra ciudad, la del escombro humano. Había poco tráfico en las calles. De todas formas, la mujer mantuvo una velocidad promedio de cuarenta kilómetros por hora. A *Inocente pobre amiga* le siguieron *La diferencia*, *No me vuelvo a enamorar*, *Ya me voy*, *El farsante*. Cada vez cantaba con más entusiasmo, desentonada como una gata en brama, sumergida en la melcocha de las letras del divo de Juárez, ese mundo melodramático con el que había crecido, de amor neurótico, amor de cocina, plancha y telenovela. En algunos tramos del trayecto, los hedores de las alcantarillas abiertas golpeaban a Ana Luisa brutalmente. Era el olor de la mierda combinado con el de un hospital.

Al llegar a la colonia tomó la calle que la llevaría a la iglesia. Fue reconociendo el paisaje que había visitado una semana atrás y pronto dio con el templo. Se detuvo frente a él pero no apagó el motor ni descendió del auto. De repente ya no tuvo tan clara la necesidad de hablar con el sacerdote que había conocido el día que le avisaron del secuestro de su hijo. Una necesidad que la había impulsado a dejar su encierro, conducir sola durante veinte

minutos y adentrarse en ese barrio en el que podía sucederle cualquier barbaridad. Jamás en su vida había enfrentado una aventura de ese calibre. Nunca antes había enfrentado nada sola. La muñeca de porcelana había pasado de las manos de don Pedro Astiazarán a las de Heriberto García, un hombre que había logrado construir en un abrir y cerrar de ojos una fortaleza a su alrededor. Ana Luisa recorrió con la vista la desolación, la miseria, la ruina que la rodeaban. Aquello había sido una pésima idea, se dijo. Un golpe en el parabrisas posterior hizo que brincara en el asiento. Volteó instintivamente y vio a través del vidrio a un hombre prácticamente desnudo si no fuera por un short de mezclilla hecho girones que apenas le cubría los testículos. Era pellejo vivo, sin un gramo de grasa, los músculos consumidos y la piel quemada por el sol, una piel cubierta en algunas partes por costras de mugre petrificada. Una barba rala crecía en su rostro simiesco. El cabello, largo, negro, parecía un bosque milenario. El hombre golpeaba con los nudillos el parabrisas, balbuceaba palabras incomprensibles y abría la boca como si le faltara el aire. El balbuceo fue creciendo de tono y la frecuencia de los golpes en el cristal aumentó. Ana Luisa quiso salir en reversa pero tuvo miedo de atropellar a aquella aparición. Descendió del auto y se alejó unos metros al tiempo que profería gritos de ayuda. El hombre la contempló extrañado y de repente empezó a reír.

—Cálmate, Martín, estás asustando a la señora.

El hombre dejó de reír y observó boquiabierto al párroco de la iglesia.

—¿Pero qué hace aquí? ¿Cómo se le ocurre venir sola? ¿Está loca?

Ana Luisa caminó al encuentro del sacerdote y buscó refugio tras el cuerpo redondo del cura, una trinchera que la protegía de aquel semihombre parado en medio de la nada.

—Ándale, Martín, vete a tu casa, está haciendo mucho calor. Venga, mujer, acompáñeme a la sacristía.

El cura y Ana Luisa encaminaron sus pasos al interior de la iglesia. El hombre los observó alejarse y sin más continuó su camino por la calle de arena como un cadáver sin reposo.

—Siéntese. ¿Le ofrezco un café, un vaso con agua?

—Agua está bien, padre.

La sacristía era un cuarto de paredes de bloque y piso de cemento de unos cuatro por cuatro metros. Contenía una mesa desvencijada, un armario donde seguramente el cura guardaba la

casulla y tres sillas de plástico. Una imagen de Cristo en una de las paredes, un crucifijo sencillo en otra. Al fondo, una cortina separaba la estancia de un cuarto que Ana Luisa adivinó parecido. Cuando el cura desapareció tras la cortina, alcanzó a ver un camastro. Sobre la mesa descansaba una biblia, a un lado un volumen manoseado. Ana Luisa leyó en el lomo: *Revolución en la paz,* Hélder Câmara.

—Disculpe por haberme aparecido así sin avisar, padre, y por el numerito de hace un momento. —Silencio—. Es que no tenía forma de comunicarme con usted.

El cura reapareció en la sacristía con un vaso de plástico rojo en la mano. Se lo tendió a la mujer. El agua estaba tibia y tenía un gusto raro.

—No se preocupe, me da mucho gusto que me visite. Aunque no lo crea he pensado mucho en usted.

—¿Por qué no le iba a creer?

—Porque me parece que se fue con la idea de que la desprecio por su dinero. ¿Se solucionó lo de su hijo?

—No, padre, sigue secuestrado.

El cura se sentó en la silla de al lado y trató de tomar la mano de Ana Luisa. La mujer la retiró sutilmente y no supo qué hacer con ella.

—Lo siento mucho, de veras —dijo el cura.

Silencio otra vez. Calor. Sed. Y esa agua tibia que no la refrescaba. Ana Luisa no quería hablar de su hijo.

—Pobrecito ese hombre. ¿Qué tiene, está malito de su cabeza?

—Mucho peor. Es adicto al cristal. Esa porquería está acabando con la colonia. La invito a darse una vuelta y verá en cada esquina un espantajo como ése. ¿Quiere más agua?

—No, gracias. Hay mucho vicioso hoy en día.

—Lo que hay es mucho cinismo, señora, droga barata para los jodidos y casinos para el resto.

—Ay, no, usted es de los que piensa que el gobierno está detrás de todo lo malo. De los que ve complots por todas partes.

—No sólo el gobierno, también la gente como su marido. Los que quieren que las cosas estén como están.

—Mire, mi marido tendrá muchos defectos, pero le aseguro que no es responsable de que ese hombre consuma droga —dijo Ana Luisa y se levantó de la silla. Caminó hacia la puerta de la sacristía—. Bueno, ya me voy, ya se me hizo tarde.

—Disculpe la pregunta, señora, y con todo el respeto que me merece, pero, por qué vino.

Ana Luisa dejó caer los hombros y medio siglo se le vino encima de repente.

—Vine porque he perdido la fe.

II

Aspiró el aroma de los muslos apretados de Isabel, de su sexo todavía húmedo en el que se mezclaban los líquidos de ella y de él, depositó un beso en el ombligo y se incorporó de la cama. El cuerpo de Heriberto García, alrededor de la cintura, mostraba ya la redondez de los cincuentones. Su tórax y sus piernas aún estaban firmes. Sus testículos comenzaban a colgar demasiado. El cuerpo concupiscente de Isabel, desnudo y compacto, se desparramaba sobre la cama individual del pequeño cuarto de su departamento de soltera. Sonreía amodorrada y pícara, disfrutando secretamente de los cada vez más suaves espasmos de su vagina. Heriberto, después de venirse en sus tetas, se había aplicado a fondo con la lengua. A ella le gustaba la generosidad del hombre, ese afán por compensar, esa paciencia infinita de lamer su coño. Aunque a veces echaba de menos una buena verga que la atravesara toda. Isabel se sintió culpable con el anhelo. Ese hombre agobiado y triste le daba protección y seguridad, le satisfacía caprichos que ni siquiera sabía que podía tener. Y pronto la pondría en una posición de poder que ni en sus sueños más audaces pensó alcanzar.

Heriberto García comenzó a vestirse con la parsimonia de un torero antes de salir al ruedo. Poseía ese aire trágico de los que van a enfrentar la muerte con dignidad. A Isabel le pareció tierno y admirable. El día había llegado: 7 de abril. Al caer la noche, el empresario acudiría a un rancho perdido en un pueblo fantasma del desierto con cincuenta millones de pesos y la esperanza de volver a ver a su hijo con vida. Isabel pensaba en la cifra. Más bien, pensaba que un hombre capaz de reunir esa cantidad de dinero acababa de estar en su cama, buscando en los pliegues de su cuerpo el valor para enfrentar el peor trance de su vida. La muchacha vislumbró su futuro y tuvo un escalofrío.

Heriberto García terminó de vestirse a los pies de la cama de

su joven amante y trató de encontrar un pretexto para no alcanzar la calle, para no ir a su despacho y abrir la caja fuerte donde guardaba el monto del rescate. Para regresar al cuerpo de Isabel y acurrucarse en sus carnes. No lo encontró, no existía.

—¿De veras no quieres que te acompañe? —preguntó la mujer.

—Tengo que ir solo. Mañana te hablo, gatita.

Heriberto García recorrió el diminuto departamento acomodándose el cabello que blanqueaba ya en los costados y las mangas de la camisa. Verificó que las llaves, la cartera y el celular estuvieran en su sitio. Salió a la calle y el crepúsculo lo sumió en una profunda turbación.

Habían sido las cuatro semanas más agónicas de su existencia. Los secuestradores cumplieron con su promesa: no volvieron a comunicarse de ninguna forma. La policía estaba desconcertada. Les habían arrebatado la posibilidad de negociar, de ganar tiempo, de exigir, de conceder, de crear la tela de araña con la que, con suerte, podrían envolver a los criminales. Silencio total. Y ese silencio contenía el peor de los mensajes: o pagas o tu hijo se muere, nada más. Sin amenazas bravuconas, sin gritos ni súplicas de la víctima a través del teléfono, sin discursos ni cuestionamientos a la familia del secuestrado. Un silencio tan rotundo que, por momentos, tanto la policía judicial como Heriberto García olvidaban que la vida de un joven de diecisiete años pendía de un hilo.

Heriberto García, para combatir ese silencio, se había dedicado a lo único que podía hacer, a lo que los secuestradores sabían con certeza que haría: reunir el dinero. Vació paulatinamente las dos cuentas en dólares que poseía en el Citybank. Con ello reunió medio millón de dólares. También hipotecó la casa de la playa y dos extensos terrenos que tenía a nombre de la empresa en la costa. El resultado: cincuenta mil billetes de mil pesos marcados, repartidos en cien fajos de quinientos billetes. Todo ello autorizado y supervisado por la Policía Estatal con el apoyo de la Policía Federal.

Mientras tanto, el grupo antisecuestro, dentro de su limitada capacidad por la escasez de presupuesto, la mucha indolencia y la falta de personal preparado, pateó cada piedra bajo la cual podía esconderse un secuestrador o un soplón que los llevara a los raptores, sin ningún resultado. Interrogaron, apretaron la cuña, echaron mano de servicios periciales, torturaron, preguntaron

más allá de lo que normalmente hacían porque tenían encima al procurador y al mismísimo gobernador, pero no hallaron nada. Las órdenes de cateo, de arraigo, de comparecencia, de interrogatorio fluían a una velocidad sorprendente y la maquinaria judicial, de suyo lenta e indolente, chirriaba por el esfuerzo. Todo en vano. Lo que parecía la línea de investigación más esperanzadora, la búsqueda del propietario del rancho, terminó en un ranchero que se había ido a vivir hacía mucho tiempo a Estados Unidos con todo y familia. Pidieron la colaboración de las autoridades del país vecino, pero los trámites pasarían del término que habían impuesto los secuestradores. Se trataba de una propiedad semiabandonada, como muchas de las propiedades que existían en la región, cuyos dueños terminaron huyendo de la quiebra.

Heriberto García llegó a Construcciones del Norte quince minutos antes de la cita con la policía. Saludó al guardia de seguridad de la entrada, cruzó el amplio recibidor, alcanzó el elevador que en ese momento cerraba sus puertas automáticas, apretó el número cinco y ascendió con la vista fija en su reflejo deformado sobre las puertas de aluminio. Repasaba las instrucciones de manera casi obsesiva. Si dejaba de hacerlo, una turba de pensamientos le asaltaba hasta hacerle doler la cabeza: el dedo de su hijo, la cara de su hijo, el asco y el miedo que despertaba en su esposa, el cuerpo de su amante en el que había encontrado un refugio de testosterona y lujuria, lujuria que se convertía en rabia, en impotencia, en odio por aquellos sujetos sin rostro que estaban a punto de arrebatarle impunemente una cuarta parte de su patrimonio. Las puertas del elevador se abrieron y Heriberto García salió como si hubiera permanecido bajo el agua durante el trayecto. Se percató de que las cuatro semanas transcurridas desde el secuestro se le habían acumulado en el sistema nervioso y, a unas pocas horas del pago del rescate, amenazaban con estallar en una impaciencia incontrolable. Sus manos temblaban. Su cerebro ofuscado olvidó por un momento la clave de la caja fuerte. Al tercer intento logró abrirla. Había llegado antes de la hora acordada porque no quería acomodar el dinero en las dos maletas frente a la policía. Se trataba de algo parecido al pudor. Se apresuró a extraer los cien fajos de quinientos billetes de mil pesos de la caja fuerte y distribuirlos al interior de las dos valijas rígidas Samsonite. El comandante del grupo antisecuestro asomó su humanidad en el despacho justo en

el momento en que Heriberto García cerraba las maletas.

El plan ni siquiera era un plan. Ante el rotundo fracaso de la investigación, seguirían las indicaciones de los secuestradores con la esperanza de que soltaran a Gabriel. El comandante se oponía a ello. Su estrategia consistía en no acudir al rancho con el rescate para que hubiera de nuevo algún tipo de contacto, lo que les permitiría ganar tiempo y recabar más información que les llevara al paradero del muchacho. El principal problema de la estrategia del comandante era que no podía garantizar que los raptores no actuaran en consecuencia. El único argumento que esgrimía se basaba en su experiencia: por encima de todo, los secuestradores persiguen el dinero, no el asesinato. Pero Heriberto García no se dejó convencer. Apeló al procurador de justicia quien, temeroso de sumar un cadáver a la ya de por sí delicada situación, ordenó al comandante que se efectuara el pago. Lo que sí logró el jefe del grupo antisecuestro fue la autorización de extender un muy discreto cerco de agentes alrededor de la construcción semiabandonada, en un radio de una milla, con la esperanza de acumular alguna suerte de dato que posteriormente los llevara a la captura de los delincuentes.

Cuando Heriberto García estacionó a la entrada del rancho, el silencio nocturno del desierto lo devoró como si se tratara de las fauces de un animal prehistórico. Estaba aterrado, empequeñecido por la inmensa negrura que lo rodeaba, desconcertado porque al interior del rancho no se apreciaba ningún movimiento, ninguna luz. Arrastró las maletas hasta el porche carcomido por el tiempo y se detuvo frente a la puerta que colgaba de los goznes. Del interior le llegó el olor nauseabundo de orines, excremento y animales putrefactos. La oscuridad era impenetrable. Permaneció unos minutos indeciso frente a la entrada. Se avergonzó de su miedo a traspasar el umbral. La vida de su hijo dependía de ello. Escudriñó el campo abierto, limitado apenas por unas lejanas lomas que la noche estrellada prefiguraba. Nada hay más luminoso que la bóveda celeste en el desierto. Por fin se decidió a entrar. Utilizó el celular a manera de linterna. El tenue haz iluminó una estancia principal que acumulaba escombro y basura. A su izquierda, el hueco de una puerta sin puerta le mostró lo que imaginó era la cocina. Los restos de baldosa blanca en la pared y las oxidadas tomas de gas y agua al descubierto así se lo indicaron. Introdujo las maletas una por una. Necesitaba una mano libre para sostener el celular. Las

puso en el centro de la cocina según las indicaciones de los secuestradores, dejó la construcción apresuradamente, abordó su coche y se alejó del rancho con la amarga certidumbre de que ya nada podría ser como antes.

Dejar de existir allá afuera

I

Arnulfo Lizárraga detuvo la alarma del celular y tuvo deseos de estrellar el aparato contra la pared. Había olvidado desprogramarla y sonó infalible a las seis de la mañana. El coraje se debía a que era su día franco, veinticuatro horas para desconectarse del mundo, dejar de existir allá afuera, no ser Arnulfo Lizárraga, aplazar sus circunstancias, crear una ilusión temporal en la que podría cambiar de piel, dormir, dormir al fin. Pero el pitido agudo del despertador había penetrado en su cerebro y las neuronas comenzaron a trabajar. Escondió la cabeza bajo la almohada, huyendo de la luz matinal que el sol de abril proyectaba en su andadura hacia el solsticio. Se empeñó en cerrar los ojos, regresar a la oscuridad del sueño babeante. Dio vueltas sobre su eje hasta que Carmen, bufando, abandonó su lado de la cama y el cuarto, y los pasos se perdieron escaleras abajo. Solo, Arnulfo abrió el compás de las piernas, un gozo que pocas veces podía permitirse. También estiró la mano que cayó en el vacío que acababa de dejar su mujer. Su cuerpo expandido pareció relajarse y creyó que podría conciliar el sueño de nuevo. Entonces, en la oscuridad de sus párpados, como un flashazo, apareció el rostro de Maricela Anza. Otro flashazo: el cuerpo de Maricela tendido en la cama del cuarto de hotel. Otro: Verónica con no más de doce años nadando en una alberca. Otro más: Maricela subiendo a una patrulla. Y otro: Carmen saliendo por la puerta de la casa vestida con un pantalón de licra que marcaba sus glúteos aún firmes y un top que dejaba al descubierto su estómago plano. ¿Desde cuándo Carmen se vestía así para ir al

gimnasio? ¿Desde cuándo Verónica no la acompañaba? Los Licenciados no se habían reportado. Maricela, a esas horas, posiblemente iba camino a una cárcel del sur. Los Licenciados no habían secuestrado al plebe García, no, no, claro que no. ¿Debía comunicarse con ellos? ¿Cómo se ponía una mente en blanco? ¿Cómo se pensaba en nada? ¿Cómo se desconectaba la conciencia, aunque fuera un par de horas? Si los Licenciados eran responsables del levantón del plebe García, habían cometido la mayor estupidez de su vida. Tendría que ver la manera de hablar con ellos. Le hubiera gustado despedirse de Maricela. ¿Qué tenía su mujer últimamente que rehuía cualquier discusión, plática, contacto, mirada?

—¡Puta madre! —dijo al fin en voz alta—. Ya se me espantó el pinche sueño.

Arnulfo Lizárraga se sentó al borde de la cama y enterró la cara entre las manos. Se frotó los ojos con un punto de desesperación. Levantó la cara y recorrió la habitación con la vista. Producto de la presión en los globos oculares, vio pequeños puntos suspendidos en el aire. Parpadeó para alejarlos. Se dio cuenta de que tenía el cuello y los hombros agarrotados. También una leve acidez que le irritaba la boca del estómago. Tosió. Al incorporarse las articulaciones de las rodillas tronaron demasiado fuerte. Aspiró todo el aire que pudo en una sola bocanada para intentar despejar la densa red nerviosa del plexo solar. El nudo en el estómago no le daba tregua. Presentía la catástrofe. Pero su cerebro ensayaba mensajes tranquilizadores del tipo todo va a estar bien. No halló la forma de enfrentar a su mujer y a su hija allá abajo, atrapadas en esa rutina pegajosa. Por un momento pensó en regresar a la cama y hacerse el dormido. La idea le dio pánico. Así que echó el celular a la bolsa del pijama, salió del cuarto y fue al encuentro de Carmen y Verónica. La primera tomaba café con la mirada perdida en el ventanal que daba al patio. La segunda desayunaba un plato de cereal mientras ojeaba lo que parecía una tarea de la escuela.

—Buenos días, papá, ¿no que hoy tienes el día libre?

La sonrisa de Verónica fue un gesto fugaz que le transmitió cierta confianza para abrir la boca.

—Se me olvidó quitar la alarma y ya no pude volver a dormir.

—¿Y qué culpa tiene una?

Carmen no se dirigió a su marido. Fue un comentario para sí

misma que desconcertó a Arnulfo.

—Pues se me olvidó, qué chingaos quieres que haga. Sírveme un café, anda.

Verónica desplazó los ojos en sus órbitas de derecha a izquierda como si estuviera presenciando un partido de tenis en el que la pelota viaja a gran velocidad. Luego volvió a las hojas mientras se mordía el labio inferior. Esta vez no intentó disimularlo.

—Sírvetelo tú, no soy tu criada —dijo Carmen.

La mujer quiso dirigirse a la sala, pero al pasar frente a su esposo, éste la retuvo del brazo.

—¿Qué carajos te pasa? ¿No puedes servirle un café a tu marido?

—Suéltame.

—¿Qué tienes? Andas muy rara.

—Que me sueltes.

—¡A la verga, a la verga, a la verga! —gritó Verónica. No observaba a sus padres, su mirada estaba fija en el mantel de la mesa del comedor. Esgrimía la cuchara como si fuera un cetro.

Carmen aprovechó el exabrupto para soltarse de la garra de su esposo y terminó de llegar a la sala. Se sentó en el sofá y prendió la televisión. No bebió del café, sólo mantuvo la taza en alto como si fuera a brindar. Arnulfo se quedó un instante sin saber qué hacer. Sintió cómo las ganas de cruzarle la cara de una cachetada a su esposa se derramaban en su interior como un líquido corrosivo. El golpe seco que dio Verónica con la cuchara en la mesa lo detuvo. Optó por ir a la cocina y servirse él mismo el café. Volvió a respirar profundo. Vertió el líquido en la taza y trató de que la voz le saliera normal cuando le preguntó a su hija qué hacía. Verónica tardó unos segundos en contestar.

—Estoy repasando una exposición que tengo a segunda hora.

—¿Y cómo vas en la escuela, todo bien?

—Sí, está pelado este semestre. Vas a tener que comprarme el carro, papá, no creo que baje de noventa.

Arnulfo sonrió.

—Ya veremos, hija, ya veremos.

Arnulfo sintió un cosquilleo en el muslo derecho. La vibración del celular recorrió su pierna hasta la rodilla. Se trataba de un mensaje de texto de un número desconocido. Intuyó que lo enviaban los Licenciados. Lo abrió: *No fuimos nosotros van por ti cuidado con abrir el hocico*.

Dejó la taza sobre la barra de la cocina pero no levantó la vista de la pantalla. Leía una y otra vez el mensaje, incapaz de darle la cara a Verónica, justo enfrente de él, con el tema del carro aún en los ojos. Le pareció que pasaba demasiado tiempo y que la casa se convertía en un embudo que lo tragaba. Borró el mensaje.

—Papá, no te hagas, tú dijiste que si sacaba promedio de noventa me lo comprabas, acuérdate.

La voz de Verónica se confundía con el zumbido que de pronto se había instalado en sus oídos. Un ruido que distorsionaba las palabras de su hija, un ruido creciente que anulaba cualquier otro. ¿Vienen por mí? ¿Qué putas madres significa eso? ¿Quién viene por mí?

—¿Papá? ¿Papá? ¿Papá?

—Hazle caso a tu hija por una vez, Arnulfo —vociferó Carmen desde la sala eclipsando la chillona voz del locutor del noticiero matutino.

—Sí, sí, no se me olvida. Tú cumple en la escuela que yo cumpliré con lo del carro. Es de la chamba, voy a tener que reportarme, me necesitan —se excusó Arnulfo mientras cruzaba el comedor y ascendía a la segunda planta. Carmen y Verónica dijeron algo que el judicial no alcanzó a oír. Entró en su cuarto y seleccionó el primer pantalón y la primera camisa que encontró en el clóset. Buscó un calzón en el cajón de la cómoda y un par de calcetines. Desechó la idea de bañarse. Iría al taller mecánico en busca de los Licenciados y exigiría una entrevista. Tenían que protegerlo, les había servido bien durante mucho tiempo. No podían dejarlo en la estacada. Se le enredó el pantalón en las piernas y estuvo a punto de caer. De repente, los huecos de las mangas de la camisa habían cobrado vida y esquivaban sus brazos. De repente, el corazón palpitaba con una violencia tal que sus latidos desplazaron el zumbido en los oídos. La taquicardia se le subió a la boca y tuvo sed. La sed se le mezcló con el regusto amargo del aliento recién levantado. Rompió a sudar. Cogió el celular y la cartera y descendió las escaleras de dos en dos. Les dijo a sus mujeres que no tardaría, que antes del mediodía estaría de vuelta. No les dio ningún beso de despedida. Cuando buscaba las llaves del Bora en un recipiente con forma de manzana sobre la cómoda del recibidor, sonó el timbre de la entrada. Arnulfo detuvo el vértigo que le acometió apoyándose en el mueble. Volvió a sonar el timbre.

—¿Quién será tan temprano? —volvió a gritar Carmen desde la sala.

—Unos pinches testigos de Jehová, seguro —opinó Verónica.

—Son unos compas del trabajo, pasaron a buscarme —dijo Arnulfo. La voz desnudó su miedo.

Salió al pasillo que corría paralelo a la cochera. Del otro lado de la reja reconoció al novato que le habían asignado antes de darlo de baja del grupo antisecuestro. Sonreía. Detrás de él, una patrulla de la Policía Estatal flanqueada por dos elementos. Cada uno portaba una R-15 en las manos. No reconoció a ninguno de ellos.

—¡Arnulfo Lizárraga! —exclamó el novato, campechano, satisfecho—. Vas a tener que acompañarnos, compa.

Arnulfo, del otro lado de la reja, no hizo nada por abrirla. Observó al novato a los ojos. No encontró ni la admiración ni el respeto de antaño, más bien un gozo perverso.

—¿Para qué soy bueno?

—Uuuuuh, no, pues está cabrón aquí parados. En el camino te platico.

—Aquí puedes platicarme mejor, ¿no?

Arnulfo volteó a la ventana de la cocina y detectó tras los visillos las sombras de Verónica y Carmen.

—Mira, compa, en buen plan, no la hagas de pedo. En la patrulla traigo la orden de aprehensión. Por respeto a tu familia, mejor te vienes con nosotros sin escándalos. Si no quieres, te llevamos a huevo. Tú sabrás, compa.

—¿Y por qué la orden, si se puede saber?

—No te hagas pendejo, Lizárraga, apúrale que no tengo todo el día.

El novato hizo un gesto con la mano a los otros dos policías. Éstos cortaron cartucho y dieron unos pasos hacia la entrada.

—Está bueno, está bueno, todo bien. Nomás no me esposes, compa, no delante de mi mujer y mi hija.

El novato asintió y con el brazo extendido le indicó a Arnulfo el camino a la patrulla. Éste subió a la parte de atrás escoltado por uno de los agentes. El otro abordó el asiento del piloto. El novato el del copiloto. La patrulla dejó la privada Napoli lentamente, sin códigos ni sirenas, como si la vida de un hombre no se encaminara a un agujero negro que lo convertiría en antimateria.

II

Se quebró rápido, mucho más rápido que la mayoría de los visitantes a aquel sótano, porque conocía de memoria la ruta de dolor que le esperaba. Al principio lo negó todo: su colaboración con la banda de los Licenciados y la participación en el secuestro de Gabriel García. Pensó que sólo hablarían con él, lo amedrentarían y al final lo dejarían ir. Apeló a su pertenencia a la corporación, a su larga carrera policial. El comandante del grupo antisecuestro en persona dirigía el interrogatorio: Te advertí, pinche Lizárraga, que te dejaras de pendejadas, ¿por qué no me escuchaste, baboso? Arnulfo se mantuvo firme mientras no pasó de las palabras: No conozco a ninguna banda de los Licenciados, no sé nada del secuestro del chamaco, lo juro, lo juro, lo juro, lo juro. Pero no fue suficiente. El comandante anunció de pronto que regresaría en media hora y que quería una confesión. El agente novato no necesitó más. Se puso a espaldas de Lizárraga y con un movimiento rápido metió la cabeza de éste en una bolsa de plástico. De inmediato la apretó contra la cara del interrogado. Arnulfo forcejeó en cuanto sintió el plástico adherirse a su boca. El novato lo llevó al piso, bocabajo, sin dejar de sostener la bolsa alrededor de su cabeza mientras le clavaba una rodilla en la espalda. Los labios de Arnulfo, lo dientes, la lengua, las fosas nasales se llenaron de plástico y el aire se convirtió en apenas un hilito que no alcanzaba a llenar los pulmones. El pavor hizo que su cerebro mandara la señal de respirar agitadamente, lo que provocó que el poco oxígeno encerrado en la bolsa se consumiera en menos de un minuto. Una niebla densa fue invadiendo su mente y los músculos se abandonaron al desmayo. De pronto vio todo negro, su cuerpo quiso dejar de luchar, sólo deseaba sumergirse en la oscuridad como si fueran las aguas tibias de una alberca. Entonces su boca conoció el milagro del aire una vez más, también sus pulmones, y la sangre irrigó el cerebro como un torrente eléctrico, y la luz pálida del sótano golpeó sus pupilas y percibió unas borrosas piernas a su alrededor. El novato lo había liberado de la bolsa. Pero no terminaban de llenarse sus células de oxígeno, cuando los torturadores comenzaron a golpearle los riñones con unas toallas fuertemente enrolladas y pasadas por agua para no dejar marcas. El dolor le sacaba el poco aire que

había logrado aspirar. Sintió que sus pulmones estallarían. Pidió clemencia a gritos, invocó una piedad que sabía inexistente, porque ése era el oficio de los hombres que lo tenían encerrado en el sótano, su propio oficio: extraer una confesión. A nadie le interesaba la verdad, y menos la verdad de Lizárraga: la banda de los Licenciados no había secuestrado a Gabriel García. Primero, porque con él fuera del grupo antisecuestro no habían vuelto a planear otro golpe. Segundo, porque no tenían la capacidad de llevar a cabo un trabajo de ese calibre. Tercero, y por extraño que pareciera, porque sí les creyó cuando le enviaron el mensaje de texto negando su participación.

El agente novato amagó con volver a meter su cabeza en la bolsa de plástico y eso bastó para que Arnulfo Lizárraga ofreciera una primera confesión. Lo llevaron ante el secretario de acuerdos, un sujeto tan obeso como indolente, de párpados caídos y corazón debilitado por el exceso de grasa, que le tomó la declaración. A medida que Arnulfo Lizárraga relataba su papel en media docena de secuestros, daba detalles de la organización, la ubicación del taller mecánico y describía a los Licenciados y su relación con ellos, una especie de levedad fue invadiendo su ser. Una levedad que era casi gozo, que aumentaba según nombraba los crímenes de los que había sido cómplice, el horror padecido por una serie de personas que habían estado en el infierno. Arnulfo Lizárraga se descubrió llorando de felicidad unas lágrimas apacibles que empapaban el recuento de los hechos. Dejaron de importarle las consecuencias porque hacía años que no se sentía tan libre. Arnulfo Lizárraga, en el fondo, era un ingenuo.

—Todo eso está muy bien, Lizárraga —intervino el comandante—, con tu declaración tenemos para meter al bote a esos hijos de la chingada que se me habían escapado mucho tiempo. Pero ahora quiero que me cuentes cómo planearon y ejecutaron el secuestro del chamaco.

—Mi comandante, le juro por mi hija que no fueron ellos. ¿Por qué iba a mentirle? Ya confesé todo. Cuando me destinó a arraigos dejaron de trabajar. Les dije que pronto regresaría a la unidad, que me aguantaran. Y la neta, mi comandante, esos cabrones no tienen con qué aventarse un trabajito como éste.

—Pues tenemos un problema, Lizárraga. El papá del plebe ya soltó el billete y en la madrugada liberaron al chamaco. Si no agarro a alguien el señor procurador me corta los huevos, se me acaba el corrido, ¿me explico? Así que vamos a cargar a tus

licenciaditos este secuestro y tú vas a ser quién lo haga.

—Pero mi comandante…

—Cierra el hocico, Lizárraga, y escúchame bien, te conviene. Mira, cabrón, con lo que acabas de confesar ya no sales del bote en por lo menos treinta años. Te ofrezco dos años adentro, leve, con privilegios, alguna salidita de repente, todo bien. A cambio, los embarras con pelos y señales, yo te voy a decir qué vas a declarar. Si no aceptas, te refundo en el Cereso y hago de tu vida un pinche puto cagadero ahí dentro. ¿Cómo la ves?

—¿Me promete que los va a encerrar a todos y que mi familia estará a salvo?

—Por supuesto, Lizárraga, nosotros siempre cuidamos de los nuestros, ¿a poco no?

Eres libre, plebe

I

Le dijeron que a una hora de camino siguiendo la brecha encontraría la carretera. Y caminó con la noche encima. Los murmullos de la sierra lo acompañaban, los ecos de los cerros precedían sus pasos. Era una vereda silvestre de reses y caballos. Eres libre, plebe, camínale, le dijeron cuando lo sacaron del maletero del carro, lo desataron y le arrancaron la mordaza. Luego le dieron una botella de agua. Al principio pensó que mentían, que le meterían un balazo por la espalda no bien avanzara unos metros. El ronroneo del motor alejándose hizo que sus piernas dejaran de sostenerlo. Cayó de rodillas y comenzó a llorar en medio de la nada. Grillos, sapos y tecolotes armaban su concierto nocturno para acompañar las lágrimas de Gabriel. Se levantó y echó a correr. Menos de doscientos metros después se detuvo jadeante, débil, mareado. Tomó de la botella: el agua le supo a mañana. Siguió caminando con paso casino. Clareaba en el horizonte cuando por fin vio la franja de asfalto hendida en la sierra. Dos carros al menos ignoraron sus señas para que lo llevaran. Hora y media después, un granjero en una pick up destartalada detuvo el vehículo en un claro de gravilla y lo acercó al pueblo más cercano: El Tapui. Lo dejó en la comandancia de la policía municipal. Al conocer su identidad, las llamadas telefónicas fueron y vinieron del pueblo a la ciudad, y su cabeza se llenó de preguntas, promesas, felicitaciones. ¡Estaba vivo! ¡Estaba a salvo! Gabriel apenas sonreía y contestaba con monosílabos. Era como si esas cuatro semanas de silencio lo hubieran dejado sin habla. Sentado en un sofá de la oficina del

comandante municipal, trataba de formular frases completas, coherentes, pero en alguna parte entre su cerebro y su lengua se extraviaban. Le trajeron un desayuno opíparo a base de burritos de carne colorada, café y agua de horchata. Su estómago no pudo con tanta comida. La mezcla de cansancio y adrenalina lo mantenía rígido, tenso, pero inmóvil. El borboteo de radios, celulares y voces lo aturdía. Había regresado a la vida y la vida era un jolgorio de sonidos absurdos. ¿Por qué seguía aterrado si se hallaba en una comandancia de policía a la espera de sus padres?

El primero en entrar a la oficina del comandante fue Heriberto García. Se abalanzó sobre su hijo y lo abrazó mucho tiempo. El comandante hizo pasar a Ana Luisa y cerró la puerta tras de sí para darles un poco de intimidad. Después del abrazo sin palabras del padre, le tocó el turno a la madre de Gabriel. Se arrodilló frente a su hijo, le tomó de las manos y se puso a rezar. El muchacho no entendía por qué su madre le pedía perdón a dios por haber dudado. Los ojos de su madre, secos a diferencia de los de su padre, brillaban presas de un fanatismo lastimoso. Su madre revisó su dedo ausente y le besó el muñón como si fuera una paloma picoteando el suelo.

A los pocos kilómetros de salir de El Tapui, Gabriel simuló dormir en el asiento trasero de la camioneta Mercedes GL color gris rata, escoltada por dos patrullas de la policía estatal. Sus padres intentaban entablar una conversación que se agotaba rápidamente. Quisieron saber si lo habían tratado bien, si lo habían alimentado, si le habían curado el dedo. Gabriel contestaba a todo que sí. Cuando Heriberto García le pidió a Ana Luisa que, por favor, dejara de mentar a dios, que nada tenía que ver en esto, que el pago del rescate y no otra cosa había traído de vuelta a su hijo, Gabriel aprovechó para cerrar los ojos. Heriberto García, en un susurro, le pidió disculpas a Ana Luisa por su reacción. La mujer dijo que no tenía importancia. Luego ambos callaron y la mente de Gabriel viajó del interior de la camioneta al interior del cuarto donde lo habían tenido encerrado. Después de cortarle el meñique no le habían vuelto a tocar un pelo. Lo alimentaban dos veces al día siempre con esas tortas monótonas. Alguna vez su carcelera le preguntó cómo se sentía y un día le dejó una barra de chocolate junto con la torta. Gabriel le dio las gracias como un esclavo humilde y saboreó el chocolate con una felicidad indecente. Por cada día que los secuestradores le

perdonaban la vida, Gabriel sentía crecer en su interior una gratitud tan intensa que lo desbordaba. Esperaba con ansia la llegada de la mujer encapuchada y recibía la torta como si fuera un regalo inmerecido. Las dos irrupciones diarias de su carcelera y el paso fiel del hombre y la niña en el triciclo por la calle aledaña eran sus únicas referencias en el tiempo, lo que le permitió no volverse loco en la semioscuridad de esa habitación.

Gabriel, al llegar a su casa, tuvo que rendir declaración ante el Ministerio Público sobre todo lo que había visto y oído. Después lo dejaron tranquilo. Se encerró en su cuarto, se dio una larga ducha en su baño particular, se puso un pijama limpio, oloroso, mullido, y se acostó. Las sábanas acariciaron su cuerpo y por primera vez en un mes sus músculos empezaron a distenderse. Era una sensación tortuosa y liviana al mismo tiempo porque surgían dolores y espasmos en rincones insospechados. Aspiró el aroma de la ropa de cama y su delicadeza le pareció imposible. Aspiró el perfume de su cuerpo recién bañado y le pareció el cuerpo de otra persona. Pasó la lengua por los dientes que acababa de cepillar y sintió que eran unos dientes nuevos. Abrazó su vieja almohada. Recorrió los pósters en la pared de sus DJ favoritos y reconoció en ellos a antiguos camaradas que lo recibían con los brazos abiertos. Contempló la pantalla de plasma de 42 pulgadas, el X-Box 360, los viejos cartuchos de Nintendo 64 que guardaba por nostalgia, las revistas de coches apiladas sobre su escritorio, la laptop cerrada, el estéreo, el guante de beisbol que nunca usó, el balón de futbol americano y el casco que usó una semana cuando quiso formar parte del equipo del Instituto Regio y lo dejó porque el entrenador estaba loco. El póster del Manchester United con el Chicharito recién incorporado al equipo, los libros de Harry Potter que nunca leyó. Entonces se sintió en casa y el sueño le fue arrastrando como si fuera un arroyo de agua cristalina. A la media hora despertó a causa de una pesadilla.

II

El mejor cirujano plástico de la ciudad borró la cicatriz tumefacta del muñón del meñique de Gabriel y lo dejó liso y suave como la piel de un bebé. Fue una operación sencilla que tuvo al muchacho

dos días en el hospital San Rafael. No recibió ninguna visita.

De vuelta en casa, Gabriel entró en un estado de sopor que al llegar la noche se convertía en insomnio. Pasaba la mayor parte del día encerrado en su habitación, tumbado en la cama bocarriba contemplando el techo. A veces dormitaba, no más de quince minutos, pues las pesadillas lo asaltaban en cuanto entraba en la profundidad del sueño. Despertaba agitado, tembloroso, con los fantasmas del secuestro esfumándose bajo la cama. Soñaba recurrentemente que se encontraba en medio de la sierra, encadenado a un árbol, rodeado de ojos que brillaban en la oscuridad. Ojos de fiera o de humano, nunca se detenía a averiguarlo. Despertaba y casi de inmediato su corazón palpitante se calmaba. Entonces sentía correr la sangre por sus venas como si fuera un jarabe espeso y sus reflejos parecían someterse a un letargo que le impedía concentrarse en cualquier actividad. Pero al caer la noche, su organismo recibía una especie de descarga eléctrica de alto voltaje y la paranoia lo obligaba a dar vueltas por la habitación huyendo de sí mismo. Sólo una buena dosis de videojuegos violentos le permitía llegar al amanecer sin perder la razón. Los primeros días posteriores al secuestro sus padres respetaron el aislamiento. Desfilaban ante su puerta, tocaban suavemente con los nudillos como si Gabriel fuera un enfermo terminal, se asomaban tímidos y enternecidos, le preguntaban si se encontraba bien, el muchacho les decía que necesitaba descansar, que no se preocuparan, ellos aceptaban la respuesta con alivio y no volvían a molestarlo hasta la tarde. Gabriel, por esos días, descubrió que sus padres no podían sostenerle la mirada. Heriberto García se dedicó a duplicar sus esfuerzos para recuperar el patrimonio perdido. Ana Luisa desaparecía durante mañanas enteras, nadie sabía a dónde iba. Doña Cleta alimentaba a Gabriel, recogía su cuarto mientras el muchacho tomaba largos baños y trataba de sacarlo del marasmo que poco a poco lo estaba consumiendo. Fue doña Cleta la que se atrevió a exigirle a la señora que hiciera algo por su hijo.

—Lo que necesita es descansar, apenas han pasado diez días.

—No, señora, el plebe ya descansó mucho, tienen que llevarlo con un médico de la cabeza o algo así, cada día está peor. ¿Qué no se da cuenta que no duerme?

El prestigio del psiquiatra se reflejaba en el sinnúmero de diplomas y reconocimientos que colgaban en las paredes de su consultorio. También en el costo de la consulta. Le recetó

ansiolíticos para tranquilizarlo, antidepresivos para activarlo y somníferos para dormir. De esta forma, con ese coctel de drogas en el cuerpo, Gabriel se presentó a la escuela a principios de mayo para realizar los exámenes finales y graduarse. Su padre lo había arreglado todo en el Instituto Regio. Algunos maestros simplemente le pusieron el aprobado apelando al trauma que había sufrido. Otros le pidieron trabajos finales que Gabriel copió de internet y que sus profesores ni siquiera se molestaron en leer. Gabriel García obtuvo su título de bachiller pero no acudió a la ceremonia de graduación ni al baile.

Al regresar a la escuela, Gabriel empezó a sorprender en los ojos de sus compañeros una combinación de lástima y miedo que se parecía demasiado al desprecio. A todos fue decepcionando paulatinamente hasta quedarse solo. Quienes se acercaron movidos por el morbo de los detalles del secuestro, se encontraron con lacónicas respuestas que no satisficieron sus deseos. Quienes lo buscaron pensando que el rey de la fiesta había vuelto, se hallaron a un tipo casi exangüe, sin voluntad. Quienes habían padecido su tiranía semestre tras semestre, disfrutaron la suerte de Gabriel a sus espaldas y nunca se le acercaron.

Desde el primer minuto en que puso de nuevo un pie en el Instituto Regio, supo que Josué y Sofía eran novios. Gabriel, al conocer la noticia, no sintió nada. Los medicamentos le impedían procesar cualquier emoción de inmediato. Las sensaciones le llegaban amortiguadas, distorsionadas, ajenas. Sin embargo, percibió un asomo de alegría al verlos juntos en las gradas de la cancha de futbol. Gabriel había pensado mucho en Josué durante su encierro. Se acercó a la pareja y les sonrió amistosamente. Sofía le dio la espalda. Josué le preguntó qué se le ofrecía. Gabriel quiso ordenar las ideas pero no fue capaz. Se dio cuenta de que la mirada y la actitud de Josué llevaban la impronta de quien está saliendo con la alumna más codiciada de la escuela. A Gabriel le pareció gracioso. Josué flaqueó en su papel de duro e interpretó la expresión de Gabriel como una burla.

—¿De qué te ríes? ¿Cuál es tu pinche problema?

—Calmado, carnal, nomás vine a saludar. ¿Qué onda contigo?

A Josué le invadió el espíritu de perro que le provocaba la presencia de Gabriel y aumentó su rabia. Sofía lo tomó del brazo y lo atrajo hacia ella.

—Ya vámonos, se me antojaron unas papas con chamoy.

Josué obedeció y comenzó a caminar detrás de Sofía. Volteó un par de veces a ver a Gabriel, detenido al pie de las gradas como un pedazo de carne sin vida.

—Bro —gritó por fin Gabriel—, sólo quería decirte que me disculpes por lo que pasó en la fiesta. Me alegra que estés con Sofía.

Josué pareció querer detenerse, pero la muchacha lo jaló de la mano para que siguiera caminando. Esa misma noche Josué lo llamó por teléfono. Le dijo que todo estaba olvidado, que no había resentimientos. Gabriel se lo agradeció y lo felicitó por su noviazgo con Sofía. Al colgar supo que se trataba de una despedida.

Los días que siguieron Gabriel deambuló por la escuela con un talante cercano a la feliz indiferencia por todo, anestesiado contra el miedo, la aprehensión y la angustia. Solitario y torpe. Cada vez que se cruzaba con el prefecto, percibía cómo éste disfrutaba de su semicatatonia, de su desmoronamiento. La chispa de júbilo en los ojos y la expresión guasona en la cara lo delataban. Ese hombre mezquino y taimado, a quien había hecho ver su suerte tantas veces, le informó a los pocos minutos de haber retornado al instituto que Sofía y Josué eran novios. Después de eso ya no le volvió a dirigir la palabra. Pero no dejó de observar a Gabriel como quien observa el fascinante espectáculo de la venganza.

En casa la situación no era muy diferente. Su padre pasaba todo el día en la calle, a veces llegaba entrada la noche oliendo a perfume y coño joven. Era un aroma que Gabriel conocía muy bien. Su padre lo evitaba y cuando irremediablemente coincidían, le preguntaba cómo estaba, si necesitaba dinero, si quería algo, siempre con una sonrisa imbécil en la cara. Gabriel le confirmaba que todo estaba bien, que no necesitaba dinero, que no quería nada, y le devolvía la misma sonrisa boba que los antidepresivos le ayudaban a dibujar infaliblemente.

Con Ana Luisa la cosa a veces se ponía incómoda. A su madre le había dado por leer unos libros que nadie sabía de dónde sacaba, unos libros viejos y manoseados de autores desconocidos, de temas absurdos. Algunos eran de economía, otros de filosofía, los había de política y de historia. Su madre se los recomendaba y durante el desayuno le comentaba las conclusiones a las que había llegado después de leerlos. Distribución de la riqueza,

justicia social, iglesia de los pobres, propiedad comunal pasaron a ser términos que Ana Luisa esgrimía ante su hijo como si se encontrara frente una muchedumbre. Gabriel, tras el nuevo discurso, podía reconocer el viejo fanatismo de su madre. Pero si algo le provocaba una repulsión que ninguna de las drogas recetadas por el psiquiatra paliaba era el descuido con que Ana Luisa comenzó a vestirse: nada de ropa elegante, maquillaje y joyas. A veces salía de la casa disfrazada como una pordiosera.

Gabriel, con el tiempo, se dio cuenta de que el secuestro se había convertido para sus padres y en general para la gente a su alrededor en un tabú.

Un día llegó Katy a visitarlo. La ahijada de Heriberto y Ana Luisa le insistió tanto a doña Cleta en hablar con Gabriel, que la señora, emputada, terminó por ir con el muchacho y exigirle que atendiera a la joven porque no había forma de correrla. Gabriel la recibió en la alberca, sentado a una mesa jardinera cubierta por una sombrilla roja, mientras veía desaparecer el sol tras el campo de golf. Era un crepúsculo de mayo caluroso y exaltado. Katy prendió un cigarro y le ofreció otro a Gabriel.

—No fumo.

—Igual después del secuestro habías agarrado el vicio —comentó Katy como en un descuido. Luego estudió la reacción de Gabriel. Éste siguió con la vista perdida en el atardecer—. Es carrilla, güey, no es para ponerse así.

—Agarré otros vicios, como rascarme la nariz con mi dedo mocho —dijo Gabriel e introdujo el muñón de su meñique en la fosa nasal.

—¡Asco, baboso! —exclamó Katy y sacudió el cuerpo como un cachorro mojado. Luego se puso seria—. ¿Te dolió mucho?

—¿Qué?

—Lo del dedo.

—Por unos segundos me desmayé. Fue algo… no sé… sientes que…

Gabriel buscaba las palabras con la vista en el pasto inglés, un intenso verde que iba oscureciéndose a medida que la sombra de la Tierra los alcanzaba.

—Sientes que nada va a poder aliviarte, que sólo va a haber dolor para siempre.

—¿Es cierto que a veces sientes comezón y otras cosas?

—Sí, a veces me pasa.

—Qué loco, ¿no? ¿Y cómo te va en la escuela?

—Soy una especie de apestado, cero popularidad. Oye, Katy, andabas muy emputada por lo del video de tu amiga, no sé si le contaste algo a mis padres, pero ya no te tienes que preocupar, cuando me secuestraron me chingaron el celular.

—La verdad sí estaba muy encabronada. Estuve a punto de contárselo. Se me hizo algo muy culero, muy gacho. La neta, me caían gordísimos tú y tus amigos con esa mamada de andar grabando las cogidas como si fueran una colección. Me los quería chingar, la verdad. Pero luego te levantaron y mejor lo olvidé, ya no quise alterar a tus papás. Además me distancié de la morra, salió medio piruja, cada fin coge con un batillo diferente.

—Igual es una pendejada lo que le hice. No fue a la única que grabé, tenía mi colección, como dices. Pero bueno, eso ya no importa.

—Así son los hombres, pendejos y hocicones. Prométeme que no vas a volver a hacerlo.

—Prometido.

—¿Y qué tienes pensado hacer?

—Como de qué.

—Vas a entrar a la uni, te vas a quedar encerrado en tu casa, vas a trabajar con tu papi… algo tendrás que hacer, ¿no?

—Pues la tirada era irme a Monterrey, al Tec. Bueno, mi papá quería que estudiara en el Tec, yo lo que quería era largarme de este pinche rancho. Supongo que con lo que pasó me quedaré en la ciudad. Me voy a dar una vuelta a la universidad a ver qué onda con el examen de ingreso. La neta, no sé muy bien qué voy a hacer.

—Pues haz algo, lo que sea, tienes que superarlo, parece que sigues secuestrado, güey. Bueno, morro, ya me voy, nomás pasé a saludarte.

Gabriel tuvo ganas de pedirle que se quedara, pero Katy ya se había levantado de la silla. Él también se incorporó y la despidió con un beso en la mejilla.

—¿Te pidieron mis papás que vinieras?

—Claro que no, pendejo, lo hice por los viejos tiempos, cuando éramos compas.

—Gracias.

Gabriel contempló a Katy cruzar el jardín y desaparecer por la puerta de cristal que daba al salón. La noche ya había caído del todo. Hacía calor. Recordó que tenía que tomar la pastilla para dormir.

Brillante por el sudor, estilizado y duro

I

El bíceps, brillante por el sudor, estilizado y duro, se inflaba, tensaba la piel, exaltaba las venas. El bíceps se relajaba apenas un segundo, listo para otra repetición y otra más. El espejo le devolvía a Carmen la imagen de su brazo, cuyo codo apoyaba en la parte interior del muslo, sosteniendo una mancuerna de diez kilos que subía y bajaba al compás de la respiración. Y con cada levantamiento, Carmen, como si orara, pronunciaba un insulto para su marido: pendejo, maricón, hijo de la chingada, desgraciado, inútil, poco hombre. La mujer se hallaba en el pequeño gimnasio de su casa, sentada en la banca de ejercicios, expulsando por los poros la incertidumbre y la rabia. En cuanto llegaron a buscar a Arnulfo los otros judiciales, supo que algo andaba mal. Su marido no regresó en todo el día ni se comunicó para avisar que no lo haría. Carmen pasó la noche en blanco y a primera hora del día siguiente recibió la llamada. Una voz que se identificó como amiga de Lizárraga le informó que estaba detenido y que había una orden de aprehensión contra él. Más adelante el propio Arnulfo se comunicaría con ella, dijo.

Desde el momento en que colgó, los minutos y luego las horas se convirtieron en un caleidoscopio de sombras y voces agoreras que le anunciaban el fin de su mundo, el azote de los días como los conocía. Tuvo el temple de mentirle a Verónica y mandarla a la escuela con la idea de que su padre había sido comisionado sorpresivamente fuera de la ciudad y estaría ausente una semana. Habían pasado tres días. Tres días en los que, como ahora, se encerraba en el improvisado gimnasio que tenían en la

segunda planta e iniciaba una tabla de ejercicios extenuante. Trabajaba cada grupo muscular con la determinación autista de un militar hasta ahogar en ácido láctico todas las preguntas. La falta de oxígeno hacía que aflorara la furia que concentraba en su marido. Era culpable del desamparo en el que las acababa de dejar a ella y a su hija. Era culpable de haber cometido un error, cualquiera que fuese. Era culpable del silencio turbio con que rodeaba todas sus actividades. Era culpable de ser Arnulfo Lizárraga.

Tambaleante descendió a la planta baja, se sirvió un Gatorade del refrigerador y se recostó en el sillón de la sala. ¿Y ahora? Presentía la vergüenza y la humillación, la soledad, la amenaza de la pobreza, el eclipse que las cubriría a partir de ese momento. No se planteó qué había hecho su marido para ir a parar a la cárcel. Sabía que Arnulfo y todos los agentes compañeros de Arnulfo se las arreglaban para conseguir ingresos extras que les permitieran vivir por encima de las posibilidades del salario que recibían. Era una ley tácita. ¿Cómo si no? ¿De dónde si no? ¿Con qué ojos si no? El gobernador se corrompía, el procurador se corrompía, el comandante se corrompía, los agentes se corrompían. Se trataba de conjugar el verbo en todas sus personas y tiempos pero sin cometer errores. Y Arnulfo había cometido uno suficientemente grande como para terminar en prisión. La bebida poco a poco fue mitigando la fatiga y le devolvió el aliento. Pero la ira seguía recorriendo su cuerpo como si fuera una serpiente de agua, puntual y escurridiza. En ese momento odiaba a Arnulfo Lizárraga como se odia a un extraño. Y no quiso imaginárselo en la cárcel, humillado y vencido, porque sólo la rabia impedía que se viniera abajo. Se dijo que ya no podía seguir así y se obligó a actuar. Pensó en llamar a su padre pero probablemente no le contestaría. Además, nada podía decir ni hacer el viejo para ayudarla. Incluso terminaría celebrando que el tiempo le hubiera dado la razón. Cuando le anunció que se casaría con un policía judicial, don Cipriano escupió al suelo, la llamó puta y se rehusó a asistir a la boda. Fue la madre quien lo convenció de ir bajo amenaza de abandonarlo.

Al final, el desamparo pudo más que la culpa y le marcó a Lorenzo. Lo citó en el café de siempre una hora y media después.

Lorenzo hablaba como un títere y unos hilos invisibles movían sus brazos. Carmen no escuchaba las palabras que salían de su boca, como si el esfuerzo por descubrir los hilos se lo impidiera. Seguía hablando de poner un gimnasio, como en la anterior cita y en la anterior. De préstamos y avales. De rentas y equipos. Hablaba de eso. Prácticamente sólo hablaba de eso. Luego cogían. Lorenzo hablaba como un títere con su lengua andaluza y su sonrisa encantadora. Eres un títere encantador, pensó Carmen, y antes de que llegara la punzada de la culpa, insultó mentalmente a su marido por dejarlas en el desamparo, luego, la palabra desamparo desató en su cerebro una imagen: la caja fuerte que Arnulfo tenía en el estudio. Luego se le ocurrió una idea que no pudo mantener en su boca y salió al mundo y llegó a los oídos de Lorenzo, que dejó de hablar.

—¿Quieres un gimnasio? ¡Yo te pongo un gimnasio!

—¿Pero qué dices, mujer? Tú te has vuelto loca o qué pasa contigo, tía, que yo no estoy para juegos.

—Seremos socios. Como yo voy a poner el capital, el setenta por ciento de las ganancias serán mías y tú te quedas con el treinta.

—¿Pero tú te quieres quedar conmigo o estamos en el día de los inocentes?

Carmen sintió cómo la adrenalina, alimentada por los esteroides durante los últimos años, fluía por su cuerpo como el torrente de un río nuevo.

—Estoy hablando en serio. Creo que sé de dónde puedo sacar el dinero. ¿Cuánto hace falta para empezar con el gimnasio?

—¿Esto es en serio? ¿No me estás jugando una broma? Bueno, pues así a vuelapluma, un gimnasio ni mucho ni poco, llevo mis aparatos, consigo de segunda mano otros aparatos… unos seiscientos mil pesos.

—Dame una semana, no sé si pueda conseguir tanto, lo mismo sí. Empieza a ver locales, los aparatos que dices, un instructor que te ayude, empezaríamos sólo con uno. Ya veremos.

Era el ruido de su cerebro funcionando, eran las ideas que fluían, era de pronto un respiro que le envolvía el cuerpo y se lo estrujaba.

—Mi marido estaba metido en algo gordo, si no, no hubiera

terminado en el bote.

—¿Que tu marido está en la cárcel?

—Odia que entremos al estudio que se mandó construir. Yo pensaba que era porque quería estar solo y esas mamadas que tienen los hombres. Pero no, el cabrón no quiere que nos acerquemos a la caja fuerte. Ahí está la lana de las transas.

—Mujer, la hostia, que no entiendo nada, explícame.

Carmen observó a Lorenzo y descubrió que estaba en una cafetería. ¿Cómo explicarle la historia de su vida? Sólo quería poner un gimnasio con él. No iba a permitir que ese dinero se pudriera en una caja fuerte o se lo quitaran.

—Mira, Lorenzo, está bien que cojamos. Pero estoy hablando contigo como mi posible socio. ¿Le entras sin preguntas o no?

Lorenzo giró el vaso en su propio eje sobre la mesa. Era un vaso con té helado. Lo miraba, sólo lo miraba cabizbajo, con la impresión de que el mundo había empezado a caminar muy rápido. Así estuvo por un rato, tratando de controlar la sensación de mareo. Luego levantó los ojos y dijo que sí.

III

Verónica sólo tenía una amiga en la universidad: Sara. Habían coincidido en la misma preparatoria pero únicamente se conocían de vista. Tal vez en alguna ocasión cruzaron alguna palabra, coincidieron en alguna de las pocas fiestas a las que iban. A esa edad el mundo está dividido entre los que asisten a fiestas y los que no lo hacen. Verónica y Sara no asistían a demasiadas. Ya en la universidad, se apuntaron en la misma clase de introducción al derecho. En el aula, treinta y cinco desconocidos las rodeaban. Cuando se reconocieron, se refugiaron una en la otra.

Verónica estaba esperando a Sara en el segundo piso del edificio de Rectoría, frente a las cajas. Iban a pagar el segundo semestre. Como tenían un promedio superior a noventa, pagaban muy poco. Verónica estaba revisando el grupo del WhatsApp de la uni. No había mucha actividad. Alguien había subido un video de un perro que bailaba. Alguien más había compartido una canción y alguien había enviado un meme ridiculizando al gobernador. El Facebook la aburría, pero había que estar ahí. Era importante. Se encontraba recargada en una columna y alguien rozó su hombro.

Se trataba de un muchacho que por ir con la vista fija en la pantalla del celular, no la había visto. Levantó los ojos y le pidió una disculpa. Dio dos pasos con la intención de seguir su camino pero se detuvo. El muchacho llevaba en sus manos un Galaxy de última generación. Verónica, de una anterior.

—Venía viendo la página de la universidad, pero está bien chafa, no tiene nada de información útil. ¿No sabes dónde me pueden decir del examen de ingreso y todo eso?

Verónica lo estudió. Tenía el cabello largo y ondulado que le caía casi hasta los hombros. Era flaco, de cuerpo aniñado aún, cuerpo de bachiller. Sin embargo, a Verónica su mirada le pareció la de alguien viejo.

—No estoy segura, pero creo que en relaciones públicas te pueden ayudar.

—¿No estudias aquí?

—Sí, sí, pero, neta, no me acuerdo dónde pedí informes cuando entré.

—¿Qué estás estudiando?

—Derecho.

—¿Neta? Pues mi idea es entrar a derecho. ¿Está difícil?

—La neta, está pelada.

Verónica se puso nerviosa. El muchacho le estaba sacando plática. Sintió un incontenible deseo de morderse los labios. Se reprimió y para evitar tentaciones, sonrió. El muchacho también sonrió. Verónica pensó que era idiota. Ella. Él no, él sonreía como si hubiera nacido con una puta sonrisa en la cara. Se amarró las manos para no tocarse la frente o el pelo.

—¿En qué semestre estás?

—En segundo.

—¿Y está suave la uni?

—Es diferente a la prepa, aquí como que cada quien va a lo suyo.

—¿Y eso está mal?

—Pues depende, ¿no?, a veces pues está padre porque te concentras en los estudios pero no hay acá tantas fiestas como en la prepa.

Sí había fiestas. Había muchas fiestas. Con mucha droga y mucho sexo. Pero a Verónica no la invitaban. Verónica sabía eso y se imaginó que el muchacho también. Ese conocimiento compartido la hizo sentirse vulnerada. La mano izquierda se soltó de la mano derecha y fue como una flecha al cabello y entró en él

como un rastrillo. Los tics la estaban traicionando.

—No soy mucho de fiestas, la neta.

Esto no está pasando, se dijo Verónica. Ese tipo de muchachos, en la prepa, eran los que organizaban las fiestas. Verónica tenía una especial sensibilidad en cuanto a la mentira. Pensaba que la gente, por lo general, mentía. Pero en este caso, no quería que el tipo que tenía enfrente estuviera mintiendo.

—Ah, pues viniste al mejor lugar —dijo Verónica.

Se dio cuenta de que ella también estaba mintiendo. Mintiendo sobre las fiestas y sobre sí misma. De alguna manera, todo el mundo le había dicho que mintiera sobre sí misma. Padres, maestros, médicos. Y sintió que estaba haciendo algo valiente. Verónica no vio llegar a Sara.

—¿Qué onda, morra? ¿Qué onda? Mucho gusto, Sara.

—Gabriel.

—Ah, sí, ella es mi amiga Sara y yo me llamo Verónica Lizárraga. Si sigues derecho topas con relaciones públicas.

—Pues mucho gusto, seguro nos vemos por aquí. Bye.

Gabriel siguió su camino. Verónica y Sara lo observaron alejarse.

—¿Qué onda, eh, perra? ¿Y ese bato?

—Ni al caso, pendeja, es un batillo de prepa, está chiquito.

—Pues yo sí me lo cogía.

—No pues si nomás es para coger, sí, güey —volvió a mentir Verónica.

—¿No sabes quién es, pendeja?

—No, güey.

—Es el morro que secuestraron, pendeja. Gabriel, Gabriel García.

IV

Verónica llegó a su casa y se encontró a su madre hablando por teléfono. Su madre, cuando entró a la sala, bajó la voz y se alejó hacia el comedor. Verónica la saludó mientras se dirigía a las escaleras para subir a la segunda planta. Carmen susurró algo al celular, lo separó de su oreja y lo aplastó contra el pecho para que la otra persona no oyera la conversación que iba a emprender con su hija.

—Hola, hija, qué tarde. En la estufa te dejé comida, sólo tienes que calentarla. Por cierto, habló tu papá, te manda un beso, dice que tal vez tenga que quedarse más tiempo.

Las palabras de Carmen siguieron a Verónica por el hueco de la escalera hasta encontrarla.

—Ya comí, no te preocupes. Más noche le marco a mi papá. —Verónica ya había llegado al descansillo del segundo piso por lo que tuvo que elevar la voz. Su madre le respondió también a gritos.

—No creo que te conteste, me dijo algo de que saldría en un operativo toda la tarde y la noche.

—Ok, mañana le hablo.

Carmen continuó con su conversación telefónica. Verónica entró en su cuarto, prendió el aire acondicionado y se tiró en la cama bocabajo. Sabía que su madre mentía sobre su padre. Algo raro estaba pasando, pero no imaginaba qué podía ser. Estaba cansada. Sara y ella se habían quedado a comer en la universidad. Luego habían entrado a la biblioteca para hacer una tarea de derecho civil. Al terminar, decidieron tomar un frapuccino en el café de la universidad. Ese día el termómetro había rozado los cuarenta grados. Un mayo caluroso. El calor recién llegado le había chupado toda la energía. Su cuerpo, como los cuerpos de los demás habitantes de la ciudad, todavía no se adaptaba a las altas temperaturas. Era un proceso lento. Mientras tanto, la gente llegaba a su casa, prendía el aire acondicionado y entraba en un letargo momentáneo hasta que el frío artificial de la máquina los reanimaba. Verónica volvió a pensar en Gabriel García. Había una fascinación morbosa en haberlo conocido, haber charlado con él. A Verónica no le había parecido tan pedante como la fama que se cargaba. Tecleó la pantalla touch y entró en su Facebook. Tenía una solicitud de amistad. Se sorprendió. Otra forma de dividir el mundo era entre los que recibían muchas solicitudes de amistad y likes en sus comentarios y los que no. Abrió el apartado de solicitudes de amistad. Gabriel G quiere ser tu amigo en Facebook. Verónica dudó en confirmar la solicitud. Decidió que sí. Gabriel G es ahora tu amigo en Facebook.

Vueltas a la sopa

I

Heriberto García observaba a su hijo sentado en la mesa del comedor menear la sopa con la cuchara. A Heriberto García le ponía nervioso que Gabriel le diera vueltas a la sopa con desgano. Pero Heriberto García, desde el secuestro, no regañaba a su hijo por nada. Hubiera podido encontrarlo desnudo en el salón de la casa teniendo sexo con una puta, y habría dado media vuelta para ir a refugiarse en el estudio sin decir palabra.

De todas formas Gabriel no se aprovechaba de ello. Prácticamente no salía a la calle. Heriberto García no tenía idea de cómo hablar con su hijo si no era mediante el reclamo o la enseñanza. Pero cuando recurría a esta última, lo que veía en los ojos de su hijo lo persuadía de no hacerlo. Gabriel tampoco sabía de qué hablar con su padre. Gabriel por fin se decidió a tomar la sopa. Le daba sorbos veloces y ruidosos. Heriberto García ya se había terminado la suya. Doña Cleta entró al comedor y le retiró el plato. Heriberto observó cómo la señora se llevaba el plato a la cocina. Se dio cuenta de que ya estaba vieja y cansada. Arrastraba los pies al caminar. Pero todavía resistía.

—Papá, decidí entrar a la uni. Ya fui a pedir información y todo eso. Entraré a derecho.

—¿Pero no quedamos en que irías al Tec de Monterrey? La uni es muy mediocre.

—Ajá, pero no quiero irme de aquí.

Gabriel seguía comiendo la sopa sin mirar a su padre. Heriberto apretó el canto de la mesa con los dedos. Los dedos se le pusieron blancos por la presión.

—¿No crees que es mejor alejarte un tiempo de todo esto? ¿Olvidar?

—Olvidar qué, papá.

Heriberto García agachó la cabeza. Doña Cleta entró al comedor con el segundo plato. Heriberto esperó a que la señora atravesara el comedor, dejara el lenguado en salsa verde frente a él y se retirara.

—Todo lo que pasó.

—¿Quieres que olvide que me cortaron un dedo y que me tuvieron un mes encerrado, encadenado a un tubo? Pues está cañón.

Doña Cleta entró nuevamente al comedor para retirar el plato de sopa de Gabriel. Al hacerlo, se quedó viendo al señor García unos segundos, bajó la mirada y encaminó sus pasos a la cocina.

—¿Y qué? ¿Nunca más piensas salir de la ciudad? ¿No vas a organizar las fiestas que organizabas antes en la casa de la playa? ¿Ya no vas a salir de tu cuarto?

—No exageres, papá, sólo te dije que no quiero ir a Monterrey, que voy a entrar a la uni.

Heriberto García aprovechó el regreso de doña Cleta con el segundo plato destinado a Gabriel para decirle a su hijo que más tarde lo hablarían. Acababa de recordar que tenía que hacer un par de llamadas desde el estudio. Doña Cleta depositó el plato, caminó hacia la cabecera de la mesa más alejada del muchacho y se sentó. Doña Cleta pensaba que las personas no debían comer solas. Tenía esa clase de ideas. Gabriel le sonrió. Luego se llevó un pedazo de lenguado a la boca.

—Está bueno —dijo Gabriel.

—Ya me imagino las porquerías que te daban de comer. Comparado con eso cualquier cosa está buena.

Gabriel se echó a reír. Doña Cleta limpió con la manga de la blusa una mota de polvo sobre el cristal de la mesa. De pronto entró una voz que venía de la calle. Todavía estaba empapada de sol. “Ya llegué. ¿Hay alguien en casa?”. Detrás de la voz apareció su dueña: Ana Luisa.

—¿Ya estás comiendo? Ay, perdón, se me hizo tarde.

Ana Luisa dejó el bolso de mano sobre la mesa y se sentó frente a Gabriel.

—Disculpa que no haya llegado antes, pero es que estamos en plena campaña de prevención de embarazo entre las adolescentes.

—¿En la catedral? —preguntó Gabriel.

—No, no, en la Primero de Mayo. Le estoy ayudando al padre Santiago, el párroco de ahí.

—¿Va a querer que le sirva? —interrumpió doña Cleta.

—Ay, no, gracias. Váyase a descansar un rato si quiere, yo me arreglo.

—No estoy cansada —dijo doña Cleta. De todas formas se levantó de la mesa y salió del comedor arrastrando los pies.

—Deberías acompañarme un día, es muy interesante lo que hacemos, sirve que te distraes. Podrías ayudarme.

—Mamá, ya le avisé a papá que no voy a ir a Monterrey. Voy a entrar a la uni.

Ana Luisa balbuceó imperceptiblemente. Sintió una sombra de temor.

—¿Y qué dijo tu papá?

—Que luego lo hablábamos, pero aunque no esté de acuerdo no pienso ir a Monterrey.

—Me alegro, hijo, yo prefiero que te quedes con nosotros. ¿Ya pensaste qué vas a estudiar?

—Lo mismo, derecho.

—A tu abuelo Antonio le va a dar mucho gusto. Él es uno de los fundadores de la universidad.

II

Esa misma tarde, Heriberto García regresó a la constructora. Resolvió un problema relacionado con la fianza que le pedía el Gobierno del Estado por la adjudicación del desarrollo turístico. Logró que se la perdonaran. A causa del secuestro de su hijo, los funcionarios del Gobierno del Estado lo trataban con especial deferencia. Había perdido cincuenta millones de pesos por culpa de una banda de secuestradores integrada por un grupo de ex policías municipales que se hacían llamar los Licenciados con la complicidad de un policía judicial en activo. Es cierto que los habían encarcelado, pero no habían logrado recuperar el dinero. Los secuestradores fueron extraordinariamente cautelosos. Cavaron un túnel desde una mina abandonada hasta los cimientos del rancho, justo debajo de donde estaba ubicada la cocina. El túnel tenía más de dos kilómetros de largo. Así habían burlado el cerco policial. Heriberto García dudaba de que realmente los

detenidos hubieran organizado el secuestro. Pero la procuraduría ya los había presentado como los presuntos culpables y aguardaban juicio en la cárcel.

Heriberto García también analizó una serie de presupuestos de tubería para drenaje. El asunto del desarrollo turístico era grande y ahora se sentía vulnerable. Vio la hora. Las siete de la tarde. Isabel entró al despacho de Heriberto García sin tocar. Eso significaba que ya no había nadie en las oficinas. Vestía una malla ajustada al cuerpo y una blusa que le llegaba a media cadera. Caminaba sobre unos tacones de quince centímetros.

—Acabo de lograr que esos cabrones del gobierno no me cobren la fianza. Eso amerita un premio.

Isabel rodeó el escritorio, besó en los labios a Heriberto y pasó descuidadamente la mano derecha por la bragueta de su jefe.

—¿Qué tipo de premio tienes en mente, eh?

—Algo especial, qué tal una mamadita.

Isabel se sentó al borde del escritorio. Las piernas le colgaban, los tacones apenas rozaban la alfombra. Cuando sus glúteos entraron en contacto con la superficie de la mesa y recibieron el peso del cuerpo, su cadera se ensanchó.

—¡Qué vulgar, eh, o sea, qué vulgar! —dijo Isabel. Heriberto no supo si lo decía enojada o en broma. Isabel sonrió pero siguió sentada al borde de la mesa—. ¿Cuándo voy a empezar a ayudarte con el desarrollo turístico? No me has pasado nada de eso. Me tienes llamando a proveedores todo el santo día.

—No comas ansias, gatita, apenas estamos empezando, más adelante, ya que aprendas, te voy a poner al frente de todas las compras. Anda, ven, acércate.

—Hoy no, Heri, sorry, nada más vine a avisarte que ya me voy, me están esperando unas amigas.

—¿Cómo que ya te vas? ¿No íbamos a ir a tu casa un rato?

—Es el cumpleaños de una amiga.

—Haz lo que quieras —dijo Heriberto y cogió los presupuestos que había dejado sobre el escritorio. Comenzó a leer los conceptos y los montos una vez más.

—Mañana me llevas a cenar, y tal vez después haya premio.

Isabel se levantó del escritorio y caminó a la puerta del despacho. Se detuvo. Dio media vuelta. Heriberto pensó que estaba engordado. Tal vez era el efecto de las mallas.

—Es en serio lo que te dije. Ya me estoy cansando de estar

llamando a proveedores todo el día.

Heriberto apenas levantó la vista de los papeles. El taconeó de Isabel atravesando las oficinas vacías se adueñaron por un instante de todo. Arrojó los presupuestos sobre la mesa y llevó los ojos al ventanal. Atardecía lentamente. La ciudad se desdibujaba en los colores ocres y naranjas del crepúsculo. Heriberto se dio cuenta de que le dolía la espalda baja. Se estiró hasta sentir una punzada en la cintura. Luego se encogió como si su cuerpo de súbito hubiera dejado de tener vida. La idea de regresar a su casa lo enfureció. La idea de haber ido a coger con Isabel a su departamento no le pareció mucho mejor. El sexo con su asistente había perdido su cualidad de elixir. Últimamente la fatiga superaba al deseo. Últimamente el proyecto del desarrollo turístico se instalaba en su pecho y lo oprimía impidiéndole pensar en otra cosa que no fuera la opresión misma. Era un parásito que le exigía cada respiración.

Heriberto García se resignó a regresar a su casa temprano.

III

El cuarto de Gabriel quedaba justo encima de la sala. Ana Luisa, recostada en el sillón, veía la tele casi sin volumen mientras cazaba los ruidos provenientes de la habitación de su hijo. Explosiones y disparos amortiguados por la distancia, los pasos de su hijo yendo al baño y regresando frente a la consola de videojuegos, exclamaciones victoriosas o de ira. Eran sonidos que no parecían pertenecer a esa casa, como si un extraño la hubiera invadido. Mantenía los ojos en los destellos del televisor sin prestar atención, hipnotizada por la secuencia de imágenes sin ningún significado, brillantes y cautivadoras. Un libro abierto descansaba sobre su vientre abultado. Había empezado a leerlo esa misma tarde y le había aburrido. Era un recuento de las atrocidades que europeos y gringos habían perpetrado en América Latina desde su descubrimiento. Se lo había prestado el padre Santiago. El libro se desparramaba sobre su cuerpo inmóvil. Ana Luisa pensaba en Gabriel. En la persona que había sido devuelta a su vida después de habérsela arrebatado durante un mes. En esa carne de su carne que la veía desde una distancia insondable, como si no hubiera terminado de volver. Pensaba en Gabriel

como se piensa en un enigma. El padre Santiago le había aconsejado que no lo agobiara, que no tratara de compensar su ausencia sobreprotegiendo al muchacho. Déjalo que poco a poco te busque, se abra contigo, encuentre la forma de nombrar lo que ha vivido, le había dicho el párroco de la Primero de Mayo. Pero Gabriel no terminaba de volver nunca y la distancia no parecía acortarse. Sintió un enorme alivio cuando le dijo que se quedaría en la ciudad a estudiar. Pensó que ganaba tiempo, lo único que tenían en ese momento. Decidió aliarse con su hijo, apoyar su determinación y enfrentar a Heriberto si era necesario. Nunca se había atrevido a contradecirlo si se trataba de Gabriel. Esta vez iba a ser diferente, se animó, esta vez no tendría miedo. Ana Luisa se sobresaltó cuando el portón de hierro fundido emitió el golpe seco que anunciaba su ascenso. Volteó a ver la hora en el reloj de pared que colgaba sobre una simulación de chimenea. Las ocho. Le dio rabia que Heriberto llegara tan temprano e invadiera de pronto ese instante en el que trataba de reinventarse, de dejar de ser un eco de la vida de otros. No recordaba la última vez que su marido había regresado a casa a esa hora. Se sintió acorralada por los pasos del hombre que apareció bajo el dintel de la entrada a la sala como si viniera a cobrarle el derecho de piso. Quiso huir a su habitación, replegarse, ceder ese territorio que un momento atrás le pertenecía. Pero no lo hizo porque se encontró frente a un hombre que parecía haber envejecido de golpe veinte años. Heriberto no veía a su mujer, extraviaba la mirada a lo largo de la estancia sobrecargada de adornos. Parecía buscar un punto de pertenencia, algo que le indicara que se encontraba en el lugar correcto. La voz de doña Cleta se coló por los resquicios que dejaba el cuerpo de Heriberto en la puerta preguntando si iban a querer cenar, de lo contrario se iría a descansar a su cuarto.

—No se preocupe —dijo Ana Luisa—. Yo preparo cualquier cosa si nos da hambre.

A la mujer le sorprendió el plural que había utilizado en la oración. Fue como un desliz. Heriberto llevó su hastío hasta el sofá personal y se dejó caer. Su cuerpo se hundió unos centímetros.

—Buenas noches —se despidió desde la lejanía doña Cleta.

—Buenas noches —dijeron casi al unísono Heriberto y Ana Luisa. El hombre había terminado de hablar medio segundo después que la mujer.

—¿Ya sabes con lo que salió tu hijo? —preguntó Heriberto.

—Sí.

—Pues espero que me ayudes a convencerlo de que es una tontería. No puede echar así nomás por la borda su futuro. Entiendo que se espere un año hasta superar lo que le pasó, no hay prisa, ¿pero entrar a la uni? Eso es para los jodidos.

Ana Luisa puso en la página en la que había detenido la lectura un separador con la imagen de san Antonio. Cerró el libro y se incorporó del sillón. Contempló a su marido y lo percibió asustado, empequeñecido, aferrado a una añeja autoridad con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Gabriel va a estudiar lo que quiera y donde quiera, esta vez no nos vas a obligar a hacer tu voluntad.

La mujer no le dio tiempo a replicar. Se fue de la sala abrazando el libro como quien se abraza a sí mismo. A Heriberto, la espalda encorvada de su mujer alejándose, se le figuró un arma apuntándole a la cabeza.

—Ya veremos —dijo por fin a la sombra que se deslizaba escaleras arriba. La opresión en el pecho lo mantuvo clavado al sofá, inmóvil, durante varios minutos. Comenzó a odiar un poco a ese monigote hundido en el sofá. Su cansancio que a últimas fechas parecía crónico, su forma de empezar a claudicar ante todo. Entonces se obligó a reaccionar y comenzó a llamar a gritos a la señora Cleta. Tenía hambre.

Con la muerte en los huesos

I

Había un hombre con la muerte en los huesos que tiritaba sobre la cama del fondo. Sudaba, temblaba y se agitaba sobre el colchón. Había otra cama vacía. Había una más ocupada por un dealer que se fracturó el tobillo jugando basquetbol. Y la de Arnulfo Lizárraga, pegada a la pared del fondo, sobre la que escribía en un cuaderno de hojas amarillas. Había un armario de cristal con medicamentos guardados bajo llave, un botiquín con una cruz roja al frente adosado a la pared, a un lado de la puerta enrejada. La puerta solía estar abierta durante el día y por ella entraba y salía el médico de turno de su consultorio, un cuarto contiguo a la enfermería con una mesa, una camilla y otro armario de cristal con más medicamentos.

El comandante había cumplido su promesa. Después de entregarle a la banda de los Licenciados, el juez emitió el auto de formal prisión en contra de Arnulfo Lizárraga y lo instalaron en la enfermería. Parte de la mañana permanecía acostado en ese lugar, charlando con los reos que iban y venían con sus dolencias, a veces reales, a veces inventadas; con el médico de la prisión, consigo mismo. Luego, algún custodio lo llevaba a las oficinas administrativas y lo dejaba estar ahí un rato, ocupando el lugar vacío de un funcionario ausente. Navegaba por la red en busca de noticias sobre la detención de los miembros de la banda de los Licenciados o jugaba al solitario. Supo así que habían caído cuatro hombres y tres mujeres en un operativo que convirtieron en un circo. De los cuatro hombres, reconoció a dos, los licenciados con los que tenía contacto en el taller mecánico. Les

cargaron el secuestro de Gabriel García y de tres empresarios más. También supo por un custodio que los cuatro detenidos habían ido a parar a la misma prisión y aguardaban que un día Arnulfo Lizárraga se mezclara con la población común para ajustar cuentas. Entendió que necesitaba dinero para comprar la protección ahí dentro, donde los tentáculos del comandante del grupo antisecuestro llegaban sin mucha firmeza. Por fin había podido llamar a Carmen. Ese domingo iría a visitarlo y le plantearía la urgencia de engrasar con pesos la maquinaria del Cereso.

El hombre con la muerte en los huesos gimió y despotricó contra su sombra. Había ingresado a la enfermería bajo los efectos de una alta dosis de cristal el mismo día que Arnulfo entró a la cárcel. Durante cinco días y cinco noches los médicos lo dejaron ahí, desintoxicándose, bajo la permanente supervisión de un custodio. Arnulfo fue testigo de cómo el cuerpo de ese hombre expulsaba por los poros la droga acumulada en el organismo y posteriormente entraba en sucesivos shocks a causa del síndrome de abstinencia. Gritó, lloró, maldijo, suplicó, mintió, amenazó, se arrepintió, y poco a poco fue sumergiéndose en un marasmo del que lo sacaban para hidratarlo y alimentarlo. A veces balbuceaba, a veces gritaba, como en ese momento en que Arnulfo intentaba escribir una carta.

Trató de ignorar al interno con malilla y al dealer que le exigía a voces que se callara el hocico para poder dormir. Pronto amanecería. Arnulfo apenas había escrito cuatro líneas de una misiva dirigida a Maricela Anza. Aún no sabía cómo se la haría llegar, no sabía siquiera por qué le escribía a esa mujer. Dos noches atrás la había soñado. Caminaban por un estrecho pasillo interminable de paredes grises y techo asfixiante. Ella lo hacía unos metros más adelante. Él, por más que lo intentaba, no podía darle alcance. La llamaba por su nombre, la mujer volteaba, lo apremiaba a seguir caminando y continuaba la marcha de ritmo uniforme, inalterable. A Arnulfo Lizárraga le angustiaba el hecho de que por más que apretara el paso, la distancia entre ambos no disminuía. Al despertar retuvo el sueño durante los primeros segundos del duermevela y lo hizo suyo durante todo ese día. El sueño lo llevó a recrear los pocos instantes en el hotel de arraigo en que había visto a Maricela. El recuerdo se le metió en los huesos, como la muerte al adicto al foco que agonizaba en la cama vecina, y pensó que una buena forma de matar el tiempo

era escribiéndole una carta a esa mujer con la que, de alguna forma, compartía un destino común.

Querida Maricela, señorita Anza, amiga, estimada… cómo empezar y cómo seguir y cómo terminar un mensaje en una botella, un grito de auxilio, un impulso semianalfabeta que carecía de suficientes palabras para nombrar aquello que sentía. La noche en una cárcel tiene gritos, voces de mando y ruidos de cerrojos. Silencios alterados por pasos anónimos, lágrimas de hombres que han perdido la vergüenza, ecos desconocidos de la escoria de una ciudad dedicada a fabricar condenados. Y las palabras a Arnulfo Lizárraga, que nunca había sido de muchas palabras, se le perdían en ese laberinto de sonidos.

II

Todas esas mujeres tenían a alguien adentro. La mayoría estaba desgastada prematuramente. En la mirada escondían ese reposo ausente de quien está acostumbrado a esperar. De sus manos colgaban niños inquietos que jugaban entre las piernas de la larga fila apostada a la entrada de la cárcel. Había pocos hombres. Algún padre, algún abuelo, algún hermano. Pero sobre todo eran ellas las que aguardaban la apertura de las puertas para acceder al área de visitas y convivir un rato con su preso. A las diez de la mañana Carmen se formó en la cola, protegida del sol por un toldo de red. El calor de principios de junio escurría por los rostros apagados de los familiares de los reos. Carmen llevaba unos grandísimos lentes de sol que le tapaban media cara, el cabello recogido en una cola de caballo y casi nada de maquillaje. Aun así se sentía fuera de lugar. Su ropa, su piel, su postura corporal, sus músculos, sus huesos desentonaban en aquella procesión de seres esperpénticos. Carmen había decidido no llevar a Verónica, a pesar de que la muchacha le rogó que la dejara acompañarla. Cuando no tuvo más remedio que contarle la verdad, Verónica resolvió que su padre era inocente, pero halló la forma de culpar a su madre de que Arnulfo hubiera terminado en la cárcel: Tú y tus aires de rica, le echó en cara. Discutieron. Verónica insistió en ir con ella, Carmen se mantuvo firme. Verónica ya no le dirigía la palabra. Ahora Carmen esperaba a que abrieran las puertas para ingresar a un mundo oculto,

prohibido, un detritus de universo, el basurero humano de una ciudad en constante descomposición. Estaba asustada, estaba indignada, recelosa y sola. Por fin la fila comenzó a avanzar perezosamente. Carmen notaba cómo el sudor iba empapando poco a poco sus muslos, su espalda baja, sus pechos y la envolvía en un caldo sofocante. Esa mañana de domingo la humedad provocaba que la sensación térmica fuera de al menos cuarenta grados. La fila daba pasos enervantes, contagiada del sopor atmosférico y la desgana de los custodios que interrumpían el acceso a cada minuto. En el recibidor se formaba un tapón a causa del trámite de identificación, entrega de pertenencias y posterior revisión corporal y de los objetos que los visitantes llevaban a los internos.

Cuando las manos de la funcionaria recorrieron cada palmo de su cuerpo, Carmen contrajo los músculos de los glúteos y de la vagina, cerró los ojos, contuvo una náusea, y siguió su camino con una sensación de suciedad y desamparo que no la abandonaría hasta estar de vuelta en el exterior. Se dejó arrastrar por la corriente de visitantes a través de un largo pasillo enrejado. Al extremo del pasillo había un patio sombreado por un toldo parecido al de la entrada, con mesas y bancas de plástico atornilladas al piso de cemento. Carmen buscó con la mirada a su esposo. Lo encontró sentado en una de las mesas ubicadas al otro extremo del patio, con los antebrazos apoyados en los muslos y los ojos clavados en la superficie de plástico. Tan inmóvil que le pareció irreal, la escultura de un hombre sin presente. Carmen trató de cruzar el patio con cierta dignidad. Muchos de los reos la penetraron con la vista, descaradamente fija en sus tetas y sus nalgas. Arnulfo percibió su presencia cuando ya se encontraba a un par de metros. A pesar de que la esperaba, igual se sorprendió al verla. A Carmen le pareció que su marido salía de una ensoñación. Se sentó frente al hombre y extendió la mano por encima de la mesa. Arnulfo estudió la mano un segundo y la estrechó gradualmente, como si el contacto con esa piel fuera peligroso. Le sobresaltó su suavidad y su temperatura. Carmen y Arnulfo intentaron sonreírse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hicieron. Mucho más que los escasos días que el hombre llevaba encerrado. Tal vez ninguno de los dos podía recordar la última vez que se sonrieron, aunque fuera con lástima, como en ese momento.

—¿Cómo te tratan? —preguntó Carmen.

—No me puedo quejar. Me tienen en la enfermería, lejos de las áreas comunes y de las celdas, pero no sé cuánto tiempo pueda estar así.

— Pero el comandante te prometió que iba a cuidarte.

—Hasta ahorita ha cumplido, pero quién sabe luego. ¿Y Verónica?

—Quería venir pero no la dejé. Se aferró, pleitazo que tuvimos, ya sabes cómo es. Tal vez más adelante.

—No quiero que me vea así. No quiero que venga.

—Pues algún día tendrás que verla, no se va a quedar conforme. Dice que eres inocente.

—Del secuestro del plebe sí, de los otros… qué te voy a decir, ya te imaginas.

—Pero les están cargando todos los muertitos.

—Ése fue el trato.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí dentro?

—Dos años máximo. De la otra forma no hubiera visto la libre en por lo menos veinte.

—Arnulfo, no sé cómo decirte esto, no quiero que te enojes, pero tienes que darme la combinación de la caja fuerte.

—¿Para qué la quieres?

—¿Cómo que para qué la quiero? Tu hija y yo necesitamos ese dinero.

—En la cuenta hay suficiente para un tiempo. En lo que buscas una chamba, como todo el mundo.

—¿Cuánto hay en la caja?

—No te importa.

—¡Estás loco! ¿De qué te sirve ese dinero aquí dentro?

—Lo necesito para pagar protección y conseguir privilegios. ¿Acaso crees que me van a durar mucho así nomás porque sí?

—¿Y cómo lo vas a sacar de la casa?

—Tengo un compa.

—No seas pendejo Arnulfo, por dios, no tienes a nadie. Y ese compa tuyo, ¿cómo va a entrar a la casa?

—Tú le vas a abrir, lo vas a llevar a la caja fuerte, va a sacar la lana y la va a repartir entre quienes tenga que repartirla.

—No.

—¿Cómo que no? Esa lana es mía, mi trabajo me ha costado, y mi libertad.

—Ese compa tuyo no va a entrar a mi casa, así que piénsalo bien. Nada más me tienes a mí. O me das la combinación o en la

vida me vuelves a ver, ni a tu hija ni al dinero.

—No seas hija de la chingada. ¿Qué quieres, que me maten aquí dentro?

—Es tu bronca.

—Puta.

—Pendejo.

Susurros, bisbiseos, murmullos, rabia contenida y las gotas de sudor, ploc, ploc, cayendo sobre la mesa de plástico. La humedad iba en aumento, la ropa se les pegaba al cuerpo, el tiempo se agotaba, las palabras eran un dique que apenas detenía la furia, palabras dichas en voz baja: puta, pendejo.

—Si salgo de aquí sin la combinación no me vuelves a ver. Confía en mí, Arnulfo. Voy a poner a trabajar esa lana, que dé ganancias. Tendrás lo que necesites, te lo juro, pero no dejes que nos lleve la chingada. Ese dinero hay que ponerlo a circular. Se va a pudrir en tu pinche caja fuerte o, peor, tu compa te lo va a chingar. Soy tu esposa y no pienso abandonarte, confía en mí, hazlo por tu hija.

—¿Y qué negocio piensas poner?

—Un gimnasio.

—No me chingues.

—Tengo todo planeado.

—¿Tú sola?

—Con un socio.

—Vete a la verga.

—No estás en posición de mandarme a la verga.

—Vete a la verga, pinche puta.

—Suerte, Arnulfo, la vas a necesitar.

Carmen se levantó y se alejó unos pasos de Arnulfo. Arnulfo también se levantó. Tenía la boca seca, los ojos enrojecidos, la quijada temblorosa.

—La fecha en que murió tu madre —dijo y volvió a sentarse —. La combinación es la fecha en que murió tu madre.

Carmen se detuvo y le regresó la mirada.

—Te prometo que voy a cuidar de ti, no te va a faltar nada, te lo juro.

El WhatsApp le avisó a Verónica que tenía un mensaje. Era de Gabriel. Se trataba de un link que la dirigía a un video. En él, un perro casi moría de un infarto a causa de la impresión que le provocaba reencontrarse con su dueña diez años después. A Verónica le pareció tierno y divertido al mismo tiempo: jajaja qué curado el perrillo, escribió. Verónica mantuvo el celular en las manos a la espera de que Gabriel le contestara. Al frente del salón un grupo de compañeros exponía sobre las muchas órdenes y autos existentes en derecho penal. Se jugaban la calificación final y estaban haciendo un desastre. Verónica había acreditado la materia por promedio: noventa y cuatro. Pero igual tenía que asistir a las últimas clases del semestre. No le gustaba el derecho penal. Menos después del encarcelamiento de su padre. Había empezado a rechazar en secreto todo lo que tuviera que ver con procesos judiciales. Intuía el hedor que despedía ese sistema que sus maestros se empeñaban en presentar como una ciencia. A pesar de lo que decían los periódicos, seguía creyendo en la inocencia de su padre. A su madre no le hablaba. Su madre era una cabrona, había concluido.

El WhatsApp reclamó su atención. Gabriel le preguntaba a qué hora salía de la escuela. Verónica le anunció que en media hora más se desocupaba. Gabriel le avisó que pasaría por ella a la facultad para invitarla a un café. Desde aquel encuentro casual en Rectoría, no habían vuelto a verse las caras.

Al frente, una alumna tartamudeaba en torno a las diferencias entre una orden de comparecencia, de aprehensión y de arraigo.

En el principio fue el Facebook. Una vez que Verónica aceptó la amistad de Gabriel, éste inició una conversación superflua. Verónica entró en crisis. Ella sabía quién era él y de quién era hija ella. Pero Verónica había aprendido a mentir. El propio Gabriel, inconscientemente, le había enseñado a hacerlo. Trató de convencerse durante toda una noche de insomnio que sería una locura entablar amistad con la persona que, supuestamente, su padre había secuestrado. La fe en la inocencia de Arnulfo no parecía suficiente. Por la forma en que Gabriel le hablaba a través de la red social, la muchacha se percató de que ignoraba quién era ella. Y esa ignorancia terminó por inclinar la balanza. Pasaron los días y los encuentros en el chat aumentaron. Él se mostró confidente. El ciberespacio le transmitía una sensación de anonimato que le permitía confesar sus miedos más secretos. Ella

prefirió no mostrarse. Se sentía cómoda en el papel de receptora pasiva. Empezó a creer que, de alguna forma, redimía a su padre al escuchar (leer) las taras que el secuestro había dejado en Gabriel. Intercambiaron los números de celular y continuaron ese diálogo (a veces ingenuo, a veces tonto, a veces terrible) en el WhatsApp.

Pero ese día Gabriel acababa de proponerle que se encontraran en carne y hueso. Verónica no se había planteado esa posibilidad. En el mundo virtual podía reinventarse, no ser quien era. Siempre había mantenido una actividad muy discreta en el Facebook. La foto de perfil solía ocuparla con escenas de las películas que le gustaban. Era una cinéfila obligada. Casi no registraba datos personales. Y salvo su amiga Sara, nadie sabía que su padre era policía, menos *ese* policía. El eufemismo de *trabaja en el gobierno* le había servido hasta entonces. Verónica era un punto anónimo entre los millones de usuarios de la red. Nada en su página de Facebook atraía a los cibernautas. Nadie notaría la cancelación de la cuenta de Verónica Lizárraga. Sin embargo, ahí estaba.

Si no puedes nos vemos otro dia, escribió Gabriel.

Al frente del salón sus compañeros daban por concluida la exposición. El maestro tomó la palabra para nombrar a los integrantes del grupo que expondría al día siguiente. La voz del maestro era átona y parecía llegar a los oídos de los alumnos a través de un medio líquido. Alrededor de Verónica, los estudiantes comenzaron a dejar el salón de clases. Verónica, con el celular en las manos, observó cómo iban abandonándolo uno a uno.

Te espero en la explanada de derecho, escribió apresuradamente, luego se incorporó del pupitre y se dirigió a la salida.

La explanada que se desparramaba frente al edificio de la facultad de derecho se encontraba semivacía. El ciclo escolar estaba a punto de concluir y la actividad había disminuido de forma notable. Un compañero de mercantil se le acercó para pedirle los apuntes del semestre, al día siguiente presentaría el examen final. Le dijo que ya los había prestado. Mentía. Las notas escolares de Verónica eran pulquérrimas, una jodida obra de arte. Por lo mismo, nunca se las pasaba a nadie. Se sentó en una banca de piedra desde la que veía el estacionamiento, a esperar a Gabriel. Una andanada de tics le picoteó el rostro. Le dio un

ligero ataque de pánico. En las próximas horas no podría parpadear a la velocidad del aleteo de un colibrí ni morderse los labios ni cabecear a la nada. Debía censurar los exabruptos que asaltaban su boca de repente, esas palabras traicioneras que una parte de su cerebro enviaba sin que ella pudiera acallarlas, como si se tratara de una broma cruel. Pensó que no conocía el auto de Gabriel. Se puso en pie pero siguió a un lado de la banca. Así Gabriel podría verla. La idea de ir a tomar un café con el muchacho comenzó a volverla loca. La súbita conciencia de que en algún momento Gabriel pudiera descubrir su identidad hizo que empezara a alejarse de la explanada rumbo a la facultad. Tenía que salir de ahí. Apenas había dado media docena de pasos cuando su nombre llegó a sus oídos en forma de pregunta. ¿Verónica? De inmediato su nombre fue un hecho: ¡Verónica! Gabriel la llamaba desde un Nissan Sentra plateado, refulgente bajo el canalla sol de junio. Gabriel se había bajado del auto y agitaba un brazo en el aire. A causa de las ondas de calor, parecía un espejismo. Verónica se mordió el labio por última vez y caminó al encuentro de Gabriel.

En el principio fue el Facebook

I

En el principio fue el Facebook. Gabriel no tenía muy claro por qué la había buscado en la red y solicitado su amistad. No encajaba en el prototipo de muchacha con la que acostumbraba a salir. Verónica le pareció torpe, desaliñada, tímida, insignificante. Cierto que tenía buen cuerpo, estaba buena. Un cuerpo trabajado en el gimnasio. Brazos musculosos, piernas duras, cintura breve, tetas aceptables. No había alcanzado a apreciar el culo de Verónica en el fugaz encuentro que habían tenido en Rectoría. Se lo imaginó firme. Su página de Facebook la delataba: carecía de vida social. Pocas fotos personales, mucha fraseología del tipo para ser feliz en la vida... Verónica recomendaba películas y series a diestra y siniestra. Gabriel no había visto la mayoría de ellas. Verónica entraba en la clasificación de aburrida. Y sin embargo Gabriel le había enviado la solicitud de amistad a las pocas horas de conocerla en la universidad, cuando buscaba informes para inscribirse.

Gabriel, después del secuestro, se había alejado de sus amigos. Rompió contacto con Josué y el resto de la banda se cansó pronto de procurarlo. Lo invitaron a un par de fiestas, a algunas reuniones, pero Gabriel pretextó sin mucho entusiasmo compromisos familiares que le impedían asistir. No insistieron mucho, su amigo había perdido el toque.

Después del rapto Gabriel necesitaba que el mundo se detuviera por un tiempo, pero éste seguía su curso, constante, absurdo, incomprensible. A veces el vértigo era tan intenso que se refugiaba en su cuarto, bajo las sábanas, a la espera de que el

vacío dejara de atraerlo con esa fuerza telúrica. Los ansiolíticos lograban rescatarlo y su cuerpo le enviaba tranquilizadoras señales de normalidad. Gabriel no había hallado aún la manera de moldear esa normalidad según sus nuevas circunstancias. Había vuelto a nacer y se sentía desnudo, despojado, al descubierto.

En el principio fue el Facebook.

Y en él encontró a Verónica. Y un día le confesó el terror que le provocaba vivir. Gabriel escribió una frase, luego otra y otra más. Eran balbuceos con los que se atrevía por fin a nombrar lo inefable. El agradecimiento a sus captores, el odio a sus captores, el miedo a sus captores. La soledad, el dolor, el sufrimiento, la cosificación de la que había sido objeto. La conciencia de que su vida tenía un precio, cincuenta millones de pesos, y la deuda adquirida con su padre, que había pagado porque el remordimiento no tiene precio. Y Verónica no lo juzgó ni lo compadeció ni se asustó (como la mayoría) del hecho de que hubiera pasado un mes encerrado en un cuarto, encadenado como un animal. Entonces Gabriel encontró el valor de invitarla a tomar un café. Era un increíble acto de audacia, comparable al de haber rasgado el papel de aluminio de la ventana para ver pasar al hombre y a la niña en el triciclo amarillo.

Se trataba de un café cercano a la universidad. De esos que se habían multiplicado durante el último lustro. En una ciudad donde no se conocían ese tipo de establecimientos, su aparición, primero tímida, luego profusa, significó para sus habitantes la oportunidad de mostrarse sofisticados, mundanos, dichosos. Mesitas, sillones, revisteros, algún que otro libro, música anglosajona de fondo, macciato, expreso, capuchino, chai, té verde y negro, cardamomo. Luces indirectas, pop art en las paredes, jóvenes meseros que voceaban el nombre del cliente con una sonrisa en los labios. Gente bonita, conversaciones agradables, licenciados y licenciadas en carreras absurdas diseñando proyectos en sus laptops, tablets y smartphones. Una burbuja para privilegiados mientras allá afuera la ciudad se caía a pedazos y las calles eran invadidas paulatinamente por miles de deportados que aguardaban el momento de volver a arriesgar el pellejo en la ruleta rusa de la frontera. Por un ejército de adictos al cristal que vagaba sin rumbo. Por un batallón de niños limpiavidrios.

Y a media luz los dos se sentaron en una mesa al fondo del local, con un té helado Gabriel y un frapuccino Verónica. Él le

preguntó por sus clases. Ella le contó vaguedades sobre asignaturas y maestros, calificaciones y promedios, hasta que una alarma en su cerebro le alertó de que aquello era aburrido. Gabriel no tenía gran cosa que decir. Pero el silencio en la vida real es mucho más incómodo que en la red. La tenía enfrente y la estudiaba con recato. Iba descubriendo su rostro, muy alejado del recuerdo que tenía de aquel primer encuentro fugaz. Se familiarizaba con su voz, con sus gestos, con su forma de observar y observarlo. Todo era nuevo y al mismo tiempo estaban ahí como viejos confidentes que habían compartido ciertos secretos, frustraciones y anhelos. A Gabriel le animó un hecho simple pero determinante: esa muchacha ahí sentada le gustaba más que la idea que se había hecho de ella. Para Verónica el simple hecho de estar ahí sentada con esa clase de muchacho era suficiente. En medio del silencio, Gabriel pudo escuchar la música que emitían unas pequeñas bocinas dispuestas estratégicamente en el local. Le pareció buena idea preguntarle a Verónica sobre sus preferencias musicales. No tenía gustos definidos. Un poco de lo que estaba de moda en ese momento, muy pop: Lady Gaga, Rihanna, Beyonce, Katy Perry. Otro poco de la versión nacional de ese pop edulcorado: Jesse y Joe, Camila, Zoé. Baladistas Televisa. Música ñoña, pensó Gabriel, pero no se desanimó.

—¿Y tú? —quiso saber Verónica.

—La electrónica. Del estilo de David Guetta, ¿lo conoces?

—Me suena. No está mal.

—A mi jefa le gusta Juan Gabriel, ése sí me caga la madre.

—¿En serio? A mi mamá también le gusta, pero está enamorada de Luis Miguel.

—Ese bato es joto.

—Mi papá dice lo mismo, qué chistoso, ¿te has fijado que todos los hombres dicen que Luis Miguel es joto? —Verónica se arrepintió de inmediato de haber nombrado a su padre.

—Porque es joto —dijo Gabriel.

Gabriel extrajo el celular del bolsillo y se puso a revisar el WhatsApp. Verónica se desconcertó. Lo tomó como un gesto de aburrimiento. Detuvo a tiempo las palabras pinche puto WhatsApp de mierda, se quedaron temblando en la punta de su lengua. Su cabeza dejó de obedecerle y giró bruscamente a la derecha dos veces seguidas. Comprobó que el muchacho, absorto en la pantalla, no se había dado cuenta de los espasmos. Estaba a punto de perder el control. Echó mano de su celular y entró a su

página de Facebook. Por unos minutos cada quien permaneció concentrado en los monitores de sus teléfonos. Gabriel, con el dedo índice de la mano derecha, pasaba las conversaciones sin leerlas. Verónica hacía otro tanto con las noticias de la red social.

—Ya está en el cine *El gran Gatsby* —comentó de repente Verónica.

—¿Es en la que sale el DiCaprio?

—Ajá. Está basada en una novela, se me hace. Ya sé que a los batos no les gusta ese tipo de películas pero dicen que está suave.

—¿Quieres que vayamos?

—Bueno.

II

Ana Luisa observaba el círculo desde un rincón de la parroquia como si el entusiasmo ya no fuera suficiente. Comenzaba a agrietarse y por las grietas se colaban las dudas, las preguntas. Pero sobre todo, la cada vez mayor certeza de la inutilidad de las acciones. Un terapeuta que había conseguido ella misma ofrecía una plática sobre adicciones. A su alrededor una docena de hombres, mujeres, ancianos y jóvenes escuchaba con la mirada escurridiza y ausente. El padre Santiago, sentado a su lado, asentía satisfecho a las explicaciones del invitado. Parecía contento. Ana Luisa intentaba contagiarse del fervor del párroco, como al principio, cuando creyó que todo aquello tenía sentido. En la colonia Primero de Mayo la mayoría de las familias cobijaba un adicto al cristal, un alcohólico, un heroinómano. Sin embargo, sólo un pequeño grupo de personas había acudido al llamado del cura. Ana Luisa había convencido al terapeuta de la necesidad de que pusiera sus conocimientos sin cobrar un quinto al servicio de esa comunidad. Una intrincada red parental orilló al terapeuta a aceptar. El padre Santiago estaba realmente optimista con aquel programa. Tocó en cada una de las puertas de la colonia para explicarles sobre esas reuniones que se celebrarían cada miércoles durante dos meses. A la primera sesión llegaron poco más de treinta personas. Para la segunda el grupo se había reducido a menos de la mitad. Y sin embargo el cura se mostraba eufórico. Cuando Ana Luisa le insinuó que el programa parecía estar fracasando, el sacerdote le dijo que con uno que rescataran era

suficiente. Tan solo uno, subrayó con esa chispa irónica en los ojos que la retaba sin descanso.

Pero Ana Luisa empezaba a cansarse. Sentía que habían pasado años desde aquella vez —tan solo dos meses atrás— en que había buscado al cura para encontrar consuelo, recuperar la fe, detener el odio hacia ella misma que crecía en su interior como un árbol de raíces poderosas a causa del secuestro de su hijo. La acción se convirtió en su salvavidas. La energía de ese hombre infatigable para poner en práctica las ideas más descabelladas la arrastró fuera de sí, lejos de esa angustia de la espera, de la sombra de la muerte. Pero ahora que su hijo estaba de vuelta en casa, no encontraba el camino para regresar a su lado, como si se tratara de un jodido cuento infantil. Y había algo en la tozudez de los habitantes de ese barrio sumido en la mierda que comenzaba a irritarla. Como si estuvieran convencidos de que esa forma de vida era tan buena como cualquier otra, como la suya. Los niños desnutridos, las adolescentes embarazadas, los hombres embrutecidos, las mujeres vejadas y violentadas, los jóvenes criminales se levantaban cada mañana sin otro objeto que ser quienes eran. Esta idea, que prohijó durante toda su vida y que había sido desplazada por la creencia de que la asistencia y los programas preventivos podían hacer una diferencia, de nuevo cobraba forma en su conciencia. Y a Ana Luisa había empezado a hartarle el optimismo del padre Santiago. ¿Existían los elegidos entonces? ¿Hombres y mujeres capaces de vivir el cristianismo sin desmayo a pesar de la fealdad del mundo? Ahí sentada, despreciando secretamente a esos seres débiles y vencidos, dudó de que ella fuera una elegida.

Cuando terminó la sesión no quiso quedarse a convivir con los asistentes a la charla ni con el cura. Casi fue una huida. De la parroquia, de las calles polvorientas de esa colonia al norte de la ciudad, una ciudad que también huía de la Primero de Mayo como el gato que escapa de una ristra de latas atada a su cola.

Quince minutos después la ciudad le mostraba su rostro más amable. El atardecer incluso suavizaba el calor histórico de junio. Los bulevares y las avenidas pavimentadas, señalizadas, cargaban sobre sus lomos motos y coches enloquecidos por llegar a sus casas.

III

El vacío tras el coito: los fluidos abandonaban el cuerpo y se precipitaban en el receptáculo entre las piernas de Isabel. A Heriberto García, un instante después, como si fuera un salpullido, le invadía la necesidad de poner una distancia infinita con ese cuerpo impaciente, insatisfecho, dislocado sobre el sillón de su despacho. Ya no había visitas al nido de amor ni escapadas a la casa de la playa. Ahí mismo, al caer la tarde, cuando los empleados habían dejado ya las oficinas de Constructora del Norte, sin quitarse la ropa, en la silla o en el sillón, sobre el escritorio: entrar, eyacular, salir. Y luego el vacío. Isabel recostada en el sillón como un juguete roto, con la falda arremangada y la blusa a medio desabotonar, el semen de don Heriberto García escurriéndole entre los muslos. A la espera de que le cumpliera una promesa que cada vez parecía más lejana. Pero a esas alturas no podía dejar de abrirle las piernas a don Heriberto. De estar ahí cuando la requiriera para descargar sus espermatozoides viejos y rutinarios en su mano, en su boca, en su vientre. Isabel no supo en qué momento perdió el efímero poder que tuvo sobre ese hombre. De repente descubrió que era prescindible. Tenía que ver con la secretaria particular del subsecretario del secretario de Gobierno. Una muchacha de piernas largas, talle esbelto, melena cobriza hasta la cintura, cara de muñeca, pecas sobre una piel de nácar. Una criatura preciosa que tenía sus ambiciones. Cuando don Heriberto acudía a las oficinas de gobierno para discutir y afinar aspectos del desarrollo turístico en la costa, ahí estaba la muy puta: sonriente, discreta, eficiente, inalcanzable. Isabel no entraba a las reuniones relacionadas con el gran proyecto. No opinaba sobre el gran proyecto. No tenía nada que ver con el gran proyecto. Don Heriberto la había apartado. Al exigirle su parte del pastel según lo acordado entre las sábanas, el señor García le insinuó que si no estaba contenta, la puerta de salida era muy ancha. Entonces, cuando quiso alejarse de ese cuerpo en el umbral de la decadencia, de esas manos que le quemaban la piel, el señor García fue más explícito: si no estaba contenta, ya sabía dónde hallar la puerta de salida. En el sillón, sobre el escritorio, en la silla: abrir las piernas, la boca, mojarse de don Heriberto, acomodarse la ropa y abandonar la oficina rumbo al

departamento que don Heriberto aún pagaba. Darse un baño, acostarse en la cama, prender la tele, jurarse que al día siguiente presentaría su renuncia. Pero ya no había forma de encontrar el camino de regreso a casa de sus padres, como si se tratara de un jodido cuento infantil. La suciedad, el hacinamiento, los gritos y peleas de sus hermanos, la tiranía del padre, el rictus amargo y sumiso de la madre. Al día siguiente no había renuncia. Sólo un cubículo vulgar y aburrido en donde rogaba que don Heriberto no le pidiera quedarse a trabajar horas extras. Cosa que cada vez pasaba con menos frecuencia.

Heriberto García no lograba que el sexo con Isabel disipara la tensión a la que estaba sometido. Ya había eliminado la parafernalia del deseo. Había conseguido que esa jovencita altanera y ambiciosa le abriera las piernas ahí mismo, en su despacho, cuando le viniera en gana. Cosa que cada vez pasaba con menos frecuencia. Su apatía por la carne de Isabel era su ventaja. Isabel se había convertido en un elemento prescindible. Tenía que ver con Vanesa grácil, ingenua, casi tímida, tal vez virgen, casi virgen, senos perfectos, labios intactos, ojos tibios. Heriberto García la había invitado a un café, a comer, a cenar. La había llenado de regalos peluche. La respuesta de Vanesa, hasta el momento, sólo prometía: un día de éstos. Heriberto García, en las escasas ocasiones en que penetraba a Isabel, pensaba en Vanesa.

Las frecuentes visitas a las oficinas de gobierno donde Vanesa lo recibía con un café y lo entretenía a la espera de que lo atendiera el subsecretario de gobierno, no eran buenas noticias para Heriberto García. El desarrollo turístico en la costa se había convertido en un problema. Un líder social había organizado a los ejidatarios y se oponían a la expropiación de los terrenos. Marchaban por la ciudad con carteles, mantas y pancartas. Cerraban carreteras. Se plantaban frente al Palacio de Gobierno y gritaban consignas. Le llamaban ladrón al gobernador, le llamaban corrupto, le llamaban mentiroso. El negocio se tambaleaba. El secretario de Gobierno dejó de recibir a Heriberto García. El subsecretario le pedía paciencia. Heriberto García hacía cuentas, sumaba, restaba, sobre todo restaba. Por ese tiempo empezaron los ataques de taquicardia. Una o dos veces al día el corazón aceleraba su bombeo como si fuera un órgano insumiso. Los pulmones se estrechaban, el aire era insuficiente y los latidos se disparaban hasta sus sienes, martillaban su cabeza, convertían la carótida en una pista de carreras. Luego, un leve mareo ponía

fin a la sublevación cardiaca y Heriberto García quedaba postrado durante unos minutos. Y entonces se hacía preguntas que nunca antes se había hecho. Preguntas para las que no tenía respuestas. Sobre todo estaban relacionadas con esas dos criaturas odiosas: su mujer y su hijo. Después del secuestro se habían aliado para derrocarlo. Se preguntaba en qué momento había perdido el poder que tenía sobre ellos. Cuándo su autoridad se había convertido en un gesto hueco.

Entonces se tiraba a Isabel. Ahí mismo, al caer la tarde, cuando los empleados habían dejado ya las oficinas, sin quitarse la ropa, en la silla o en el sillón, sobre el escritorio: entrar, eyacular, salir, mientras pensaba en Vanesa, en el proyecto turístico, en esas dos criaturas odiosas.

Sobre la ciudad se concentraba una turba de nubes cargadas de lluvia

I

Seguía empeñado en escribir una carta de amor, él que nunca había escrito una. Sentado en la cama de la enfermería, repasaba la hoja del cuaderno mientras daba golpecitos con la punta de la pluma Bic en un pliegue de la sábana. En la enfermería no quedaba un solo enfermo. El adicto y el dealer habían sido devueltos a sus celdas dos días atrás. Arnulfo Lizárraga extrañaba sus voces, sus ruidos nocturnos, sus historias de presos. Arnulfo Lizárraga se aburría. A veces charlaba con el médico de turno. Eran diálogos esporádicos sobre el clima. El calor hacía estragos entre la población carcelaria. La enfermería era una de las pocas áreas que contaba con aire acondicionado. Un viejo aparato empotrado en la pared que emitía un ruido a cacharro viejo, como la turbina de un avión. Pero enfriaba el lugar. En las barracas, en las que se amontonaba el doble de reos de los que podían albergar, la temperatura había llegado por esos días a los cincuenta grados. Sobre la ciudad se concentraba una turba de nubes cargadas de lluvia. Arnulfo escuchaba acercarse la tormenta eléctrica con su jolgorio de truenos y cuchilladas brillantes en el cielo. Pronto llovería. Tal vez esa misma noche o al amanecer. Mientras tanto los internos perdían la cabeza por el calor y la humedad, y el ex policía trataba de borronear algunas frases dirigidas a Maricela Anza, que a esas horas seguramente dormía en una litera de una celda en alguna prisión del sur del estado. En casi dos semanas de encierro había conseguido escribir

tres párrafos. Se trataba de una confesión, una aburrida lista de los errores que creía haber cometido en su vida. También aparecía torpe el deseo que le había despertado Maricela. Aunque no hacía mención al amor. Pensaba que la palabra por sí sola podía desencadenar misteriosas fuerzas que escapaban a su control. En ese momento, Arnulfo Lizárraga dudaba si contarle el episodio en el que había entrado a hurtadillas a la habitación del hotel de arraigo para espiar su sueño. Era consciente de que aquello fue una violación a su intimidad. Al rememorar la escena, se sintió obsceno, sucio y excitado. Evocó el cuerpo vulnerable de la muchacha tendido sobre la cama. Hizo a un lado el cuaderno y se metió bajo las sábanas. Cerró los ojos y fijó el recuerdo mientras su mano rodeaba el miembro semierecto. La manó comenzó a deslizarse a lo largo de su pene. Arnulfo, de nuevo en el cuarto de hotel, esta vez pasó a la acción. Hundió el rostro entre los muslos de Maricela y sus manos alcanzaron sus pechos alimonados. Se sintió triste y furioso por no haberla poseído en ese momento. Nada ni nadie lo hubieran detenido. Se aferró a la imagen de la muchacha en el cuarto de hotel y siguió masturbándose. Entonces, por el corredor que conducía a la enfermería se dejaron venir gritos y gemidos, pasos precipitados. El médico de guardia, que dormía en la camilla del consultorio, despertó, se incorporó de un salto y abrió el candado de la puerta que comunicaba al área de enfermos. El médico cedió el paso a una pareja de custodios que cargaban en sus hombros a un interno. Les ordenó que lo acostaran en la primera cama. El reo apretaba su estómago con ambas manos y boqueaba a punto del desmayo. De repente se sentó en el colchón y vomitó en los pies de uno de los guardias. Luego volvió a acostarse. Parecía aturdido. Una película de sudor cubría su rostro sucio. Arnulfo, bajo las sábanas, observaba divertido la escena. El custodio, incrédulo e impotente, contemplaba sus pies bañados en la basca del preso. Arnulfo reprimía la risa bajo las sábanas. El médico diagnosticó deshidratación. Se dirigió al consultorio y trajo de vuelta una botella de suero oral. Anunció, tal vez para sí mismo, que era la última y que quién sabe cuándo surtirían otro lote. Le dio de beber al preso. Éste pareció reanimarse por unos segundos. Luego, apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y descansó los ojos con un rictus que parecía de felicidad. Musitó algo sobre lo jodidamente bien que se sentía el aire acondicionado.

Arnulfo siguió inmóvil bajo las sábanas. Vio cómo

desaparecían los custodios y unos minutos después el doctor les seguía los pasos. El médico cerró la puerta tras de sí, puso el candado y entró en el consultorio a seguir durmiendo. Arnulfo estudió al interno. Flaco y fibroso, en el brazo que alcanzaba a ver se desplegaban las líneas de un tatuaje indescifrable desde esa distancia. Tenía el cráneo rapado con una cicatriz que iniciaba en la frente y terminaba a la altura de la oreja. Semejaba un gusano disecado. Una barba de candado poblaba el mentón puntiagudo. Se trataba de un cholo de la vieja escuela, un nostálgico de la época en que las pandillas se dividían los barrios de la ciudad, allá en los noventa. Un sujeto que había perdido la cuenta de las veces que había entrado y salido de prisión. Arnulfo Lizárraga le dio la espalda y trató de dormir. Con el movimiento, el cuaderno y la pluma cayeron al piso. Volteó de nuevo, estiró la mano, tentó el piso hasta dar con el cuaderno y la pluma y los guardó bajo la almohada. El cholo parecía descansar despreocupado. Una pierna colgaba por fuera de la cama. Arnulfo se acomodó en posición fetal de cara a la pared y cerró los ojos. No tenía mucho sueño. En la cárcel el tiempo no se dividía en mañana, tarde y noche. No para él al menos, que vegetaba en esa enfermería aislado de los ritmos propios de la prisión. La excitación que el recuerdo de Maricela le había provocado se había esfumado con la aparición del cholo. Pensó que de haber culminado la masturbación, ahora conciliaría mejor el sueño. La presencia del interno en el otro extremo de la enfermería lo inhibía. Trató de despejar la mente de recuerdos, caras, paisajes, palabras, olores, sabores. De respirar pausadamente para convocar al sueño. La tormenta eléctrica se encontraba más cerca. Retumbaba en el cielo iluminando la noche sudada. El cuerpo de Arnulfo inhalaba y exhalaba el aire de la cárcel, subía y bajaba como un fuelle. Parecía estar llegando al umbral del sueño, cuando la realidad se convierte en una serie de sonidos amortiguados que se confunde con las voces del inconsciente. Pero había algo en el ambiente que le recorría la espalda de arriba abajo. Como un aliento helado que no lo dejaba hundirse en el sueño. Arnulfo abrió los ojos de golpe, tal vez para escuchar el ruido metálico que sonó muy próximo o a causa de ese ruido: una pata de una cama rayando el piso de cemento. Volteó de súbito. El cholo se encontraba a menos de tres metros. En la mano izquierda esgrimía una punta de esas que los presos fabrican con un clavo largo o un pedazo de fierro. El cholo lanzó la estocada directa al corazón del ex policía. Arnulfo logró desviar

el golpe con el antebrazo derecho. Desplazó la muñeca del cholo hacia abajo, no hacia un costado. La punta se encajó en el estómago de Arnulfo. Era una punta de unos quince centímetros de largo, pero sólo entró la mitad. Sintió el tizón helado quemando sus entrañas, desgarrando los tejidos y abriéndose paso en su interior. Con el impulso, la cara del cholo quedó a escasos centímetros de la suya. A pesar del dolor y el miedo, en el cerebro oscuro de Lizárraga se abrió paso una orden. Con la mano izquierda sujetó la nuca del agresor al tiempo que lanzaba un frentazo que se estrelló en la nariz del cholo. Un torrente de sangre brotó de sus fosas nasales. Arnulfo, con la misma mano con la que sujetaba la nuca del preso, lo empujó a un lado de la cama. El cholo estaba grogui por el cabezazo. Cayó al suelo como un fardo de pellejo y huesos. Arnulfo, sujetando la punta clavada en su estómago con ambas manos, reptó afuera de la cama y tambaleante caminó hacia la puerta dando gritos de auxilio. Creyó por un momento que su estómago estallaría en llamas. Tuvo la feliz idea de no extraer la punta. Ésta tapaba el chorro de sangre que de lo contrario hubiera escurrido sin remedio. El rostro del médico de turno apareció del otro lado de la puerta acristalada y enrejada. El desconcierto le hizo abrir los ojos y la boca como una muñeca inflable. Arnulfo, al verlo, dejó que el desmayo lo arrastrara al piso. Apoyó la espalda en los pies de la cama más próxima a la salida y volteó al fondo de la enfermería. El cholo ya se había puesto en pie. En medio del pasillo, con la pechera de la camiseta blanca bañada en sangre, respirando por la boca, contemplaba frustrado al ex policía. El médico daba voces a los custodios. El cholo sabía que había dejado escapar su única oportunidad. Su chola y sus cholitos se quedarían sin las cincuenta bolas que le habían prometido los Licenciados si se echaba al bocón hijo de puta. Y al él le cargarían veinte balas más por intento de homicidio. Era probable que no saliera vivo de ahí, aunque no fuera un delator y mantuviera la boca cerrada. La vida es una mierda, pensó el cholo un segundo antes de recibir el primer macanazo en las corvas. Cuando Arnulfo vio pasar a los guardias a su lado, se atrevió a cerrar los ojos. El dolor le atravesaba el cuerpo como el aullido de un bandoneón.

II

Las endorfinas de Verónica husmeaban la proximidad del sexo. Se alimentaban de la excitación de la muchacha acicalándose frente al espejo. Las endorfinas de Verónica estaban acostumbradas a alborotarse por efectos del ejercicio. Nunca antes habían recibido las señales inconfundibles que llegaban en ese momento. En el rostro de Verónica se agolpaban torrentes de sangre y sus ojos brillaban como faros en la niebla. Verónica veía en el espejo a una chica de dieciocho años con un cuerpazo enfundado en un vestido rojo que jamás pensó que tendría oportunidad de ponerse. Seguía odiando a su madre, pero se permitió un instante para agradecerle la insistencia en la dieta y el gimnasio. De pronto todo tenía sentido. Su melena negra planchada, la ropa interior atrevida, ese guante de tela ceñido a su anatomía firme y exacta. Se puso de perfil y comprobó que los glúteos levantaban la caída del vestido en una curva altanera. Los muslos y las pantorrillas se hallaban en una contracción permanente y voluminosa a causa de los tacones. Ni un centímetro de su piel presentaba celulitis. Volvió a acomodarse el flequillo con el dorso de la mano y corrigió la ondulación de la melena. Salió de su cuarto y dejó tras de sí un revoltijo de vestidos, blusas y ropa interior que no le habían satisfecho. Bajó las escaleras apoyándose en la pared. Las puntas de los tacones se enterraban en la alfombra y falseaban el paso. Verónica estaba sola en casa. Consultó la hora en el reloj de pared de la sala. Pasaban de las ocho. Gabriel ya debía haber llegado. Se sentó en el sillón a esperar. Prendió la tele. Anuncios. Cambió de canal. Anuncios. Cambió de canal una vez más. Joey, Monica, Phoeby, Rachel, Chandler y Ross cenaban alrededor de un pavo gigante, celebraban Thanksgiving. Ese capítulo lo había visto cuatrocientas veces. De todas formas no cambió de canal. Joey dijo una idiotez. Verónica sonrió. Joey era su personaje preferido. Había descubierto *Friends* gracias a su madre, fanática de la serie. Pero ahora odiaba a su madre. Cambió de canal. Nada interesante. Dejó el control a un lado y revisó su bolso de mano. Todo estaba ahí. Por encima del sonido del aire acondicionado alcanzó a escuchar un claxon. Se asomó por la ventana de la sala. Era Gabriel. Apagó la tele, cogió las llaves de la cómoda, salió al porche, cerró la puerta de la casa y atravesó el pasillo que corría paralelo a la cochera hasta la calle. Caminaba despacio con la intención de que su cuerpo se acostumbrara a aquella altura, a la mínima plataforma que le ofrecían los zapatos. Gabriel descendió

del auto y lo rodeó para abrirle la puerta del copiloto. Verónica se sintió abrumada. Lo ojos de Gabriel recorrieron la estampa de la chica mientras subía al coche. Le dijo que se veía muy guapa. A Verónica le pareció que Gabriel pronunciaba esas palabras por primera vez en su vida. Era el tono de su voz, era el timbre, la ligera duda con la que terminó la frase. Y Verónica se hundió en el asiento aplastada por el peso de su pequeño triunfo. En lo que Gabriel regresaba al asiento del piloto, estiró la falda de su vestido intentando cubrir las rodillas. No había suficiente tela. Puso el bolso sobre los muslos como si fuera una frontera. Se dijo una vez más que debía reprimir los tics, mantener a raya las palabras, medir cada gesto.

—Si quieres podemos ir a otra parte —dijo Gabriel.

—Me parece bien el Liverpool —dijo Verónica.

Estaba de moda. Se trataba de un bar sobre la avenida Revolución decorado como un pub inglés en el que había música en vivo. El grupo no era gran cosa. Interpretaba los éxitos de los ochenta de las bandas de rock en español. Bandas que treinta años después habían revivido gracias a los reencuentros de sus miembros, separados en los noventa porque la fama los había vuelto locos. También tocaban los tres o cuatro temas más conocidos de los Beatles para cerrar con covers de Queen. Era difícil entender por qué los veinteañeros acudían en masa a un lugar que, en principio, debió haber atraído a sus padres. No había mucha gente. Tal vez porque era temprano. Encontraron una mesa alejada del escenario, en una terraza que daba a un patio sepultado bajo largas enredaderas. El grupo no estaba tocando. En una pantalla de plasma colgada en un extremo de la terraza pasaban un video de Pitbull con Shakira: *Get It Started*.

—Odio a Pitbull —dijo Gabriel.

Verónica se concentró durante unos segundos en las imágenes del monitor.

—El vestido de ella está precioso —dijo Verónica.

Verónica, erguida en la banca, observaba el lugar con un ahínco un poco demente, como si quisiera registrar todo lo que sucedía a su alrededor, fijarlo en su memoria. Gabriel apoyaba los codos en la mesa con aire aburrido. No dejaba de mirar a Verónica. Un mesero apareció de repente a su lado. Él pidió una Paulsen, Verónica un vodka tonic. A lo lejos, una tormenta eléctrica se abría paso desde el norte rumbo a la ciudad. La humedad se adhería a la piel como una sanguijuela. Cuando el

mesero trajo las bebidas, Gabriel le pidió que los llevara a una mesa al interior del local. Había una libre cerca del escenario. Los ojos de los hombres siguieron a Verónica. Gabriel se sentía aturdido. Verónica no dejaba de sonreír. Las bebidas llegaron a la mesa al mismo tiempo que ellos. La chica bebió un trago largo del vodka tonic. Tenía sed. El cerebro se le achispó de inmediato.

—¿Está padre el grupo? —preguntó Verónica.

Gabriel frunció el ceño y ladeó la cabeza. No había oído la pregunta.

—Que si está suave el grupo —gritó Verónica.

El muchacho se encogió de hombros.

—No está mal —dijo.

A Gabriel comenzó a darle vueltas la cabeza. Las voces, la música, las luces, las risas, los olores bailaban a su alrededor una danza colérica, delirante, cuyo epicentro era su pecho. De pronto pensó que todas las miradas convergían en él, que lo señalaban con pupilas inmisericordes. Bajó la vista y buscó un punto en el suelo: un chicle aplastado con el dibujo de una huella parcial. Su estómago rechazó la cerveza. Un hilito de bilis subió por su esófago y le quemó la garganta. Se percató de que Verónica le había tomado la mano y le hablaba. Hizo un esfuerzo por tratar de entender. Al tacto de la muchacha, su piel se estremeció. Le dieron ganas de llorar y de que la mano de la chica siguiera apoyada en el dorso de la suya. Había una relación directa entre la calidez de la caricia y las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—¿Te sientes mal, quieres que nos vayamos?

—La neta, si no te importa, lo prefiero —contestó Gabriel.

Verónica se terminó el gin tonic de un trago y le hizo señas a un mesero para que trajera la cuenta. La determinación de la muchacha logró desacelerar la espiral que envolvía a Gabriel. Éste le agradeció el gesto con una sonrisa débil, derrotada. Quiso pedirle que le volviera a tomar la mano.

—¡Hasta que te dejas ver!

En la pantalla del celular de Katy, el rostro de Gabriel quedó congelado en una expresión de asombro. El de Verónica reflejaba cautela.

—¡Qué milagro que sales! —exclamó Katy después de comprobar que la foto había quedado bien. Luego le plantó un beso en la mejilla a Gabriel—. ¡Mucho gusto! Soy Katy, amiga de este güey.

—Mucho gusto, Verónica.

—Ya nos íbamos —acertó a decir Gabriel mientras escondía los ojos llorosos en la cuenta y de la cartera sacaba el dinero para pagar.

—Pero si es bien tempra —dijo Katy.

—Vamos a una fiesta —mintió Gabriel.

—Yo vine con unas amigas, bueno, a ver si otro día salimos, ¿no? Estaría cool, ¿no? Qué bueno que sacaste a este bato, le hacía falta. Bueno, mucho gusto. Bye, Gabriel, me saludas a tus papás.

Katy serpenteó entre el gentío que iba poco a poco abarrotando el bar hasta desaparecer.

—¿Nos vamos? —dijo Verónica.

Un rayo iluminó la turba de nubes cargadas de lluvia. El trueno hizo que el aire temblara. Apresuraban el paso hasta el coche cuando los primeros goterones cayeron sobre sus cráneos. El chubasco se precipitó en los vidrios del auto como si en lugar de agua las nubes arrojaran piedras. Gabriel no hizo ademán de prender el carro.

—Qué pena, no sé qué me pasó ahí dentro. Haz de cuenta que toda la raza me estaba mirando como si supieran quién soy yo.

La lluvia del desierto no es lluvia, es un arrebato caprichoso. De súbito caía una llovizna que apenas alcanzaba a posarse sobre la carrocería.

—Qué pena contigo, la neta. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

—Pero si acabamos de salir. Vamos a dar la vuelta a ver qué se nos ocurre.

Gabriel prendió el motor, puso la palanca en Drive y enfiló la calle encharcada. El alcantarillado de la ciudad estaba taponado por la basura y colapsado a causa de los años. Como nunca llovía, ningún gobierno municipal se había preocupado por rehabilitar la red de desagüe. Hasta que llovía. Entonces las calles se convertían en arroyos y riachuelos. El tráfico se volvía lento. Los conductores chocaban sin ton ni son. Las casas se inundaban. La ciudad entera se estremecía aunque la lluvia durara veinte minutos nada más. Luego pasaban meses o incluso años sin llover y los habitantes del desierto se olvidaban del agua cayendo torrencial del cielo para extrañarla como se extraña aquello que no alcanza la memoria.

Primero el chubasco y luego la llovizna habían logrado romper con la sofocante atmósfera. Un ligero viento fresco sacudía los árboles de los bulevares. Gabriel bajó las ventanas del

auto. Ambos apuraron una bocanada de aire lozano que aligeró la tensión. Verónica deslizó su mano hasta la de Gabriel. Los dedos se entrelazaron y comenzaron a reconocer las texturas. Una parte de Gabriel rechazó el gesto pueril. La otra parte lo aceptó dispuesta a que ese instante cándido se perpetuara.

—Vamos a la presa —propuso Verónica.

Las gotas tocaban los charcos y se desvanecían sin dejar huella, ingrávidas, apenas agua. Gabriel buscó las avenidas y las calles que los fueron llevando a la hondonada ha tiempo seca, cubierta de lodo cuarteado por el estío. Las luces de la ciudad se convirtieron en sombras. Ante ellos apareció un paisaje lunar. Gabriel detuvo el auto. El silencio era un viento podrido.

—Yo era el puto rey del party —dijo de pronto Gabriel—. Ahora no puedo ni entrar a un bar sin que me cague de miedo. Esos hijos de la chingada me jodieron la vida.

Gabriel soltó un sollozo. Luego un grito agudo que intentó ser llanto. Verónica pasó sus brazos alrededor del cuello de Gabriel y lo atrajo hacia ella. Gabriel por fin pudo llorar. Lágrimas, mocos y babas brotaron liberadas, como si las manos de la muchacha hubieran abierto una llave al interior de Gabriel. La mejilla del muchacho se deslizó del hombro de ella hasta su pecho. Los labios de Gabriel encontraron los pezones duros de Verónica y los chuparon, los succionaron ávidamente. La chica dejó escapar un gemido y buscó la boca de él. Se besaron. Las manos de Gabriel recorrieron los muslos de la chica. Verónica abrió un poco las piernas. Su lengua se empapó de la saliva de él. Verónica se inquietó con la repentina humedad que bañó su sexo. Cuando los dedos de Gabriel rozaron su vulva, Verónica pensó que por fin iba a dejar de ser virgen. Se equivocaba. Gabriel mamaba de las tetas juveniles de la chica con una voracidad lactante. De cintura para abajo su pene no reaccionaba. Se trataba de un deseo perinatal. La búsqueda de un estadio sin consciencia del mundo. Luego Gabriel apoyó la cabeza en el regazo de Verónica y cerró los ojos. La chica se conformó con pasar sus dedos por el cabello de él. No se sintió frustrada. Sublimó la excitación contenida en su vientre, en las aureolas de sus senos, hasta convertirla en piedad. Fue casi tan intenso como un orgasmo. Un orgasmo cuya promesa quedó flotando en la cabina del coche.

III

Carmen agitó la mano en el aire desde la puerta del local y dijo bye. No era un local muy grande. Ciento cincuenta metros cuadrados cerca del centro comercial. Lorenzo se afanaba en instalar los aparatos con la ayuda de un amigo. Detuvo la faena, agitó también una mano en el aire y dijo chao con una sonrisa cansada. Carmen se encaminó a su camioneta, estacionada a unos cuantos metros. Atardecía y en el cielo se concentraba una turba de nubes cargadas de lluvia anunciando una posible tormenta. Carmen subió al auto, arrancó el motor y tomó rumbo a la presa, a casa de su padre.

Las cosas estaban resultando mejor de lo que esperaba. En la caja fuerte de Arnulfo se encontró con cerca de un millón de pesos. No quiso establecer una relación entre los ahorros de su marido y la cantidad de secuestros de los que había sido cómplice. Antes de que lo encarcelaran, tenía un conocimiento vago e impreciso de sus actividades ilegales. Ello la mantenía a salvo de consideraciones morales. Todos los miembros de la corporación de una u otra forma lo hacían. La ignorancia y la generalización la ayudaron durante mucho tiempo a tener tranquila la conciencia. Pero desde la caída de Arnulfo Lizárraga, la prensa había dado cuenta pormenorizada de las actividades de la banda de los Licenciados y del apoyo estratégico de un integrante del grupo antisecuestro. Entonces, Carmen, con un conocimiento pleno de los hechos, se vio obligada a hacer suya la justificación ética de su esposo para calmar los escrúpulos que la asaltaron cuando metió las manos en la caja fuerte y extrajo los sobres con el dinero: lo hacía por el futuro de su hija. Lorenzo, por su parte, a la vista de los billetes, había cancelado rápidamente cualquier duda moral y se había puesto manos a la obra con un entusiasmo inquietante. En unos diez días más inaugurarían el gimnasio, le aseguraba a Carmen.

Los últimos meses habían sido tumultuosos, agitados, caóticos, exigentes, extremos. Un vivir al borde del acantilado. Carmen comenzaba acostumbrarse. Un amante diez años más joven, un esposo en prisión, un negocio propio en puertas. ¿Dónde había quedado la mujer que era? Carmen no tenía ninguna intención de averiguarlo. En algún punto reciente de su existencia, la montaña rusa había echado a andar sus mecanismos

y ahora gozaba en secreto de los descensos abisales y los ascensos prometedores. Pero en el vaivén había olvidado a su padre. Don Cipriano no había dado señales de vida. Y ella no había tenido el tiempo ni las fuerzas de procurarlo.

Carmen se internó por el camino de terracería que bordeaba esa parte de la presa hasta topar con la casa de su padre. Una casa sin pretensiones, rodeada de una pequeña parcela descuidada ya, amenazada con ser tragada por la maleza que crecía a los alrededores. Estacionó frente al cerco de alambre, descendió de la camioneta, abrió un cancel hechizo, fabricado por las manos de su padre, cruzó el patio y tocó la puerta. Le sorprendió que los decadentes ladridos de Bronco no anunciaran su llegada. Tocó más fuerte. Aguzó el oído. El silencio la estremeció. Llamó a gritos a su padre. Los peores presagios la llevaron a rodear la casa. En la parte de atrás encontró un túmulo de tierra y una cruz armada con dos ramas. Por el tamaño del túmulo supo que era la tumba de Bronco. Regresó a la puerta y tocó de nuevo. Ahora con un deje de aprensión, una urgencia culpable. ¿Padre, padre, está usted ahí? Nada. Un guijarro se estrelló con otro guijarro a sus espaldas. El ruido la sobresaltó y dio media vuelta. Divisó a un niño de unos diez años a medio camino entre la parcela de su padre y la de los vecinos. Se dirigió hacia el pequeño. Éste huyó al interior de su casa, cuatro paredes mal levantadas y un techo de láminas de asbesto. Carmen se dio valor y recorrió los escasos treinta metros que separaban ambas propiedades. En la entrada la recibió una mujer diez años más joven que ella pero que aparentaba cincuenta. Sus carnes eran flojas y redondas, su vientre abultado, tal vez porque estaba preñada o porque acababa de parir. En su cara se reflejaba la fatiga y el aburrimiento de las vidas embrutecidas por la miseria. Carmen le preguntó por don Cipriano. Cuando la mujer supo que era su padre, su semblante pareció enternecerse. Una niña y dos niños más fueron asomándose del interior de la casa como si hubieran surgido a la superficie desde un túnel insondable. La mujer le explicó que, a la muerte de Bronco, don Cipriano había decidido regresar a la sierra, adonde pertenecía. En el tono de voz de la mujer, Carmen detectó un aire de sospecha y recelo. ¿No sabía usted que había vuelto al pueblo? No, no sabía, estaba fuera de la ciudad, mintió Carmen. A los cinco minutos se hartó de la cháchara de la mujer. Las alabanzas a don Cipriano, lo mucho que los niños lo querían, la de leyendas e historias de la sierra que les contaba, la de veces

que los había ayudado en situaciones difíciles abrumaron a Carmen. Se despidió de forma apresurada, casi cortante. Mientras caminaba hacia la camioneta, pensaba con rabia que su padre era un hipócrita hijo de puta.

Una sensación inminente de muerte

I

Heriberto García terminó por colapsar. No de una manera trágica, sino como lo hace la gente de su clase. Ocurrió una mañana de finales de junio. Heriberto se encontraba sentado al desayunador de su casa. Le daba sorbos a un café negro, muy cargado, mientras engullía unos huevos estrellados con tocino, acompañados de machaca y tortillas de harina de trigo. Los desayunos de doña Cleta eran opíparos e irresistibles. Ojeaba las noticias en una tablet que recién había comprado y de la que desconocía la mayoría de las funciones, mientras devoraba la comida prácticamente sin masticar. De pronto le faltó el aire. Por más que inhalaba, sus pulmones parecían haberse obstruido y sus alveolos se abrían desesperados apurando el poco oxígeno que entraba en su cuerpo. Escupió sobre el plato el émbolo alimenticio que estaba a punto de tragar, se incorporó y abrió la boca como un pez palpitante sobre el asfalto. A los pocos segundos, un dolor acerado se instaló en el centro de su pecho. El dolor fue creciendo hasta hacerse insoportable. Tuvo una sensación inminente de muerte, un instante en el que creyó que había llegado su hora. Se le nubló el cerebro. Un hormigueo recorrió su piel y un sudor frío brotó de repente por sus poros, como si se tratara de un fenómeno ajeno a su organismo. Se recostó sobre la mesa gimoteando de miedo. Le pidió a doña Cleta que llamara a una ambulancia. La voz surgió de su garganta con una humildad enternecedora. La vieja sirvienta reclamó a voces a su ama. Al minuto apareció Ana Luisa en la cocina y vio a su marido aturdido sobre la mesa, pálido, los labios amoratados y el

sudor de la muerte empapando su camisa Calvin Klein verde pistacho. La camisa se la había comprado a su esposo en la Avenida Madison esquina con la 60, la tienda de CK en Manhattan. Fueron unas vacaciones inolvidables en compañía de unas amigas de la secundaria. La celebración de un reencuentro veinte años después que no prosperó porque sus vidas eran tan aburridas que nada podía remediarlo. Pero del viaje a Nueva York Ana Luisa guardaba un recuerdo excitante. La camisa se la trajo a Heriberto como suvenir, junto con una gorra de los Yankees. Ana Luisa se fijó que la manga derecha de la camisa estaba dentro del plato, bañada en restos de huevo y machaca. No supo qué hacer. Escuchó que doña Cleta decía que iba a llamar a una ambulancia. Ana Luisa permaneció paralizada contemplando a su marido. Escuchó que doña Cleta decía que en el 066 no contestaban. Lentamente Heriberto García se incorporó y logró introducir una bocanada de aire en sus pulmones. La palidez de su rostro cedió a un color indefinido que serenó un poco a las mujeres. Heriberto pidió agua. Doña Cleta arrastró sus pasos lo más rápido que pudo hasta el garrafón y le sirvió un vaso. Ana Luisa continuaba estática, asombrada ante la fugaz presencia de la muerte. Heriberto consiguió articular alguna palabra tranquilizadora mientras se masajeaba el pecho. El dolor menguaba y en su lugar quedaba un vacío que le daba la sensación de que lo arrastraría al llanto. Después de beber, vio a su esposa a los ojos. A Ana Luisa, de súbito, su marido le pareció el hombre más insignificante del mundo y sintió una gran piedad. Se acercó y lo abrazó. Heriberto García apoyó la cabeza en el estómago flácido de su mujer.

—Vente, vamos al hospital —le dijo Ana Luisa a su marido con una sorprendente sensación de triunfo.

Fueron al Hospital San Rafael, en donde eran atendidos los empresarios, los políticos y los narcotraficantes de esa ciudad enferma. El cardiólogo les informó que Heriberto García había sufrido una angina de pecho inestable, comúnmente conocida como microinfarto. Unas placas ateromatosas se habían formado en los vasos sanguíneos del corazón. Al embolizar, las paredes de los vasos habían respondido con vasoespasmos disminuyendo el aporte de oxígeno al corazón. El médico le anunció que era hipertenso (150/100) y que el episodio se trataba de un aviso de un infarto próximo. Lo medicó para mantener controlada la tensión y le recomendó una dieta estricta, baja en sales y grasas. Nada de alcohol ni tabaco. Sexo moderado, cero estrés, esfuerzos

mínimos. A sus cuarenta y ocho años, Heriberto García se encontraba impedido de vivir como vivía la mayoría de la gente, como él mismo lo había hecho hasta esa mañana de junio. La otra opción, le advirtió el doctor, era desoír sus consejos y esperar a que un ataque al corazón acabara con su existencia o le paralizada la mitad del cuerpo.

Ese día, Heriberto García, acostado en la cama del hospital, mientras esperaba los resultados de los exámenes, le rogó a su esposa que no lo abandonara. Le dijo que la necesitaba a su lado, que había equivocado el camino y le pidió una oportunidad para enmendar sus errores. Ana Luisa consintió. Tenía una nueva misión que le llenó de gozo. La colonia Primero de Mayo dejó de ser una prioridad espiritual.

II

Todo empezó con Katy. Subió al Facebook la foto que les había tomado a Gabriel y a Verónica en el bar. La acompañó de la siguiente leyenda: miren a quien me encontre en el Liverpool, ya anda circulando de nuevo. Katy compartió la foto con varias de sus amigas. Una de ellas resultó ser una prima lejana de Sara, la única amiga de Verónica en la universidad, por consiguiente, se trataba de uno de sus contactos en la red social. Es probable que la envidia, los celos, la soledad, la desesperación, la exclusión social, hayan empujado a Sara a escribir el siguiente comentario: que hace gabriel garcia con veronica lizarraga? esta loco? La prima lejana le envió a Sara un inbox preguntándole por qué había escrito eso. Sara le explicó que Verónica era hija de Arnulfo Lizárraga, el policía judicial que había participado en el secuestro de Gabriel. Media hora después, Katy vio en uno de los tantos grupos que tenía en el WhatsApp la foto que ella misma había tomado en el Liverpool transformada en un meme con la siguiente leyenda: la hija del secuestrador y el secuestrado. El meme se hizo viral. En el instante en que Gabriel se contemplaba a sí mismo convertido en personaje de moda instantánea, fugaz, morbosa, hilarante, colgado en las últimas noticias del FB, sonó su teléfono celular. Se trataba de Katy, quien le puso al corriente de lo que estaba sucediendo. Gabriel se negó a creerlo, pero los comentarios en la red de gente que ni siquiera conocía afirmando que, en

efecto, Verónica Lizárraga era hija de Arnulfo Lizárraga, el desgraciado judicial secuestrador, le hicieron dudar. Llamó a Verónica para que le aclarara el rumor. Entró el buzón de voz.

Ese mismo día, el cargador del celular de Verónica había dejado de funcionar. Cuando se agotó la batería, el aparato se apagó irremediablemente. Ése fue el motivo por el que no pudo contestarle a Gabriel y por el que no supo del meme que circulaba en las redes sociales. Se dirigió al centro comercial (el mismo en donde meses atrás su padre había colaborado para que el pago del secuestro del empresario camaronero se efectuara sin contratiempos) con la intención de comprar un nuevo cargador y ropa interior. El motivo: esa noche iría con Gabriel a un hotel y esperaba, por fin, perder la virginidad. Después del episodio en el coche de Gabriel, la promesa de sexo se había convertido en un mandato ineludible. De hecho, ella tomó la iniciativa y le confesó que nunca había tenido relaciones. A las nueve Gabriel pasaría a buscarla y cogerían en un hotel de paso bastante chic que acababan de abrir en la carretera internacional. Gabriel se ofreció a llevar vodka, jugo de naranja y condones. Tendrían sexo hasta el amanecer, le dijo. Gabriel se encontraba tan emocionado como Verónica con la perspectiva de ese encuentro. En el fondo, para el muchacho también se trataba de una primera vez, al menos, una en la que estuvieran involucradas emociones que no se atrevía a definir. Gabriel estaba profundamente agradecido con la chica. La ternura, la paciencia y la complicidad con las que había acogido su desmoronamiento eran algo nuevo en su corta vida. Por primera vez desde su liberación, en los días posteriores a su llanto en el regazo de Verónica frente a la presa sin agua, Gabriel no temía cerrar los ojos ni dormir. Una especie de tenue felicidad iba envolviéndolo progresivamente. La pareja se comunicaba por WhatsApp, por Facebook, por teléfono a todas horas. Hacían planes a futuro. Duró poco, unos cuantos días. Ahora Gabriel observaba el meme y el antiguo sentimiento de desprecio por los otros, ese sentimiento infalible, volvía a él como un viejo amigo que nunca ha terminado de irse. La burla, el escarnio, las frases ingeniosas y despiadadas de los cibernautas se sucedían implacables bajo la imagen de él y Verónica en el bar. Trató de comunicarse varias veces más con la chica sin resultado. Gabriel lo tomó como que no quería hablar con él. Mientras, el odio y la rabia iban apoderándose de cada neurona de su cerebro. En unos pocos minutos desbaratarían lo que a Verónica le había costado

muchos días construir. Gabriel conoció un nuevo sentimiento que lo hacía percibirse como un reverendo imbécil: la traición. Probablemente Verónica se trataba de la única persona en el mundo con la que se había abierto de ese modo. Y lo peor del caso es que ella no podía alegar ignorancia. El odio posee esa cualidad asombrosa, la de despertar monstruos, alimentarlos, proporcionales una justificación.

Gabriel tuvo una idea.

Vio el reloj de su laptop. Eran las siete, dentro de dos horas debía pasar a buscar a Verónica. Decidió acudir a la cita y comportarse como si no estuviera enterado de nada. Estudiaría la reacción de la chica y si ésta seguía fingiendo, pondría en marcha el plan. Gabriel fue al baño de su cuarto, extrajo del botiquín la caja de Diazepam que le había recetado el psiquiatra para conciliar el sueño, puso veinte tabletas de diez miligramos sobre el lavabo y las trituró con el mango del cepillo de dientes. Regresó a su cuarto, buscó en dónde guardar el polvo, encontró una pequeña bolsa de plástico que alguna vez le sirvió para envolver algo, tal vez las mismas cajas de medicamentos que consumía desde la liberación. De vuelta en el baño, depositó los 200 miligramos del somnífero en la bolsa y la introdujo en su cartera.

Casi al mismo tiempo, Verónica, en su cuarto, contemplaba indecisa las tres píldoras de Xanax que temblaban en la palma de su mano. A medida que se acercaba el encuentro con Gabriel, determinado por su estreno sexual, la ansiedad y el pánico habían desembocado en un concierto de tics y un descontrol general de su cuerpo. Hacía unos meses que había dejado de tomar los ansiolíticos recetados por la doctora para atenuar los síntomas del síndrome que padecía. Esa noche, Verónica, después de sopesar las circunstancias, decidió tragarse tres pastillas con el objeto de llegar relajada a la cama. Un poco antes de que Gabriel tocara a su puerta, se echó una cuarta al cogote. No quería arruinar el momento más importante de su vida.

El hotel se veía nuevo, olía a nuevo y cumplía con la promesa tácita: un picadero elegante para altos funcionarios, políticos y empresarios. Durante el trayecto, Gabriel reprimió la rabia. La sustituyó por un sarcasmo tan infantil como incisivo. Verónica detectó el tono corrosivo con que su amigo soltaba las frases más triviales. Se dio cuenta de que no quedaba rastro de la ternura que había surgido la vez anterior. Pero ya estaba en ese coche,

rumbo a un hotel donde abriría las piernas para que el pene de un hombre penetrara por primera vez en su vagina. La idea la obsesionaba.

Gabriel cargó la hielera desde el maletero del auto hasta el cuarto. Dentro llevaba una botella de Vodka, una bolsa de hielo, un paquete con vasos de plástico rojos y un cartón de jugo de naranja. Mientras Verónica inspeccionaba la habitación, nerviosa y alegre como un potrillo en su primera salida de campo, él preparó los tragos. En el de Verónica vació disimuladamente el Diazepam y lo agitó a conciencia.

—Por la primera vez —brindó Gabriel al tiempo que le tendía el vaso a la muchacha. Verónica apuró el combinado de Vodka con fruición. De inmediato pidió que le sirviera otro. Creyó que alcohol le ayudaría a diluir la ansiedad y el pánico que se habían apoderado de su cuerpo serrano. Al terminar el segundo trago, sintió una mezcla de mareo y cansancio que la arrastró a la cama King Size, la cual dominaba toda la habitación como un precepto incuestionable. Ahí se venía a coger. Un principio de náusea se instaló en su estómago y comenzó a ver borroso. Tuvo de pronto una consciencia absoluta de sus párpados, empeñados en cerrarse. Se recostó en la cabecera de la cama.

—Ay, cabrón, me pegó bien duro el Vodka —dijo arrastrando las palabras.

—Mejor, así cogeremos más rico —dijo Gabriel. Ya tenía listo un tercer trago muy cargado.

—No me siento bien, ya no quiero.

—No seas simple, bebe para que se te quite lo amodorrado. No quieres arruinar esta noche —insistió Gabriel. Cada vez le costaba más reprimir la furia.

Verónica le dio un sorbo al combinado. La náusea fue más incisiva. Tuvo que acostarse cuan larga era sobre la cama. En su cerebro, el cansancio pudo más que la censura y fue perdiendo el estilo. Todo daba vueltas alrededor. Sintió las manos de Gabriel quitándole el vestido. Trataba de decir no, pero un potente embudo que había brotado en su hipotálamo succionaba su voluntad. Creyó manotear para impedir la desnudez. La realidad era que sus brazos apenas se levantaban unos centímetros del colchón y caían de nuevo inertes.

Gabriel esgrimió su celular, accionó el modo de video y empezó a grabar el cuerpo de Verónica en ropa interior. Después de unos veinte segundos, la despojó de la tanga, le abrió las

piernas e hizo un acercamiento a la vulva de la chica. Le pareció divertido estimular el clítoris con los dedos de la mano libre. No dejaba de filmar. Con saña, introdujo el índice en su vagina y simuló el coito. La cámara del celular continuaba registrándolo todo. Verónica balbuceaba y seguía en su empeño por detener a Gabriel. Las pocas neuronas que aún no sucumbían a los efectos del alcohol, el Diazepam y el Xanax enviaban débiles órdenes a las piernas para que se cerraran y a los brazos para que sirvieran de palanca con el objeto de incorporarse y tratar de parar aquella agresión. Gabriel detuvo la violación con el dedo y enfocó los senos de la chica. Se le antojó quitarle el sujetador y pellizcarle los pezones. Gabriel había dejado de ver a Verónica. A través de la cámara sólo percibía un cuerpo femenino que deseaba humillar, someter con un cierto sadismo que borraba todo.

—Verás, hija de tu puta madre, cuando circule este video por internet. No vas a salir en un año de tu casa, pinche vieja culera —le advirtió Gabriel.

Verónica, de súbito, cayó bajo los efectos de una somnolencia incontrolable. Sus labios se pusieron lívidos, su piel cerúlea. Un estupor inundó su organismo, una ligera convulsión precedió al coma y el desfallecimiento cardiorrespiratorio la indujo a la muerte. Gabriel, pasmado ante el comportamiento de Verónica, se había puesto de pie a un lado de la cama y sin darse cuenta había grabado su fallecimiento. Acercó su rostro al de la chica con la esperanza de percibir algún signo vital. La tomó del brazo y la agitó. Tuvo la sensación de estar meneando una muñeca de trapo. Aun así, la idea de que acababa de presenciar la muerte de Verónica no se adueñaba plenamente de su aparato cognitivo. Se negaba a creerlo. Empezó a llamarla a gritos y la sacudió con más fuerza que antes. El cuerpo sin vida de la chica, al fin, terminó por pasmarlo. Horrorizado ante el espectáculo de la muerte, Gabriel comenzó a pasearse a lo largo de la habitación frenéticamente. En su cabeza se materializó el miedo, ya no como una sensación más o menos inquietante, sino como un ente que ocupaba todo el espacio interno y externo. Se encerró en el baño para dejar de mirar el cadáver de Verónica, lo que le dio unos instantes de calma. No fue capaz de otra cosa: terminó llamando por teléfono a su padre.

Una urna Osiris O265

Carmen jamás hubiera creído que existían tantas clases de urnas: clásica, Osiris, faraón, mediterráneo, última cena, capilla. El hombre de la funeraria había sido muy amable. Le mostró el catálogo y le explicó detalladamente cada una de sus características. Carmen no lo escuchaba. Trataba de entender cómo era posible que su hija cupiera ahí. Fue Lorenzo quien terminó escogiendo una: la urna Osiris O265. Tenía una bonita forma de ánfora rematada con una cenefa de tres líneas paralelas negras. La urna era plateada. Sencilla y elegante. Dentro, las cenizas de Verónica no alcanzaban a llenar todo el recipiente. Unas cenizas grises, volátiles, una insignificancia de cenizas. Sólo Lorenzo y Carmen habían atestiguado la cremación. Carmen cerró los ojos cuando las llamas del horno comenzaron a devorar el cajón en el que yacía el cuerpo de Verónica. No hubo esquelas ni publicidad. Casi en secreto, Lorenzo y Carmen velaron a la muchacha y luego la entregaron al fuego.

Ahora Carmen se hallaba en la oficina del director de la prisión. Sentada en un sofá de plástico percudido que olía a fritanga, esperaba a que Arnulfo acudiera a despedirse de su hija. No le habían concedido el permiso para asistir al velorio y la posterior cremación. Las autoridades carcelarias habían alegado la falta de condiciones en la seguridad y los riesgos de despertar el interés mediático. Lo más que le podían ofrecer era la intimidad de la oficina del director. Carmen aguardaba con la urna sobre sus rodillas. Sujetaba el receptáculo con ambas manos mientras contemplaba la pared de enfrente con una expresión de total ausencia. No sabía cómo había llegado ahí. Las últimas ochenta y seis horas se resumían a no tener ni la menor idea de lo

que hacía, pensaba o hablaba. Cada vez que la imagen de su hija reducida a cenizas le asaltaba, una sombra negra conquistaba un pedazo más de sus entrañas, como si la muerte de Verónica se hubiera instalado en sus huesos y lanzara ofensivas para llevarse también a ella. Había dado alaridos que terminaron por desgarrarle la garganta. Había llorado tanto que sus ojos parecían dos esferas de cristal silentes. Entonces llegó ese deseo pertinaz: ella también quería estar muerta. Porque su propia muerte era la única respuesta que tenía a esa urna Osiris O265. Y sin embargo ahí estaba, viva, frente a un póster promocional de las ventajas que obtenían los reos a cambio de estudiar durante su condena. El problema radicaba en que Carmen no sabía cómo morirse. Le pedía a una especie de dios del que poseía un vago concepto que detuviera su corazón. No se trataba de ascender a los cielos para acompañar a Verónica. Simplemente quería dejar de sentir, de respirar, de oler, de ver, de hablar: hasta los actos más triviales carecían de sentido.

Cuando Arnulfo entró a la oficina, le costó reconocerlo. Discernía que era él, pero al mismo tiempo parecía otra persona. Un anciano devorado por su decrepitud. La herida en el estómago lo obligaba a renquear. Flaco y encorvado, lucía una barba de varios días, signos de deshidratación en la comisura de los labios y el enunciado de la locura en sus pupilas extraviadas.

Los dejaron solos.

Arnulfo se sentó a un lado de su esposa, puso la mano izquierda sobre la tapa de la urna y comenzó a llorar. Pero no brotaban lágrimas de sus ojos. Carmen imaginó que aquello era un llanto porque el cuerpo de Arnulfo se estremecía con espasmos regulares, como si unos hilos invisibles tiraran de sus hombros.

—¿Quién fue? —preguntó por fin Arnulfo entre dos hipos.

Carmen no entendió la pregunta.

—¿Quién la mató? ¿Ya saben quién fue?

—No la mató nadie. Tu hija se suicidó.

Un breve hilo de baba escurría de la boca del ex judicial.

—No digas pendejadas, mujer. Verónica no se suicidó, la mataron. Ha de haber sido alguien enviado por los hijos de puta de los Licenciados. Como no pudieron conmigo… Pero voy a salir de aquí y me voy a chingar uno por uno a todos esos hijos de su puta madre, son unos hijos de su puta madre, unos hijos de su puta madre, me los voy a chingar a esos hijos de su puta madre, voy a acabar con todos, con todos, ni uno voy a dejar vivo.

Arnulfo siguió con su letanía de venganza durante unos minutos, con la mirada perdida en el póster promocional y la mano sobre la urna. Carmen lo veía como si fuera un insecto.

—La encontraron en la habitación de un hotel, sola. Se había tragado no sé cuantas pastillas mezcladas con vodka. El encargado del hotel declaró que había llegado sola en un taxi, que se había encerrado en el cuarto y que a la mañana siguiente la habían encontrado las camareras desnuda y sin vida. Tu hija se suicidó, Arnulfo, se quitó la vida, no quiso seguir viviendo. No culpes a nadie, no te atrevas, aquí los únicos culpables somos nosotros.

Arnulfo alejó la mano de la urna como si de pronto quemara. La entrelazó con su otra mano y las escondió entre las rodillas. Negaba con la cabeza acompasadamente. Una media sonrisa apareció en su rostro.

—Esos es lo que quieren que creamos, eso mismo. Tú eres idiota si te lo crees. Pero yo no, yo sé que a Verónica la mataron y cuando salga de aquí, cuando salga de aquí… Le voy a pedir al comandante que me dé chance unos días, yo voy a encontrar a los hijos de puta que la mataron, verás, y entonces dirás, ah, sí, Arnulfo tenía razón, qué chingón Arnulfo que encontró a los hijos de su puta madre que la mataron, qué chingón Arnulfo, sí, qué chingón.

Carmen se levantó y la urna con ella. El movimiento fue brusco y sintió como las cenizas basculaban al interior de la vasija.

—Luego vengo a visitarte, ya que estés más calmado —dijo. Arnulfo examinó a su mujer como si se tratara de una extraña. Volvió a decir entre dientes: Qué chingón, Arnulfo, qué chingón.

Carmen salió de la oficina con la sensación de que no volvería a verlo. En ese momento dejó de importarle el destino de su marido. Una secretaria se incorporó de inmediato y la condujo hacia la salida. De reojo comprobó que un custodio guiaba a Arnulfo al área de confinamiento. El comandante le había explicado que después del ataque lo habían instalado en una celda en solitario, en la zona de los privilegiados. Disfrutaba de aire acondicionado, un escritorio, una buena cama, un pequeño televisor a colores. Sus vecinos eran narcotraficantes y delincuentes de cuello blanco que pagaban por unas comodidades inalcanzables entre la mayoría de la población carcelaria. Lizárraga obtuvo gratis esas concesiones por el valor de su

testimonio en el juicio contra los Licenciados. Además, como precaución, habían trasladado a los miembros de la banda de secuestradores a diferentes cárceles de la región. El comandante le comunicó todo lo anterior con un aire de suficiencia que a Carmen le provocó ganas de vomitar.

Esa misma noche, desde su privilegiada celda, Arnulfo Lizárraga continuó con la carta de amor dirigida a Maricela Anza. Le contó de la muerte de su hija. Estaba convencido de que únicamente ella creería en la tesis de que Verónica había sido asesinada. Dedicó varias hojas a narrarle a la mujer de sus sueños las múltiples formas en que la vengaría. Las frases sangrientas se entrelazaban con declaraciones apasionadas y descripciones explícitas del encuentro sexual que protagonizarían cuando por fin se encontraran. También le propuso matrimonio y una vida feliz lejos de todo aquello. Pero la misiva nunca llegó a su destino, las autoridades carcelarias bloquearon el envío. Arnulfo Lizárraga, al no tener noticias de Maricela Anza, siguió escribiéndole cartas de amor hasta que un buen día olvidó a quién se las dirigía. Maricela se convirtió en Verónica que se convirtió en Carmen que se convirtió en una sombra imprecisa a la que le confesaba increíbles teorías conspiratorias, visiones místicas y fantasías apocalípticas. Su figura encorvada sobre un cuaderno de hojas amarillas se convirtió en parte del paisaje de aquella prisión.

Una tradición muy mexicana

Gabriel comprobó una vez más que ese idioma de guijarros en la boca le ponía de mal humor. Según cruzaba el pasillo de la residencia de estudiantes, las incomprensibles palabras en inglés que emitían los residentes percutían en sus oídos como una parvada de cuervos. Caminaba unos pasos detrás de sus padres y del anfitrión, un alumno de origen latino que les explicaba en espanglish las características del lugar. De vez en cuando, la madre de Gabriel volteaba el rostro y le sonreía. Era una sonrisa del tipo qué bien vas a estar aquí. Ana Luisa desconocía que la decisión de estudiar en ese college obedecía a un acuerdo entre Gabriel y su padre. Un acuerdo que tenía su fundamento en una tradición muy mexicana: si estás envuelto en algún enredo legal, cruza la frontera mientras se aclaran las cosas. Una tradición muy venerada por la clase alta.

Se trataba de un pacto secreto entre padre e hijo. Don Heriberto limpiaría el reguero de muerte a cambio de que Gabriel aceptara inscribirse en ese college gringo con un alto porcentaje de población de origen mexicano. A Ana Luisa le explicó su esposo que el muchacho había pensado mejor las cosas y había decidido estudiar en el otro lado. La mujer no puso ningún reparo.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó.

Gabriel asintió sin ver a los ojos de su madre. Ana Luisa lo abrazó con nostalgia anticipada. Sintió un alivio vergonzoso y pueril: la presencia fantasmal de su hijo desaparecería por un tiempo.

Heriberto García repartió mucho dinero entre los empleados del hotel a cambio de la versión de que Verónica Lizárraga había

llegado sola. Por su parte, el abogado de la familia siguió de cerca las pesquisas de la Policía Judicial hasta asegurarse de que nada apuntara a Gabriel. De todas formas, la Policía Judicial se apresuró a cerrar la única línea de investigación que abrió en el caso: suicidio. No se molestó en considerar otras posibilidades, a pesar de la inverosímil historia de que una muchacha de dieciocho años hubiera acudido sola a un hotel de paso para quitarse la vida a golpe de Diazepam, Xanax y Vodka. El hecho de que fuera hija del ex judicial acusado de participar en el secuestro del vástago del señor García sólo provocó que el asunto se enterrara aún más rápido en los sótanos del eufemismo judicial. La madre de la víctima no había hecho escándalo. El padre de la víctima se encontraba en prisión hundido en la mierda hasta el cuello. La muerte de una joven en extrañas circunstancias no iba a sumarse al noventa y nueve por ciento de delitos que quedaban sin resolución en el país. El carpetazo fue expedito.

Pero Heriberto García no quiso correr riesgos. Su corazón no aguantaría que su hijo terminara en una correccional. En el trayecto del hotel a la casa, le puso una sola condición: se iba a Estados Unidos, quisiera o no. Gabriel aceptó de inmediato. El señor García había actuado con extremada diligencia. Al llegar a la habitación número 24, su hijo le contó lo ocurrido sin omitir ningún detalle. Cuando terminó de hablar, lo primero que hizo Heriberto fue cruzarle la cara de una cachetada. Pensó que era algo que tenía que haber hecho mucho tiempo atrás. El tortazo también sirvió para detener el creciente ataque de histeria de Gabriel. Luego se comunicó con el licenciado Dávila y le pidió que se presentara de inmediato. Mientras, limpió todo rastro que delatara la presencia de otra persona en el cuarto. El abogado, después de analizar la situación, sugirió la idea de arreglar la escena para que apuntara al suicidio. Él se encargó de comprar el testimonio de los empleados del hotel y de llevarse el coche de Gabriel del lugar. Durante todo el tiempo que permanecieron en la habitación, el único que no podía dejar de contemplar el cadáver de Verónica era Gabriel. Su padre y el abogado se comportaban como si se tratara de un accesorio.

Los días que se sucedieron a la muerte de Verónica terminaron por quebrar a Gabriel García. Escuchó claro y fuerte el ruido que hizo su interior al romperse. Una implosión breve seguida de una onda helada que se infiltró lentamente en su organismo. Interpretó el papel que le había asignado su padre

ante su madre como un autómata. Hizo su maleta, se despidió de doña Cleta con un abrazo imaginado, abordó la camioneta Mercedes GL gris rata y emprendió el viaje rumbo a la frontera con la sensación de que nada, absolutamente nada, dejaba tras de sí.

El cuarto donde pasaría los próximos cinco años de su vida era el clásico cuarto de estudiante que había visto muchas veces en las películas. Eso pensó Gabriel al contemplar los muebles de Ikea, la ventana que daba a un jardín con ornamentos desérticos y el banderín del equipo de futbol americano del college colgado de una de las paredes. Únicamente se había inscrito en la materia de inglés. Un año después, dependiendo de su desempeño académico, podría cursar historia americana y matemáticas.

Gabriel arrojó la maleta sobre la cama y se sentó en ella. Sus padres y el anfitrión le sonreían bajo el marco de la puerta. Al muchacho le recordaron marionetas asomadas en un teatro guiñol. Se dio cuenta de que esperaban algún comentario de él.

—No está mal. Me gusta. —Deseó que se fueran.

El anfitrión soltó el aire que había retenido mientras esperaba el veredicto, les entregó unos folletos sobre la residencia a los padres de Gabriel y desapareció por el pasillo. Heriberto García se puso ceremonioso y le pidió a su hijo moderación, responsabilidad y compromiso en esa nueva etapa de su vida. Gabriel se incorporó de la cama para recibir el abrazo viril de su padre. Heriberto interrumpió el abrazo porque su celular comenzó a sonar. Se trataba de Vanesa, la asistente del subsecretario de gobierno. Heriberto García despareció por el pasillo de la residencia mientras escuchaba las buenas noticias: al señor subsecretario le urgía reunirse con él, el problema con los ejidatarios estaba resuelto y el desarrollo turístico no podía esperar más. Antes de colgar, Vanesa le insinuó que había que celebrarlo con una cena. El marchito corazón de Heriberto García palpitó exhausto, casi juvenil.

Al mismo tiempo, por el rostro de Ana Luisa corrían dos lágrimas redondas, suculentas.

—Ay, hijo, ya eres todo un hombre, estoy muy orgullosa de tu valentía, de tu entereza para dejar todo atrás y seguir con tu vida. Te quiero —susurró la madre al oído del hijo mientras lo estrechaba contra su pecho.

Le prometió que dentro de un mes vendría a visitarlo. Para su cumpleaños número dieciocho.

Gabriel volvió a sentarse sobre la cama. Observó a su madre desaparecer por el pasillo, al igual que su padre y el anfitrión un momento antes. Esperó unos segundos, se dirigió a la puerta y la cerró. Cruzó la habitación, se apoyó en el marco de la ventana y recorrió con la vista el jardín. Las cactáceas, los arbustos y los árboles endémicos se extendían ante sus ojos en una estética de la supervivencia reconfortante. Se dijo que, al igual que los saguaros, utilizaría lo mínimo para subsistir. Sería un ermitaño, un individuo encerrado en un cuerpo que había dejado de sentir. Incubaría ese manto frío que hibernaba en sus entrañas hasta que el desprecio por el mundo lo convirtiera en una fortaleza inexpugnable. Entonces, se convenció, no necesitaría a nadie.

A nadie.

El paraíso perdido

La estrecha carretera trepaba la sierra florecida por las recientes lluvias. El paisaje semidesértico había quedado atrás y frente a sus ojos se sucedía el verde mate de la sierra alta. Carmen pronto llegaría a El Tapui, el pueblo donde había nacido. Verónica nunca lo conoció. Había visto la luz en esa ciudad bastarda que le había arrebatado la vida y por una u otra cosa, Carmen nunca llevó a su hija a El Tapui. Siempre hubo un pretexto para retardar el viaje, siempre bajo el prisma de que su hija tenía mucho tiempo por delante y no le faltarían oportunidades de ir al lugar donde su madre había pasado los primeros dieciséis años de vida. Verónica se lo pidió muchas veces, Carmen se negó cada una de ellas. No era difícil entender por qué. No para Carmen al menos. La violencia silvestre de su origen serrano la humillaba. La abnegación de su madre y de todas las madres de El Tapui, los prejuicios aldeanos, la cosmovisión vaquera, las tradiciones inmutables, el culto a la bastedad, la ignorancia, el desprecio por lo nuevo… los valores que regían ese microuniverso la asfixiaron muy pronto, incluso antes de entrar a la pubertad. No es que no quisiera que Verónica conociera su pueblo, el pueblo de sus abuelos, de sus bisabuelos y tatarabuelos. Carmen no deseaba por nada del mundo desenterrar su pasado, explicárselo a su hija y a ella misma. Una vez que puso un pie en la ciudad, decidió no volver a pensar en él. Y sin embargo, ahora que una curva tras otra la acercaban a El Tapui, Carmen reconocía que nunca había podido escapar a su origen. La ciudad a la que había llegado veintiocho años atrás era una ciudad clasista, oligárquica. Y había terminado casándose con un policía judicial de origen serrano como ella, al que no dejó de presionar para que hiciera lo que

tuviera que hacer si ello les permitía reinventarse. Pero nadie es capaz de reinventarse, a no ser que creamos en la publicidad. Carmen, que ya no creía en nada, regresaba a El Tapui casi tres décadas después con las cenizas de su hija contenidas en una urna Osiris O265, tal vez con la esperanza de cumplirle un deseo postergado a Verónica y la promesa de una reconciliación.

Tal vez se trataba de otra cosa. Con su marido encarcelado, su madre enterrada dos años atrás y su hija muerta, nada más le quedaba su padre. El sentimiento de desamparo e indefensión habían penetrado en su interior de forma pertinaz, como un virus lento pero letal. Tal vez se trataba de poner cerros y valles de por medio entre ella y la soledad. Antes, le había pedido a Lorenzo que se hiciera cargo del gimnasio. Lorenzo que se había diluido como amante para convertirse en un socio leal, en un amigo. El andaluz le prometió que el gimnasio y él ahí estarían esperándola. Le dijo que se tomara el tiempo necesario y que al volver, juntos harían crecer el negocio. A Carmen le conmovió la ingenuidad de Lorenzo. No le confesó que no sabía si tendría el valor de regresar.

Todo permanecía igual. Todo era nuevo. El Tapui seguía siendo el mismo pueblo enclavado en la sierra, pero las casas, los perros, los viejos y las bicicletas parecían haber cambiado de lugar en una danza cíclica que no había parado durante su ausencia. Al hacer su entrada Carmen, la danza se detuvo, El Tapui contuvo su respiración un instante, le reprochó en silencio su descaro, y continuó latiendo moribundo. Se cruzó con rancheros que ya no tenían rancho: lo habían malvendido a la fuerza a los narcotraficantes. Se cruzó con lujosas Pick up con jovencitos abordo que llevaban la muerte en los ojos. Se cruzó con muchachas ataviadas al estilo buchón a la espera de que los narcotraficantes se fijaran en ellas. Se cruzó con mujeres enlutadas cuyos hijos habían caído en balaceras y venganzas. No quiso pasar por el rancho de su niñez, ya no le pertenecía a su padre. Se dirigió directo al aserradero de un tío suyo, hermano de don Cipriano. Carmen pensaba que su padre se había refugiado ahí.

Cuando descendió del coche con la urna en los brazos como si se tratara de un bebé, reconoció a don Cipriano bajo el portón del aserradero. La observaba con una de sus manos callosas puesta sobre los ojos a modo de visera. Una jauría de perros de razas pequeñas e indefinibles lo había alertado con sus ladridos.

Carmen no tuvo el valor de caminar. Su padre inició una marcha cansina y despectiva hacia ella. A medida que se acercaba, Carmen tuvo que reconocer que la sierra le sentaba bien a don Cipriano. El viejo se detuvo a unos pocos metros de ella. La tarde empujaba ya el rocío desde la cima de los cerros. Carmen tuvo un escalofrío. Se abrazó a la urna. Don Cipriano semejaba una estatua de barro.

—Vengo a esparcir las cenizas de su nieta. No quiero que esté encerrada en una urna.

Don Cipriano acusó el golpe. Las pupilas se le dilataron y la quijada y las manos rompieron a temblar. Permaneció en silencio. Miraba la urna como si estuviera presenciando la entrada al infierno.

—Por si le interesa, su nieta se suicidó. Sé muy bien que mi marido y yo somos los culpables, no tiene que decírmelo. Es suficiente que tenga que vivir con ello toda mi vida. Me gustaría ir al arroyo, si quiere acompañarme, se lo agradecería.

El anciano estudió a su hija con detenimiento. También los ojos le temblaban. Asintió sin decir palabra y se encaminó al coche.

Al oeste de El Tapui, a menos de dos kilómetros, un riachuelo formaba un remanso en un médano. Carmen había pasado los mejores años de su infancia en ese lugar. Al menos, así lo recordaba. Su paraíso de infancia. Ahí aprendió a nadar. Ahí celebraron las primeras lunadas los plebes del pueblo. Ahí reconoció su cuerpo en los ojos de los muchachos que la desearon. Ahí su primer beso y las primeras manos en su piel. Ahí quería esparcir las cenizas de su hija.

Pero el médano estaba salpicado de basura y el remanso casi seco. Carmen contuvo la rabia ante el paisaje desmerecido. Gracias a que el sol se sumergía tras un cerro en ese momento, la luz del crepúsculo bañó el arroyo y logró borrar las huellas de la podredumbre. Su memoria hizo el resto. Abrió la urna y comenzó a sacudir el ánfora en dirección al oeste, al norte y al sur. Las cenizas de Verónica se posaron en el lecho del riachuelo como una nevada etérea y poco a poco se confundieron con el lodo del médano.

Cuando terminó, don Cipriano pasó el brazo sobre los hombros de su hija. Carmen al principio se tensó como un arco, luego, casi como en un descuido, se atrevió a apoyar la cabeza en el pecho de su padre.

Hotel de arraigo

Primera edición digital: abril, 2015

Diseño de portada: Penguin Random House / Diego Medrano
Crédito de fotografía: Iván Mendez / Cuartoscuro

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-607-113-690-9

/megustaleermexico
@megustaleermex

Conversión eBook:
EdiComSA Servicios Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Índice